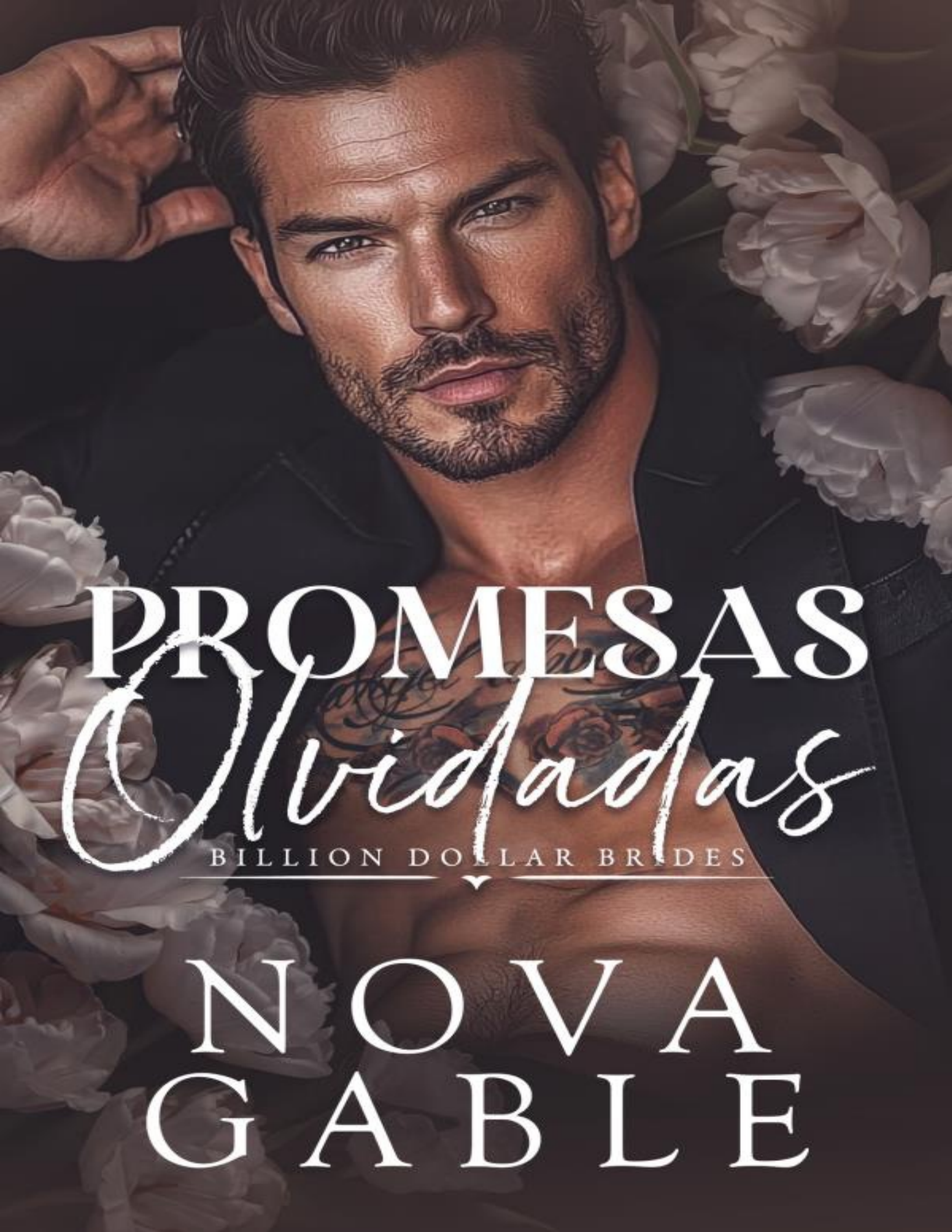

PROMESAS
Olvidadas
BILLION DOLLAR BRIDES
NOVA
GABLE

# PROMESAS OLVIDADAS

SPANISH TRANSLATION - BILLION DOLLAR BRIDES

**NOVA GABLE**

Copyright © 2025 by Nova Gable

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.



Creado con Vellum

# ÍNDICE

Descripción
Prólogo
1. Sofía
2. Dominico
3. Sofía
4. Dominico
5. Sofía
6. Dominico
7. Sofía
8. Dominico
9. Sofia
10. Dominico
11. Sofía
12. Dominico
13. Sofía
14. Dominico
15. Sofía
16. Dominico
17. Sofía
18. Dominico
19. Sofía
20. Dominico
21. Sofía
22. Dominico
23. Sofía
24. Dominico
25. Sofia
26. Sofía
27. Dominico
28. Sofia
29. Dominico
30. Sofía
31. Dominico
32. Sofia
33. Dominico
34. Sofía
35. Dominico
36. Sofia
37. Dominico
Sin título
38. Sofía
Epílogo
Epílogo Extendido

# DESCRIPCIÓN

**Hace cuatro años, destrozó mi corazón.**
**Esta noche, me obligan a convertirme en su esposa.**
Dominico Sicura.

El hombre que me arruinó para todos los demás.

Mi primer sabor del pecado.

Mi primer encuentro con la devastación.

¿Y ahora? Me venden a él con un anillo de diamantes y un contrato matrimonial.

Mi padre cree que casarme con Dom protegerá nuestro imperio.

Lo que nadie sabe es que Dom ya me poseyó una vez... y me desechó.

Ahora ha vuelto para reclamar su premio.

Pero ya no soy la chica inocente que dejó atrás.

Así que lo enfrento a cada paso... incluso cuando sus peligrosos juegos encienden mi sangre.

Su encanto es veneno ahora. Sus sonrisas ya no me debilitan. Su toque no...

Dulce cielo.

No seré su juguete otra vez.

Ni siquiera cuando su rival me secuestra.

Ni siquiera cuando Dom destroza la ciudad para encontrarme.

Ni siquiera cuando me empuja contra la pared y marca mi piel con promesas pecaminosas de todas las formas en que me hará gritar su nombre.

***Pero entonces hace lo único que nunca vi venir.***

***Rompe mi resistencia.***

***Me hace arrastrarme.***

***¿Y la parte más perversa?***

***Ya estoy suplicando por más.***

# PRÓLOGO

## SOFIA

Corro a toda velocidad por los frondosos y verdes bosques que se extienden a lo largo de millas detrás de la hacienda de mi familia. La villa de piedra, majestuosa, se alza en la distancia, sus tejados de tejas rojas y sus altas ventanas arqueadas brillando bajo el sol dorado de la tarde.

Mi largo cabello negro ondea tras de mí mientras me deslizo entre los imponentes robles y arces, cuyas frondosas copas proyectan sombras moteadas sobre el suelo del bosque, cubierto de helechos y flores silvestres.

—¡Te estoy alcanzando, Sof! —grita Dominico con tono juguetón mientras recorta la distancia entre nosotros con sus largas zancadas. Miro por encima del hombro, mis ojos azules brillando con travesura y alegría.

—¡Tendrás que ser más rápido que eso para atraparme, Dom! —canto. Pero un momento después, Dominico me adelanta, rodeándome la cintura y empinándome contra el grueso tronco de un viejo roble.

Lo miro sin aliento, mis mejillas sonrosadas y mi pecho agitándose.

Dominico me mira con adoración, sus ojos avellanados ardiendo de deseo. Se inclina, capturando mi boca en un beso ardiente y apasionado que acelera mi pulso y debilita mis rodillas. Su cuerpo fuerte presiona el mío, sus manos firmes agarran mi cintura.

—Eres mía, Sofia —murmura Dominico contra mis labios—. Nunca te soltaré. Su voz baja y aterciopelada envía escalofríos por mi espalda.

—Prométemelo, Dom —susurro con ardor, rodeando su cuello con mis brazos—. Promete que nunca me dejarás, que nunca habrá nadie más.

—Nunca, mi amor —jura, sus labios rozando mi frente con reverencia—. Eres la única mujer para mí, Sofia. La única que querré o necesitaré. *Ti amo, cara mia*. Ahora y para siempre.

—*Ti amo,* Dom —repeto, con lágrimas de felicidad brillando en mis ojos—. Te amaré siempre.

Nuestros labios se encuentran de nuevo mientras el canto de los pájaros resuena por el tranquilo bosque. Perdidos en el abrazo del otro, Dominico y yo permanecemos entrelazados bajo el majestuoso roble, mientras el mundo entero desaparece más allá de nuestro amor perfecto

y resplandeciente.

Nuestros besos apasionados se vuelven más intensos con cada segundo. El deseo corre por mis venas, haciéndome anhelar a Dominico. Sus manos fuertes recorren mis curvas sobre la tela fina de mi vestido antes de levantar mi falda.

Mi corazón late con fuerza mientras gimo suavemente, sus dedos rozando la piel sensible de mis muslos. Con audacia, alcanzo entre nosotros para desabrochar los botones de sus pantalones con dedos temblorosos.

No deberíamos estar haciendo esto, no aquí al aire libre donde cualquiera podría tropezar con nosotros. Dom es mayor y se espera que sea responsable. Si mis padres se enteraran, se enfurecerían. Solo tengo diecisiete años, aún no soy mayor de edad, y dirían que Dom se está aprovechando de mí.

Pero yo no me siento así en absoluto. Amo a Dom con todo mi corazón. Soy la hija del jefe de la mafia más poderoso de la zona, y Dom es el hijo de nuestro aliado más cercano. Estamos destinados a estar juntos. Nuestra unión unirá a ambas Familias en una sola, abarcadora y poderosa.

La naturaleza prohibida de nuestro encuentro solo añade emoción cuando Dom me presiona contra el árbol, subiendo mi pierna sobre su cadera, sus dedos ásperos apretando mi piel sensible. Su miembro duro se frota contra mí brevemente antes de que jadee al sentir que entra en mí, estirándome y llenándome de manera exquisita.

Las lágrimas asoman en las comisuras de mis ojos por el dolor agudo, la indicación de que ya no soy virgen, pero supero esa sensación. Quiero deleitarme en este sentimiento.

Dom es mi primero y único, el hombre al que le entregué mi virginidad. A mis ojos, básicamente estamos casados. Solo estoy esperando su propuesta, que imagino que ocurrirá tan pronto como cumpla dieciocho años.

No puedo imaginar querer a alguien más. Él es el uno para mí, el hombre con quien he soñado desde que tenía quince años.

—¿Estás bien, Sofía? —susurra Dom en mi oído, conteniéndose.

Asiento, sintiendo que el dolor se desvanece lentamente. —Sigue adelante.

Dominico se mueve contra mí, dentro de mí, avivando las llamas de mi deseo cada vez más con cada embestida profunda. Su piel brilla con una capa de sudor, su cabello negro cae sobre su frente mientras adora mi cuerpo con el suyo.

Tomo su cara entre mis manos, acercándolo para un beso apasionado. Nuestras lenguas bailan y se entrelazan, reflejando la unión de nuestros cuerpos.

—Dom... sí... te amo —jadeo contra su boca, mis caderas moviéndose al ritmo de sus embestidas. La presión dentro de mí alcanza un pico imposible, mis músculos internos apretándose fuertemente alrededor de su dureza.

—*Ti amo*, Sofía —gime, su frente cayendo sobre mi hombro mientras continúa empujando dentro de mí—. *Sempre*.

Los sonidos constantes de golpes, jadeos, gemidos y quejidos llenan el bosque.

—Eso es. Joder, eso es —gime contra mí—. Joder, te sientes tan bien.

Clavo mis uñas en su espalda mientras Dom planta suaves y tiernos besos a lo largo de mi garganta y mejilla. Eso, junto con las embestidas fuertes y profundas dentro de mí, se siente tan bien. Saber que soy capaz de hacerle emitir estos sonidos me llena de una inmensa satisfacción.

Sus dedos encuentran mi punto más sensible, moviéndose al ritmo de sus embestidas hasta que el éxtasis me invade en olas. Grito su nombre, mi cuerpo estremeciéndose de placer intenso.

Él me sigue al borde, encontrando su propia liberación mientras yo pulso a su alrededor, aún perdida en los remolinos de mi clímax.

Permanecemos envueltos en los brazos del otro mientras descendemos de ese éxtasis perfecto, intercambiando suaves besos y palabras de amor y devoción. En este momento, no existe nada más que Dominico y yo.

Mi amor. Mi futuro esposo.

Nada jamás nos separará.

1

# SOFÍA

Mis hermanas y yo entramos en el lujoso estudio de Papá, nuestros pasos amortiguados por la gruesa alfombra persa que cubre el reluciente piso de mármol. La habitación es un testimonio de su poder y riqueza, con su elevado techo artesonado, paredes revestidas en caoba y estanterías de piso a techo llenas de volúmenes encuadernados en cuero.

Una enorme chimenea de mármol tallado domina una de las paredes, con el escudo de la familia Marino orgullosamente exhibido sobre la repisa. El imponente escritorio de caoba pulida de Papá está situado frente a las ventanas arqueadas cubiertas con pesados cortinajes de terciopelo, cuyos cristales dan a los cuidados jardines de nuestra propiedad.

A los veintiún años, soy la mayor, y voy al frente, seguida por Bianca, Chiara y Mia. Rara vez nos reunimos aquí a menos que Papá tenga algo trascendental que discutir. Una sensación de presentimiento se cierne pesadamente en el aire.

Nuestro padre —el Don de la familia Marino— está sentado detrás de su enorme escritorio de caoba en una silla de cuero de respaldo alto, con Mamá a su lado en un asiento igualmente regio, sosteniendo su mano con ambas suyas. Las líneas de tensión marcan el distinguido rostro de Papá, y los ojos de Mamá están enrojecidos como si hubiera estado llorando.

Tomamos nuestros habituales sillones dispuestos frente al escritorio, esperando a que nuestro padre hable.

Se aclara la garganta con brusquedad, y su voz resuena en el espacio cavernoso.

—Mis niñas, tengo noticias terribles que compartir con ustedes hoy. He ido a ver al médico y...— Sus palabras se atoran. Mamá le aprieta la mano en señal de apoyo, la luz reflejándose en el deslumbrante diamante de su anillo de compromiso. —Me han diagnosticado cáncer de páncreas en etapa cuatro. El pronóstico no es bueno. Es probable que solo me queden unos pocos meses de vida.

Un silencio lleno de conmoción llena la habitación durante un largo y horrible momento. Entonces, las cuatro estallamos en llanto, saltando para correr hacia el lado de Papá.

—¡Papá, no! ¡No puede ser verdad! —Mia, la más joven, solloza mientras lo abraza con fuerza.

—Lo siento muchísimo, mis queridas —dice Papá con voz ronca, abrazándonos a cada una por turno. —Si pudiera evitarles este dolor, lo haría.

—¿No hay nada que los médicos puedan hacer? —exige Bianca entre lágrimas. —¿Cirugía,

quimioterapia, radioterapia? ¿Algo, *lo que sea*!

Papá niega con la cabeza con tristeza. —Está demasiado avanzado. El tratamiento solo prolongaría lo inevitable y me quitaría el poco tiempo que me queda.

Mamá se seca las mejillas húmedas, tomando un aliento tembloroso. —Tenemos que ser fuertes ahora, por tu padre. Debemos aprovechar al máximo nuestro tiempo juntos como familia.

—Tu madre tiene razón —coincide Papá—. Pero sería negligente si no hiciera arreglos para vuestros futuros también. Cuando me vaya, temo que los pretendientes y los canallas que he mantenido a raya todos estos años lleguen como buitres, compitiendo por vuestras manos en matrimonio, buscando aprovecharse. La idea de que nuestra familia se desintegre…

—No dejaremos que eso pase, Papá —juro con firmeza—. Nuestra familia es fuerte. Nos protegeremos mutuamente, como tú siempre nos has protegido.

—Por supuesto que lo haremos —acepta Chiara—. Nadie jamás se interpondrá entre nosotros.

—Me alegra oíros decir eso —dice Papá—. Sin embargo, vuestra madre y yo hemos ideado un plan para asegurar vuestro bienestar cuando yo ya no esté.

Papá respira profundamente, con los ojos llorosos mientras nos mira a cada una por turno. —Mis queridas niñas, siempre he hecho lo posible por protegeros, por resguardaros de la dureza y la crueldad del mundo. Y ahora debo salvaguardar vuestros futuros, incluso cuando yo ya no esté aquí para velar por vosotras.

Mamá se seca las lágrimas con un pañuelo de encaje, mientras sus labios tiemblan.

—Sé que puede parecer anticuado, incluso injusto —continúa Papá, con la voz entrecortada por la emoción—, pero creo que la mejor manera de asegurar vuestro bienestar y mantener nuestra familia unida es encontrar para cada una de vosotras un esposo adecuado, un buen hombre de una familia respetable que os ame, os proteja y os provea de la manera que os merecéis.

Las lágrimas corren por mis mejillas ante sus palabras, y el corazón me duele. A mi lado, Mia solloza y Chiara deja escapar un gemido ahogado.

—No quiero que lo veáis como un castigo o una jaula —dice Papá—. Quiero que seáis felices, que encontréis amor y compañía. Haré todo lo posible por encontrar hombres que crea que serán buenas parejas para cada una de vosotras.

—Ay, Papá —susurra Bianca, con la voz ahogada—. Sabemos que solo quieres lo mejor para nosotras.

Él le sonríe, con las patas de gallo marcadas en las comisuras de sus ojos. —Mi mayor esperanza es tener la fuerza y el tiempo para acompañar a cada una de vosotras al altar. Para colocar vuestras manos en las de los hombres que he elegido y saber que vuestros futuros estarán seguros, incluso cuando yo ya no esté. Significaría… todo para mí.

Un nudo se forma en mi garganta mientras asimilo la profundidad de sus palabras. Mi visión se nubla con las lágrimas al imaginar a Papá, débil pero radiante de orgullo, acompañándonos hacia nuestros esposos, entregándonos en el altar en su último acto de amor y devoción.

—Lo haremos realidad, Papá —prometo con voz ronca—. No importa lo que cueste. Sabemos que nos encontrarás esposos. Queremos hacerte sentir orgulloso.

—Ya hacéis que me sienta orgulloso, Sofía. Cada día —Papá extiende la mano para tomar la mía, su palma seca y arrugada contra mi piel—. Lamento que mi sobreprotección os haya privado de una oportunidad de amor hasta ahora.

Trago saliva con dificultad, forzando una sonrisa temblorosa. —Lo sé, Papá. Confío en ti.

Confío en que encontrarás a un hombre que sea digno de nuestra familia.

Él aprieta mis dedos, su mirada cálida y llena de amor. —Eres tan fuerte, cariño. Tan valiente. Sé que enfrentarás lo que sea con gracia y coraje.

Una por una, nos abraza a todas, murmurando palabras de consuelo y cariño. Nos aferramos a él, este hombre que siempre ha sido nuestra roca, nuestro defensor, nuestro héroe. El hombre que ahora necesita que seamos fuertes por él.

Al salir del estudio, con los brazos entrelazados, capto la mirada de mi padre. En ese momento, una promesa silenciosa pasa entre nosotros. Un juramento de mantener el honor de nuestra familia, pase lo que pase. De enfrentar el futuro juntas, incluso cuando él ya no pueda guiarnos.

~

DESPUÉS DE LA emotiva reunión con papá, mis hermanas y yo nos retiramos a mi habitación para llorar juntas y procesar sus devastadoras noticias. Nos sentamos en círculo sobre la alfombra mullida, pasándonos una caja de pañuelos.

—No puedo creer que esto esté pasando —Mia solloza, con los ojos hinchados y rojos—. Papá siempre ha sido tan fuerte, tan invencible en mis ojos.

—Lo sé —coincide Chiara, limpiándose la nariz—. La idea de perderlo... —Traga saliva con dificultad, incapaz de terminar la frase.

—Y ahora quiere casarnos antes de que... antes de que muera —dice Bianca, retorciendo el pañuelo húmedo en sus manos—. Sé que lo hace con buenas intenciones, pero la idea de que él elija a nuestros maridos... —Se queda callada, con una expresión preocupada.

—Yo nunca quiero casarme —declaro vehementemente, abrazando una almohada contra mi pecho—. Odio a los hombres. Prefiero estar sola el resto de mi vida que atarme a uno de ellos.

Bianca pone los ojos en blanco. —Solo dices eso porque te enamoraste de un donjuán idiota como Dominico Sicura. No puedes guardarle rencor a todo el sexo masculino solo porque él te sedujo, te quitó la virginidad y luego te rompió el corazón.

Me estremezco ante el recuerdo doloroso, y los ojos se me llenan de nuevas lágrimas. Chiara me rodea los hombros con un brazo reconfortante.

—Eso no es justo, Bianca —la reprende suavemente—. Dom era... muy encantador y atento. Cualquiera podría haberse enamorado de él. Sofia lo amaba profundamente. Claro que está herida por lo que hizo.

—¿Qué hizo, exactamente? —pregunta Mia, mirándonos con curiosidad. Como la menor, solo tenía trece años cuando mi mundo se derrumbó.

Tomo un aliento tembloroso. —Me hizo creer que yo era la única para él. Dijo que me amaría para siempre. Pensé que nos casaríamos algún día. Pero todo fue una mentira. Me rompió el corazón y dijo que era tonta por creer que alguna vez se casaría con alguien como yo.

—¿Alguien como tú? —Bianca se burla, con los ojos azules brillando—. ¿Quieres decir alguien joven, hermosa y de la Familia más poderosa de la ciudad? ¡El descaro de ese imbécil! Siempre supe que era un idiota.

—Bueno, yo por mi parte estoy contenta de que papá nos haya protegido —declara Chiara—. ¡Imagínense si todas hubiéramos sido seducidas y abandonadas como la pobre Sofia! —Me mira con disculpa, dándose cuenta de lo hirientes que suenan sus palabras.

Mia asiente mientras yo aprieto la mano de Chiara en señal de perdón. —Papá fue sabio al ser tan protector. Pero elegir a nuestros maridos por nosotros...

Bianca se echa el cabello negro sobre el hombro, con los ojos brillando. —Creo que es ridículo que papá elija a nuestros maridos. Esto no es la Edad Media. ¡Deberíamos poder casarnos con quien queramos! ¿Y si no queremos casarnos? ¿Y si yo quiero una carrera?

—¿Y a quién elegirías tú, B? —pregunta Chiara, arqueando una ceja—. ¿A ese chico Ambrosio con el que has estado saliendo a escondidas?

Las mejillas de Bianca se sonrojan, pero levanta la barbilla con desafío. —Tal vez. O tal vez simplemente me case con quien elija papá y ya está. Mientras no espere que yo sea la perfecta princesita esposa, realmente no me importa con quién termine.

Sacudo la cabeza ante su actitud despreocupada. Bianca siempre ha sido la rebelde, la niña salvaje. Me preocupa que su actitud de "lo que sea, como sea" la meta en problemas algún día.

—Espero que papá elija a un hombre amable para mí —dice Chiara suavemente, enrollando un mechón de cabello alrededor de su dedo—. Alguien como Dante.

Todas asentimos en acuerdo. Dante Tenebre es un amigo cercano de la familia, alguien que conocemos desde la infancia, ya que su padre es el hombre de confianza del nuestro. Tiene casi treinta años, pero siempre ha sido dulce y protector con todas nosotras, como un hermano mayor.

—Dante sería un buen esposo —coincide Mia. Suspira con nostalgia—. Confío en que papá encuentre un buen partido para mí también. Solo deseo... —Su voz se quiebra y sus ojos se llenan de lágrimas nuevamente—. Solo espero que viva lo suficiente para llevarme al altar como él quiere, para vernos a todas establecidas y felices.

Mi corazón se aprieta ante la tristeza en sus palabras, el dolor por el que todas nos esforzamos tanto por ser fuertes. Extiendo mis brazos para abrazar a Mia con fuerza, conteniendo mis propias lágrimas.

—Lo hará, Mia —prometo con firmeza—. Papá es fuerte. Luchará con todo lo que tiene. Sabes lo terco que es. Todas tendremos nuestras bodas soñadas, con él justo a nuestro lado.

Ella se aferra a mí, asintiendo contra mi hombro. —Tienes razón. Él tiene que estar allí. Simplemente tiene que estarlo.

Bianca y Chiara se unen a nuestro abrazo, las cuatro sosteniéndonos cerca. La enfermedad de nuestro padre es una sombra que se cierne sobre todos nuestros futuros, pero en este momento, nuestro vínculo como hermanas es una luz brillante que mantiene la oscuridad a raya.

No importa lo que pase, no importa con quién nos casemos o cuál sea el destino de papá, siempre nos tendremos el una a la otra. Nuestro amor es la constante en la que podemos confiar, el pegamento que mantiene unida a nuestra familia.

Mientras obtenemos fuerza y consuelo de nuestro abrazo compartido, prometo en silencio hacer lo que sea necesario para hacer realidad el deseo de papá. Si significa tanto para él, me casaré con un hombre de su elección, un hombre que sea un activo para la familia Marino.

No por amor, sino por deber y honor.

Solo rezo para que papá esté ahí para verlo. Para saber que sus hijas están bien cuidadas, que su legado está seguro. Es lo menos que puedo hacer por el hombre que ha sacrificado todo por nosotras. El hombre al que amo más que a la vida misma.

## 2

# DOMINICO

Gimo mientras la conciencia regresa lentamente, mis párpados se abren ante la luz del sol que entra por las ventanas. Mi cabeza late con fuerza, como un tambor contra mi cráneo. ¿Qué diablos pasó anoche?

Empiezo a darme la vuelta y me congelo cuando mi brazo roza una piel suave y tibia. Entrecerrando los ojos, observo la espalda desnuda de una mujer, su cabello rubio esparcido sobre la almohada junto a mí.

Mierda. ¿Quién es ella?

Me esfuerzo por recordar, tratando de reconstruir los fragmentos de la noche anterior. Me vienen a la mente destellos desordenados. Fiesta en el club con los muchachos, tragos y más tragos. Música pulsante, luces intermitentes. Bailando arrimado con un desfile de mujeres atractivas en vestidos ajustados.

Besiándome con una rubia en un pasillo oscuro, mis manos recorriendo sus curvas mientras ella gemía en mi boca. Cayendo juntos en mi auto, incapaces de dejar de tocarnos mientras mi conductor nos llevaba a mi casa. Entrando a mi suite enredados, quitándonos la ropa a toda prisa…

Levanto la sábana y miro hacia abajo, confirmando que estoy completamente desnudo. Claro. El resto no es difícil de imaginar. Al parecer, anoche tuve suerte, aunque no recuerdo todos los detalles.

La chica se mueve ligeramente y deja escapar un suspiro suave, aún profundamente dormida. Debería despertarla y echarla para poder sobrellevar esta resaca en paz.

Me siento con cuidado, mi cabeza da vueltas mientras una oleada de náuseas me invade. Mierda, odio tener resaca. Miro a la chica dormida a mi lado y siento un destello de irritación. ¿Por qué diablos la dejé pasar la noche? Por lo general, las echo apenas terminamos, pero debí estar demasiado borracho para molestarme esta vez.

Refunfuñando, pongo mis piernas al costado de la cama y me levanto, tambaleándome un poco mientras la habitación se inclina. Recojo mi ropa del suelo y me la pongo rápidamente, sin importarme lo desaliñado que me vea.

La rubia sigue profundamente dormida, su rostro relajado. Siento un momento de culpa por lo que estoy a punto de hacer, pero lo aparto.

Ella sabía cómo era esto. Solo un lío de borrachera, algo de una sola noche. No hay razón

para fingir que fue algo más.

Extiendo la mano y la sacudo con rudeza. —Oye. Despierta. Es hora de que te vayas.

Ella se mueve, mirándome confundida. —¿Qué? ¿Qué hora es?

—No importa. La fiesta terminó. Hora de irse. —Mi voz es fría, sin dar lugar a discusiones.

Ella frunce el ceño, ajustando la sábana alrededor de su cuerpo. —¿No puedo dormir un poco más? Me duele mucho la cabeza.

La irritación arde en mi pecho. No tengo tiempo para estas tonterías. Inclinándome, me acerco a su rostro, con los ojos duros y amenazantes.

—Escucha, cariño —le digo con los dientes apretados—. No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy diciendo. Necesitas largarte de mi casa. Ahora.

Ella se aparta un poco, sorprendida por mi repentina crueldad. —Dios, está bien. No hay necesidad de ser tan imbécil.

—No tienes ni idea de lo cabrón que puedo llegar a ser —gruño, perdiendo la paciencia—. Soy Dominico Sicura, hijo de Vincenzo Sicura. ¿Sabes? El jefe de la Familia Sicura. Puedo hacerte la vida *muy* difícil si no haces lo que te digo.

Sus ojos se abren de par en par, llenos de miedo y comprensión. El apellido Sicura tiene peso en esta ciudad, y todo el mundo sabe que no es algo con lo que se pueda jugar. Veo el momento exacto en que se da cuenta de lo grave que ha sido su error.

—Vale, vale, ¡me voy! —Se levanta de la cama de un salto, recogiendo su ropa a toda prisa. La observo impasible mientras se viste, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Cuando termina, me lanza una mirada llena de resentimiento, pero, con sabiduría, se calla la boca. Sabe que no es rival para mí ni para mi familia. Chica lista.

La sigo hasta la puerta, asegurándome de que realmente se vaya. En cuanto cruza el umbral, la cierro de golpe detrás de ella, sin molestarme siquiera en despedirme. Menos mal que se fue.

Después de una ducha caliente, me siento un poco más humano. Me visto con una camisa blanca impecable y unos pantalones negros de corte perfecto, el tipo de atuendo que le corresponde al hijo de un Don. No puedo defraudar el nombre de la familia, aunque me sienta como un muerto viviente.

Bajo las escaleras, decidido a encontrar algo grasiento y que me tape las arterias para absorber el alcohol que aún revolotea en mi estómago. Pero, al pasar por el salón formal, un movimiento fugaz llama mi atención.

Mi hermana gemela, Valentina, está de pie junto a la ventana. Lleva un vestido rojo ceñido que acentúa sus curvas, con el pelo oscuro recogido en un moño severo. La imagen misma de la elegancia y el poder de los Sicura.

—¿Qué diablos estás haciendo? —pregunto.

Valentina ni siquiera me mira, su mirada fija en algo afuera. Agita una mano impaciente en mi dirección, susurrando entre dientes—: Cállate, Dom. Tenemos visita.

Fruncio el ceño y me acerco a la ventana para unirme a ella—: ¿Quién?

—Don Marino —dice Valentina—. Acaba de llegar.



CAMINO de un lado a otro por el pasillo fuera de la oficina de mi padre, con los nervios tensos como la cuerda de un arco. El murmullo de voces se filtra a través de la pesada puerta de madera,

pero no logro distinguir las palabras.

¿De qué diablos están hablando ahí dentro?

Es inusual que mi padre me excluya de las reuniones de negocios, especialmente con un aliado poderoso como Don Marino. Normalmente, insiste en que me siente a su lado, aprendiendo los entresijos del negocio familiar. El hecho de que me haya dejado fuera esta vez... me tiene al límite.

Después de lo que parece una eternidad, la puerta finalmente se abre.

—Dominico —llama mi padre desde dentro de la oficina—. Únete, por favor.

Respiro hondo, enderezando los hombros al entrar en la habitación. Los olores empalagosos del humo de cigarro y la colonia cara flotan en el aire. Mi padre está sentado detrás de su enorme escritorio de caoba, luciendo satisfecho consigo mismo. Don Marino está de pie junto a la ventana, con una postura relajada y contenta.

—¿Qué está pasando? —pregunto, intentando mantener la voz casual.

Mi padre sonríe, reclinándose en su silla. La vista me inquieta. Mi padre normalmente *nunca* está tan feliz.

—Tenemos grandes noticias, hijo. Don Marino y yo hemos llegado a un acuerdo, una forma de fortalecer los lazos entre nuestras dos Familias.

Una sensación de inquietud me recorre la nuca. Tengo la sospecha de que sé hacia dónde va esto.

—Un matrimonio arreglado —dice Don Marino, volviéndose hacia mí—. Entre tú y mi hija, Sofia.

Las palabras me golpean como un puñetazo, quitándome el aliento. Sofia. La chica a cuyo corazón destrocé en mi búsqueda de libertad y aventura. La chica que no tiene ni idea de que su padre está a punto de atarla al hombre que la rompió.

—Sofia —digo, con la voz ahogada—. ¿Ella sabe algo de esto?

Don Marino hace un gesto de desprecio con la mano. —Todavía no. Pero lo estará. Y estoy seguro de que estará encantada. Ustedes dos se llevaban tan bien. Es un gran partido para ambas Familias.

Trago saliva con dificultad, mi mente acelerándose. ¿Sofía, encantada de casarse conmigo? Ni de coña. Pero Don Marino no tiene ni idea de lo que le hice a su hija. Cómo la usé y la descarté como si no significara nada.

Y ahora... ahora me dicen que tengo que casarme con ella, como si fuera una broma macabra.

—Es un trato hecho, Dominico —dice mi padre, con un tono que no admite discusión—. Te casarás con Sofía Marino en una semana. Es lo mejor para la Familia.

Espera, ¿en una *semana*?

Quiero protestar, decirles a ambos que esto es un error. Que Sofía nunca aceptará esto, no después de lo que le hice. Pero sé que es inútil. La palabra de mi padre es ley, y la desobediencia no es una opción.

Estoy atrapado. Atrapado por mis propios errores, por las expectativas de mi familia y de mi mundo.

Tengo que casarme con Sofía, la mujer que tiene todas las razones para odiarme.

Mi padre se levanta de su silla, extendiendo la mano a Don Marino. —Tenemos un trato, entonces.

Don Marino asiente, estrechando su mano con firmeza. —En efecto, lo tenemos. Esta unión traerá gran prosperidad a ambas Familias.

Me acerco con paso vacilante, estrechando también la mano de Don Marino, sellando mi destino, y el de Sofía, con un solo gesto.

En cuanto Don Marino se va, me giro hacia mi padre, mi ira desbordándose. —¿Qué demonios, padre? ¿Cómo pudiste aceptar esto sin siquiera hablarlo conmigo primero?

Mi padre suspira, acomodándose de nuevo en su silla. —Dominico, siéntate. Necesitamos tener una conversación seria.

Me crispo ante su tono, pero me dejo caer en la silla frente a él, con la mandíbula apretada.

—Esta alianza con los Marino es crucial para nuestra Familia —dice, con voz severa—. Y tu matrimonio con Sofía es la clave para que funcione. Es hora de que madures y tomes tus responsabilidades en serio.

—Pero Sofía... —empiezo, pero me interrumpe con una mirada cortante.

—Sofía es una chica hermosa de una Familia poderosa. Deberías agradecerme por arreglar un partido tan ventajoso.

Suelto una risa sin humor. —¿Agradecerte? ¿Por obligarme a un matrimonio con una mujer que me odia? Sí, no creo.

Los ojos de mi padre se estrechan peligrosamente. —Cuidado con tu tono, Dominico. *Vas* a seguir adelante con este matrimonio, y *vas* a hacer que funcione. Si quieres ver un solo centavo de tu herencia, harás lo que digo.

Siento como si me hubieran abofeteado. Mi herencia, la riqueza y el poder para los que me han preparado desde que nací... está amenazando con quitármelo todo si no juego según sus reglas.

—Esto es una mierda —gruño, levantándome de un salto—. ¡No puedes controlar mi vida así!

—Puedo, y lo haré —dice fríamente—. Soy el jefe de esta Familia, y mi palabra es ley. *Te* casarás con Sofía Marino, y serás el esposo diligente que ella y nuestra familia merecen. Fin de la discusión.

Lo miro, con los puños apretados a los lados. Quiero discutir, luchar contra este decreto arbitrario que va a arruinar mi vida. Pero sé que es inútil. Mi padre ha tomado una decisión, y nada de lo que diga la cambiará.

—Está bien —escupo entre dientes—. Me casaré con ella. Pero no esperes que esté feliz por ello.

—Tu felicidad no es mi preocupación —dice mi padre con desdén—. Asegurar el futuro de nuestra Familia lo es. Y este matrimonio lo hará.

Dejo escapar un gruñido de frustración, giro sobre mis talones y salgo de la habitación. Cierro la puerta de golpe, el sonido resonando por el pasillo.

Estoy atrapado, completamente atrapado, obligado a un matrimonio con una mujer que me desprecia, todo por el poder y la avaricia de mi familia.

Pero incluso mientras la ira y el resentimiento revuelven en mi estómago, una pequeña y traidora parte de mí susurra que tal vez, solo tal vez... esta es mi oportunidad de arreglar las cosas con Sofía. De demostrarle que no soy el bastardo egoísta y despiadado que ella cree que soy.

Es una posibilidad remota, lo sé. Ella tiene todas las razones para odiarme, para no querer saber nada de mí. Pero tengo que intentarlo. Tengo que encontrar la manera de ganarme su perdón, su confianza... y quizás, algún día, su amor.

Porque la verdad es que, por mucho que haya intentado negarlo... nunca he dejado de amarla. Ella es la única mujer que ha tocado mi corazón, la única por la que he querido ser mejor.

Pero en el fondo, sé que no será fácil. He hecho mi cama, y ahora tengo que acostarme en ella.

Para bien o para mal... hasta que la muerte nos separe.

Dios nos ayude a ambos.

## 3

# SOFÍA

Tomo una respiración profunda antes de llamar a la pesada puerta de madera del estudio de mi padre. Mi corazón late con fuerza en el pecho, y una sensación de angustia se asienta en el fondo de mi estómago.

Sé de qué se trata esto.

Han pasado unos días desde la devastadora noticia del diagnóstico terminal de cáncer de Papá, y mis hermanas y yo hemos estado esperando ansiosas escuchar sobre sus planes para nuestro futuro.

—Pasa —dice la voz profunda de mi padre desde dentro.

Entro y cierro la puerta suavemente detrás de mí. Mi padre está sentado detrás de su imponente escritorio de caoba, mi madre de pie a su lado, con la mano apoyada delicadamente en su hombro. Ambos tienen expresiones serias, lo que solo aumenta mi incomodidad.

—Sofía, mi querida, siéntate por favor —dice Papá, señalando uno de los sillones de cuero frente a su escritorio.

Me desplomo en la silla, con las manos apretadas en mi regazo. —¿Se trata de... de los maridos que quieres encontrar para nosotras? —pregunto, con la voz temblorosa.

Papá asiente, intercambiando una mirada con Mamá. —Sí, así es. Hemos tomado una decisión sobre tu futuro, Sofía. He encontrado un marido para ti que fortalecerá a nuestra Familia y asegurará tu bienestar.

Trago saliva, preparándome para sus próximas palabras.

—Te casarás con Dominico Sicura —dice, con un tono que no deja lugar a réplica.

La habitación da vueltas a mi alrededor, y por un momento, creo que voy a desmayarme.

Dominico Sicura. El hombre que partió mi corazón en mil pedazos. El hombre que juré que nunca volvería a ver. Y ahora... ¿me están diciendo que tengo que casarme con él?

—No —susurro, negando con la cabeza. —No, Papá, por favor. Cualquiera menos él.

Mi padre frunce el ceño, inclinándose hacia adelante. —Sofía, sé que esto puede ser un shock, pero los Sicura han sido nuestros aliados durante mucho tiempo. Este matrimonio cimentará ese vínculo y te brindará la protección y el estilo de vida que mereces y a los que estás acostumbrada.

Quiero gritar, decirle que está cometiendo un terrible error. Que Dominico es un mentiroso y un tramposo, un hombre que me usó y me descartó como si no significara nada.

Pero no puedo. Nunca les conté a mis padres lo que ocurrió entre nosotros hace tantos años, sabiendo que se enfurecerían si descubrían que tuve relaciones con él fuera del matrimonio.

Así que, en cambio, tomo un respiro tembloroso y pregunto: —¿Qué te hizo elegir a Dominico, Papá? ¿De entre todos los hombres solteros de la ciudad?

Mi padre suspira, recostándose en su silla. —Los Sicura han sido nuestros aliados más fuertes durante generaciones, Sofía. Don Vincenzo y yo hemos sido amigos desde que éramos niños. Este matrimonio asegurará que nuestras Familias permanezcan unidas, incluso después de que yo me haya ido.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. Mi padre está muriendo, y está usando sus últimos días para atarme a un hombre que desprecio. Un hombre que hará de mi vida un infierno.

Pero ¿qué opción tengo? No puedo negarme, no sin revelar la verdad sobre mi pasado con Dominico. E incluso si lo hiciera, la palabra de mi padre es ley. Estoy atrapada, atada por las expectativas de mi familia y el mundo en el que vivimos.

Papá se inclina hacia adelante en su silla, con una expresión seria. —También son poderosos e inteligentes. Como la hermana mayor, necesitas la alianza más fuerte para ayudar a proteger a tus hermanas menores. Casarte con la familia Sicura les brindará esa protección y fortaleza.

Siento que no puedo respirar. La idea de estar atada a Dominico por el resto de mi vida, de tener que enfrentarlo todos los días sabiendo lo que me hizo... es demasiado para soportar.

Pero luego pienso en mis hermanas. Bianca, Chiara, Mia. Me necesitan fuerte, para hacer lo que sea mejor para nuestra familia. Si casarme con Dominico las mantendrá a salvo, entonces... entonces tengo que hacerlo.

Respira una hondo temblorosa. —Entiendo, papá. Si crees que este es el mejor curso de acción, entonces... me casaré con Dominico —digo con voz vacía.

Mi madre se acerca al escritorio para abrazarme, con los ojos brillando de lágrimas contenidas. —Oh, mi querida niña. Sé que esto no es lo que querías. Pero aprenderás a amar a Dominico con el tiempo. Es un buen hombre, de una buena familia.

Quiero reírme de la ironía de sus palabras. Si tan solo supiera la verdad sobre el hombre al que me está confiando, el que tomó mi virginidad y luego me dejó tirada. No es un buen hombre.

Pero fuerzo una sonrisa, abrazándola con fuerza, inhalando su perfume familiar.

—Lo intentaré, mamá —susurro, conteniendo las lágrimas—. Por el bien de nuestra familia, lo intentaré.

Pero incluso mientras digo las palabras, siento una sensación de desesperanza invadiéndome. ¿Cómo puedo aprender a amar a un hombre que me traicionó tan cruelmente? ¿Cómo puedo pasar el resto de mi vida con alguien en quien nunca podré confiar?

No puedo evitar sentir un profundo sentimiento de temor. Sé que casarme con Dominico me llevará a una vida de miseria. Nunca podría ser feliz con él, no después de lo que me hizo.

Pero, por otro lado, no creo que pueda ser feliz con ningún hombre. Mi corazón está demasiado roto, demasiado protegido para volver a amar de verdad.

Así que me casaré con Dominico. Cumpliré el deseo de mi padre y protegeré a mis hermanas, incluso si eso significa sacrificar mi propia oportunidad de ser feliz.

Porque eso es lo que significa ser una Marino. El deber y la familia siempre van primero.

Sin importar el costo.

Cuando estoy a punto de salir del estudio de mi padre, un pensamiento repentino me viene a la mente. Me doy la vuelta para enfrentar a mis padres, con el corazón palpitando en mi pecho.

—Papá, ¿cuándo... cuándo se supone que será la boda? —pregunto, tratando de mantener la voz firme—. Seguramente necesitaremos tiempo para planificar, para hacer los arreglos...

Alargaré esto tanto como sea posible. Intentaré encontrar un lugar que tenga una lista de espera de dos años. Sé que mi padre dijo que no le queda mucho tiempo, pero los médicos se equivocan todo el tiempo.

Mi padre intercambia una mirada con mi madre antes de volver a mirarme, con una expresión grave. —La boda tendrá lugar dentro de una semana, Sofía.

Siento que me han quitado el aire de golpe. ¿Dentro de una semana? Eso... eso es demasiado pronto. No estoy lista. No puedo prepararme para casarme con Dominico en tan poco tiempo.

—¿Una semana? —repito, con la voz apenas un susurro—. Pero papá, eso... eso no es suficiente tiempo. Necesito... necesito más...

—Lo siento, Sofía —dice mi padre, con un tono firme pero no desagradable—, pero la decisión está tomada. Con el tiempo que potencialmente me queda y los Sicuras ansiosos por formalizar la alianza, debemos actuar rápidamente para garantizar la estabilidad de ambas familias.

Siento que voy a vomitar. La habitación gira alrededor de mí, con puntos negros bailando ante mis ojos. Esto no puede estar pasando. Es demasiado, demasiado rápido.

—¿Sofía? Sofía, ¿estás bien? —La voz preocupada de mi madre suena lejana, como si me hablara desde bajo el agua.

Intento responderle, decirle que no, que no estoy bien. Que no puedo seguir adelante con esto. Pero antes de que pueda formar las palabras, el mundo se inclina sobre su eje y todo se oscurece.

Lo siguiente que sé es que estoy tendida en el sofá del estudio de mi padre, con el rostro preocupado de mi madre sobre mí. —Sofía, cariño, ¿me escuchas?

Parpadeo, tratando de despejar la niebla de mi mente. —¿Qué... qué pasó?

—Te desmayaste —dice mi padre, con el ceño fruncido de preocupación. —¿Te sientes bien?

Me incorporo lentamente, con la cabeza dando vueltas. —No... no lo sé. Es que... una semana, papá. Es demasiado pronto.

Él suspira y extiende la mano para tomar la mía. —Sé que es repentino, Sofía, y sé que no es lo que querías. Pero esto es por el bien de nuestra familia. Debes ser fuerte ahora, por todos nosotros.

Trago con dificultad, conteniendo las lágrimas que amenazan con caer. Tiene razón. Debo ser fuerte. Debo dejar mis sentimientos a un lado y hacer lo mejor por el apellido Marino.

Aunque eso signifique casarme con un hombre al que desprecio. Aunque eso signifique condenarme a una vida de miseria.

—Lo entiendo, papá —digo, con una voz apenas por encima de un susurro. —Haré lo que tengo que hacer.

Mi madre me abraza con fuerza, y sus propias lágrimas caen sobre mi hombro. —Mi valiente niña. Estoy tan orgullosa de ti.

Pero mientras estoy sentada allí, envuelta en el abrazo de mi madre, lo único que siento es una sensación de desesperanza.

Una semana. En tan solo siete días, seré la esposa de Dominico Sicura.

Y no hay nada que pueda hacer para evitarlo.

Mi destino está sellado, mi futuro decidido. Todo lo que puedo hacer ahora es intentar

encontrar la manera de sobrevivir a la mano que me ha tocado.

Pero en el fondo, sé que una parte de mí siempre pertenecerá a la joven que fui. La joven que creía en el amor, en la felicidad, en la posibilidad de una vida mejor.

La joven que murió el día que Dominico Sicura le rompió el corazón.

Ahora, todo lo que queda es una sombra. Un fantasma. Una mujer atrapada en una jaula dorada de su propia creación.

Y no tengo a nadie a quien culpar más que a mí misma.

## 4

# DOMINICO

Cierro de golpe la puerta de mi habitación, el sonido resonando por el pasillo. Estoy furioso y frustrado, con la mandíbula tan apretada que me duele. Desde que descubrí que estoy comprometido con Sofia Marino y que la boda es solo en una semana, he estado en un estado constante de rabia.

No puedo creer que mi padre me esté obligando a esto. Casarme con una mujer que me odia, todo por el bien de alguna alianza estúpida. No es justo. No está bien.

Un golpe en la puerta interrumpe mi cavilación. —¿Dom? ¿Puedo entrar? —Es Valentina, la única persona que parece entender por lo que estoy pasando.

—Sí, como quieras —murmuro, dejándome caer en la cama.

Valentina entra en la habitación, cerrando la puerta suavemente detrás de ella. Me mira a la cara y suspira, apartando un mechón de cabello detrás de su oreja. —Veo que sigues de mal humor.

—Claro que estoy de mal humor —espeto—. Me están obligando a casarme con una mujer que me desprecia, y no tengo ni voz ni voto en el asunto. ¿Cómo diablos se supone que esté feliz con eso?

Se sienta al borde de la cama, con una expresión compasiva. —Sé que no es lo ideal, Dom. Pero tal vez... tal vez no sea tan malo como crees. Sofia es una chica hermosa y viene de una buena familia.

Suelto una risa burlona. —Sofia no es solo una cara bonita, Val. Tiene fuego dentro, una terquedad que no tiene fin. Me hará la vida imposible, te lo garantizo.

Valentina se queda callada por un momento, estudiándome con atención. —¿De verdad se trata del matrimonio arreglado, Dom? ¿O se trata de lo que pasó entre tú y Sofia hace tantos años?

Me pongo tenso, con el corazón apretándose dolorosamente en mi pecho. —No sé de qué estás hablando.

—No me mientas, Dominico —dice con firmeza—. Sé que ustedes dos tuvieron algo cuando éramos adolescentes. Y sé que terminó mal. ¿Es eso lo que realmente pasa? ¿Todavía estás obsesionado con ella?

Me incorporo de golpe, con los puños apretados. —No estoy obsesionado con Sofia Marino —gruño—. Me importa un bledo. Esto se trata de que mi padre intenta controlar mi vida,

obligándome a un matrimonio que no quiero.

Valentina levanta las manos en señal de rendición. —Está bien, está bien. Lo siento. No quise presionarte.

Respiro hondo, intentando calmarme. —No, yo lo siento. No debería haberte hablado así. Es solo que... toda esta situación me está volviendo loco.

—No puedo decir que lo entienda —dice suavemente—. Pero Dom... tal vez esta sea una oportunidad para que arregles las cosas con Sofia. Para empezar de nuevo.

Solté una risa sin gracia. —¿Empezar de nuevo? Val, ella me odia. Y tiene todas las razones para hacerlo. Le rompí el corazón, destrocé su confianza. Me llevé su maldita virginidad y no me casé con ella. No hay vuelta atrás de eso.

Antes de que Valentina pudiera responder, otro golpe resonó en la puerta. —¡Dominico! —Era mi padre, y sonaba furioso.

Gemí, arrastrándome fuera de la cama y abriendo la puerta de golpe. —¿Qué?

Mi padre me fulminó con la mirada, los ojos entrecerrados. —Acabo de tener a dos de las sirvientas en mi oficina, llorando a mares. Al parecer, has estado descargando tu mal humor con el personal.

Puse los ojos en blanco. —Oh, por el amor de Dios. Solo están siendo sensibles.

—Mide tus palabras —espetó—. No permitiré que faltes al respeto a las personas que trabajan para esta familia. Puede que estés descontento con tu próximo matrimonio, pero eso no te da derecho a desquitarte con los demás.

Apreté la mandíbula, conteniendo la réplica que me surgía en los labios. Por mucho que me pese admitirlo, tiene razón. He sido un verdadero imbécil últimamente.

—Lo siento, padre —dije entre dientes—. No volverá a suceder.

Asintió con brusquedad. —Procura que no sea así. Ahora, tu madre te espera en el comedor. Quiere repasar algunos detalles de la boda.

Contuve un gemido. Lo último que quería era sentarme a otra sesión de planificación de la boda con mi madre, entusiasmada en exceso. Se ha sumergido en los preparativos con determinación, decidida a darme la boda perfecta a pesar del poco tiempo.

Pero sabía que era mejor no discutir. —Está bien. Bajaré enseguida.

Cuando mi padre se fue, Valentina me lanzó una sonrisa de complicidad. —La llamada del deber, ¿eh?

—Al parecer —murmuré—. Ni siquiera puedo ver a mi novia antes de la boda. Todo está sucediendo tan jodidamente rápido.

De repente, se me ocurrió una idea y sentí un destello de emoción en el pecho. —A menos que...

—¿A menos que qué? —preguntó Valentina, frunciendo el ceño.

Le sonreí, con un plan ya formándose en mi mente. —A menos que me cuele en la finca de los Marino y le eche un vistazo yo mismo.

Los ojos de Valentina se abrieron de par en par. —Dom, no. Es una idea terrible. Si te pillan...

—No me pillarán —dije con confianza—. Soy un Sicura, ¿recuerdas? El sigilo corre por mis venas.

Sacudió la cabeza, pero pude ver una sonrisa asomándose en sus labios. —Estás loco, ¿lo sabías?

—Loco de amor, quizás —bromeé, pero las palabras sonaron huecas incluso para mis

propios oídos.

Porque estoy loco. Loco por siquiera considerar buscar a Sofía después de todos estos años. Loco por pensar que verla hará que toda esta situación mejore de alguna manera.

Pero no puedo evitarlo. Necesito verla, necesito mirar a esos ojos azules y tratar de encontrar un destello de la chica que una vez conocí. La chica que amé.

Incluso si ahora me odia. Incluso si no hay esperanza para nosotros.

Tengo que intentarlo.



MIENTRAS AVANZO por los terrenos familiares de la finca Marino, una oleada de recuerdos me invade. Encuentros a altas horas de la noche, besos robados, promesas susurradas bajo las estrellas. A pesar de todo lo que ha pasado, no puedo evitar recordar esos momentos con una nostalgia agridulce.

Pero la dulzura está manchada por el amargo sabor de la culpa. Culpa por cómo lastimé a Sofía, por la forma en que destrocé su confianza y le rompí el corazón. Y debajo de eso, un resentimiento que hierve a fuego lento. Resentimiento por el destino que intenté escapar con todas mis fuerzas, el destino del que nunca pude huir.

Me detengo bajo el balcón de Sofía, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. ¿Cuántas veces escalé esas enredaderas cubiertas de hiedra, colándome en su habitación para pasar la noche con ella? ¿Teniendo que ser silenciosos mientras hacíamos el amor para no despertar a sus hermanas?

Parece que fue hace una vida.

Para mi sorpresa, Sofía está de pie en el balcón, con el rostro inclinado hacia la luna. La luz plateada proyecta un resplandor etéreo sobre sus delicados rasgos, haciéndola lucir aún más impresionante de lo que recordaba.

De repente, me llega la inspiración. ¿No le encanta a toda chica Romeo y Julieta? Esto es justo como la escena en la que Romeo le habla a Julieta desde su balcón. A todas las chicas les gusta un poco de romance.

Antes de que pueda convencerme de lo contrario, salgo de las sombras. —Sofía —llamo suavemente.

Ella se tensa, girando la cabeza para encontrar la fuente del sonido. Cuando sus ojos se posan en mí, se abren de par en par por la sorpresa. —¿Dominico? ¿Qué diablos haces aquí?

Doy un paso más cerca, con las manos levantadas en un gesto de apaciguamiento. —Necesitaba verte. Hablar contigo.

Sofía resopla, sus delicados rasgos contorsionándose en un ceño fruncido. —No tenemos nada de qué hablar. Tomaste tu decisión hace años, y yo he hecho las paces con eso.

—Por favor, Sofía —suplico, con el corazón en la garganta—. ¿Puedo subir? Solo por un momento.

Ella me mira desde arriba, sus ojos azules llenos de tanto veneno que doy un paso involuntario hacia atrás. —¿Hablar? ¿Quieres hablar ahora, Dominico? ¿Después de todo lo que has hecho?

Sus palabras son como una bofetada en la cara, un duro recordatorio del dolor que le he causado, pero siento un destello de irritación debajo de la culpa. ¿De verdad cree que soy el

único culpable aquí, que ella es completamente inocente en todo esto?

Aprieto los dientes, tratando de mantener mi temperamento bajo control. —Mira, sé que la cagué, Sofía. Pero nos casamos en una semana, nos guste o no. Lo menos que puedes hacer es escucharme.

Sofía resopla, sus delicados rasgos contorsionándose en una mueca de desprecio. —¿Escucharte? ¿Por qué debería molestarme? Solo vas a soltar alguna tontería sobre lo arrepentido que estás, sobre cómo nunca quisiste lastimarme. Bueno, adivina qué, Dominico: no quiero oírlo.

—¿Por qué no me dejas disculparme? —pregunto—. Sé que la cagué, Sofía. Sé que no merezco tu perdón. Pero este matrimonio... va a suceder, nos guste o no. ¿No podemos al menos intentar encontrar una manera de que funcione?

Sofía me mira incrédula, sus ojos abiertos de par en par por la incredulidad. —¿Que funcione? ¿Estás hablando en serio ahora? Me rompiste el corazón, Dominico. Destrozaste mi confianza. ¿Y ahora quieres que juegue a ser la prometida devota contigo solo porque nuestros padres lo dicen?

Sacude la cabeza, su voz goteando veneno. —Me casaré contigo porque no tengo otra opción. Pero no te engañes pensando que esto es algo más que un arreglo de negocios. Nunca te perdonaré por lo que hiciste, y definitivamente nunca volveré a amarte.

Siento que mi irritación se transforma en ira, caliente y afilada en mis venas. ¿Quién diablos se cree que es, actuando como si fuera la única que sufrió? ¿Como si fuera la única que tuvo que lidiar con las consecuencias de nuestro pasado?

—¿Sabes qué, Sofía? Tampoco eres exactamente inocente en todo esto —espeto, con la voz elevándose por la frustración—. Sabías en lo que te metías cuando empezaste a vernos a escondidas. Sabías los riesgos.

Ella retrocede como si la hubiera abofeteado, sus ojos se abren de par en par por el shock y la furia. —¿Cómo te atreves a intentar echarme la culpa a mí? *Tú* eres el que me rompió el corazón, Dominico. *Tú* eres el que me dejó atrás sin pensarlo dos veces.

—¡Y tú eres la que se niega a darme siquiera la oportunidad de explicarme! —grito, con los puños apretados a los costados, sin importarme si alguien puede oírme—. Estás tan sumida en tu propio dolor que no puedes ver más allá de tu nariz.

Sofia se inclina sobre la barandilla, su voz gotea veneno, sus ojos azules como astillas de hielo. —Aquí tienes una idea. ¿Por qué no te mueres antes de nuestro día de la boda? Eso me vendría de maravilla.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, sacándome el aire de los pulmones. La miro incrédulo, mi ira cediendo paso a un dolor sordo y punzante. ¿De verdad es eso lo que quiere? ¿Que simplemente... desaparezca?

Antes de que pueda responder, Sofia da media vuelta y regresa a su habitación, cerrando las puertas de golpe. Me quedo allí parado, con la mente dando vueltas.

Sabía que estaba enojada. Sabía que me resentía. Pero nunca me di cuenta de cuánto me odia.

Mientras regreso a mi coche, puedo sentir cómo mi propio resentimiento crece, la rabia corriendo por mis venas. ¿Por qué debería ser yo el único que intenta hacer las paces? ¿Por qué debería ser yo el único dispuesto a esforzarme para que este matrimonio funcione?

Si Sofia quiere aferrarse a su odio, a revolcarse en su dolor... entonces bien. Que lo haga. Yo haré de marido cumplidor, de pareja comprensiva. Pero no dejaré que me destroce. No permitiré que su frialdad, su crueldad, destruyan al hombre que tanto he trabajado en ser.

Tengo mis propias heridas que lamer, mis propios demonios con los que luchar. Y si Sofia no

está dispuesta a encontrarme a mitad de camino, entonces que así sea.

Sobreviviré a este matrimonio. Encontraré la manera de coexistir con ella, de construir una vida juntos, aunque no sea la que una vez soñé.

Pero no dejaré que me destroce.

No dejaré que gane.

## 5

# SOFÍA

Me paro frente al espejo de cuerpo entero, mirando mi reflejo en el impresionante vestido blanco de novia. Es una obra maestra de encaje delicado y satén brillante, el tipo de vestido con el que todas las chicas sueñan para su día especial. Pero lo único que siento es una ironía amarga.

Blanco. El color de la pureza, de la inocencia. El color destinado a las novias intocadas, con su virtud intacta y sin mancha.

Qué chiste.

No he sido pura desde que tenía diecisiete años. Desde ese día en que me entregué a Doménico Sicura en el bosque, contra un árbol. El día en que me quitó la virginidad y me prometió un para siempre, solo para destrozar mi corazón en mil pedazos.

Me pregunto qué dirían mis padres si supieran que su preciada hija no es la virgen tímida que creen que soy. ¿Se sorprenderían? ¿Se horrorizarían? ¿Mi padre se desplomaría en el acto, su corazón cediendo ante la vergüenza y la deshonra?

Una parte de mí quiere reírse de lo absurdo de todo esto. Aquí estoy, a punto de caminar hacia el altar con un vestido que simboliza mi virtud intacta, cuando el hombre que me espera al final es el mismo que me la arrebató.

Pero no puedo decirles la verdad, no puedo dejar que vean a la chica manchada y rota bajo esa fachada prístina. Necesitan creer en la ilusión, en la imagen cuidadosamente construida de la hija perfecta de los Marino.

Incluso si eso significa vivir una mentira. Incluso si eso significa atarme al hombre que me traicionó, al que juré que nunca perdonaría.

Pienso en la otra noche, cuando Dom tuvo el descaro de colarse en nuestra propiedad. Como solía hacerlo cuando éramos jóvenes e imprudentes, cuando creía que nuestro amor era algo legendario.

¿De verdad pensó que me gustaría ese homenaje a Romeo y Julieta? ¿Quién diablos se cree que soy? ¿Cree que no he madurado en los cuatro años desde la última vez que nos vimos?

Dom quería que olvidara el pasado, que le diera una oportunidad para explicarse. Como si cualquier cosa que dijera pudiera borrar el dolor que me causó, la confianza que destrozó.

Le dije que deseaba que se muriera antes de nuestro día de boda, y en ese momento, lo dije con toda mi alma. Prefiero enfrentar una vida de soledad que estar atada al hombre que me

destruyó.

Pero di mi palabra. Acepté este matrimonio. Y un Marino nunca rompe una promesa.

Aun así, no puedo evitar preguntarme... ¿realmente podré hacer esto? ¿Podré pasar el resto de mis días despertando junto a un mentiroso, un hombre cuya sola presencia me hace querer vomitar?

Un golpe en la puerta me saca de mis pensamientos. —Sofía, es hora. —La voz de mi madre es suave, pero puedo escuchar la ansiedad que subyace.

Tomo una respiración profunda, alisando mis manos sobre el corpiño de mi vestido. Este es el momento. El momento que he estado temiendo, el momento que determinará el curso de mi vida.

Pienso en mis hermanas, en las cargas que tendrán que soportar en nombre del deber y el honor. Pienso en mi padre, su último deseo de ver a sus hijas seguras y cuidadas.

Puedo hacer esto. Debo hacer esto. Por ellas, si no por mí.

Con una última mirada al espejo, enderezo los hombros y levanto la barbilla. Puede que me case con un hombre que detesto, un hombre que destrozó a la niña inocente que solía ser... pero no dejaré que me destroce a mí.

Soy Sofia Marino, hija del hombre más poderoso de la ciudad. Enfrentaré este matrimonio con la misma fuerza y determinación que fluye por mis venas.

Aunque signifique renunciar a mi propia felicidad por el bien de mis hermanas.

Aunque signifique vivir una vida de silenciosa miseria.

Perseveraré. Resistiré.

~

AL ENTRAR a la iglesia del brazo de mi padre, me sorprende momentáneamente la cantidad de personas que llenan los bancos. Parece que toda la ciudad ha acudido para presenciar el matrimonio de la hija de Don Marino con el hijo de Don Sicura. El aire está cargado de anticipación y el perfume embriagador de las flores.

Miro a mi padre y mi corazón se encoge al ver las lágrimas no derramadas brillando en sus ojos. Se ve tan guapo y orgulloso en su esmoquin hecho a medida, con los hombros erguidos a pesar de su diagnóstico de cáncer.

—Te ves hermosa, *mi figlia* —susurra, con la voz ronca de emoción.

Sus palabras me hacen un nudo en la garganta y contengo mis propias lágrimas. —Gracias, papá —murmuro, apretando su brazo—. No estaría aquí sin ti.

Él sonríe con ternura y me da una palmadita en la mano. —Siempre me tendrás, Sofia. Incluso cuando no esté, siempre estaré contigo.

Asiento, sin confiar en mi voz.

Al comenzar nuestra lenta marcha por el pasillo, me obligo a mirar hacia adelante, hacia el hombre que me espera en el altar. Dominico Sicura se ve devastadoramente guapo en su esmoquin negro, con el cabello oscuro pegado hacia atrás y sus rasgos tallados con una expresión solemne.

Pero todo lo que puedo sentir es un odio ardiente, un resentimiento hirviente que amenaza con consumirme. Le lanzo una mirada asesina, maldiciéndolo en silencio con toda la vileza y amargura que puedo concebir.

¿Cómo se atreve a estar allí, luciendo tan tranquilo y sereno? ¿Cómo se atreve a actuar como si esto fuera solo otro negocio, otro movimiento estratégico en el interminable juego de poder y control?

Quiero gritar, arrancarme este vestido sofocante y correr lo más lejos que pueda. Pero me obligo a seguir caminando, a mantener la ilusión de la novia perfecta y obediente.

Cuando llegamos al altar, mi padre se da la vuelta para mirarme, tomando ambas manos en las suyas. Sus ojos brillan de amor y orgullo, y siento que mis propias lágrimas amenazan con derramarse.

—Sofia, *mi amore* —comienza, su voz resonando en la iglesia en silencio—. Desde el momento en que naciste, supe que estabas destinada a la grandeza. Siempre has sido la luz de nuestra familia, la que trae alegría y risas incluso en los días más oscuros.

Hace una pausa, tomando un aliento tembloroso. —Sé que enfrentarás este matrimonio con la misma gracia y fuerza que pones en todo lo que haces. Eres una Marino, Sofia, y los Marino nunca se doblegan ante un desafío.

Sus palabras me envuelven, llenándome de una mezcla agridulce de amor y tristeza. Sé que tiene razón. Sé que no tengo más remedio que seguir adelante. Pero eso no hace que la realidad sea más fácil de soportar.

—Te quiero, papá —susurro, con la voz quebrada—. Haré que te sientas orgulloso. Te lo prometo.

Él sonríe, mientras una lágrima resbala por su mejilla. —Ya lo has hecho, *mi figlia*. Más de lo que nunca podrías imaginarte.

Con un último apretón de manos, da un paso atrás y coloca mi mano en la palma esperanzadora de Dominico. Apenas logro reprimir un escalofrío al contacto, sintiendo cómo la piel se me eriza de repulsión.

Pero me obligo a sostener su mirada, a mirar fijamente esos ojos avellana que alguna vez irradiaron calidez y cariño. Ahora, solo veo a un extraño frío y calculador, a un hombre que ya no reconozco.

Mientras el sacerdote comienza la ceremonia, dejo que mi mente divague, refugiándome en la seguridad de mis propios pensamientos. Pienso en mis hermanas, en las protecciones que obtendrán gracias a este matrimonio. Nadie querrá enfrentarse a la nuera de Don Sicura. Pienso en mi madre, en lo frágil que estará después de que mi padre fallezca. ¿Cómo se protegerá ella?

Y pienso en mi padre, el hombre que siempre ha sido mi roca. El hombre que lentamente se está desvaneciendo de mi vida.

Puede que me case con un monstruo, un hombre que destrozó mi corazón y acabó con mi fe en el amor. Pero al menos tengo este momento, este precioso recuerdo del amor y el orgullo de mi padre.

Es lo único que hace que este día sea soportable. Lo único que me da la fuerza para enfrentar el futuro incierto que se extiende ante mí.

Cuando el sacerdote nos declara marido y mujer, siento una ola de náuseas invadirme. Esto es todo. El momento que tanto he temido, el momento que sella mi destino.

Dominico se inclina para besarme, e instintivamente giro la mejilla, negándome a dejar que sus labios toquen los míos. No soporto la idea de besarlo, de sentir su piel contra la mía. Es demasiado íntimo, demasiado doloroso.

Vacila por un momento, pero rápidamente se recupera, colocando un beso casto en mi mejilla. Puedo escuchar los murmullos de los invitados, los susurros de especulación y

curiosidad.

Pero no me importa. Que hablen. Que se pregunten por qué la novia parece más una prisionera siendo llevada al patíbulo que una mujer enamorada.

Mientras regresamos por el pasillo, mantengo la mirada fija al frente, negándome a encontrarme con la de nadie. Siento el brazo de Dominico tensarse bajo mis dedos, pero no me atrevo a mirarlo.

La recepción es un borrón de sonrisas forzadas y conversaciones corteses. Me muevo entre la multitud como un fantasma, con la mente entumecida y el corazón pesado.

Y entonces, llega el momento que tanto he temido. La banda entona una melodía lenta y romántica, y los invitados comienzan a despejar la pista de baile.

Es hora de nuestro primer baile como marido y mujer.

Dominico toma mi mano, guiándome hacia la pista. Su tacto se siente como una marca, quemando mi piel y revolviendo mi estómago.

Cuando me atrae hacia sus brazos, lucho contra el impulso de retroceder, de empujarlo y huir lo más lejos que pueda. La sensación de su cuerpo contra el mío, el aroma de su colonia, es demasiado. Demasiado familiar, demasiado doloroso.

Los recuerdos inundan mi mente, recuerdos de besos y risas. Recuerdos de la chica que solía ser, la chica que creía en el amor y en los finales felices.

La chica que Dominico destruyó al destrozar mi corazón.

Cierro los ojos, tratando de bloquear el dolor, la añoranza agridulce y el arrepentimiento. Pero es imposible. Cada paso, cada giro, cada roce de su mano en mi cintura... es un recordatorio de todo lo que he perdido.

De todo lo que él me arrebató.

Siento las lágrimas arder detrás de mis párpados, amenazando con derramarse y arruinar el maquillaje cuidadosamente aplicado que oculta mis ojeras y ojos hinchados.

Pero no dejaré que caigan. No le daré la satisfacción de verme llorar, de saber cuánto me ha lastimado.

Así que me obligo a seguir bailando, a moverme como una marioneta en sus hilos. Me imagino en otro lugar, lejos de esta pesadilla.

En un lugar donde soy libre, donde soy feliz. Donde el hombre que me sostiene en sus brazos es alguien que me ama, alguien que nunca me traicionaría.

Pero no es más que una fantasía, un sueño fugaz que se disuelve como la niebla ante la cruda luz de la realidad.

Esta es mi vida ahora. Este es el precio que he pagado por el deseo de mi padre en su lecho de muerte.

Mientras la música alcanza su crescendo, mientras Dominico me gira y me atrae de nuevo hacia sus brazos, siento que un pedazo de mi alma se marchita y muere.

Porque esto es solo el principio. El dolor y la angustia, la amargura y el resentimiento... serán mis constantes compañeros, mis invitados no deseados en esta farsa de matrimonio.

Y no hay nada que pueda hacer al respecto, nada que pueda decir o hacer para cambiar las cartas que me han repartido.

Todo lo que puedo hacer es sobrevivir. Todo lo que puedo hacer es aguantar.

Incluso si eso significa vivir una vida que se siente como una muerte lenta y agonizante.

Incluso si eso significa renunciar a mi propia felicidad, a mis propios sueños y deseos.

Ahora soy Sofía Sicura, y cargaré con este peso durante el tiempo que sea necesario.

Sin importar cuánto me rompa. Sin importar cuánto me duela.

## 6

# DOMINICO

Las bodas se supone que son uniones sagradas, una celebración del amor y el compromiso ante Dios y los hombres. Pero mi propia boda con Sofia Marino no es más que una farsa, una burla de todo lo que alguna vez creí.

Mientras estoy en el altar, esperando a que mi novia haga su entrada, siento una inquietud revolviéndome en el estómago. No es así como me imaginaba mi día de boda. No es el futuro que había soñado para mí.

Se suponía que viajaría. Vería el mundo. Experimentaría la *vida*.

Pero entonces la música crece, y las puertas al fondo de la iglesia se abren. Y allí está ella.

Sofia.

Por un momento, olvido cómo respirar. Parece un ángel, resplandeciente en un vestido blanco que se ajusta a sus curvas como una segunda piel. Su cabello oscuro está recogido en un elegante moño, exponiendo la curva grácil de su cuello. Es impresionante, una visión de belleza y gracia, con su mano apoyada en el brazo de su padre. Don Marino mira a la congregación con alegría y orgullo en sus ojos azules.

Pero entonces nuestros ojos se encuentran, y la ilusión se desvanece.

Odio. Eso es todo lo que veo en esas profundidades azules heladas. Un odio puro y sin adulterar. Es una mirada a la que me he acostumbrado a lo largo de los años por parte de otras personas, pero verla en su rostro, en nuestro día de boda... es como un cuchillo en el corazón.

Me obligo a apartar la mirada, a concentrarme en las palabras del sacerdote mientras comienza la ceremonia. Pero puedo sentir la mirada de Sofia sobre mí y percibir la tensión que emana de ella en oleadas.

Esto no es una unión de amor. Es un arreglo de negocios, una alianza estratégica forjada en nombre del poder y el control. Somos todos títeres en manos del destino, y rara vez vemos los hilos.

Excepto en esta situación. Los hilos los manejan claramente nuestros padres, manipulando cada uno de nuestros movimientos.

Y, sin embargo, mientras deslizo el anillo en el dedo de Sofia, mientras prometo amarla y cuidarla hasta que la muerte nos separe... una parte de mí desea que fuera real. Una parte de mí anhela el amor y la compañía que alguna vez compartimos.

Pero eso es un sueño tonto. Sofia nunca me perdonará por lo que hice, por la forma en que le

rompí el corazón y la abandoné.

Cuando el sacerdote nos declara marido y mujer, me inclino para besar a mi novia, pero ella gira la cabeza en el último momento, ofreciéndome su mejilla en lugar de sus labios.

Es un gesto pequeño, pero dice mucho. Puedo escuchar los murmullos de los invitados al presenciar esta desobediencia. Apenas puede soportar que la toque, y mucho menos que la bese.

La recepción es un borrón de sonrisas forzadas y conversaciones educadas. Me muevo como un autómata, estrechando manos y aceptando felicitaciones de los asistentes.

Pero todo en lo que puedo pensar es en la mujer a mi lado, la mujer que ahora es mi esposa solo de nombre.

Apenas recuerdo los discursos, la comida sabe a ceniza en mi boca mientras trago bocado tras bocado, mi padre observándome con atención desde su mesa, mi madre sonriendo a su lado.

Y entonces, llega el momento que he estado temiendo. La banda comienza a tocar una melodía lenta y romántica, y los invitados comienzan a despejar la pista de baile.

Es hora de nuestro primer baile como marido y mujer.

Puedo ver el disgusto escrito en el rostro de Sofia, la forma en que su cuerpo se tensa cuando le ofrezco mi mano. Pero la toma, permitiéndome guiarla a la pista de baile.

Mientras comenzamos a movernos, me sorprende lo perfectamente que encajamos. Nuestros cuerpos se mueven al unísono, deslizándonos por la pista con una gracia y elegancia que ocultan el caos que hay debajo de la superficie.

Puedo escuchar los murmullos de aprobación del público, los ohs y ahs mientras nos observan bailar. Somos la imagen de la compostura y la sofisticación, el epítome de una pareja perfecta.

Pero todo es una mentira, una fachada cuidadosamente elaborada.

Porque debajo de la superficie, no hay más que dolor y resentimiento, amargura y traición.

Sostengo a Sofía cerca, inhalando el aroma de su perfume, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío. Y por un momento, me permito fingir.

Fingir que esto es real, que la mujer en mis brazos me ama. Que este es un matrimonio de nuestra elección, una unión que deseamos.

Fingir que tenemos un futuro juntos, una vida de felicidad y alegría extendiéndose ante nosotros.

Pero es solo una fantasía, un sueño fugaz que se disuelve como la niebla bajo la cruda luz de la realidad.

Porque Sofía nunca será mía. No de la manera que importa.

Puede llevar mi anillo, puede llevar mi apellido... pero su corazón nunca me pertenecerá.

Mientras nos deslizamos por la pista de baile, me inclino hacia Sofía, mis labios rozando su oído. —Estás hermosa esta noche —murmuro, intentando romper la tensión helada entre nosotros—. Ese vestido te queda impresionante.

Sofía se tensa en mis brazos, sus ojos azules relampagueando de ira. —Estoy segura de que puedes encontrar a muchas otras chicas que estarían más que felices de ponértelo —sisea, su voz cargada de veneno—. Pero no te encariñes demasiado. Tengo la intención de quemarlo tan pronto como tenga la oportunidad, ahora que sé que te gusta.

Siento una oleada de irritación por sus palabras, por la forma en que convierte mi cumplido en una acusación. —¿Qué, me estás dando permiso para andar de juerga ahora? —pregunto sarcásticamente, apretando mi agarre en su cintura—. Qué generosa eres.

Sofía suelta una risa amarga, el sonido rasgando mis nervios. —Oh, por favor. Como si

alguna vez hubieras necesitado mi permiso antes. ¿Por qué empezar a pedirlo ahora?

Sus palabras me hieren profundamente, golpeándome como un puñetazo en el estómago. Sé que se refiere al pasado, a la mentira que le conté hace tantos años para asegurarme de que nuestra ruptura fuera permanente.

Pero escucharla echármelo en cara, en nuestro día de boda, de todos los días... es demasiado.

—Sabes, para alguien que dice odiarme tanto, pareces bastante obsesionada con mi vida sexual —espeto, mi temperamento ardiendo—. ¿Qué pasa, Sofía? ¿Celosa de que no seas la única que ha probado el encanto Sicura?

Los ojos de Sofía se estrechan, sus dedos clavándose en mi hombro. —Arrogante bastardo —escupé, su voz temblando de rabia—. ¿Crees que me importan tus putas? No te tocaría ni aunque fueras el último hombre en la tierra.

Siento un destello de dolor por sus palabras, por el disgusto y el desprecio en su voz. Pero lo reprimo, ocultándolo con una mueca. —Bueno, eso es una lástima, cariño, porque te guste o no, ahora estás atada a mí. Hasta que la muerte nos separe, ¿recuerdas?

Los labios de Sofía se curvan en una sonrisa burlona, sus ojos brillando con malicia. —Oh, lo recuerdo. Pero tal vez tenga suerte y tu muerte llegue mucho antes de lo esperado. Pero déjame dejar una cosa clara, Dominico. Este matrimonio puede ser un requisito legal, pero eso es todo lo que es. Nunca volveré a cometer el error de amarte. Para mí, no eres más que un medio para un fin, una herramienta para usar y descartar cuando haya terminado contigo.

Siento una oleada de ira por sus palabras, por la forma en que reduce nuestra relación a una fría y clínica transacción. —¿Ah, sí? —gruño, mi voz baja y peligrosa—. Bueno, déjame recordarte algo, Sofía. No soy solo un peón en tu pequeño juego. Ahora soy tu marido, te guste o no. Y no seré descartado como basura de ayer.

Sofía abre la boca para replicar, pero en ese momento, la música alcanza un crescendo y el baile llega a su fin. Nos separamos, ambos respirando con dificultad, nuestras miradas encerradas en una batalla silenciosa de voluntades.

A nuestro alrededor, los invitados estallan en aplausos, ajenos a la tensión que chispea entre nosotros. Ponemos sonrisas falsas, inclinándonos y haciendo reverencias ante la multitud.

Suelto la mano de Sofía como si fuera una brasa ardiente. No soporto la sensación de su piel contra la mía, la forma en que su contacto envía chispas de electricidad por mis venas.

Es una ironía cruel, de verdad. La mujer que una vez amé más que a la vida misma, la mujer por la que habría movido cielo y tierra para estar con ella... es ahora la última persona con la que quiero estar.

Pero no es solo por el odio y el resentimiento que flotan entre nosotros como una nube venenosa. No, es algo peor, algo que me retuerce las entrañas y hace que mi corazón duela con un anhelo agridulce.

Todavía me siento atraído por ella. Incluso después de todos estos años, incluso después de todo lo que ha pasado entre nosotros... no puedo negar la atracción que siento hacia ella, la forma en que mi cuerpo responde a su presencia como una polilla atraída por una llama.

Es algo enfermizo y retorcido, este deseo que lucha contra mi ira y mi dolor. Sé que Sofia no quiere tener nada que ver conmigo, que preferiría caminar descalza sobre brasas ardientes antes de permitir que la toque de nuevo.

Y, sin embargo, no puedo evitar que mis ojos se detengan en la curva de su cuello, en el volumen de sus pechos, en el vaivén de sus caderas al moverse. No puedo evitar los recuerdos que inundan mi mente, el fantasma de sus labios sobre los míos, su cuerpo moviéndose debajo de

mí mientras me hundía en ella.

Es un tipo especial de infierno, estar tan cerca de la mujer que una vez adoré, la mujer que todavía deseo con cada fibra de mi ser... y saber que me desprecia, que se apartaría de mi toque como si fuera veneno.

Y ahora, se espera que vivamos juntos. Que compartamos un hogar, una cama, una vida. Como marido y mujer.

El pensamiento hace que mi estómago se revuelva con una mezcla de temor y anticipación, miedo y anhelo. ¿Cómo se supone que sobreviva a esto? ¿Cómo se supone que mantenga la distancia, que respete los límites que Sofia ha trazado tan claramente... cuando cada célula de mi cuerpo me grita que la tome en mis brazos, que la reclame como mía de una vez por todas?

No tengo idea, pero una cosa es segura como el demonio.

Necesito alejarme de ella. Necesito poner algo de distancia entre nosotros antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

Así que huyo de la pista de baile como un cobarde. Me abro paso entre la multitud de felicitadores y bienquerientes, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, mi piel erizándose con el recuerdo del toque de Sofia.

Necesito un trago. Necesito una docena de tragos. Necesito algo, cualquier cosa, para adormecer el dolor y la confusión, el deseo y la desesperación que luchan dentro de mí.

Pero incluso mientras me dirijo al bar, incluso mientras me tomo trago tras trago de líquido ámbar ardiente... sé que es inútil.

Porque no importa cuánto beba, no importa cuánto intente olvidar... Sofia siempre estará ahí.

Ella es parte de mí, me guste o no.

Y ahora, es mi esposa.

7

# SOFÍA

La tensión es tan espesa que se podría cortar con un cuchillo cuando Dominico y yo entramos en el ala de la finca de su familia que ahora servirá como nuestro hogar conyugal. Los opulentos alrededores hacen poco para aliviar el miedo que revuelve en mi estómago, la conciencia de que ahora estoy atrapada en esta jaula dorada junto a un hombre al que detesto.

Recuerdo el final de nuestra boda. Mi padre, sus ojos brillando de orgullo y amor mientras besaba mi mejilla. Escucho su voz, áspera por la emoción al decirme lo orgulloso que está de mí, lo valiente y fuerte que soy.

Veo a mi madre, su hermoso rostro surcado de lágrimas mientras me abraza con fuerza, susurrando palabras de amor y aliento al oído.

Y veo a mis hermanas, sus ojos grandes y solemnes mientras me miran irme con mi nuevo esposo, siendo testigos del sacrificio que hago por nuestra familia.

Mientras nos dirigimos al dormitorio, siento los ojos de Dominico sobre mí, su mirada ardiendo en mi espalda como una marca. Odio la forma en que mi cuerpo reacciona ante él, el traicionero aleteo de deseo que se agita en mi vientre a pesar de la ira y el resentimiento que me consumen.

Comenzamos a desvestirnos en silencio, el crujido de la tela y el tintineo de los botones son los únicos sonidos en la habitación. Mantengo la espalda hacia él, mis dedos tiemblan ligeramente al desabrochar mi vestido y dejarlo caer a mis pies.

Siento a Dominico moviéndose detrás de mí, el calor de su cuerpo irradiándose a través del espacio que nos separa. Me doy la vuelta, deseando alejarme de él.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Dominico está ahí parado solo con sus pantalones, su pecho desnudo y brillante bajo la luz tenue. Sus ojos color avellana están fijos en mí, una mezcla de deseo y determinación revolviéndose en su profundidad.

Maldición, odio cómo mi cuerpo responde ante él, como si recordara lo que era tenerlo encima de mí, su lengua deslizándose por mis pechos, mi vientre...

El deseo se acumula en lo más bajo de mi vientre, y casi me retuerzo mientras los recuerdos de él lamiendo mi sexo vuelven a mí. Pero no puedo mostrarle que estoy excitada.

Afortunadamente, todo lo que tiene que hacer es abrir la boca y enseguida me seco.

—Sabes, ahora que estamos casados, lo correcto es que consumemos el matrimonio.

Sus palabras cuelgan en el aire como un desafío. Me pongo tensa, mi corazón late con fuerza en mi pecho.

Una oleada de ira me invade por su presunción, por la forma en que parece creer que tiene algún tipo de derecho sobre mi cuerpo ahora que estamos legalmente unidos.

—¿De verdad? —pregunto fríamente, mi voz goteando desprecio—. Pues tengo una idea. ¿Por qué no te vas al infierno en su lugar?

Dominico entrecierra los ojos, su mandíbula apretándose por la furia apenas contenida. —Maldición, Sofía, estoy tratando de ser razonable aquí. Ambos sabemos que este matrimonio conlleva ciertas... expectativas. Proporcionar un heredero es una de ellas.

Suelto una risa cortante, cruzando los brazos sobre mi pecho. —Ah, ¿así que de eso se trata? ¿Ahora que estamos "casados" crees que sacarás un hijo de mí? Pues déjame aclararte algo, Dominico. Puedo ser tu esposa de nombre, pero nunca seré tu yegua de cría. Encuentra otra forma de conseguir tu heredero.

Aunque, ahora que lo digo en voz alta, se me ocurre una idea. Tal vez debería quedarme embarazada para asegurarme de que no me toque durante nueve meses o más. Ojalá sea un niño para poder prohibirle que me toque nunca más.

Pero no puedo decirle nada de esto.

Sus fosas nasales se dilatan y sus manos se cierran en puños a los costados mientras me fulmina con la mirada. —Sofía, estás siendo irracional. Sabes tan bien como yo que esta es una situación lejos de ser ideal, pero lo hecho, hecho está.

—No, Dominico —espeto—. No, lo hecho es lo que hiciste cuando me traicionaste. Tomaste tus decisiones y ahora tienes que vivir con las consecuencias. No soy tuya para dominarme solo porque lograste atraparme en esta miserable excusa de matrimonio.

Los ojos de Dominico brillan de ira ante mi desafío, y antes de que pueda reaccionar, me está inmovilizando contra la pared, su cuerpo presionando con fuerza contra el mío. Jadeo por el contacto repentino, mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras su rostro se cierne a escasos centímetros del mío.

—Escúchame, Sofía —gruñe, su aliento caliente contra mi piel—. Te guste o no, estamos atados de por vida. Así que más te vale acostumbrarte a la idea de ser mi esposa, en todos los sentidos de la palabra.

Lo miro con furia, intentando ignorar el calor traicionero que se enreda en mi vientre por su proximidad. A pesar del odio que arde en mis venas, no puedo negar la atracción que aún burbujea entre nosotros, la inevitable conexión de su cuerpo contra el mío.

Ha cambiado desde la última vez que estuvimos juntos, sus hombros más anchos, sus músculos más definidos. La suavidad juvenil de su rostro ha dado paso a ángulos marcados y una barba bien cuidada, la oscura sombra resaltando la línea afilada de su mandíbula.

Es un hombre ahora, en todos los sentidos de la palabra. Y, Dios me ayude, lo deseo. Incluso mientras lo odio, incluso mientras maldigo su misma existencia... anhelo su tacto, su beso, la sensación de su piel contra la mía.

—¿Por qué aceptaste casarte conmigo, Sofía? —pregunta, su voz un retumbar bajo en su pecho—. Si me odias tanto, ¿por qué seguir con esta farsa de boda?

Lo miro directamente, mi mentón alzado en desafío. —¿Por qué aceptaste *tú* casarte conmigo, Dominico? Hiciste muy claro hace cuatro años que no me querías. Entonces, ¿por qué atarte a una mujer que apenas soportas mirar? ¿A una mujer con la que nunca quisiste casarte?

Me observa durante un largo momento, sus ojos buscando en los míos como si intentaran

encontrar alguna verdad oculta. Y entonces, una lenta y maliciosa sonrisa se dibuja en sus labios.

—Te diré por qué acepté casarme contigo, Sofía... si tú me dices por qué aceptaste casarte conmigo.

Lo miro, mi mentón alzado en desafío, incluso mientras mi corazón se retuerce de dolor. —Acepté casarme contigo porque mi padre está muriendo, Dominico. Quería verme establecida y segura antes de que falleciera, y una alianza con tu Familia era la mejor manera de proteger a mis hermanas.

Los ojos de Dominico se abren, sorpresa y algo más parpadeando en su rostro. Da un pequeño paso atrás, su agarre sobre mí aflojándose ligeramente.

—Sofía, yo... lamento lo de tu padre —dice suavemente, su tono genuino—. No tenía idea de que estaba enfermo.

Su inesperada compasión me toma por sorpresa, y siento cómo mi garganta se tensa de emoción. —Hice lo que tenía que hacer por mi familia, Dominico. Los Sicura son nuestros aliados más fuertes. No podía arriesgarme a dejar a mis hermanas vulnerables.

Asiente lentamente, su expresión pensativa. —Lo entiendo. Pero Sofía, debes saber que nuestras Familias seguirían siendo aliadas, independientemente de nuestro matrimonio. Ese vínculo nunca debería estar en duda.

Parpadeo para contener las lágrimas que me pican en los ojos, mi corazón apretándose por sus palabras. He estado tan enfocada en ser fuerte por mis hermanas, en mantener una fachada valiente tras el diagnóstico de mi padre... que no me he permitido llorar, sentir el peso completo de mi propio dolor.

Pero aquí, en este momento, con Dominico mirándome con una compasión tan inesperada... siento que algo dentro de mí se quiebra.

Una sola lágrima se desliza por mi mejilla, seguida de otra, y otra. Intento girar mi rostro, esconder mi debilidad de él... pero él levanta la mano, sus dedos sujetando suavemente mi mentón.

—Sofía —murmura, su voz suave y tierna—. Está bien llorar. Está bien sentir el dolor de perder a tu padre.

Y con esas palabras, la represa dentro de mí se rompe.

Entierro mi rostro en su pecho desnudo, mi cuerpo tembloroso por los sollozos mientras el dolor que he estado reprimiendo por tanto tiempo sale de mí como una inundación. Los brazos de Dominico me envuelven, sosteniéndome cerca mientras acaricia mi cabello.

Dios, qué noche de bodas.

Permanecemos así durante un largo momento, mis lágrimas empapando la tela de su camisa mientras él murmura palabras suaves de consuelo contra mi cabello.

Mientras lloro en el pecho de Dominico, siento un cambio en el aire entre nosotros. La corriente eléctrica de atracción que siempre ha estado latente bajo la superficie de nuestras interacciones de repente cobra vida, encendiendo un fuego en mis venas.

Lo miro, mis ojos aún brillantes por las lágrimas, y la intensidad en su mirada me deja sin aliento. Hay hambre allí, una necesidad cruda y primitiva que hace eco del anhelo en mi propio cuerpo.

Y entonces, antes de que pueda pensar, antes de que pueda convencerme de lo contrario... él me está besando.

Sus labios chocan contra los míos, ardientes y exigentes, y jadeo ante la sensación. Sé que debería alejarlo y abofetearlo por atreverse a besarme cuando estoy emocionalmente vulnerable.

Pero, en lugar de eso, me encuentro derritiéndome en el beso, mi cuerpo respondiendo ansiosamente a su toque.

Es como si el tiempo no hubiera pasado, como si aún fuéramos aquellos mismos adolescentes desesperados y apasionados que no podían mantenerse alejados. Los años de dolor y traición desaparecen, y todo lo que queda es el calor abrasador de nuestro deseo.

Las manos de Dominico se enredan en mi cabello, inclinando mi cabeza hacia atrás mientras profundiza el beso. Su lengua entra en mi boca, reclamándome, poseyéndome, y gimo al saborearlo.

Es embriagador, la forma en que me hace sentir. Como si estuviera ahogándome y volando al mismo tiempo, como si estuviera siendo consumida por un fuego que nunca se apagará.

Sé que está mal. Sé que debería odiar esto, debería odiarlo por hacerme sentir de esta manera.

Pero no puedo. No puedo negar la forma en que mi cuerpo responde al suyo, la forma en que mi corazón se acelera y mi piel hormiguea con cada roce de sus dedos.

Todas esas viejas emociones regresan, el amor, la pasión y la necesidad desesperada y dolorosa.

Las manos de Dominico descienden por mi espalda, acercándome más, y yo me arqueo contra él. Puedo sentir la firmeza de su pecho contra mis senos, el calor de su piel filtrándose a través de la delgada tela de mi negligé.

Sé que debería detener esto. Sé que debería alejarlo, debería recordarme todas las razones por las que nunca puedo confiar en él de nuevo.

Pero ahora mismo, no me importa.

No me importa que me haya lastimado, que me haya hecho sentir como tierra bajo su zapato.

Todo lo que me importa es la forma en que me hace sentir, la forma en que su toque enciende mi alma y me hace olvidar todo lo demás.

Tropezándonos, nos dirigimos hacia la cama, nuestras manos desgarrando la ropa del otro, nuestras bocas nunca separándose. Caigo sobre el suave colchón, tirándolo sobre mí, y el peso de su cuerpo contra el mío es como volver a casa.

Sé que me arrepentiré de esto por la mañana. Sé que me odiaré por ceder a esta debilidad, por permitirle entrar de nuevo en mi corazón y en mi cama.

Pero ahora mismo, no me importa.

Ahora mismo, todo lo que quiero es perderme en él, sentir su toque y el calor de su piel contra la mía.

Mañana seré fuerte. Mañana recordaré todas las razones por las que nunca puedo permitirme amarlo de nuevo.

Pero esta noche... esta noche, soy débil.

Y en mi debilidad, encuentro una especie de fuerza retorcida.

La fuerza para tomar lo que quiero, para aprovechar este momento de placer y maldiciendo las consecuencias.

Incluso si me destruye al final.

## 8

# DOMINICO

Ver a Sofía desmoronarse en mis brazos, su cuerpo tembloroso por los sollozos, destroza algo dentro de mí. Las paredes que he construido alrededor de mi corazón, las defensas que he levantado para mantenerla fuera... se deshacen en polvo ante su dolor.

En ese momento, me doy cuenta de que haría lo que fuera para aliviar su sufrimiento, cualquier cosa para quitarle la angustia que acecha sus ojos y el luto que pesa sobre su alma.

Y cuando ella me mira, sus ojos azules brillantes por las lágrimas... la beso.

Es un beso nacido de la desesperación, de una necesidad tan profunda que abruma cualquier otro pensamiento y sentimiento. Sus labios son suaves y dóciles bajo los míos, y su sabor, Dios, su sabor es tan embriagador como lo recordaba.

Ella duda solo un momento antes de fundirse en mí, su cuerpo adaptándose al mío como si hubiera sido hecho para encajar allí. Y de repente, todos esos viejos sentimientos regresan, una ola de emociones que me golpea y me sumerge.

La deseo. La deseo con una ferocidad que me quita el aliento, con un hambre que me consume desde adentro. Creí que había enterrado esos sentimientos hace mucho tiempo, que había apagado la llama de mi deseo por ella el día que destrocé su corazón.

Pero ahora, con ella en mis brazos y con el calor de su piel filtrándose en la mía... esa llama vuelve a la vida, ardiendo más brillante y caliente que nunca.

Nuestro beso se vuelve frenético, desesperado, nuestras manos desgarrando la ropa del otro en un frenesí de necesidad. La llevo hacia la cama, mis labios nunca se separan de los suyos, mis dedos se enredan en su sedoso cabello.

Caemos sobre el colchón en un enredo de extremidades, nuestros cuerpos moviéndose al unísono. La adoro con mis manos y mi boca, trazando cada curva y hendidura de su cuerpo.

Las piernas de Sofía se separan ligeramente, permitiéndome deslizar dos dedos en su núcleo húmedo con facilidad. Muevo mis dedos dentro y fuera de ella rápidamente mientras mi pulgar rodea su clítoris. Puedo oír su respiración acelerarse a medida que se acerca al borde.

Ella grita cuando alcanza su clímax, sus paredes internas apretándose alrededor de mis dedos. Sonrío mientras los deslizo fuera de ella. Sus ojos brillan mientras me observa chupar mis dedos. Casi gimo por lo bien que sabe.

Mierda, extrañé esto. Extrañé *a ella.*

Antes de que pueda decir algo, me clavo en su vagina mojada, llenándola, reclamándola

como mía. Ella se arquea debajo de mí, sus uñas clavándose en mi espalda mientras grita, sus pechos se alzan. La sensación es abrumadora, la sensación de su calor apretado envolviéndome, los sonidos de sus jadeos y gemidos llenando mis oídos.

Es como volver a casa, como encontrar una parte de mí que nunca supe que faltaba. En este momento, con Sofía retorciéndose debajo de mí, su rostro contraído de éxtasis, me siento completo de una manera que no había sentido en años.

Nos movemos juntos, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor, nuestros alientos mezclándose en el aire cargado entre nosotros. Cada empuje, cada movimiento de mis caderas, cada roce de piel contra piel, envía ondas de placer a través de mí, acumulándose y acumulándose hasta que estoy al borde del olvido.

Y luego, con un último grito, Sofía estalla en mis brazos, sus paredes internas apretándose alrededor de mí como un torno. La sensación es demasiado, demasiado intensa, y la sigo al vacío, mi propio movimiento pulsando a través de mí en olas de pura y absoluta felicidad. Mis empujes se vuelven más torpes y superficiales mientras termino de montar mi éxtasis, casi desmayándome por la intensidad de ello.

Mientras yacemos allí, nuestros cuerpos todavía enredados, siento una sensación de euforia inundándome. La forma en que Sofía respondió a mi toque, la forma en que se deshizo en mis brazos varias veces... me da esperanza de que tal vez, solo tal vez, podamos encontrar una manera de superar nuestros problemas. Que podamos construir algo real y duradero juntos.

Pero entonces, tan rápido como comenzó el momento, termina.

Sofía se aleja de mí, rodando fuera de la cama y tomando su almohada. Se voltea hacia mí, sus ojos fríos y duros, todos los rastros de la pasión que acabamos de compartir desaparecidos.

—¿Dónde está la habitación vacía más cercana? —pregunta, su voz plana y sin emoción.

La miro, atónito por este cambio repentino en su comportamiento. —¿Qué? Sofía, no puedes dormir en otra habitación. Estamos casados ahora. Tenemos que mantener las apariencias.

Ella se burla, su labio curvándose en desdén. —Me importa un bledo las apariencias, Dominico. Y definitivamente no me importa lo que piensen los sirvientes.

Me siento, mi corazón hundiéndose en mi pecho. —Sofía, por favor. No hagas esto. Estábamos avanzando, estábamos —

—¿Avanzando? —me interrumpe, su voz goteando sarcasmo. —¿Crees que solo porque tuvimos sexo, todo está mágicamente arreglado entre nosotros? ¿Que simplemente voy a olvidar todo el dolor y la traición y caer en tus brazos? ¿Realmente crees que tu pene es tan bueno?

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, quitándome el aire. —Sofía, yo... pensé...

—Pensaste mal —enfatiza, sus ojos brillando de ira. —Esto no cambia nada, Dominico. Todavía te odio con cada fibra de mi ser. Y la única razón por la que te permití tocarme esta noche fue porque esperaba que me dejara embarazada para no tener que dormir contigo de nuevo durante al menos otro año.

—No digas eso. No reduzcas lo que acabamos de compartir a algún tipo de... transacción.

Ella se ríe, el sonido duro y amargo. —Pero eso es exactamente lo que fue, Dominico. Una transacción. Un acuerdo de negocios. Obtuviste lo que querías de mí, y ahora he terminado contigo.

Se da la vuelta para irse, pero me lanzo hacia adelante, agarrando su muñeca. —¿Podrías hablar conmigo? Déjame explicarme, déjame —

Ella arranca su brazo de mi agarre, sus ojos ardiendo de odio. —No hay nada que explicar,

Dominico. Tú tomaste tu decisión hace todos esos años. ¿No recuerdas lo que me dijiste? Yo no lo he olvidado. Y ahora, tienes que vivir con las consecuencias.

Las palabras de Sofía me cortan profundamente, cada una un recordatorio agudo del dolor que le causé hace todos esos años. Estoy tratando de ser comprensivo, de darle espacio para trabajar su ira y resentimiento.

Pero hay un límite para lo que un hombre puede soportar antes de que su paciencia se agote.

Siento que mi temperamento arde, caliente y feroz, una coincidencia con la ira glacial en los ojos de Sofía. —¿Sabes qué, Sofía? Lo entiendo, ¿está bien? La cagué. Rompí tu corazón. ¿Pero realmente necesitas seguir sacándolo a relucir cada cinco malditos minutos?

Ella retrocede como si la hubiera golpeado, sus ojos abiertos de shock e incredulidad. —¿Perdona?

Suelto una risa áspera, sacudiendo la cabeza. —Me oíste. Han pasado cuatro años, Sofía. *Cuatro años*, y todavía te aferras a este rencor como si fuera lo único que te define.

Su rostro se enrojece de ira, y sus manos se cierran en puños a los costados. —¿Cómo te atreves? No tienes idea de lo que me hiciste pasar, del dolor que me causaste —.

—Oh, *ahórrame* el melodrama—, le interrumpo con dureza. —¿Quieres hablar de dolor? ¿De sufrimiento? Intenta crecer en una familia donde cada uno de tus movimientos es escrutinizado, donde te recuerdan constantemente tu *deber* y tus *obligaciones*. Intenta vivir con el peso de un imperio entero sobre tus hombros, sabiendo que un solo paso en falso podría hacer que todo se derrumbe —.

Me acerco a ella, con los ojos entrecerrados. —¿Crees que un pequeño desamor es lo peor que le puede pasar a una persona? Eso solo demuestra lo protegida e inmadura que realmente eres, Sofía. Madura de una vez por todas y supéralo —.

Ella me mira, con la boca abierta por la sorpresa. Por un momento, creo que podría abofetearme, o estallar en llanto, o ambas cosas.

Arrebato mi almohada de la cama, con movimientos bruscos y abruptos.

—¿Sabes qué? Está bien. Puedes quedarte con el maldito dormitorio—, gruño, con la voz tensa por la furia apenas contenida. —Encontraré otro lugar para dormir. Cualquier sitio es mejor que estar cerca de ti en este momento —.

Sofía se sobresalta, pero su expresión permanece firme e inflexible. —Bien. Me alegra que por fin estemos en la misma página —.

Suelto una risa dura, carente de cualquier humor. Ya he tenido suficiente de esto. —Oh, estamos en la misma página, de acuerdo. De hecho, creo que es hora de terminar con esta farsa de una vez por todas —.

Sus ojos se estrechan, con sospecha y confusión luchando en su interior. —¿De qué estás hablando?—.

La miro directamente, con la mandíbula apretada. —Por la mañana, hablaré con mi padre para anular nuestro matrimonio. Claramente, esto fue un error desde el principio —.

La boca de Sofía se abre, con sorpresa e incredulidad reflejándose en su rostro. —Tú... No puedes hablar en serio. Nuestras familias, la alianza... los deseos de mi padre... ¿Lo tirarías todo así, de una vez?—.

Me encogo de hombros, con una sonrisa amarga torciendo mis labios. —¿Por qué no? No es como si este matrimonio significara algo para ti, de todos modos. Lo dijiste tú misma, es solo una transacción, un medio para un fin —.

Ella me mira, con una expresión indescifrable. Por un momento, creo ver un destello de algo

en sus ojos... dolor, arrepentimiento, tal vez incluso miedo.

Pero desaparece tan rápido como apareció, reemplazado por la misma máscara fría y dura que ha llevado desde el momento en que intercambiamos nuestros votos.

—Está bien—, dice, con una voz plana y sin emoción. —Haz lo que quieras, Dominico. No me importa —.

Con eso, se da la vuelta y sale de la habitación, con la cabeza en alto y los hombros erguidos como un soldado marchando hacia la batalla.

La observo irse, con el corazón hundiéndose en mi pecho. Sé que fui demasiado lejos, que dejé que mi ira y frustración se apoderaran de mí.

Pero es demasiado tarde para retractarme ahora. El daño está hecho, la brecha entre nosotros más amplia y profunda que nunca.

Y mientras estoy allí parado, no puedo evitar preguntarme si así será nuestro matrimonio de ahora en adelante. ¿Será como todos los demás matrimonios arreglados, una cáscara fría y vacía, carente de amor, calidez o ternura?

El matrimonio de mis padres fue arreglado, pero terminaron amándose. O tanto como mi padre pudo amar. Pero mi madre lo adora. Para ella, el sol sale y se pone por él.

¿Podríamos Sofía y yo tener algo así? ¿Tal vez no amor, pero al menos respeto mutuo?

No lo sé. Ya no sé nada.

Sofía nunca me perdonará.

Y no puedo pasar el resto de mi vida atrapado en un matrimonio sin amor, una unión construida sobre mentiras, resentimiento y amargura.

Tengo que terminar con esto. Tengo que liberarnos a ambos antes de que nos destruyamos por completo —.

Tiro mi almohada de vuelta a la cama, mis movimientos pesados por la derrota. Mañana iré a ver a mi padre y le diré que el matrimonio fue un error. Que Sofía y yo somos demasiado diferentes, demasiado dañados para que esto funcione.

Y entonces... entonces la dejaré ir. La liberaré de los votos que nos unen, del deber que la encadena a mí.

Es la única manera, el único camino a seguir, la única oportunidad que tenemos de encontrar algo parecido a la paz.

Incluso si significa perder a la única mujer que he amado. Incluso si significa enfrentar un futuro sin ella a mi lado. Tengo que hacer lo correcto.

Por ella, por mí, por ambos.

Sin importar cuánto duela. Sin importar cuánto me destroce.

## 9

# SOFIA

Yo estoy acostada en la cama, mirando al techo, con la mente llena de pensamientos sobre todo lo que ha pasado. Los eventos del día, de la noche, se repiten en mi cabeza como una película en un bucle constante.

La boda, los votos, el baile... y luego el sexo.

Dios, el *sexo*.

Odio admitirlo, incluso ante mí misma, pero fue increíble, alucinante, devastador, todos los clichés del libro. Fue como si los últimos cuatro años nunca hubieran sucedido, como si todo el dolor, el desamor y la traición hubieran sido borrados en un solo momento.

Mi cuerpo parecía conocer a Dom instintivamente, reaccionando a su toque de maneras que no había sentido desde que era una adolescente. Cada beso, cada caricia, cada empuje... era como volver a casa, como encontrar una parte de mí que ni siquiera sabía que me faltaba.

Había olvidado lo bueno que podía ser, lo bien que encajábamos. La forma en que él sabía exactamente cómo tocarme, dónde besarme para volverme loca de deseo. La manera en que podía deshacerme con una sola mirada, con una sola palabra.

Han sido cuatro años de celibato, cuatro *largos* años de negarme los placeres del sexo. Y Dios, han sido cuatro años de más.

Me odio por sentirme así, por anhelar su toque incluso ahora, después de todo lo que ha hecho. Odio que mi cuerpo me traicione, que lo anhele de una manera que mi corazón y mi mente no pueden comprender.

Pero no puedo negar la verdad, por mucho que lo desee. La conexión física entre nosotros, la atracción cruda y primitiva... todavía está ahí. Nunca desapareció realmente, por mucho que intentara enterrarla, fingir que no existía.

Y ahora, acostada aquí en la oscuridad, con el recuerdo de sus manos en mi piel y su aliento en mi oído... no puedo evitar preguntarme.

¿Y si no lo hubiera alejado? ¿Y si me hubiera dejado llevar, dejado hundirme en el placer de su toque?

¿Y si pudiéramos encontrar una manera de superar el dolor y la ira? ¿Tal vez empezar de nuevo? ¿Olvidar el pasado e intentarlo de nuevo?

Pero no puedo evitar obsesionarme con las palabras de Dom de antes, su amenaza de buscar una anulación, de terminar nuestro matrimonio antes de que realmente comience.

Debería sentirme aliviada. Debería estar emocionada ante la perspectiva de liberarme de esta farsa de unión, del hombre que destrozó mi corazón en mil pedazos.

Y sin embargo...

Y sin embargo, la idea de que Dom me deje, de que se marche de nuestro matrimonio... se siente como si me estuviera dejando de nuevo.

Es una sensación enfermiza, desgarradora, una que pensé que había enterrado en lo más profundo junto con todos los otros recuerdos dolorosos de nuestro pasado.

Pero ahora, en la oscuridad del dormitorio, con el peso de sus palabras flotando en el aire... todo vuelve a mí.

El dolor, la traición, la devastación absoluta de verle darme la espalda a mí, a nosotros, a todo lo que habíamos compartido.

Lo odio por hacerme sentir así. Lo odio por seguir teniendo este poder sobre mí, incluso después de todos estos años.

Pero, sobre todo, me odio a mí misma por importarme.

Por sentir algo más allá del frío y duro furor que me ha sostenido durante tanto tiempo.

No quiero admitirlo, ni siquiera a mí misma, pero claramente aún siento algo por él.

A pesar de todo lo que ha hecho, a pesar de todo el dolor que ha causado... aún hay una parte de mí que lo ama.

Una parte que nunca dejó de amarlo, incluso cuando me convencí de que había superado nuestro pasado, de que lo había dejado atrás.

Pero no puedo permitirme quedarme atrapada en esos sentimientos. No puedo dejarme llevar por los traicioneros susurros de mi corazón.

Porque una anulación lo arruinaría todo. Y eso... eso es algo que no puedo permitir.

No importa cuánto duela, no importa cuánto me destroce por dentro... tengo que hacer que este matrimonio funcione.

Tengo que encontrar la manera de coexistir con Dominico, de interpretar el papel de esposa y compañera fiel.

Porque, al final... no se trata de mí.

Se trata de mi familia, de mis hermanas, del legado que mi padre ha trabajado tan duro para construir.

Y haré lo que sea necesario para proteger ese legado.

Mi mente regresa a nuestra discusión, y no puedo evitar recordar las palabras de Dominico de antes, su acusación de que soy inmadura, egoísta y melodramática por aferrarme al dolor de nuestro pasado.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a minimizar el daño que me causó, las cicatrices que dejó en mi corazón?

¿Cree que sabe lo que significa ser melodramático? No tiene ni puta idea.

Crecí con tres hermanas. He visto mi buena dosis de dramas, de lágrimas, rabietas y ataques histéricos.

¿Pero esto? Este dolor, esta ira, esta rabia devoradora que amenaza con tragarme entera? Esto es completamente diferente. Es el tipo de dolor que te cambia, que te transforma desde adentro. El tipo de dolor que nunca desaparece del todo, sin importar cuánto tiempo pase, sin importar cuánto intentes enterrarlo.

Y que él lo descarte, que me llame inmadura y egoísta por sentirlo...

Es una bofetada en la cara, un cuchillo en el corazón.

Pero ¿sabes qué? Bien. Si quiere ver melodrama, si quiere ver lo dramática que puedo ser...

Se lo enseñaré. Le mostraré exactamente lo que significa ser Sofía Marino, la reina del drama.

Haré de su vida un infierno, un desfile interminable de lágrimas, rabietas y ataques histéricos.

Seré la esposa más inmadura, egoísta y melodramática que haya conocido. Y lo haré con una sonrisa en la cara. Porque si hay algo que sé hacer, es montar un espectáculo.

¿Y este show? ¿Esta actuación de una vida? Va a ser jodidamente espectacular.

Tan rápido como esos pensamientos vengativos entran en mi mente, se desvanecen como humo en el viento. Suspiro profundamente, el peso de mi propia conciencia abrumándome. Casi puedo ver el rostro de mi madre frunciendo el ceño hacia mí.

—*Así no te criamos, Sofía* —parece decirme mi conciencia—. *No hieres a alguien solo porque puedes. Eres mejor que eso.*

Uf. Aprieto los talones de mis manos contra mis ojos frustrada.

Mis padres estarían tan decepcionados de mí. Me criaron mejor que esto, me enseñaron el valor de la integridad, del honor, de poner a la familia por encima de todo.

¿Y no es eso lo que estoy haciendo aquí? ¿No es esa la razón por la que acepté este matrimonio en primer lugar?

¿Para honrar los últimos deseos de mi padre, para asegurar un futuro para mis hermanas, para garantizar que el apellido Marino perdure, incluso después de que él se haya ido?

Si yo destruyera este matrimonio, si hiciera todo lo que estuviera en mi poder para deshacer la alianza que mi padre trabajó tan duro forjar...

Sería la traición definitiva, el acto máximo de egoísmo y falta de respeto.

Y no solo me haría daño a mí. Pondría en riesgo a mis hermanas, las dejaría vulnerables a las maquinaciones de las otras Familias, los buitres que rondan nuestro imperio, esperando cualquier señal de debilidad.

La idea de que Bianca, Chiara y Mia sufran por mis propios deseos egoístas... es como un cuchillo en el estómago.

No puedo hacerles eso. No lo haré.

No importa cuánto duela, tengo que encontrar la manera de hacer funcionar este estúpido matrimonio. Solo por mis hermanas, hasta que estén casadas y seguras.

Incluso si eso significa tragar mi orgullo, mi enojo, mi dolor.

Incluso si eso significa hacer las paces con el hombre que destrozó mi corazón, que me rompió de maneras que nunca pensé posibles.

Porque al final, eso es lo que hace la familia. Eso es lo que significa el amor.

Sacrificio. Altruismo. Poner las necesidades de los demás por encima de las propias. Y si hay algo que sé con certeza, es que amo a mis hermanas más que a mi propia vida. Más que mi propia felicidad, mis propios sueños, mis propios deseos. Ellas son mi todo, mis mejores amigas.

Y haré lo que sea necesario para mantenerlas a salvo, para darles el futuro que merecen.

Es un pequeño precio a pagar, en el gran esquema de las cosas. Así que, por la mañana, iré con Dom. Me disculparé por mis palabras duras, mi actitud fría. Intentaré encontrar la manera de construir un puente entre nosotros, de crear algún tipo de tregua, algún tipo de entendimiento.

Incluso si es solo una fachada, una máscara que usamos en público, frente a los ojos observadores del mundo. Incluso si, debajo de la superficie, las heridas del pasado siguen supurando, siguen sangrando.

Es un comienzo, un pequeño paso tentativo hacia algún tipo de futuro, algún tipo de vida

juntos.

Y es uno que tengo que dar, por el bien de mi Familia, de mi legado.

Por el bien del amor que una vez le tuve, el amor que traicioneramente aún perdura.

No sé si será suficiente. No sé si alguna vez podremos superar lo que pasó. Pero tengo que intentarlo.

Por mi padre, por mis hermanas. Y por mí misma, por la chica que solía ser, la mujer en la que quiero convertirme.

Incluso si eso significa enfrentar a mis demonios, mis miedos, mis secretos más profundos y oscuros. Incluso si eso significa arriesgar mi corazón, mi alma, mi todo.

Porque al final, de eso se trata la vida, ¿no es así?

Riesgo. Oportunidad. El valor para enfrentar lo desconocido, para adentrarse en la oscuridad y confiar en que en algún lugar, de alguna manera, habrá luz.

Solo puedo rezar para tener la fuerza de llevarlo a cabo. Para ser la mujer que mi familia necesita que sea. Si tan solo puedo encontrar la fe para creer en mí misma, en nosotros, en la posibilidad de un futuro por el que valga la pena luchar.

A pesar de las probabilidades, a pesar de los obstáculos, a pesar de todo lo que se interpone en nuestro camino. Es una perspectiva abrumadora, un salto aterrador hacia lo desconocido.

Pero es uno que sé que tengo que dar.

## 10

# DOMINICO

Me levanto al amanecer, incapaz de dormir después de los desastrosos eventos de anoche. Siempre imaginé que mi noche de bodas sería una de anticipación sin aliento, una prisa por llegar a nuestras habitaciones para arrancarnos la ropa y caer en la cama, susurrando palabras de amor mientras nos convertíamos en uno en todo sentido.

Bueno, lo del follaje lo hicimos bien. Solo fallamos en la parte de susurrar palabras de amor.

Mi mente está acelerada, repitiendo cada palabra dura, cada comentario hiriente que Sofia me lanzó. El recuerdo de sus ojos fríos e inflexibles cuando me dijo que esperaba quedar embarazada de inmediato para no tener que acostarse conmigo durante un año entero... es como un cuchillo retorciéndome en las entrañas.

No puedo hacer esto. No puedo pasar el resto de mi vida atrapado en un matrimonio sin amor, encadenado a una mujer que me desprecia. No me importa si han pasado menos de veinticuatro horas desde que dijimos nuestros votos. No me importa si una anulación avergonzará a mi familia y a los Marinos.

Necesito salir, y necesito salir *ya*.

Poniéndome algo de ropa, bajo las escaleras decidido a encontrar a mi padre y exponer mi caso. Seguramente, entenderá una vez que le explique la situación. Seguramente, verá que este matrimonio está condenado desde el principio, que no hay esperanza de salvarlo.

Mientras avanzo por el pasillo, me encuentro con Valentina, vestida con ropa de entrenamiento. Cuando me ve, una sonrisa pícara se extiende por su rostro mientras me mira de arriba abajo, moviendo las cejas de manera sugerente.

—Bueno, bueno, bueno. Si no es el recién casado. ¿Cómo fue anoche, querido hermano? ¿Tú y tu ruborizada esposa durmieron *algo* anoche? —Se ríe, guiñándome un ojo.

Aprieto la mandíbula, mis manos cerrándose en puños. No estoy de humor para sus bromas, su charla ligera. No cuando mi vida se está desmoronando a mi alrededor.

—Cállate, Valentina —espeto, mi voz dura y cortante—. No tienes idea de lo que estás hablando.

Su sonrisa se desvanece, su ceño se frunce de preocupación mientras finalmente observa mi apariencia. Dios, solo puedo imaginar cómo debo verme: ropa arrugada, ojeras y una barba incipiente que podría rivalizar con la de cualquiera. —¿Dom? ¿Qué pasa? ¿Sucedió algo entre tú y Sofia?

Dejo escapar una risa sin alegría, el sonido amargo y roto incluso para mis propios oídos. —Oh, podrías decir eso. Mi querida esposa me odia, Val. No quiere tener nada que ver conmigo. De hecho, dejó muy claro que nuestro matrimonio no es más que un arreglo de negocios para ella, un medio para un fin.

Los ojos de mi hermana se ensanchan, su boca se abre en shock. —¿Qué? Pero... pensé... es decir, la forma en que se miraban durante la ceremonia, el baile... estaba *segura* de que todavía había algo allí, alguna chispa del amor que una vez compartieron.

Niego con la cabeza, mi voz apretada por la emoción. —Estabas equivocada, Val. Cualquier amor que una vez tuvimos... está muerto y enterrado. Sofia nunca me perdonará por lo que le hice, por la forma en que le rompí el corazón.

Valentina guarda silencio por un momento, su expresión pensativa mientras se muerde el labio inferior. —Entonces, ¿qué vas a hacer, Dom? No puedes simplemente rendirte, no después de todo lo que nuestras Familias han pasado para que este matrimonio suceda.

Resoplo con desdén. —Mírame. Voy a buscar a papá y exigir una anulación. No me importa lo que cueste, Valentina. No pasaré otra noche bajo el mismo techo que esa mujer.

—Dom, tienes que pensarlo bien. Si obtienes una anulación, no solo será un golpe para tu matrimonio, sino para la alianza entre nuestras Familias. ¿De verdad estás dispuesto a arriesgar eso?

—Sí —digo sin dudar—. Si ese es el precio que tengo que pagar para liberarme de Sofia, que así sea.

Puedo ver en los ojos de Val que quiere discutir, decirme que estoy siendo impulsivo y estúpido, pero me conoce lo suficiente como para saber que una vez que mi mente está decidida sobre algo, no hay forma de cambiarlo.

—Está bien —dice con un suspiro—. Solo espero que sepas lo que estás haciendo, Dom.

No respondo. No *sé* lo que estoy haciendo. Lo único que sé es que no puedo seguir casado con Sofia, y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para terminar con esta pesadilla.

Ella se burla, rodando sus ojos marrones—¿Una anulación? Dom, no seas ridículo. Está claro que tú y Sofia consumaron su matrimonio anoche. No hay forma de que la iglesia les conceda una anulación ahora.

Siento un rubor de ira y vergüenza calentar mis mejillas. La idea de que mi hermana conozca los detalles íntimos de mi noche de bodas... es mortal.

—Eso no es asunto tuyo—gruño, empujándola bruscamente—. Ahora, si me disculpas, tengo un matrimonio que terminar.

—Tu funeral—murmura ella.

Camino por el pasillo con el corazón palpitando en mi pecho, mi mente consumida por un único pensamiento desesperado.

Tengo que salir de esto. Tengo que encontrar una forma de escapar de esta pesadilla, de liberarme de las cadenas de un matrimonio que me está asfixiando.

Incluso si eso significa desafiar a mi familia, incluso si significa romper esos votos... no puedo seguir así.

No *quiero* seguir así.

Encontraré a mi padre y lo haré entender. Lo haré ver que este matrimonio es un error, un desastre a punto de suceder.

Y entonces... seré libre.

Libre del odio de Sofia, libre del peso de mi propia culpa y arrepentimiento.

~

TOMO una respiración profunda antes de tocar la pesada puerta de madera de la oficina de mi padre. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, mis palmas están húmedas de sudor. Sé que esta no será una conversación fácil, pero tengo que intentarlo. Tengo que hacerlo entender.

—Pase—llama la voz profunda de mi padre desde dentro.

Empujo la puerta y entro, tratando de proyectar un aire de confianza y determinación. Mi padre ya está sentado detrás de su enorme escritorio de roble, con una pila de papeles extendidos frente a él. Me mira al entrar, sus ojos se estrechan ligeramente.

—Dominico—dice, recostándose en su silla—. ¿A qué debo esta visita tan temprana? ¿No deberías estar con tu nueva esposa, disfrutando del resplandor de tu noche de bodas?

Aprieto la mandíbula, ignorando el tono sugestivo en su voz—Padre, necesitamos hablar sobre mi matrimonio con Sofia.

Él levanta una ceja, con una expresión cautelosa—¿Ah, sí? ¿Y qué pasa con él?

Tomo una respiración profunda, preparándome para su reacción—No va a funcionar, padre. Sofia me odia. No quiere nada que ver conmigo. No puedo encerrarla en este matrimonio, no cuando sé lo miserable que la hará. *Y a mí*, pienso en silencio, pero no se lo digo.

Los ojos de mi padre se vuelven fríos como el hielo, su boca se presiona en una línea delgada —Dominico, déjame dejarte una cosa muy clara. Este matrimonio no es negociable. Te casaste con la chica Marino, y ahora es tu deber hacer que funcione. No me importa lo que hayas hecho para hacerla odiarte. Es tu responsabilidad arreglarlo.

Siento una oleada de ira y frustración subir dentro de mí—Pero papá, no entiendes. Sofia *nunca* me perdonará por lo que le hice. Me odia, y nada de lo que diga o haga cambiará eso. Obligarla a permanecer en este matrimonio... es cruel e injusto.

Él golpea su mano sobre el escritorio, haciéndome saltar—¡Basta! No permitiré que arruines la alianza de nuestra familia con los Marino por alguna disputa de amantes. ¿Tienes alguna idea de lo que significaría hacer un enemigo de Don Marino? ¿Insultarlo rechazando a su hija después de todo el esfuerzo que puso en arreglar esta unión? ¿Humillarlo devolviendo a su hija después de que acabamos de gastar una maldita *fortuna* en esta boda?

Abro la boca para discutir, pero me interrumpe con un gesto brusco—No, Dominico. Harás lo que sea necesario para ganarte a Sofia, para hacer que te vea como un marido digno. No me importa si tienes que arrastrarte, suplicar o mover cielo y tierra. *No* avergonzarás a esta familia fallando en este deber más básico.

Siento mis hombros caer en derrota, la pelea sale de mí. Conozco a mi padre, y conozco ese tono de voz. Ha tomado su decisión, y no hay forma de cambiarla ahora.

—Sí, padre—murmuro, con una voz vacía y resignada—. Lo entiendo.

Asiente con sequedad, sus ojos aún duros e inflexibles. —Bien. Ahora regresa con tu esposa y comienza a hacer las paces. Espero oír sobre tu progreso en los próximos días y semanas.

Me giro para irme, con el corazón pesado en el pecho. Al alcanzar el pomo de la puerta, la voz de mi padre me detiene.

—Y, Dominico, no olvides lo que está en juego aquí. El futuro de nuestra familia descansa ahora sobre tus hombros. No me decepciones.

Trago con dificultad, con la garganta apretada por la emoción. —No lo haré, Padre. Lo juro.

Al salir al pasillo, siento una oleada de desesperación abrumarme. ¿Cómo se supone que voy a ganarme a Sofia si apenas puede soportar verme? ¿Cómo voy a construir una vida con una mujer que me odia, que nunca me verá como algo más que un monstruo?

Pero sé que no tengo opción. Mi padre lo ha dejado más que claro.

Tengo que encontrar la manera de hacer que esto funcione, de demostrarle a Sofia que no soy el mismo hombre de hace tantos años. Que he cambiado, que soy digno de su amor y perdón.

Mientras deambulo por los pasillos de la mansión, mi mente se acelera pensando en cómo voy a acercarme a Sofia. ¿Qué puedo decirle después de todo lo que ha pasado entre nosotros? ¿Cómo puedo empezar a cerrar el abismo de dolor y traición que nos separa?

Estoy tan perdido en mis pensamientos que casi no la noto al principio. Pero entonces oigo una voz suave llamándome, y me giro para ver a Sofia allí de pie, mirándome con esos ojos azules que han perseguido mis sueños durante tanto tiempo.

Se ve fatal, como si no hubiera dormido en toda la noche. Su cabello está enredado y su cara pálida, con ojeras oscuras bajo los ojos. Una pequeña y cruel parte de mí se alegra de ver que ella también está sufriendo, de que no soy el único que ha sido atormentado por los eventos del día anterior.

Pero, sobre todo, siento una profunda y dolorosa tristeza, un sentimiento de arrepentimiento por todo el dolor que le he causado, por todo el daño que he hecho al amor que alguna vez compartimos.

—Dom —dice suavemente, con una voz vacilante e insegura—, ¿podemos hablar?

Parte de mí quiere gruñir un no. ¿Por qué debería darle la oportunidad de explicarse cuando ella me negó esa posibilidad una y otra vez?

Pero la advertencia de mi padre sigue fresca en mi mente. *Es tu deber hacer que esto funcione.*

Asiento con la garganta apretada por la emoción. —Por supuesto. ¿Qué tienes en mente?

Ella toma una respiración profunda, como si se estuviera armando de valor para lo que está a punto de decir. —Quería disculparme por lo de anoche. Por la forma en que me comporté, por las cosas que te dije. Estaba siendo irrazonable, y lo siento.

Parpadeo sorprendido, casi sin poder creer lo que oigo. ¿Sofia, disculpándose conmigo?

—¿Crees... crees que podemos hacer que esto funcione después de todo lo que ha pasado? —pregunta con una voz pequeña.

¿Estoy soñando? ¿De verdad me está diciendo esto?

Extiendo la mano y tomo la suya, maravillado de cómo aún encaja perfectamente. —Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario, Sofia. Quiero ser el esposo que te mereces, el hombre en el que siempre creíste que podía convertirme.

Ella me sonríe entonces, una sonrisa verdadera que ilumina toda su cara y hace que mi corazón se salte un latido. —Creo que podemos construir algo juntos si ambos estamos dispuestos a intentarlo.

La atraigo hacia mis brazos, abrazándola fuerte y aspirando el aroma de su cabello. Por un momento, todo lo demás desaparece: el dolor, la ira, las palabras amargas y los sueños destrozados.

No puedo evitar maravillarme por el giro de los acontecimientos. Hace apenas unos minutos, temía el momento de enfrentarme a ella, de intentar hacer que este matrimonio funcionara cuando ella tan claramente me odiaba.

Pero ahora, con su disculpa y su esperanza tentativa por nuestro futuro, siento un destello de

alivio. Tal vez, solo tal vez, podamos encontrar la manera de dejar atrás el dolor y la ira para construir algo real y duradero juntos.

Y, sin embargo, incluso mientras me deleito en la alegría de este momento, no puedo sacudirme la sensación de encarcelamiento que acecha en el fondo de mi mente. La sensación de que, por mucho que lo desee, por mucho que ame a Sofia... todavía estoy atrapado por las expectativas de mi familia, por la voluntad de hierro de mi padre.

Recuerdo nuestra conversación de hace apenas un rato, la frialdad glacial en sus ojos cuando me dijo sin rodeos que tenía que hacer que este matrimonio funcionara. Que no tenía más opción que ganarme a Sofia, que demostrar que era un esposo y aliado digno de la Familia Marino.

Es como una correa alrededor de mi cuello, un recordatorio constante de que mi vida no me pertenece. Que cada decisión que tomo, cada movimiento que hago, está dictado por las necesidades y deseos del imperio Sicura.

Y por mucho que quiera liberarme, por mucho que anhele la libertad de elegir mi propio camino... sé que no puedo. Estoy demasiado profundamente enredado en este mundo, demasiado atado por los lazos de sangre y deber que han moldeado mi vida desde el momento en que nací.

Pero aun así, no puedo evitar sentir un atisbo de resentimiento, una chispa de rebelión que arde en lo más profundo de mi ser. ¿Es esta realmente la vida que quiero para mí? ¿Es este el futuro que imaginé cuando era joven, ingenuo y lleno de sueños?

Aparto esos pensamientos, enfocándome en cambio en la mujer que tengo entre mis brazos. La mujer que, a pesar de todo, todavía tiene la llave de mi corazón.

Nos han dado una segunda oportunidad, la oportunidad de hacer las cosas bien. Y estaré condenado si la dejo escapar de mis manos otra vez.

## 11

# SOFÍA

Mientras estoy allí en los brazos de Dom, escuchando sus palabras de esperanza y compromiso, siento una oleada de alivio invadirme. Hace apenas unos momentos, estaba consumida por el miedo y el terror, aterrada de que nuestro matrimonio estuviera condenado incluso antes de comenzar.

Tenía tanto miedo de que Dom me rechazara, de que me enviara de vuelta con mi padre en desgracia. Pensar en no cumplir el último deseo de mi padre, en ser una hija terrible que ni siquiera podía hacer funcionar un matrimonio arreglado... era casi demasiado para soportar.

Pero ahora, escuchar a Dom decir que quiere intentarlo de nuevo, que cree que podemos hacer que este matrimonio funcione... es como si me hubieran quitado un peso de encima. Un atisbo de esperanza, que comienza a brillar.

—Me alegra mucho que sientas eso —murmuro, mirándolo con los ojos brillantes—. Tenía tanto miedo de que te rindieras con nosotros, de que decidieras que no valía la pena el esfuerzo.

Dom niega con la cabeza, su expresión suave y tierna. —Nunca, Sofía. Hice un voto contigo y pienso cumplirlo. Para bien o para mal, ¿recuerdas?

Respira hondo, como si se estuviera preparando para lo que está a punto de decir. —Sé que tenemos mucho trabajo por delante, mucha confianza por reconstruir. Pero estoy dispuesto a esforzarme si tú lo estás.

—Lo estoy —digo con firmeza, mi voz resonando con convicción—. Quiero hacer que esto funcione, Dom.

Él sonríe, sus ojos se arrugan en las esquinas de esa manera que siempre me ha encantado. —Entonces comencemos por conocernos de nuevo. Ambos hemos cambiado tanto a lo largo de los años, hemos crecido como personas diferentes. Pero eso no significa que no podamos encontrar nuevas cosas para amar el uno del otro.

Inclino la cabeza, intrigada por la idea. —¿Qué tienes en mente?

—Salgamos en una cita de verdad —sugiere, sus ojos brillando con picardía—. Podemos ponernos al día con todo lo que hemos estado haciendo, hablar sobre nuestros nuevos intereses y pasatiempos. Tomarnos el tiempo para redescubrirnos.

Parpadeo sorprendida, desconcertada por la sugerencia. ¿Una cita? ¿Con mi propio esposo? Parece tan extraño, tan formal después de todo lo que hemos pasado.

Pero cuanto más lo pienso, más me gusta la idea. Una oportunidad para comenzar de nuevo,

para construir algo nuevo y hermoso a partir de las cenizas de nuestro pasado.

—Me gustaría eso —digo suavemente, sintiendo una ráfaga de emoción en el estómago—. Ha pasado tanto tiempo desde que realmente hablamos, desde que nos conectamos a un nivel más profundo.

Dom asiente, su expresión seria. —Lo sé. Y lo siento por eso, Sofía. Lamento todas las veces que te he fallado, todas las veces que te he decepcionado.

Levanto la mano y acaricio su mejilla, sintiendo la áspera barba bajo mi palma. —Yo también lo siento, Dom. Por la forma en que te he apartado, por cómo me he aferrado a mi enojo y resentimiento —.

Él se inclina hacia mi toque, cerrando los ojos por un momento. —Ambos hemos cometido errores. Pero eso ya es pasado. Lo que importa ahora es lo que hagamos de aquí en adelante —.

Asiento, sintiendo una oleada de determinación. —Tienes razón —.

Dom se retira, mirándome con suavidad. —Ve a vestirte, Sof, y encuéntrame en las escaleras en unos quince minutos —.

¿Quince minutos? Quiero protestar que no es suficiente tiempo para verme mínimamente presentable, pero en cambio me doy la vuelta y me apresuro a subir a la habitación. Me ha dado un desafío, y tengo la intención de cumplirlo.

Mientras subo a cambiarme para nuestra cita improvisada, mi mente da vueltas con una mezcla de emociones. Sorpresa, sin duda, por la sugerencia de Dom de intentar reavivar nuestros sentimientos el uno por el otro. Pero también un destello de emoción, una chispa de esperanza de que tal vez, solo tal vez, podamos encontrar un nuevo amor, uno mejor que el que compartimos alguna vez.

Revuelvo entre mi ropa, que había llegado de la casa de mi familia durante la boda, buscando el atuendo perfecto. Quiero verme lo más seductora y hermosa posible, para recordarle a Dom a la chica de la que se enamoró hace tantos años.

Finalmente, me decido por un vestido vaporoso de color rosa pálido, con detalles de encaje delicado y un escote corazón que muestra solo un atisbo de escote. Lo combino con sandalias de tiras y un sombrero de ala ancha, mi cabello oscuro cayendo en ondas sueltas sobre mi espalda.

Me miro en el espejo mientras me maquillo y asiento con aprobación. Nada mal para quince minutos.

Cuando bajo las escaleras, Dom me espera al pie, sus ojos se abren de par en par al verme. Su boca se abre ligeramente, y siento una oleada de satisfacción y orgullo por el efecto evidente que tengo en él.

Siempre he sabido que soy hermosa—parezco a mi madre, conocida como una de las mujeres más deslumbrantes de nuestro círculo social. Pero ver que todavía tengo el poder de dejar a Dom sin palabras, incluso después de todos estos años... es una sensación satisfactoria.

—Te ves... increíble—, murmura, su voz baja y áspera por la emoción.

Sonrío, sintiendo que me sonrojo. —Gracias. Tú tampoco te ves nada mal —.

Y es cierto. Dom está extremadamente guapo con una camisa blanca impecable y pantalones oscuros, su cabello despeinado de esa manera sexy y sin esfuerzo que tiene. Tengo ganas de pasar mis dedos por él, tirar de los mechones como solía hacerlo.

—Entonces, ¿qué tenías en mente para nuestra cita?— pregunto, sintiendo un revoloteo de nervios en el estómago.

Dom sonríe, con una chispa de travesura en su mirada. —¿Qué te parece montar a caballo? Pensé que podríamos dar un paseo por el bosque como solíamos hacer cuando te visitaba en la

propiedad de tu padre —.

Alzo una ceja, con una sonrisa asomándose en los labios. —¿Montar a caballo? ¿Estás seguro de que estás listo para eso? Parece que ha pasado un tiempo desde la última vez que te montaste —.

Él ríe, sacudiendo la cabeza. —Oh, creo que puedo manejarlo. La pregunta es, ¿puedes seguirme el ritmo?—.

Me burlo, colocando una mano en mi cadera. —Por favor. Podría superarte cualquier día, Dominico Sicura. ¿Te atreves a respaldar tus palabras?—.

Su sonrisa se ensancha, y me ofrece su brazo. —Desafío aceptado, Sofia Sicura. Veamos de qué estás hecha—. Se inclina, sus labios rozando la concha de mi oreja. —Aunque preferiría que tu boca estuviera en otro lugar —.

Casi tropiezo, ignorando la risa baja y sensual de Dom.

Nos dirigimos a los establos, donde nos esperan dos hermosos caballos. Mientras montamos y partimos hacia el bosque, no puedo evitar mirar a mi alrededor la finca Sicura, admirando los extensos terrenos y la grandiosa arquitectura.

No es tan pintoresca como la finca de mi familia, con sus exuberantes jardines y sus fuentes relucientes. Pero tiene una belleza rústica, un sentido de historia y tradición que me habla en lo más profundo.

Puedo imaginarme aquí, me doy cuenta de repente. Puedo imaginar construir una vida con Dom en este lugar, hacerlo nuestro y llenarlo de amor y risas.

Es una idea abrumadora, una perspectiva que me emociona y me aterra al mismo tiempo, pero mientras cabalgamos uno al lado del otro bajo la luz moteada del sol, con el viento agitando nuestro cabello y el sonido de los pájaros trinando en el aire, no puedo evitar sentir una sensación de certeza. Una sensación de que tal vez, solo tal vez, este es exactamente el lugar donde debo estar.

También no puedo evitar sentir una sensación de paz invadiéndome. Ha pasado tanto tiempo desde que me sentí así, tanto tiempo desde que me permití simplemente disfrutar el momento sin el peso del pasado sobre mí.

Dom nos lleva a un lugar apartado, un pequeño claro escondido entre los árboles. Y allí, extendida sobre la hierba, hay una manta de picnic cargada con todo tipo de comida deliciosa.

Me bajo del caballo, mis ojos se abren de sorpresa y deleite. —¿Qué es todo esto?—

Dom sonríe, luciendo satisfecho de sí mismo. —Pensé que podríamos disfrutar de un pequeño picnic, solo nosotros dos. Le pedí al cocinero que preparara todos tus platos favoritos.—

Me acerco a la manta, observando la variedad de alimentos frente a mí. Hay una cesta de pan recién horneado, todavía caliente del horno. Una bandeja de frutas maduras y jugosas: fresas, uvas y rodajas de melón. Una selección de embutidos y quesos curados, dispuestos artísticamente en una tabla de madera.

Y allí, en el centro de todo, hay un plato que hace que mi corazón se salte un latido. —¿Es eso...?—

Dom asiente, su sonrisa se suaviza. —Pasta primavera. Tu favorita, si no me equivoco.—

Lo miro fijamente, sintiendo un nudo en mi garganta. —Lo recordaste.—

Se encoge de hombros, luciendo casi tímido. —Por supuesto que lo hice. Nunca he olvidado nada sobre ti, Sofia. Ni tus comidas favoritas, ni tus flores preferidas, ni la forma en que solías sonreírme cuando estábamos solos.—

Siento una oleada de emoción invadiéndome, una mezcla de gratitud y culpa. Todo este

tiempo, me he centrado tanto en mi propio dolor, en mi propia ira y resentimiento. Pero nunca me detuve a considerar que tal vez, solo tal vez, Dom también ha estado sufriendo, que ha estado aferrándose a los recuerdos de nuestro pasado, tal como yo lo he hecho.

—Gracias—, murmuro, sintiéndome un poco incómoda. —Esto es... muy considerado de tu parte.—

Él me indica que me siente, y me hundo en la manta, cuidando de no derramar la copa de vino que acaba de servirme. Mientras comenzamos a comer, saboreando cada bocado y bebiendo nuestro vino, no puedo evitar maravillarme de lo natural que se siente esto, lo fácil que es volver al viejo ritmo de nuestra relación, reír, hablar y simplemente disfrutar de la compañía del otro.

*Tal vez he sido demasiado dura con él*, reflexiono en silencio. Tal vez me he aferrado al pasado, al dolor y la traición, en lugar de darle la oportunidad de demostrar que ha cambiado, que no es el mismo hombre que rompió mi corazón hace tantos años.

Dom mete la mano en la cesta y saca una fresa madura y jugosa. La sostiene frente a mis labios, sus ojos brillando con picardía. —Abre bien—, murmura, con voz baja y ronca.

Accedo, separando los labios y permitiéndole colocar la fresa en mi boca. La explosión de dulzura en mi lengua es casi tan embriagadora como la mirada en sus ojos, la forma en que me observa mientras muerdo y saboreo la fruta.

Sintiéndome audaz, tomo una uva de la bandeja y la acerco a sus labios a cambio. —Tu turno —susurro, sintiendo un escalofrío de emoción recorrer mi cuerpo.

Él toma la uva en su boca, sus labios rozando mis yemas de los dedos de una manera que me hace estremecer. Mientras mastica, no aparta la mirada de mí, sus ojos ardiendo con un calor que siento hasta lo más profundo de mi ser.

Continuamos así, alimentándonos mutuamente con trozos de pan y queso, lonchas de carne curada y rodajas de fruta madura. Con cada bocado, la tensión entre nosotros crece, el aire cargado de una energía sensual imposible de ignorar.

Dom toma un poco de pasta primavera con su tenedor, enrollándola con destreza antes de acercarla a mi boca. Al darle un bocado, no puedo evitar soltar un pequeño gemido de placer ante la explosión de sabores en mi lengua.

—¿Está buena? —pregunta, su voz ronca de deseo.

Asiento, tragando el bocado antes de acercarme más a él. —Deliciosa. Pero no tan deliciosa como esto.

Y entonces lo estoy besando, mis labios chocando contra los suyos con un hambre que nos toma a ambos por sorpresa. Él responde al instante, sus brazos rodeándome para atraerme más cerca, su lengua explorando cada rincón de mi boca.

El picnic queda olvidado mientras nos perdemos el uno en el otro, nuestras manos recorriendo y nuestros cuerpos presionándose con una necesidad desesperada. Puedo sentir el calor de su piel a través de su camisa, los planos duros de su pecho y el movimiento de sus músculos mientras me sostiene cerca.

Es embriagador, la forma en que me hace sentir. Como si fuera la única mujer en el mundo, la única que ha deseado o necesitado. Y aunque sé que es solo físico, no puedo evitar anhelarlo con cada fibra de mi ser.

Está mal, lo sé. No debería estar cediendo a esto, no debería permitirme sentir nada por él todavía. No se lo ha ganado aún. Todavía nos estamos conociendo de nuevo.

Pero cuando su lengua se desliza en mi boca, cuando sus manos bajan por mi espalda para atraerme completamente contra él, no puedo evitar rendirme al calor que crece entre nosotros.

Ahora estamos casados, después de todo, y sea lo que sea que haya entre nosotros, sean cuales sean los dolores y traiciones que hayamos soportado... esto sigue siendo parte de mi deber como su esposa.

Entregarme a él, cuerpo y alma. Encontrar placer en su toque, en la forma en que me hace sentir.

La química que hierve entre nosotros, el deseo que recorre mis venas cada vez que está cerca, sigue ahí.

*No es amor*, me digo firmemente. Es solo atracción física, solo una respuesta biológica a un hombre guapo que sabe cómo presionar todos mis botones.

Pero cuando Dom me baja de nuevo sobre la manta, su cuerpo cubriendo el mío mientras profundiza el beso... no puedo evitar preguntarme.

¿Es realmente tan malo querer esto? ¿Anhelar el toque de mi propio esposo, el hombre al que estoy unida por el resto de mis días?

Tal vez, solo tal vez... está bien permitirme tener esto.

Rendirme a la pasión, al placer, al fuego que aún arde entre nosotros.

Incluso si es solo por un momento, incluso si es solo un vistazo fugaz del amor que una vez compartimos.

Es mejor que nada.

Y ahora, en este momento... es todo lo que tengo a lo que aferrarme.

## 12

# DOMINICO

A medida que Sofia y yo nos perdemos el uno en el otro, nuestros besos se vuelven más apasionados y nuestras manos exploran con una urgencia creciente, no puedo evitar maravillarme de lo natural que se siente esto. Lo correcto, lo perfecto, lo destinado a ser.

Es como si no hubiera pasado el tiempo, como si aún fuéramos esos mismos adolescentes ebrios de amor que no podían mantener las manos quietas. La forma en que su cuerpo se adapta al mío, la forma en que responde a cada uno de mis toques... es como si fuéramos hechos para esto, hechos el uno para el otro.

Recorro con mis labios su cuello, saboreando el sabor de su piel, el aroma de su cabello. Ella se arquea hacia mí, un suave gemido escapa de sus labios cuando encuentro ese punto sensible justo detrás de su oreja.

Dios, cómo he extrañado esto. Extrañado *a ella*. La familiaridad de sus curvas, la forma en que encaja tan perfectamente en mis brazos. Es como volver a casa después de un viaje largo y solitario, como encontrar una parte de mí que ni siquiera sabía que faltaba.

Pero aunque Sofia se siente como la chica que siempre he conocido, la mujer que siempre he amado... hay algo diferente en ella también, algo que va más allá de los cambios físicos, la forma en que su cuerpo ha madurado y se ha desarrollado en los años que hemos estado separados.

Está en la forma en que se comporta, la confianza y la elegancia que irradia. Está en la profundidad de sus ojos, la sabiduría y la fuerza que brillan incluso en momentos de vulnerabilidad y enojo.

Ha crecido, mi Sofia, ha evolucionado en una mujer que me quita el aliento, que hace que mi corazón se acelere y mi sangre cante en mis venas.

Mientras la acuesto sobre la manta, mientras cubro su cuerpo con el mío y me pierdo en el calor y el hambre de nuestro beso... no puedo evitar pensar que tal vez, solo tal vez, nuestro matrimonio no sea el fin del mundo, después de todo.

Tal vez sea un comienzo, una oportunidad para empezar de nuevo y construir algo nuevo y hermoso, algo basado en la confianza y el respeto mutuo.

Porque esto, esta conexión, esta intimidad, este abrumador sentimiento de lo correcto, vale la pena luchar por ello.

Vale la pena sacrificarse, vale la pena soportar todo el dolor, el desamor y los desafíos que se avecinan.

Sofia se derrite en mi abrazo, sus dedos desabrochan hábilmente los botones de mi camisa. Gruño bajo en mi garganta, mis manos recorren sus curvas mientras los últimos vestigios de mi control se desvanecen.

Me aparto de ella y beso su cuerpo, levantando su vestido para revelar su tanga de encaje rosa.

Joder.

Beso el interior de su muslo y me acerco más entre sus piernas con cada beso.

Sofia gime y frota dos dedos sobre sus bragas, y yo aparto su mano. Hay una pequeña mancha húmeda donde acababa de tocar, y respiro pesadamente sobre ella y extiendo mi lengua, apenas rozando la tela de encaje.

Agarro uno de sus pechos y bajo su sostén. Con un dedo, rodeo suavemente su pezón.

Beso y lamo la mancha húmeda de sus bragas hasta que duplica su tamaño, luego froto mi labio inferior sobre la cintura de su ropa interior. Muerdo el borde de la cintura y deslizo sus bragas lo suficiente para revelar su sexo, y coloco mi boca sobre él.

Tan rápido como puedo, la lamo de arriba abajo con la punta de mi lengua. Juego con ambos pechos, y ella presiona mi cabeza aún más cerca de ella. Usando toda mi lengua, froto su clítoris en rápidos círculos.

—Sí, Dominico —gime Sofía—. Sí, justo *ahí*.

Sus rodillas tiemblan, y está al borde de un orgasmo. Pero en lugar de permitirle terminar, me aparto, me pongo derecho sobre ella y me desabrocho el pantalón.

Sofía se baja las bragas y las quita de un puntapié. Las recojo y las meto en el bolsillo trasero de mi pantalón, sonriendo maliciosamente ante la ceja levantada de Sofía.

Mi polla palpitante late bajo mis calzoncillos negros mientras Sofía extiende sus manos para quitarme la ropa interior.

Nuestras caras están una al lado de la otra, sus manos alrededor de mi cinturilla, y yo le beso la oreja.

—¿Quieres que te folle? —pregunto con voz ronca.

—Sí, joder, *sí* —gime Sofía.

Bueno, ¿quién soy yo para negárselo?

Pero antes de que pueda hacer nada, Sofía me sonríe con complicidad y me da la vuelta para montarme, su coño húmedo presionando mi polla palpitante. Me deslizo dentro de ella, y la electricidad que siempre parece fluir entre nosotros se enciende.

Gimo mientras me muevo dentro de su hermoso cuerpo, agarrando sus muslos y frotándome con más fuerza contra ella.

Maldita sea, es impresionante. Ese cabello oscuro cayendo sobre su hombro, su piel bronceada...

Todos los músculos de mis brazos se tensan mientras agarro sus muslos y la doy la vuelta, riéndome cuando ella grita.

—¡Eh! —dice indignada, pero el resto de sus palabras se corta cuando la beso. Al conectar nuestros labios, una gran calidez se extiende por mi cuerpo. Esto es la felicidad. ¿Por qué se siente tan bien?

Bajo mi rostro hacia sus pechos y comienzo a chuparlos apasionadamente, moviendo mi lengua alrededor de sus pezones. Puedo sentir cómo le salen piel de gallina.

—¡Fóllame! —grita Sofía, y no me importa si alguien puede oírnos. Necesito esto. Esto, ella y yo juntos, alimenta mi alma.

—Joder, te sientes tan bien —gimo mientras muevo mi rostro hacia la garganta de Sofía y muerdo su suave piel.

Nunca he conocido un placer como cuando estoy con ella. Todas mis otras parejas palidecen en comparación con Sofía. Mis dientes mordiendo su cuello la hacen gritar de placer. Esto me energiza, y mis embestidas se vuelven más rápidas y fuertes.

Voy a explotar. Mi respiración es entrecortada, y mi cabello está pegajoso de sudor. No puedo apartar la vista de su magnífico cuerpo. Es una obra de arte.

La espalda de Sofía se arquea y sus piernas tiemblan cuando se corre sobre mi polla palpitante. Pero no me detengo. Sigo empujando dentro de su humedad.

—¡Dom! —grita cuando me deslizo fuera de ella, dándole la vuelta para que quede boca abajo. Su rostro descansa sobre la manta mientras yo tiro con fuerza de sus caderas hacia arriba.

Sin dudarlo, me deslizo de nuevo dentro de ella con facilidad. Es como si estuviéramos hechos el uno para el otro. Encajamos como piezas de un rompecabezas. Mi cuerpo choca contra el suyo mientras me hundo más en ella.

Quiero sentir esto para siempre. Nunca quiero que termine.

—¡Oh, *joder*! ¡Sofía! —gimo, el placer inundándome en olas.

El sonido de nuestras pieles chocando resuena en el área mientras una brisa ligera acaricia mi piel húmeda.

Sofía empuja con más fuerza, permitiéndome llegar lo más profundo posible. —¡Dom! —dice sin aliento, su voz aguda mientras sus caderas se mueven contra las mías—. ¡V-Voy a correrme de nuevo!

—Sí, cariño —gruño, y eso es mi perdición cuando me corro dentro de ella, gritando. Sofía coincide conmigo en su orgasmo mientras se aprieta a mi alrededor. Nos fundimos juntos en una unión perfecta.

Después de un momento, me deslizo fuera de ella y me desplomo a su lado. Me giro de costado y permito que Sofía se enrosque alrededor de mi cuerpo mientras apoya su rostro en mi pecho. Acaricio distraídamente su cabello húmedo, pasando mis dedos por sus sedosos mechones.

Mientras yacemos allí en el resplandor posterior, nuestros cuerpos aún entrelazados y nuestros alientos mezclándose en la quietud del bosque, no puedo evitar sentir una inquietud agitándose en mi pecho. Es una sensación a la que me he acostumbrado a lo largo de los años, una picazón constante bajo mi piel que ningún placer o distracción puede rascar del todo.

Siempre he soñado con viajar por el mundo, con ver todos los lugares de los que solo he leído en libros o escuchado en historias. De experimentar nuevas culturas y nuevas aventuras, de vivir la vida en mis propios términos antes de verme obligado a tomar el manto de mi padre como cabeza de la Familia Sicura.

En el pasado, esos sueños siempre han estado teñidos de un sentido de escape, de huir de las responsabilidades y expectativas que me han pesado desde que tengo memoria. Me he imaginado en algún destino lejano, libre de las cadenas de mi herencia y de los fantasmas de mi pasado.

Pero ahora, acostado aquí con Sofía en mis brazos, me pregunto cómo sería compartir esos sueños con ella. Tenerla a mi lado mientras exploramos el mundo juntos, mientras creamos nuevos recuerdos y construimos una vida que sea verdaderamente nuestra.

Es un pensamiento que me emociona y me aterra al mismo tiempo, la idea de abrirme a ella de esa manera. De permitirle ver las partes de mí que siempre he mantenido ocultas, las esperanzas, los miedos y los anhelos secretos que nunca me he atrevido a expresar en voz alta.

¿Ella querría eso? ¿Estaría dispuesta a dejar atrás todo lo que conoce, todo lo que ha conocido, para arriesgarse a un futuro conmigo?

No sé la respuesta, y una parte de mí tiene miedo de descubrirla.

## 13

# SOFÍA

Mi mente da vueltas con un torbellino de emociones mientras cabalgamos de regreso a la casa. La cita con Dom, el picnic en el bosque, la manera en que hicimos el amor en el bosque sobre la manta... todo me resultó tan familiar, tan reminiscente de lo que una vez tuvimos.

Pero, al mismo tiempo, había algo diferente en ello. Algo más profundo, más intenso, más significativo que la pasión adolescente que nos consumió todos aquellos años atrás.

Es una revelación que me emociona y me aterra al mismo tiempo, la idea de que mis sentimientos por Dom puedan ser más que solo atracción física o nostalgia. Que pueda haber algo real y duradero entre nosotros, algo que podría convertirse en el tipo de amor con el que siempre he soñado.

Mientras bajamos de los caballos y entramos a la casa para asearnos antes de la cena, puedo sentir que comienzo a retraerme, a refugiarme en la seguridad de mis propias emociones. Es un hábito que he desarrollado a lo largo de los años, un mecanismo de defensa contra el dolor y el desamor que he experimentado de parte de Dom.

Pero luego recuerdo la promesa que me hice a mí misma, el voto de darle a este matrimonio una oportunidad real. De abrirme a la posibilidad de un futuro con Dom, a pesar de los riesgos y los miedos que conlleva.

No puedo seguir alejándolo, no puedo seguir aferrándome al dolor y la ira que han definido nuestra relación durante tanto tiempo. Si quiero que esto funcione, si quiero construir una vida con el hombre que siempre he amado... tengo que estar dispuesta a dejarlo entrar.

Con un respiro profundo, me obligo a relajarme, a soltar la tensión que se ha acumulado en mis músculos desde que salimos del bosque. Le ofrezco a Dom una pequeña sonrisa mientras nos separamos hacia nuestras habitaciones, mi corazón palpitando por la calidez y ternura en su mirada.

Al entrar en la ducha, con el agua caliente cayendo sobre mi piel, no puedo evitar dejar que mi mente vague hacia el recuerdo del tacto de Dom. La forma en que sus manos se sentían sobre mi cuerpo, el calor de su boca contra mi piel, el placer abrumador cuando se adentró en mí...

Siento un rubor de deseo extenderse por mí, un calor hormigueante que se instala en la parte baja de mi vientre. Casi sin pensar, permito que mis propias manos recorran mis curvas, trazando los mismos caminos que los dedos de Dom siguieron hace poco.

Cierro los ojos, dejándome perder en la fantasía de su tacto. Lo imagino aquí conmigo, sus fuertes brazos envolviéndome por detrás, sus labios rozando el punto sensible detrás de mi oreja, su miembro erecto presionando contra mis nalgas.

Dejo escapar un suave gemido mientras acaricio mis propios pezones, sintiéndolos endurecerse y sobresalir bajo mi toque. Deslizo mis dedos por mi estómago, sobre la suave extensión de mi piel, hasta llegar al vértice de mis muslos.

Ya estoy mojada, ya anhelando ese tipo de liberación que solo Dom ha sido capaz de darme. Separo mis pliegues con dedos temblorosos, encontrando ese sensible haz de nervios que envía ondas de placer a través de mi cuerpo.

Acaricio y rodeo, mis caderas se balancean contra mi mano mientras persigo la presión que crece dentro de mí. Imagino los dedos de Dom en lugar de los míos, su tacto firme y experto mientras me lleva cada vez más cerca del borde.

—Dom —susurro, mi voz rebotando en las paredes de azulejos—. Oh, Dios, Dom...

Casi puedo escuchar su voz en mi oído, baja y áspera por el deseo, casi puedo sentir el calor de su cuerpo contra mi espalda, la dura evidencia de su excitación presionando mi piel.

Es demasiado, demasiado intenso, demasiado abrumador de la mejor manera posible. Con un último movimiento de mis dedos, me deshago, mi cuerpo tiembla y se estremece mientras ola tras ola de placer me invade.

Me apoyo contra la pared de la ducha, mi pecho se agita y mis piernas tiemblan mientras intento recuperar el aliento. Siento un destello de culpa, una sensación de vergüenza por la forma en que me he permitido deleitarme en tales fantasías desenfrenadas.

Pero debajo de eso, hay un sentimiento más profundo, una sensación de corrección e inevitabilidad que no puedo sacudir. Porque por mucho que intente negarlo, por mucho que quiera protegerme del riesgo de un corazón roto...

Sé que Dom es el único hombre que puede hacerme sentir así, el único que puede agitar mi cuerpo y mi alma con tal intensidad, el único que puede hacerme desmoronar cuando ni siquiera está conmigo.



MIENTRAS AVANZO hacia el comedor del brazo de Dom, puedo sentir el peso de las expectativas posándose pesadamente sobre mis hombros. Esta es mi primera cena como Sicura, mi primera prueba real como esposa de Dom y la nueva miembro de su familia.

Sé que todas las miradas estarán puestas en mí esta noche, que cada movimiento que haga y cada palabra que diga será cuidadosamente escrutada y evaluada. Los Sicura no son una familia con la que se pueda jugar, y soy muy consciente de la importancia de causar una buena impresión.

Pero me niego a dejar que mis nervios se apoderen de mí. He sido criada en este mundo, entrenada desde el nacimiento para navegar por el complejo panorama social y político de la élite. Sé cómo mantener la cabeza en alto, cómo sonreír, cautivar y desviar con lo mejor de ellos.

Al entrar al comedor, me tomo un momento para observar mi entorno. La habitación es grandiosa y elegantemente decorada, con una larga mesa de caoba cubierta con fina porcelana y cristalería. Las paredes están adornadas con obras de arte de valor incalculable, y el aire está cargado con el aroma de perfumes caros y el murmullo de conversaciones educadas.

A la cabecera de la mesa está sentado el padre de Dom, luciendo cada centímetro del poderoso patriarca con su traje a medida y expresión severa. A su derecha está la madre de Dom, Isabela, una mujer rubia impresionante con una sonrisa cálida y ojos amables.

Y justo frente a mí, observándome con una mirada fría y evaluadora, está la hermana de Dom, Valentina.

He oído mucho sobre Valentina Sicura, la mujer ferozmente inteligente y formidable. Se dice que es tan despiadada como hermosa, con una mente como una trampa de acero y una voluntad de hierro.

Mirándola ahora, puedo ver el sorprendente parecido entre ella y Dom. Ambos tienen el mismo cabello oscuro y ojos penetrantes, la misma postura orgullosa y aire regio. Pero mientras la mirada de Dom es cálida y tierna cuando me mira, la de Valentina es reservada y calculadora.

Sé que me está evaluando, tratando de determinar si soy digna de su hermano y del apellido Sicura. Y me niego a ser considerada insuficiente.

Le ofrezco una sonrisa educada mientras tomo asiento junto a Dom, con la espalda recta y la cabeza en alto. —Valentina —digo, con una voz suave y segura—. Es un placer conocerte por fin. He escuchado mucho sobre ti de parte de Dominico.

Ella levanta una ceja perfectamente arqueada, sus labios formando una pequeña sonrisa enigmática. —Cosas buenas, espero —dice, con un tono ligero pero con un trasfondo de acero.

—Por supuesto —respondo, manteniendo mi sonrisa firme—. Dom habla muy bien de ti y del importante papel que desempeñas en el negocio familiar.

Ella asiente, su mirada aún evaluadora pero con un destello de algo que podría ser aprobación. —Y yo también he escuchado mucho sobre ti, Sofía. Tu reputación te precede.

Me siento un poco incómoda con sus palabras, preguntándome exactamente qué tipo de reputación he ganado. ¿Qué le habrá contado Dominico? Pero me obligo a mantener la calma, a sostener su mirada con una propia igual de firme.

—Espero estar a la altura de esa reputación —digo, con una voz firme y sincera—. Y demostrar que soy digna de la confianza y el respeto de esta familia.

Isabela, quien ha estado observando nuestro intercambio con una sonrisa cálida y maternal, extiende la mano para acariciar la mía suavemente. —No tengo dudas de que lo harás, querida —dice, con una voz suave y tranquilizadora—. Estamos muy emocionados de tenerte como parte de esta familia, y sé que tú y Dominico serán muy felices juntos.

Siento una oleada de gratitud y afecto por esta mujer, esta suegra amable y gentil que parece genuinamente querer que me sienta bienvenida y aceptada. Es un pequeño consuelo, pero significativo en una sala llena de miradas penetrantes y expresiones reservadas.

Mientras la conversación de la cena fluye a mi alrededor, comienzo a relajarme, arrullada por la atmósfera cálida y la deliciosa comida. La presencia de Dom a mi lado es un consuelo constante, su mano en mi muslo un ancla tranquilizadora en este mar de caras nuevas y dinámicas desconocidas.

Pero justo cuando empiezo a sentirme verdaderamente cómoda, la voz de Don Sicura corta el agradable parloteo, sus palabras como un balde de agua fría derramado sobre mi cabeza.

—Entonces, Dominico, Sofía —dice, con un tono casual pero con un trasfondo de algo más agudo, más calculador—. Debo decir que su boda fue todo un evento. Un verdadero testimonio de la fuerza e importancia de la alianza entre nuestras Familias.

Me siento un poco incómoda con su forma de expresarse, la manera en que habla de nuestro matrimonio como si fuera una transacción comercial. Quiero decir, sé que lo es, pero no me

apetece que me lo recuerden. Especialmente después de que se lo arrojé a Dom anoche.

Pero me obligo a sonreír, a asentir como si lo entendiera por completo.

—Sí, fue una ceremonia hermosa —coincido, con una voz cuidadosamente neutral—. Estoy muy agradecida por todo el tiempo y esfuerzo que se dedicó a hacer de ese día algo tan especial, especialmente con lo rápido que sucedieron el compromiso y la boda.

Don Sicura asiente, sus ojos agudos y evaluadores descansando en mi rostro. —Ciertamente. Pero, por supuesto, una boda es más que vestidos bonitos y decoraciones elegantes. Es un movimiento estratégico, una forma de cimentar alianzas y asegurar el futuro de ambas Familias involucradas.

Siento que mi sonrisa se desvanece, un nudo frío de temor formándose en el fondo de mi estómago. —Lo siento, no estoy segura de entender —digo lentamente, tratando de mantener un tono educado y curioso—. ¿A qué se refiere con un movimiento estratégico?

Él se reclina en su silla, con los dedos entrelazados frente a él mientras me observa con una mirada fría y evaluadora. —Piénsalo, querida. Al casarte con la familia Sicura, tú, tus hermanas y tu madre obtendrán nuestra protección y apoyo. Nadie se atrevería a actuar en contra de los Marinos una vez que tu padre fallezca, no con todo el poder de los Sicura respaldándolos.

Asiento lentamente, tratando de procesar sus palabras. Siempre supe que mi matrimonio con Dom traería ciertas ventajas para mi familia, que la alianza entre nuestras dos casas nos haría más fuertes y seguros después de la muerte de mi padre.

Pero escucharlo expresado de manera tan directa, tan fría... me hace sentir extrañamente vacía por dentro.

—Y, por supuesto, también hay beneficios para nosotros —continúa Don Sicura, con una voz suave y persuasiva—. Al incorporar a los Marinos a nuestro círculo, obtenemos acceso a nuevas oportunidades de negocio. Es una situación en la que todos ganan, realmente.

Siento como si me hubieran abofeteado, como si todo el aire hubiera sido succionado de la habitación. Dios mío, sabía que nuestro matrimonio era una forma de protegernos después de la muerte de mi padre, pero Don Sicura lo ve de otra manera. Es solo una jugada estratégica, una forma de ganar poder e influencia. No para ayudar a su amigo y aliado en su momento de necesidad.

Miro a Dom, esperando ver alguna señal de desacuerdo o incomodidad en su rostro. Pero él está mirando su plato, con una expresión cuidadosamente neutral y la mandíbula apretada.

Siento una repentina ola de dolor y traición invadirme, una sensación de estupidez por haber creído que esto podría ser algo más que un medio para un fin.

¿Cómo pude ser tan ingenua, tan ciega ante las realidades del mundo en el que vivimos?

Empujo mi silla abruptamente, el chirrido de la madera contra el mármol resonando fuerte en el repentino silencio. —Disculpen —digo, con la voz temblorosa mientras lucho por mantener la compostura—. No me siento muy bien. Creo que me retiraré temprano esta noche.

No espero una respuesta, no me atrevo a mirar a Dom ni a su familia mientras salgo apresuradamente de la habitación. Siento el calor de sus miradas en mi espalda.

Pero no puedo preocuparme por eso, no cuando mi corazón se está rompiendo en mil pedazos y mi mente da vueltas con la revelación de lo poco que realmente significo para cualquiera de ellos.

Subo a mi habitación con las piernas temblorosas, la visión nublada por las lágrimas que me niego a dejar caer. No les daré la satisfacción de verme llorar, de saber cuán profundamente me han herido sus palabras.

Pero al cerrar la puerta detrás de mí y dejarme caer al borde de la cama, no puedo contener los sollozos que sacuden mi cuerpo, la angustia y la desesperación que brotan de mí en un torrente de lágrimas amargas.

Mi mente regresa a los eventos del día. El picnic en el bosque, la conversación fácil y las risas, la pasión que había surgido entre nosotros con tanta intensidad... todo había parecido tan real, tan genuino.

Durante unas pocas horas de felicidad, me había permitido olvidar el pasado, la traición y el desamor que habían destrozado mi mundo hace tantos años. Me había dejado creer que tal vez, solo tal vez, los sentimientos de Dom por mí eran tan fuertes y sinceros como los míos.

Pero ahora, bajo la cruda luz de las palabras de su padre, no puedo evitar cuestionarlo todo. ¿Fue todo solo una actuación, un movimiento calculado para bajar mis defensas y hacerme más maleable a los deseos de su familia? ¿Fue cada toque, cada beso, nada más que un medio para un fin?

El pensamiento me hace sentir un nudo en el estómago, una ola de náuseas y traición me invade con tal fuerza que tengo que cerrar los ojos para contener el mareo de emociones.

Había estado tan enojada con Dom durante tanto tiempo, tan consumida por el dolor y la rabia de su traición, que nunca me había detenido a considerar la situación desde todos los ángulos. Me había enfocado tanto en mi propio dolor, en mi propio sentido de haber sido agraviada, que nunca había pensado realmente en lo que él podría estar obteniendo de nuestro matrimonio.

Pero ahora, lo veo todo con demasiada claridad. Los Sicura son una Familia poderosa, pero nunca han sido tan poderosos como mi Familia.

Al casarse conmigo, una Marino, Dom está asegurando un lugar para su Familia en el corazón mismo de la élite de la Mafia. Está elevando su estatus, abriendo puertas que de otra manera podrían haber permanecido cerradas para ellos.

¿Y qué obtengo yo a cambio? El dudoso honor de ser una esposa Sicura, de pasar el resto de mi vida encadenada a un hombre que me ve como nada más que un peón en los juegos de su familia. El frío consuelo de saber que mi madre y mis hermanas estarán protegidas, incluso cuando me dejan a mí sola para navegar este traicionero nuevo mundo.

Entierro mi rostro en las almohadas, una nueva oleada de lágrimas brota de mis ojos mientras me dejo sucumbir al dolor, a la angustia de un amor que nunca fue realmente mío para conservar.

Había sido tan tonta, tan ingenua, al pensar que podríamos recuperar lo que habíamos perdido. Al creer que el pasado podría olvidarse realmente, que las heridas podrían sanar por completo.

Pero ahora sé mejor. Sé que la única manera de seguir adelante es endurecer mi corazón, construir los muros que me mantendrán a salvo de más dolor.

Jugaré mi papel y seré la esposa obediente y la nuera leal que los Sicura esperan que sea. Sonreiré, cautivaré y navegaré esta nueva vida con toda la gracia y elegancia que mi educación me ha inculcado.

Pero nunca más me dejaré creer en la mentira del amor, en la falsa promesa de un futuro que nunca fue realmente mío para reclamar.

Soportaré, sobreviviré, encontraré la manera de tallar un lugar para mí en esta jaula dorada.

Pero nunca más dejaré que Dominico Sicura tenga la llave de mi corazón.

Nunca más seré tan tonta como para confiar en la ilusión de su amor, en el efímero calor de su toque y en los vacíos susurros de su devoción.

A partir de este momento, seré la dueña de mi propio destino, la guardiana de mi propia alma.

Y nunca, jamás, permitiré que me rompan de nuevo.

## 14

# DOMINICO

Mierda.

Observo la figura de Sofía mientras se aleja apresuradamente del comedor, y mi corazón se hunde con cada paso que da.

Doble mierda.

Puedo ver el dolor y la traición escritos en su rostro, el daño que las palabras descuidadas de mi padre han causado en su corazón.

Siento una oleada de frustración y enojo hacia mi padre, hacia la forma insensible en que habló de nuestro matrimonio como si no fuera más que una transacción comercial. ¿No se da cuenta de cuánto he avanzado hoy con Sofía, de lo mucho que he trabajado para empezar a sanar la brecha entre nosotros?

Miro alrededor de la mesa, observando las reacciones de mi familia. Mi madre evita cuidadosamente mi mirada, sus ojos fijos en su plato como si contuviera los secretos del universo. Pero Valentina... Valentina me mira con una mirada desafiante, como diciendo —¿Y bien? ¿Vas a ir tras ella o no?—

Empujo mi silla y me levanto abruptamente, murmurando una excusa poco convincente sobre la necesidad de ver cómo está Sofía. Siento la mirada de desaprobación de mi padre clavada en mi espalda mientras salgo de la habitación, pero me importa un bledo. En este momento, lo único que importa es asegurarme de que Sofía esté bien.

Subo las escaleras de dos en dos, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho mientras me acerco a la puerta de nuestro dormitorio. Me detengo un momento, tomando una respiración profunda para calmarme antes de tocar suavemente.

—¿Sofía? ¿Puedo entrar?—

Sofía está sentada al borde de la cama, con la espalda recta y las manos apretadas en su regazo. Su rostro está cuidadosamente inexpresivo, pero puedo ver las señales reveladoras de lágrimas en sus ojos enrojecidos y la forma en que su labio inferior tiembla levemente.

—¿Está todo bien?— pregunto suavemente, moviéndome para sentarme a su lado en la cama. —Te fuiste de la cena tan repentinamente.—

—Estoy bien— dice, pero su voz es demasiado frágil, demasiado controlada. Sé que está mintiendo y puedo ver las paredes que intenta reconstruir a su alrededor.

—Sofía, por favor— digo, extendiendo la mano para tomar la suya. —Háblame. Si algo te

molesta, quiero saberlo.—

Ella guarda silencio por un largo momento, y prácticamente puedo ver la batalla interna que libra tras sus ojos. Pero finalmente, me mira, y el dolor y la ira que veo allí casi me dejan sin aliento.

—¿De verdad es eso todo lo que significa nuestro matrimonio para ti?— pregunta, su voz aguda y acusadora. —¿Solo un movimiento estratégico, una forma de elevar el estatus de tu Familia y ganar nuevas oportunidades de negocio?—

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago con esta pregunta. ¿No me dijo Sofía ayer mismo que iba a tratar nuestro matrimonio como una transacción comercial? ¿Qué cambió tan rápido? ¿Por qué le duele tanto?

—¿Qué? ¡No, claro que no! Sofía, ¿cómo puedes siquiera pensar eso?—

Ella se ríe, pero no hay humor en ese sonido. —¿Cómo no iba a pensarlo, Dominico? Tu padre lo dejó todo tan claro, ¿no? Los Marinos obtienen la protección de los Sicura, y los Sicura obtienen acceso al poder. Es una situación en la que todos ganan, ¿verdad?—

Niego con la cabeza vehementemente, apretando su mano con más fuerza. —No, Sofía, no se trata de eso. Al menos no para mí.—

Ella se burla, retirando su mano de la mía. —No me mientas, Dominico. No soy tonta. Sé cómo funciona este mundo, cómo los matrimonios como el nuestro no son más que transacciones entre Familias poderosas.—

Siento un arrebato de ira y frustración, apretando la mandíbula con fuerza. —¿De verdad eso es lo que piensas de mí, Sofía? ¿Que solo te estoy usando, que no me importas en absoluto?

Ella guarda silencio por un momento, sus ojos buscan los míos como si estuvieran buscando alguna pista de engaño. —Ya no sé qué pensar —susurra finalmente, su voz pequeña y perdida —. Pensé... pensé que tal vez estábamos avanzando, que quizás todavía había una oportunidad para nosotros. Así que no estoy enojada contigo, estoy enojada conmigo misma por olvidar por una tarde que no me amas.

¿No está enojada conmigo? ¿Está enojada consigo misma por no pensar que no la amo, que no la deseo como antes?

Jesús *Cristo*.

Siento una oleada de culpa y arrepentimiento invadirme, un doloroso recordatorio de los errores que cometí hace tantos años. Era joven y estúpido entonces, demasiado egoísta e inmaduro para darme cuenta de lo que tenía, de lo que estaba desperdiciando.

Pero ya no soy ese chico. Ahora soy un hombre, un hombre que sabe lo que quiere y por lo que está dispuesto a luchar. Y lo que quiero, más que nada en este mundo, es a Sofía.

Esta tarde en el bosque me mostró cuánto me importa, cuánto la anhelo.

Veo el dolor y la confusión en sus ojos, la forma en que se esfuerza tanto por aferrarse a su ira, por mantenerme a distancia. Pero no la dejaré, no esta vez.

Extiendo la mano y tomo su rostro entre mis manos, acercándola hacia mí con una urgencia desesperada. Ella intenta apartarse, pero la sostengo firme, mis ojos clavados en los suyos con una intensidad feroz.

—Estás equivocada, Sofía —gruño, mi voz baja y áspera por la emoción—. Estás tan jodidamente equivocada.

Y entonces la estoy besando, mis labios chocando contra los suyos con una pasión que nos toma a ambos por sorpresa. Ella se tensa por un momento, intentando resistir, pero no cedo. Vierto todo lo que tengo en ese beso, cada onza de amor, deseo y necesidad desesperada que he

estado reprimiendo durante tanto tiempo.

Siento que comienza a derretirse contra mí, su cuerpo moldeándose al mío como si estuviera hecho para encajar allí. Sus manos se enredan en mi cabello, acercándome más mientras abre los labios, permitiéndome profundizar el beso.

Gimo en su boca, mi lengua enredándose con la suya en un baile que es a la vez familiar y nuevo. Puedo saborear la sal de sus lágrimas, la amargura de su ira, pero debajo de todo eso, hay algo más. Algo dulce e intoxicante.

Mientras vierto mi corazón en el beso, siento que la resistencia de Sofía comienza a desmoronarse. Se derrite en mi abrazo, su cuerpo suavizándose contra el mío mientras devuelve el beso con un fervor que iguala al mío.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeando por aire, busco en su rostro alguna pista del amor que sé que todavía late entre nosotros. —¿De verdad puedes decirme que no quieres esto, Sofía? —pregunto suavemente, mi voz áspera por la emoción—. ¿Que no sientes la conexión entre nosotros, la atracción que siempre ha estado ahí?

Ella aparta la mirada, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. —Por supuesto que la siento, Dom —susurra, su voz apenas audible sobre el latido de mi corazón—. Nunca he podido resistirme a ti, no realmente. Pero eso no cambia el hecho de que no puedo confiar en ti con mi corazón de nuevo. No cometeré ese error dos veces.

Una punzada de arrepentimiento y tristeza me invade, un doloroso recordatorio del daño que he hecho al vínculo que una vez compartimos. —Sé que te lastimé, Sofía —murmuro, extendiendo la mano para apartar un mechón de cabello detrás de su oreja—. Y nunca me perdonaré por eso. Pero no soy el mismo hombre que era en aquel entonces. He crecido, he cambiado. Todo lo que quiero es una oportunidad para demostrarte que esto es real y duradero.

Ella me mira entonces, sus ojos azules fríos. —Nunca volveré a amarte, Dom —dice, su voz serena—, pero eso no significa que no pueda disfrutar de follar contigo.

Las palabras de Sofía me golpean como una bofetada en la cara, el aguijón de ellas dejándome aturdido. ¿Nunca volverá a amarme? ¿Ve el sexo conmigo como nada más que una fuente de placer, una forma de rascarse una comezón?

Una oleada de dolor e ira me invade, un sabor amargo llenando mi boca. ¿De verdad eso es todo lo que soy para ella ahora? ¿Un cuerpo conveniente para usar para su propia satisfacción, una forma de pasar el tiempo en este farsa de matrimonio?

Pero debajo del dolor, hay algo más. Un destello de determinación, una chispa de desafío que se niega a extinguirse.

*Nunca digas nunca*. Esas palabras resuenan en mi cabeza, un mantra al que me aferro como a un salvavidas. Sofia puede pensar que ha cerrado la puerta a nuestro amor para siempre, pero me niego a aceptarlo. Me niego a renunciar al vínculo que una vez compartimos, a la conexión que aún hierve entre nosotros cada vez que nos tocamos.

Un Sicura nunca se rinde. Es una lección que me han inculcado desde que nací, un código por el que he vivido desde que tengo memoria. Que me maten si dejo que el orgullo testarudo y el corazón herido de Sofia nos mantengan separados para siempre.

Me aparto de ella, con la mandíbula apretada mientras la miro directamente a los ojos. —Dices que nunca volverás a amarme —digo, con una voz baja e intensa—. Pero no te creo, Sofia. No puedo creerlo. Porque sé que lo que tuvimos fue real. Además, si no me amaras, no reaccionarías tan fuerte cada vez que estoy cerca de ti.

Ella abre la boca para protestar, pero la interrumpo con otro beso feroz, vertiendo toda mi

emoción reprimida en el contacto de mis labios contra los suyos. Ella se resiste por un momento, pero luego su cuerpo se arquea hacia el mío con un hambre que desmiente sus palabras anteriores.

Cuando finalmente nos separamos, los dos jadeando, apoyo mi frente contra la suya. —Puedes intentar alejarme, Sofia —murmuro, con la voz ronca de deseo—. Puedes decirte a ti misma que esto es solo físico, que no significa nada. Pero en el fondo, sabes la verdad. Sabes que esto vale la pena luchar por ello.

## 15

# SOFÍA

Cuando Dom me besa con una pasión desesperada, siento cómo mi determinación comienza a desmoronarse. Mi cuerpo responde a su toque como si no hubiera pasado el tiempo, como si aún fuéramos esos mismos adolescentes enamorados que no podían dejar de tocarse.

Pero me niego a caer de nuevo en esa trampa. No dejaré que derribe mis muros, no permitiré que vea cuánto me afecta aún. *Esto es solo algo físico*, me recuerdo firmemente, una manera de satisfacer el deseo que aún arde entre mis muslos, la necesidad que solo él ha sabido saciar.

Le devuelvo el beso con una ferocidad que iguala la suya, mis uñas arañan su espalda mientras me arqueo hacia él. Todo mi resentimiento y mi ira los derramo en el choque de nuestros labios, en el mordisco de mis dientes contra su piel.

Quiero demostrarle que no necesito su amor, que puedo tomar mi placer de él sin entregarle mi corazón a cambio. Quiero mostrarle que no soy la misma chica ingenua que él conoció, que soy más fuerte, más dura y más resiliente de lo que él jamás creyó.

Pero incluso mientras me pierdo en ese beso, incluso mientras dejo que el fuego me consuma desde adentro... no puedo evitar la sensación de que esto es más que una batalla de voluntades. Más que una manera de calmar un deseo o saldar cuentas.

Porque bajo la ira y el dolor, bajo los muros que he construido alrededor de mi corazón... aún hay una parte de mí que anhela su toque, una parte de mí que desea la forma en que me hace sentir, cómo enciende mi alma y me hace olvidar todo lo demás.

Es algo peligroso, este deseo que aún arde entre nosotros, una espada de doble filo que podría cortarnos hasta el núcleo si no tenemos cuidado.

Pero en este momento, con sus manos en mi piel y su aliento caliente en mi cuello... no puedo preocuparme. No puedo pensar más allá del placer que crece dentro de mí, la liberación que solo él puede darme.

Nuestras manos se aferran con desesperación. Le arranco la chaqueta del traje y forcejeo con los botones de su camisa. Dom me quita el vestido, dejándolo caer sobre la cama antes de patearlo al suelo.

—Ese era un vestido de Gucci —protesto, haciendo un mohín.

—Te compraré diez —gruñe Dom antes de arrodillarse, besando mi pecho y mi estómago mientras baja. Rasga mis bragas en dos y las deja caer al suelo con una mano.

Mierda, eso es tan excitante. Verlo tan... animal me pone.

Grito de emoción ante su ansiedad cuando presiona su rostro caliente entre mis muslos. Mis piernas se abren involuntariamente, y anhelo más.

Dom me mira, sus ojos oscuros. Empujo mis caderas hacia él, una súbita silenciosa para más. Cierro los ojos y arqueo la espalda al sentir su lengua en mi entrada. Mierda, esto es irresistible.

Gimo y apoyo mi cabeza contra las almohadas. Oleadas de placer recorren mi cuerpo mientras su lengua se mueve frenéticamente sobre mi clítoris.

—Mmm, más —gimo, agarrando un puñado de su cabello y guiando su cabeza. Dom desliza una mano por mi muslo, y es como si corriera una corriente eléctrica por todo mi cuerpo.

Introduce sus dedos en mi humedad y los mueve de un lado a otro. Conoce mi cuerpo. Hay una familiaridad que se siente bien, y sabe exactamente dónde presionar.

Grito mientras un delicioso éxtasis me consume. Apenas puedo pensar con claridad. Todo lo que siento es lo maravillosos que son sus dedos dentro de mí. No es justo.

Dom agarra mis caderas con fuerza y aparta su boca de mi sexo. Casi gimo por la pérdida de placer, pero Dom me da la vuelta para que mis nalgas presionen contra su erección palpitante.

Vuelvo a gemir y meneo mis nalgas contra él, anhelando algo de fricción. Los dedos de Dom se clavan en mis caderas casi con dolor mientras empuja con fuerza dentro de mí. Grito de placer.

Dom mantiene una mano en mi cintura mientras agarra mi cabello y tira. Mi espalda se arquea, y mis ojos lagrimean un poco por el dolor, pero no le digo que se detenga. Decirle que pare significa que estoy perdiendo, y una Marino nunca pierde.

Además, se siente increíble.

Gemimos juntos, sintiendo que nuestros cuerpos se convierten en uno. Mis manos buscan aferrarse a las sábanas mientras me entrego a cada embestida suya. Estoy al borde del clímax, el placer consumiéndome.

Su pelvis choca contra mis nalgas mientras su pene late dentro de mí, y luego llega el dulce alivio.

Mi grito se mezcla con el suyo mientras sus embestidas comienzan a disminuir. Ambos nos desplomamos sobre la cama, respirando con dificultad.

Una sensación de triunfo me invade mientras nuestros pechos suben y bajan, nuestra piel resbaladiza de sudor. He demostrado mi punto. Le he mostrado que puedo tomar lo que quiero de él sin dar nada a cambio.

Pero incluso mientras me deleito en el resplandor de mi victoria, incluso mientras me digo que esto no cambia nada entre nosotros... no puedo evitar la sensación de que solo me engaño a mí misma, de que por más que intente negarlo, por más que me aferre a mi ira y a mi orgullo...

Siempre habrá una parte de mí que le pertenece, una parte de mí que nunca podrá dejarlo ir, sin importar cuánto lo desee.

Es una píldora amarga de tragar, una dura verdad de la que he estado huyendo durante demasiado tiempo. Pero mientras yago allí entre las sábanas enredadas, con su olor aún pegado a mi piel y su sabor aún en mi lengua...

Sé que no puedo seguir huyendo para siempre, que eventualmente tendré que enfrentar los demonios de mi pasado y los deseos de mi corazón.

Y cuando llegue ese día, cuando me vea obligada a confrontar el amor que aún arde entre nosotros...

Solo puedo rezar para tener la fuerza para alejarme, para salvarme de la angustia que sé que vendrá, del dolor que ya he soportado una vez antes.

Porque amar a Dominico Sicura es un juego peligroso, una apuesta que no estoy segura de querer volver a tomar.

No cuando las apuestas son tan altas y el precio de perder es más de lo que puedo soportar.



A MEDIDA que la primera luz del amanecer comienza a filtrarse a través de las cortinas, me encuentro cayendo en el sueño a pesar de mis esfuerzos por permanecer despierta. Mi cuerpo está agotado, cada músculo adolorido por la dulce fatiga que dejan horas de sexo.

A mi lado, Dom ya está dormido, su brazo colocado de manera posesiva sobre mi cintura y su rostro relajado de una manera que lo hace parecer más joven, más vulnerable. No puedo evitar mirarlo fijamente por un largo momento, con el corazón apretado por una mezcla de ternura y arrepentimiento.

Dormido, se parece tanto al chico que una vez conocí. Al chico que robó mi corazón con su sonrisa torcida y su espíritu imprudente. Al chico que me prometió para siempre antes de alejarme cruelmente.

Quiero odiarlo por lo que me hizo. Quiero aferrarme a la ira y al resentimiento que me han sostenido durante tanto tiempo, la armadura que ha protegido mi corazón de más dolor.

Pero al mirarlo ahora, con la suave luz de la mañana proyectando sombras sobre su rostro... no puedo evitar sentir un destello de algo más. Algo cálido, tierno y dolorosamente familiar, algo que se siente peligrosamente cercano al amor.

Aparto ese pensamiento, enterrándolo muy adentro donde no pueda lastimarme. No puedo permitirme sentir de esa manera otra vez, no puedo arriesgarme a la devastación que sé que vendrá si me permito esperar un futuro que nunca podrá ser.

*Esto es solo físico*, me recuerdo con firmeza, una manera de satisfacer las necesidades de nuestros cuerpos, de cumplir con los deberes de nuestro matrimonio. No significa nada más que eso, no importa cuánto mi traicionero corazón desee lo contrario.

Con un suspiro, cierro los ojos y me dejo llevar al sueño, mi cuerpo curvándose instintivamente hacia el calor del abrazo de Dom. Mañana, volveré a levantar mis muros. Mañana, seré la esposa Sicura perfecta, fría, inalcanzable e inquebrantable.

Pero por ahora, en la quietud silenciosa de este momento... me permito fingir. Me permito imaginar un mundo en el que podríamos estar juntos, donde el pasado podría ser perdonado y el futuro podría ser nuestro para moldear.

Es un sueño hermoso, una fantasía fugaz que sé que nunca podrá hacerse realidad. Pero mientras me entrego al arrullo del sueño, mientras me dejo llevar por las corrientes de mi propia imaginación...

No puedo evitar desear que pudiera ser real. Que de alguna manera, contra todo pronóstico y toda razón, pudiéramos encontrar una manera de hacer que esto funcione. De construir una vida juntos, un amor que pudiera resistir cualquier tormenta y superar cualquier obstáculo.

Pero sé que es mejor no esperar lo imposible. Sé que la única manera de sobrevivir a este matrimonio, de mantener mi corazón intacto y mi alma inquebrantable, es mantener la distancia.

Porque amar a Dom es un riesgo que no puedo permitirme correr. Una apuesta que sé que siempre perderé, no importa cuánto anhele un resultado diferente.

Y así me permito tener este momento, este vistazo robado de la felicidad que pudo haber

sido. Y luego lo encierro, muy adentro en los rincones secretos de mi corazón.

Para nunca más ser mencionado, para nunca más ser reconocido bajo la cruda luz del día.

Un recuerdo agridulce, un recordatorio inquietante del amor que una vez conocí.

Y del futuro que sé que nunca podré tener.

## 16

# DOMINICO

Me despierto con la sensación del cuerpo cálido de Sofia presionado contra el mío, sus suaves curvas encajando perfectamente en los contornos del mío. Por un momento, me permito simplemente disfrutar de la sensación, saborear el dulce dolor de mis músculos y el persistente aroma de sexo en las sábanas.

Pero entonces los recuerdos de la noche anterior regresan a toda velocidad, y siento un dolor agudo de algo que se siente peligrosamente cercano a un desengaño. Las palabras de Sofia resuenan en mi mente, un recordatorio inquietante del abismo que aún existe entre nosotros.

—*Nunca volveré a amarte* —había dicho, su voz fría y definitiva incluso mientras su cuerpo se fundía en mi tacto—. *Pero eso no significa que no pueda disfrutar de estar contigo*.

Las palabras me habían herido más de lo que quería admitir, la crueldad casual de ellas como un cuchillo en el estómago. Pero incluso mientras el dolor de su rechazo me invade, siento un destello de algo más. Algo caliente, feroz e inflexible, algo que se siente como un desafío que se me presenta de frente.

¿Dice que nunca volverá a amarme? Ya veremos eso.

Porque conozco a Sofia mejor que nadie, conozco las profundidades de pasión y vulnerabilidad que yacen bajo su exterior helado. He visto cómo sus ojos se iluminan cuando ríe, cómo su rostro se suaviza con ternura cuando cree que nadie la mira.

Y estaré maldito si la dejo alejarme, si la dejo convencerse de que lo que tenemos no es más que una atracción física. Yo sé más que eso, y en el fondo, ella también.

Y si soy honesto conmigo mismo, hay más que solo orgullo y terquedad impulsándome hacia adelante. Hay un dolor desesperado en mi propio corazón, un anhelo que he intentado negar y enterrar, pero que regresa con fuerza cada vez que miro a sus ojos.

Porque la verdad es que mis sentimientos por Sofia nunca desaparecieron realmente. Siempre estuvieron ahí, latiendo bajo la superficie, esperando el momento adecuado para estallar en llamas una vez más.

Pensé que había enterrado esos sentimientos hace mucho tiempo, pensé que los había encerrado en algún rincón oscuro y olvidado de mi corazón. Pero estar con ella de nuevo, tocarla, saborearla y perderme en el calor de nuestra pasión... es como si una presa hubiera estallado dentro de mí, liberando una inundación de emociones que ya no puedo negar ni controlar.

La amo. La amo con una profundidad e intensidad que me quita el aliento, que hace que mi

corazón duela y que mi alma cante. La amo de una manera en la que nunca he amado a nadie antes, de una manera en la que sé que nunca amaré a nadie más.

Y quiero que ella me ame de nuevo. Lo deseo con una necesidad desesperada y voraz que me consume por dentro y me impulsa hacia adelante con una determinación y enfoque inquebrantables.

Nunca he fallado en conquistar el corazón de una mujer. Siempre he sido capaz de cautivar, seducir y persuadir, de hacer que se enamoren de mí con una sonrisa, un guiño y unas palabras bien escogidas.

Pero con Sofía es diferente. Ella me conoce demasiado bien, conoce todos mis trucos y todos mis defectos. Ha visto las partes más feas de mí, los lados egoístas, imprudentes y crueles que tanto me esfuerzo por ocultar al mundo.

Y a pesar de todo eso... todavía la quiero. Todavía la necesito como necesito el aire para respirar y el agua para beber. Todavía la anhelo con un hambre que nunca parece saciarse, sin importar cuántas veces me pierda en el calor de su cuerpo.

Así que aceptaré su desafío y le propondré uno propio. Haré de esto mi misión: cambiar su opinión, demostrarle que el amor que una vez compartimos sigue vivo y arde entre nosotros. La cortejaré como lo hice cuando éramos jóvenes, le mostraré todas las formas en las que he cambiado, crecido y me he convertido en el hombre que ella siempre esperó que pudiera ser.

Y lo haré mientras mantengo ocultos mis propios sentimientos, mientras finjo que esto es solo otra conquista, otro desafío que debo enfrentar y superar.

Porque no estoy listo para admitir la verdad ante mí mismo, no estoy preparado para enfrentar la profundidad e intensidad de mis propias emociones. No estoy listo para confrontar el hecho de que perder a Sofía de nuevo podría ser lo que me destroce, lo que me deje hecho añicos sin posibilidad de reparación.

Jugaré el juego, me pondré la máscara y esperaré que, en algún momento del camino... ella empiece a verme de otra manera, empiece a recordar el amor que una vez compartimos, la conexión que todavía late entre nosotros incluso después de todos estos años.

Y tal vez, solo tal vez... ella vuelva a enamorarse de mí, empiece a verme como algo más que un error de su pasado, más que un cuerpo conveniente para su propio placer.

Es una posibilidad remota, lo sé, una apuesta que podría salirme muy mal y dejarme más destrozado que nunca. Pero es un riesgo que debo tomar, una oportunidad que debo aprovechar con ambas manos.

Porque la alternativa... una vida sin Sofía, un futuro en el que ella nunca más me mire con amor en sus ojos...

No es un futuro que esté dispuesto a aceptar, no es un destino al que esté dispuesto a resignarme.

Así que lucharé por ella con cada onza de encanto, habilidad y devoción incansable que posea, y esperaré que, de alguna manera, en algún momento... ella encuentre el camino de regreso a mí.

Me alejo cuidadosamente del cuerpo dormido de Sofía, asegurándome de no despertarla. Se ve tan tranquila, tan bella bajo la suave luz de la mañana que se filtra por las cortinas, y no puedo resistir la tentación de dejar un beso suave en su frente antes de salir de la cama.

Me pongo rápidamente un par de pantalones de deporte y una camiseta, pasando la mano por mi despeinado cabello en un intento tibio de domarlo. Pero mi mente ya está adelantándose, formulando un plan que espero sea el primer paso para conquistar el corazón de Sofía una vez

más.

Bajo las escaleras hacia la cocina, donde encuentro a nuestra cocinera, María, ya trabajando arduamente en la preparación del desayuno para la familia. Ella levanta la vista cuando entro, y su rostro cansado se ilumina con una cálida sonrisa.

—Ah, joven señor Dominico —dice, con un acento grueso y musical—. ¿Qué le trae a mi cocina tan temprano en la mañana?

Le lanzo mi sonrisa más encantadora, la que nunca falla en derretir incluso los corazones más fríos. —María, mi amor —digo, exagerando el tono—, necesito un favor de la cocinera más bella y talentosa de toda Italia.

Me da un golpecito con su trapo de cocina, los ojos brillando de diversión. —Los halagos no te llevarán a ninguna parte conmigo, muchacho —me regaña, pero noto que ya se está ablandando. —¿Qué es lo que quieres?

Me inclino con complicidad, bajando la voz como si compartiera un secreto. —Quiero sorprender a mi hermosa novia con el desayuno en la cama —le digo—. ¿Crees que podrías ayudarme a preparar una bandeja con sus comidas favoritas?

El rostro de María se ablanda, sus ojos se llenan de emoción. —Ay, el amor joven —suspira, secándose las manos en el delantal—. Por supuesto que te ayudaré, Dominico. Cualquier cosa por la nueva *Signora* Sicura.

Se pone manos a la obra, llenando una bandeja con pasteles recién horneados, rodajas de fruta madura, un poco de crema batida y una humeante tetera de café. Mientras trabaja, me cuenta historias de su propio noviazgo y matrimonio, su voz llena de nostalgia por los recuerdos.

—Sabes, el mejor camino al corazón de una mujer es a través de su estómago —me dice, agitando un dedo en mi dirección—. Aliméntala bien y te querrá para siempre.

Me río, sintiendo un impulso de cariño por esta mujer que ha sido como una segunda madre para mí todos estos años. —Lo tendré en cuenta, María —le digo, inclinándome para darle un beso en su mejilla ajada—. Gracias por tu sabiduría y por tu ayuda.

Me despide con un gesto, sus ojos brillando con travesura. —Anda, vete —dice, empujándome hacia la puerta—. Ve a conquistar a tu novia, y que Dios tenga piedad de su alma por aguantarte.

Sonrío, agarro la bandea y me dirijo hacia las escaleras. Mientras subo, rezo en silencio agradeciendo no haberme encontrado con ningún miembro de mi familia todavía. No estoy listo para enfrentar sus preguntas o sus miradas cómplices, especialmente las de Valentina. Nunca me dejaría vivir esto.

En este momento, lo único que quiero es centrarme en Sofía, en mostrarle cuánto me importa, cuánto quiero que este matrimonio funcione.

Y si eso significa comenzar con algo tan simple como el desayuno en la cama, pues que así sea.

Equilibro con cuidado la bandea mientras empujo la puerta del dormitorio, mi corazón latiendo de anticipación y nerviosismo. Sofía sigue durmiendo, su cabello oscuro desparramado sobre la almohada y su rostro relajado.

Por un momento, simplemente me quedo allí, disfrutando de la vista. Se ve tan hermosa, tan inocente y desprevenida, que me quita el aliento. Pero sé que no puedo perderme en el momento, no si quiero que este plan funcione.

Coloco la bandea en la mesita de noche y me siento suavemente al borde de la cama. —Sofía —murmuro, extendiendo la mano para apartar un mechón de cabello de su rostro—. Despierta,

dormilona.

Ella se mueve, sus ojos se abren y luego se ensanchan de sorpresa al verme inclinado sobre ella. —¿Dom? —pregunta, su voz ronca por el sueño—. ¿Qué pasa?

Hago un gesto hacia la bandea con aplomo, una sonrisa esperanzada dibujándose en mis labios. —Te traje el desayuno en la cama —le digo—. Todas tus comidas favoritas, tal como te gustan.

Sofía se sienta, su expresión cautelosa y reservada. Puedo ver cómo piensa, tratando de descubrir mi intención, mi motivo oculto. Pero cuando su mirada cae sobre la bandea, viendo la variedad de pasteles frescos, fruta madura, crema batida y café humeante, puedo ver un destello de algo más en sus ojos.

Algo que parece casi... placer.

—Lo recordaste —murmura, extendiendo la mano para tomar una fresa del plato—. Todas mis cosas favoritas.

Asiento, sintiendo una oleada de esperanza y emoción. —Por supuesto que lo hice —le digo —. Nunca podría olvidar nada sobre ti, Sofía. Eres demasiado importante para mí.

Ella me mira entonces, sus ojos buscando en los míos alguna pista de engaño o insinceridad, pero todo lo que encuentra es una emoción cruda y honesta, una vulnerabilidad que rara vez dejo que nadie vea.

Lentamente, con vacilación, ella toma un bocado de la fresa, sus labios cerrándose alrededor de la fruta madura de una manera que hace que mi corazón se acelere y mi sangre se caliente. Observo, hipnotizado, mientras una gota de jugo se escapa y rueda por su barbilla, dejando un rastro brillante a su paso.

Sin pensar, extiendo la mano y la limpio con mi pulgar, llevándolo a mis propios labios para saborear la dulzura de su piel mezclada con el estallido ácido de la fruta. La respiración de Sofía se corta, sus ojos se oscurecen con un calor que conozco demasiado bien.

Impulsado por su respuesta, tomo otra fresa, la sumerjo en el recipiente de crema batida y la sostengo frente a sus labios. —Ábreme —susurro, con voz baja y ronca.

Ella lo hace, su lengua asomándose para lamer la crema antes de llevarse la fresa entera a la boca. Gimo ante la vista, ante la forma en que sus labios se cierran alrededor de mis dedos y el calor suave y húmedo de su boca.

Sin darme cuenta, me inclino, mi propia boca persiguiendo el sabor de ella. La beso profundamente, con hambre, los sabores de las fresas, la crema y Sofía mezclándose en mi lengua en una oleada embriagadora.

Ella responde al instante, sus brazos rodean mi cuello y me acercan más. La bajo de nuevo a la cama, mi cuerpo cubriendo el suyo mientras el beso se vuelve ardiente, desesperado.

Recorro sus labios por su cuello, su clavícula, mi lengua lamiendo su piel a medida que avanzo. Pinto su cuerpo con crema batida y fruta, adorándola con mi boca hasta que ella se retuerce debajo de mí, sus manos aferradas a mi cabello y sus gemidos llenando el aire.

Cuando finalmente me hundo en su calor cálido y acogedor, cuando me pierdo en el placer y la pasión de nuestra unión, sé que esto es solo el principio.

Es el primer paso en el camino para ganar su corazón, para demostrarle que mi amor es real, verdadero y eterno.

## 17

# SOFÍA

Mientras Dom se mueve sobre mí, dentro de mí, no puedo evitar maravillarme por la forma en que me hace sentir. El placer es intenso, abrumador, mejor que cualquier cosa que haya experimentado antes. Incluso mejor de lo que recordaba cuando éramos más jóvenes, cuando creía que nuestro amor era cosa de cuentos de hadas y de para siempre.

Me pierdo en las sensaciones, en el calor de su piel contra la mía y en la forma en que parece saber exactamente cómo tocarme, dónde besarme para volverme loca. Es como si hubiera mapeado cada centímetro de mi cuerpo, como si se hubiera propuesto aprender todos los lugares secretos que me hacen gemir, suspirar y desmoronarme en sus brazos.

Sus empujes son constantes, lentos y suaves antes de volverse más rápidos y fuertes. Mis uñas se clavan en su espalda mientras él golpea ese punto perfecto. Cierro los ojos, saboreando cada deliciosa embestida.

Dom gruñe mientras empuja mis piernas contra mi pecho, permitiendo un acceso más profundo.

Grito mientras jadeos rápidos y fuertes escapan de mi garganta con cada embestida. La yema de su pulgar se desliza entre nosotros, hacia mi clítoris, masajeándolo en pequeños y rugosos círculos.

Mi respiración se vuelve más pesada mientras me acerco cada vez más al clímax. Siento que el ritmo de Dom se acelera mientras se vuelve más brusco con cada poderosa embestida.

Gruñidos y gemidos bajos salen de nuestros labios, sus dedos haciendo magia contra mi clítoris mientras la cabeza de su polla hace lo mismo con mi punto G.

Llego al clímax con una última embestida, mis paredes apretándose alrededor de él. Él deja escapar un gruñido profundo y delicioso antes de terminar dentro de mí, su cuerpo temblando mientras llega al orgasmo.

Cierro los ojos, montando esa ola de placer mientras me pierdo en las sensaciones. Mis pechos se alzan mientras trato de estabilizar mi respiración.

Pero Dom parece tener otros planes mientras me atrae hacia otro beso. Pero mientras lo hace, siento que desliza dos dedos dentro de mí, comenzando un bombeo lento, constante y rítmico.

Mis ojos se abren de par en par, no opuestos a la idea, pero sorprendidos. ¿Quiere *más*? ¿Después de todo el sexo que tuvimos anoche?

Él sonríe maliciosamente mientras se inclina hacia mi oído.

—Oh, apenas estoy comenzando, Sof —murmura suavemente, besando mi oreja mientras comienza a aumentar la velocidad.

Sus labios chocan contra los míos, su lengua adentrándose en mi boca mientras gira mi clítoris con su pulgar. Arqueo las caderas y gimo, queriendo más.

Dom retira sus dedos de mí, y casi maúllo en protesta, pero todo se desvanece cuando se mete los dos dedos en la boca y los chupa.

Santo *cielo*.

Me ataca con entusiasmo, su boca experta trazando un camino incendiario por mis pechos, y dejo que mis ojos se cierren en abandono, dejándome consumir por el incendio de sensaciones, por el toque mareante de Dom que licúa mis funciones cerebrales superiores hasta convertirlas en un solo mantra extasiado.

Más. Dios, *sí*—más.

Dom me jala para que la mitad inferior de mi cuerpo esté casi colgando del colchón. Me lanza una sonrisa traviesa antes de arrodillarse frente a mí, colocándose directamente frente a mi sexo. —Sabías delicioso, Sof. ¿Puedo probarte de nuevo?

—Sí, *por favor* —prácticamente lloro, incapaz de apartar la mirada de él mientras sonríe, presionando besos tiernos desde mi rodilla hasta mi muslo antes de finalmente llegar a ese pequeño haz de nervios donde más lo necesito.

Me muerdo el labio para evitar gritar, no sea que despierte a toda la casa. La lengua caliente de Dom se desliza por mis pliegues, envolviendo mi sensible clítoris, y me retuerzo contra el colchón, empujando mis caderas contra su boca dispuesta, mis dedos enredados en su cabello.

Dom sujeta mis caderas con una mano mientras saborea mi cuerpo, usando la otra para deslizar dos dedos dentro de mí de nuevo. Mis ojos casi se ponen en blanco mientras me deleito en las sensaciones. Mis muslos empiezan a temblar y sé que estoy a punto de llegar al clímax. Dom también parece saberlo, porque presiona su lengua más profundamente y frota mi hinchado botón.

—¡Oh, *Dom*! —jadeo—. V-Voy a venirme.

Él no dice una palabra, solo trabaja mi clítoris hipersensible aún más. Exploto, mordiendo mi mano mientras llego al orgasmo, retorciéndome y empujándome contra él mientras bajo de mi éxtasis.

Los labios de Dom brillan cuando emerge de entre mis piernas, con una sonrisa triunfal en su rostro.

Oh, voy a devorarlo. Esto es tan bueno. Se ha convertido en un maestro para hacerme experimentar los más altos éxtasis.

Y por mucho que me cueste admitirlo, incluso para mí misma, sé que esta nueva destreza, esta habilidad y confianza en su manera de hacer el amor, solo puede venir de una cosa.

Experiencia.

El pensamiento me golpea como un balde de agua fría, apagando las llamas de mi deseo y dejándome fría y vacía por dentro. Porque sé que la única forma en que Dom pudo haber alcanzado este nivel de experticia es practicando con otras mujeres.

Mujeres que no soy yo.

De repente, el desayuno en la cama, las palabras dulces y los toques tiernos, todo se siente como una mentira, una manipulación, una estrategia para volver a meterme en su cama y bajo su hechizo.

Y me odio por caer en ello, por dejarme seducir tan fácilmente con unos cuantos besos bien

colocados y un despliegue de mis comidas favoritas. Por olvidar, aunque sea por un momento, todas las veces que me ha lastimado en el pasado, todas las veces que ha demostrado que su amor no es más que algo fugaz y voluble.

Siento que mi estómago se revuelve, la bilis sube por mi garganta mientras lo imagino haciendo esto con otras chicas. Despertándolas con desayuno en la cama, dándoles fresas y crema batida, haciéndoles el amor con la misma intensidad apasionada que me mostró esta mañana.

Pienso en todas las chicas con las que debe haber estado en los años que estuvimos separados, en todas las amantes que ha llevado a su cama y hecho gritar su nombre. Pienso en la forma en que me toca ahora, en el desliz confiado de sus manos sobre mi piel y el ritmo practicado de sus dedos dentro de mí, su lengua sobre mí, y sé que debe haber perfeccionado estos movimientos con alguien más.

Alguien que no soy yo.

Es una píldora amarga de tragar, un duro recordatorio de que, por mucho que quiera creer lo contrario, Dom nunca será realmente mío. Su corazón siempre estará dividido, sus afectos siempre repartidos entre yo y quienquiera que llame su atención.

Por mucho que me duela admitirlo, sé que no puedo vivir así. No puedo pasar el resto de mi vida preguntándome si soy suficiente para él, si soy la que realmente quiere o simplemente aquella con quien se ha conformado.

No puedo permitirme volver a caer en la trampa de amarlo, de creer en las bonitas mentiras que me dice cuando sé que solo llevarán a un desengaño al final.

Así que hago lo único que puedo hacer. Mientras Dom intenta montarme, me aparto, empujándolo y dejándolo aturdido sobre las sábanas revueltas. Agarro mi bata, envolviéndome en ella como una armadura, como un escudo contra el dolor y la traición que amenazan con abrumarme.

El ceño de Dom se frunce en confusión y preocupación. —¿Sofía? ¿Qué pasa? ¿Te hice daño?

Niego con la cabeza, mordiendo mi labio para evitar que los sollozos escapen. —No, es solo que... no puedo hacer esto. Lo siento, pensé que podría, pero... no puedo.

Él se pasa una mano por su despeinado cabello. —Háblame, Sofía. Dime qué pasa por esa cabeza tuya.

Pero no puedo. No puedo poner en palabras el dolor y la inseguridad que me consumen, el miedo de que nunca sea suficiente para él, de que siempre seré solo una más en la larga lista de chicas que ha usado y descartado.

Así que simplemente me quedo ahí, en silencio y temblando, mientras las lágrimas comienzan a correr por mi rostro en ardientes y humillantes hilos. Me odio por llorar frente a él, por mostrarle lo mucho que todavía me afecta, lo profundamente que sus acciones me han marcado.

Dom parece destrozado, sus ojos están muy abiertos y asustados mientras intenta alcanzarme. —Sofía, cariño, por favor no llores. Lo siento. Lo siento mucho por lo que sea que hice para molestarte.

Pero sus palabras solo hacen que llore más fuerte, mis hombros tiemblan con la fuerza de mis sollozos. Porque él no lo entiende, no comprende que no se trata solo de este momento.

Se trata de todo lo que ha pasado antes, de todas las formas en que ha destrozado mi confianza y roto mi corazón. Se trata de que, por mucho que quiera creer en su amor, en sus

promesas de para siempre...

No puedo. No puedo permitirme caer por él de nuevo, no puedo arriesgarme a la devastación que sé que vendrá si me permito esperar un futuro que nunca fue realmente mío para reclamar.

Y así, lloro, dejando que todos los años de dolor, ira y traición salgan de mí en un torrente de lágrimas. Lloro por la chica que solía ser, aquella que creía en los cuentos de hadas y en los finales felices.

Lloro por la mujer que soy ahora, la que sabe que es mejor no confiar en la ilusión del amor, en la falsa promesa de un hombre que nunca será verdaderamente mío.

Y lloro por el futuro que sé que nunca podré tener, la vida que una vez soñé construir con el chico que robó mi corazón y luego lo tiró a un lado como si no fuera nada.

## 18

# DOMINICO

Miro a Sofía con confusión y una creciente alarma, mi mente da vueltas mientras intento entender su cambio repentino de humor. Hace apenas unos instantes, estaba felizmente acurrucado entre sus muslos, saboreando el dulce sabor de su esencia en mi lengua mientras la llevaba a las alturas del placer. Me deleitaba con la forma en que temblaba y gritaba bajo mi toque, con la forma en que sus dedos se enredaban casi dolorosamente en mi cabello mientras me incitaba a continuar.

Pero ahora, está al otro lado de la habitación, su bata envuelta firmemente alrededor de su cuerpo como un escudo, como si intentara esconderse de mi mirada. Su rostro está marcado por las lágrimas, sus ojos rojos e hinchados de tanto llorar, y ver su dolor se siente como un cuchillo retorciéndose en mi estómago.

—¿Sofía? ¿Qué pasa? ¿Te hice daño? —pregunto, mi voz áspera por la preocupación mientras me siento en la cama.

Ella niega con la cabeza, mordiendo su labio y luciendo como si estuviera a punto de llorar. —No, es solo que... no puedo hacer esto. Lo siento, pensé que podría, pero... no puedo.

Esto no tiene ningún sentido. Necesito que sea sincera conmigo. —Háblame, Sofía. Dime qué está pasando por tu mente.

Para mi horror, ella comienza a llorar.

Mientras las lágrimas de Sofía comienzan a caer, siento una oleada de horror e impotencia invadirme. Nunca he sido bueno para lidiar con mujeres que lloran, nunca he sabido cómo consolarlas o aliviar su dolor. Y ver a Sofía, mi fuerte, obstinada y hermosa esposa reducida a esto... rompe algo dentro de mí.

Me levanto de la cama, moviéndome hacia ella con la intención de tomarla en mis brazos, de ofrecerle cualquier consuelo que pueda. Pero ella se aparta de mí, su cuerpo tensándose como si mi toque fuera lo último que desea.

—Sofía, por favor —suplico, mi voz cargada de emoción—. Háblame. Dime qué está pasando por tu mente.

Ella niega con la cabeza, sus hombros temblando por la fuerza de sus sollozos. Y yo me quedo allí, sintiéndome completamente inútil y perdido, mis manos abriéndose y cerrándose a los lados mientras la veo desmoronarse.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, sus lágrimas comienzan a disminuir.

Toma un aliento tembloroso, secándose el rostro con el dorso de la mano. Luego, me mira, sus ojos rojizos y llenos de un dolor que ni siquiera puedo comenzar a entender.

—¿Cuántas mujeres han estado contigo desde mí, Dominico? —pregunta, su voz apenas un susurro—. ¿Cuántas chicas han estado en tu cama y han gritado tu nombre?

*¿Dominico?* ¿Volvemos a usar mi nombre completo, eh?

Pero me tenso, mi mandíbula apretándose mientras siento una ola de molestia y defensividad invadirme. Sé que nada bueno puede salir de esta línea de preguntas, que obsesionarse con los errores del pasado solo puede envenenar el frágil vínculo que estamos intentando construir.

—Sofía, por favor, no hagas esto —digo, mi voz baja y urgente—. El pasado es el pasado. No podemos cambiarlo, no importa cuánto lo deseemos. Necesitamos enfocarnos en nuestro futuro juntos, en la vida que tenemos por delante. Es demasiado tiempo para aferrarse al resentimiento y la amargura.

Ella se burla, sus ojos relampaguean de ira. —Eso es fácil decirlo para ti, ¿no? Tú no eres quien tiene que vivir sabiendo que su esposo ha estado con innumerables mujeres, que ha perfeccionado sus técnicas en el cuerpo de alguien más.

Un destello de irritación recorre mi cuerpo ante sus palabras, ante la acusación y el juicio en su tono. —¿Qué esperabas, Sofía? ¿Que sería un santo, que permanecería casto y puro mientras estuvimos separados durante cuatro años? No tienes derecho a juzgarme por cuántas mujeres he estado.

Ella se estremece como si la hubiera abofeteado, sus ojos se abren de par en par por el dolor y la incredulidad. —¿En serio estás actuando como si yo no tuviera derecho a estar molesta? ¿Como si fuera irracional no querer imaginarte con otras mujeres?

Suspiro, pasándome una mano por el cabello con frustración. —No es eso lo que estoy diciendo, Sofía. Sé que te lastimé, y pasaré el resto de mi vida tratando de compensarte por eso. Pero no puedes seguir castigándome por mis errores del pasado, no si vamos a tener alguna posibilidad de un futuro juntos.

Ella guarda silencio por un largo momento, sus ojos buscan los míos como si buscaran alguna verdad oculta. —¿Cómo te sentirías si supieras que yo estuve con varios hombres? —pregunta de repente.

La pregunta de Sofía me golpea como un puñetazo en el estómago, dejándome sin aire y haciéndome tambalear. El pensamiento de ella con otros hombres, de extraños sin rostro tocándola y haciéndola gemir... hace que mi sangre hierva y mi estómago se revuelva con una mezcla enfermiza de celos y posesividad.

No puedo evitar imaginarlo, no puedo evitar ver su cabello oscuro echado hacia atrás en éxtasis mientras se retuerce bajo el cuerpo de alguien más. La imagen es como un cuchillo que se retuerce en mi corazón.

Pero me obligo a respirar hondo, a reprimir la rabia, el dolor y el deseo abrumador de exigir los nombres de cada hombre que haya puesto un dedo sobre ella. Porque sé que no tengo derecho a esa información, ni reclamo sobre las decisiones que tomó mientras estábamos separados.

—Siendo honesto, Sofía —digo, mi voz tensa por la emoción apenas contenida—, no me gustaría. El pensamiento de ti con otros hombres... me enferma el estómago. Pero también sé que no tengo derecho a opinar sobre lo que hiciste durante nuestra separación, ni a juzgarte o reprochártelo.

Ella me mira fijamente por un largo momento, sus ojos buscan los míos como si buscaran alguna verdad oculta. Y luego sacude la cabeza, una risa amarga escapa de sus labios.

—Eso no es suficiente, Dom. Quiero saber con cuántas mujeres has estado. Quiero saber exactamente cuántas chicas han tenido el placer de tu compañía, cuántas camas has calentado y luego dejado frías por la mañana.

Siento una oleada de irritación ante sus palabras, ante el tono exigente de su voz. ¿De dónde saca que tiene derecho a cada detalle de mi vida sexual, a husmear en las partes más íntimas de mi pasado?

—No, Sofía —digo, mi voz firme e inflexible—. No tienes derecho a exigirme esa información. Lo que hice durante nuestra separación es asunto mío, y solo mío. Igual que lo que hiciste tú es tuyo. Además, ¿qué sacarás con esa información? ¿Más munición para lanzarme cuando te parezca?

Sus ojos se abren de par en par por el dolor y la incredulidad, luego se estrechan. —Tu negativa a responder debe significar que son más de las que puedes recordar.

Siento una oleada de ira y frustración hirviendo dentro de mí ante su acusación, amenazando con convertirse en palabras duras y sarcasmo mordaz.

Levanto las manos en exasperación, mis ojos se estrechan mientras la miro fijamente. —Jesucristo, Sofía, ¿qué te pasa con tergiversar mis palabras? ¿Cómo puedes ser tan obtusa?

Ella se estremece ante mi tono, pero estoy demasiado enfurecido para importarme. Estoy harto de que constantemente use mi pasado en mi contra, de que me arroje mis errores en la cara cada vez que tenemos un desacuerdo.

—No importa con cuántas mujeres he estado —escupo, mi voz subiendo con cada palabra—. No es asunto tuyo, especialmente cuando sé que solo lo usarás como arma contra mí. ¿Por qué no puedes simplemente dejarlo ir? ¿Por qué insistes en castigarme por cosas que pasaron hace años, cosas que no tienen nada que ver con nuestra relación ahora?

Los ojos azules de Sofía brillan de rabia, y sus manos se cierran en puños a sus costados. —¿Cómo puedes decir que no tiene nada que ver con nuestra relación? ¿Cómo esperas que me olvide de todas las veces que me has lastimado, de todas las formas en que has traicionado mi confianza?

Dejo escapar una risotada áspera, moviendo la cabeza incrédulo. —No te estoy pidiendo que olvides, Sofía. Te estoy pidiendo que perdones. Que reconozcas que no soy el mismo hombre que era antes, que he cambiado, he crecido y he hecho todo lo posible por ser el esposo que mereces.

Ella guarda silencio por un largo momento, con la mandíbula apretada mientras me mira fijamente. Luego, sacude la cabeza, y una sonrisa amarga se dibuja en sus labios.

—Voy a volver a la casa de mi padre por el día —dice, con una voz fría y plana—. Necesito tiempo lejos de ti, Dom. Tiempo para estar con mi familia y pensar... pensar en todo.

Siento una oleada de irritación ante sus palabras, ante la forma en que se aleja de mí justo cuando pensaba que estábamos empezando a avanzar. Pero me obligo a respirar hondo, a contener la ira, la frustración y el deseo abrumador de sacudirla para que reaccione. Porque sé que pelear con ella ahora solo empeorará las cosas y la alejará aún más.

—Bien —digo, con la mandíbula apretada—. Ve. Pasa todo el tiempo que necesites con tu padre. Sé lo importante que es para ti, especialmente con su salud.

Ella asiente, y sus ojos evitan los míos como si no pudiera soportar mirarme. Una ola de decepción me invade, una amarga comprensión de que parece que damos dos pasos atrás por cada uno que avanzamos.

Creí que estábamos avanzando, que la pasión y la ternura de nuestras noches de amor eran

una señal de que finalmente estábamos empezando a sanar, a superar las heridas del pasado.

Pero ahora... ahora parece que estamos justo donde empezamos, con Sofía alejándose de mí, con los muros entre nosotros más altos y gruesos que nunca.

Mientras ella se da la vuelta para irse, no puedo evitar preguntarme si alguna vez me perdonará de verdad. Si alguna vez podrá mirarme sin ver el fantasma de mis indiscreciones pasadas, el espectro de todas las mujeres que he dejado atrás.

Su padre no estará contento si ella arruina este matrimonio arreglado. No cuando hay tanto en juego, no cuando él está muriendo y el futuro de la familia Marino pende de un hilo.

Pero quizás eso es lo que Sofía necesita. Quizás una dura dosis de realidad del hombre que más respeta y admira sea suficiente para sacarla de este ciclo interminable de resentimiento y reproche.

Quizás sea suficiente para que vea que aferrarse al pasado solo envenenará nuestro futuro, solo destruirá cualquier oportunidad que tengamos de ser felices juntos.

No lo sé. Ya no tengo malditas respuestas.

Lo único que sé es que la amo, que siempre la amaré, sin importar cuánto intente alejarme, sin importar cuántas veces me arroje mis errores en la cara.

Y seguiré luchando por ella, por nosotros. Incluso si eso significa tragar mi orgullo y mi ira, incluso si significa soportar el peso de su dolor y su decepción.

Porque ella lo vale, vale cualquier precio, cualquier sacrificio.

Y que me condene si la dejo ir sin luchar.

## 19

# SOFÍA

Estoy frente al espejo, aplicándome cuidadosamente el maquillaje y alisándome el cabello. Quiero verme presentable para mi familia, quiero dar la impresión de que todo está bien, que mi nueva vida como esposa es todo lo que siempre he soñado.

Pero mientras observo mi reflejo, no puedo evitar sentir una sensación de inquietud, una duda persistente que tira de los bordes de mi mente. ¿Es esto realmente lo que quiero? ¿Es esta la vida que siempre he imaginado para mí?

Miro hacia abajo, al gran anillo de compromiso que llevo en mi dedo, la piedra brillando bajo la luz de la mañana. Es una pieza hermosa, un símbolo de la riqueza y el poder de la familia Sicura. Pero se siente pesado en mi mano, como un peso que no puedo soportar del todo.

Giro el anillo nerviosamente, mis dedos rozando el metal frío de mi alianza. ¿Debería quitármelos? ¿Sería una señal de falta de respeto, una bofetada en la cara de mi nuevo esposo y su familia?

Vacilo por un momento, mi corazón latiendo aceleradamente mientras considero mis opciones. Pero luego sacudo la cabeza, una risa amarga escapándose de mis labios. ¿A quién engaño? Mis padres se enfurecerían si me presentara días después de mi boda sin mis anillos. Lo verían como una señal de debilidad, una falta de compromiso con mi nuevo papel de esposa Sicura, una bofetada a los deseos de mi padre.

Así que dejo los anillos donde están, un recordatorio brillante de la vida que me han obligado a elegir, el camino que otros han trazado para mí. Tomo una respiración profunda, enderezo los hombros y me dirijo a la planta baja.

Al salir, llamo al chófer de los Sicura, pidiéndole que prepare el coche para mi viaje a casa. Pero cuando la palabra "casa" sale de mis labios, siento una punzada de incertidumbre, una sensación de desplazamiento que no logro sacudir.

¿Es realmente mi casa ahora, ahora que estoy casada, ahora que he dejado atrás la vida que siempre he conocido? ¿O es solo un lugar al que solía pertenecer?

No, eso es ridículo. La casa de mi padre siempre será mi hogar.

Mientras avanzo por el camino pavimentado, la brisa de la mañana acaricia mi piel, ofreciéndome un respiro bienvenido del torbellino de emociones que agita mi interior. El ritmo constante de mis tacones contra el concreto es casi reconfortante, un latido constante que ayuda a calmar mis pensamientos acelerados.

Pero al acercarme al garaje de seis coches donde espera el chófer, diviso a un hombre que parece completamente fuera de lugar. Es alto y moreno, con una intensidad sombría que me eriza la piel. A pesar de mí misma, no puedo evitar admirar su atractivo rudo, la manera en que sus rasgos cincelados parecen tallados en mármol.

La culpa me invade casi al instante, un amargo recordatorio de que ahora soy una mujer casada. No debería fijarme en otros hombres, ni dejar que mi corazón se acelere al ver a un extraño atractivo.

*Calma, Sofía.*

Pero hay algo en este hombre que me atrae, que me hace querer saber más. Parece estar perdido en sus pensamientos, con la mirada fija en la casa Sicura con una intensidad que raya en la obsesión.

Antes de que pueda detenerme, me encuentro caminando hacia él, mi curiosidad superándome. —Disculpe —llamo, con una voz que a mis propios oídos suena extrañamente entrecortada—. ¿Quién es usted? ¿Está bien? ¿Necesita algo?

El hombre se da la vuelta para mirarme, sus ojos oscuros clavándose en los míos con una profundidad de emoción que me quita el aliento. —Me llamo Luca —dice, con una voz grave y áspera—. Luca Strambo. Y lo único que necesito es venganza. ¿Usted está en el negocio?

Suelto una risa. —No, no lo estoy. Pero parece que Dom tiene una cola de personas que lo odian a muerte.

Las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas, una amarga verdad que he estado tratando de ignorar. Pero hay algo en Luca que me hace querer confiar en él, que me hace sentir que tal vez él entienda las emociones turbulentas que me desgarran por dentro.

La mirada de Luca se agudiza con un nuevo interés mientras me evalúa, sus ojos oscuros brillando con una mezcla de curiosidad y cálculo. —Entonces, ¿quién más está en la cola? —pregunta—. ¿Quién más tiene cuentas pendientes con el infame Dominico Sicura?

Suelto una risa amarga, un sonido áspero e irritante incluso para mis propios oídos. —Bueno, yo, obviamente —digo, con un tono cargado de sarcasmo—. Después de todo, soy la pobre alma que se convirtió en su esposa.

Las palabras pretenden ser una broma, un comentario frívolo para ocultar el dolor que me desgarra por dentro. Pero incluso al decirlas, siento una ola de angustia amarga invadirme, un recordatorio de todas las formas en que Dom me ha herido, todas las veces que me ha hecho sentir como una muesca más en su cama.

Realmente pensé que era especial, que era la única para él, la chica que finalmente domesticaría al heredero salvaje de los Sicura y lo haría establecerse. Pero me estaba engañando a mí misma. Solo soy otro nombre en una larga lista de chicas que él ha usado y descartado, otro corazón para romper y tirar como basura del día anterior.

Los ojos de Luca se abren ligeramente, un destello de sorpresa y algo más —algo que casi parece admiración— cruzando su rostro. —Vaya, vaya —murmura, con una voz baja e intensa —. Parece que hay más en usted de lo que se ve a simple vista, señora Sicura.

Sé que debería alejarme, poner fin a esta conversación antes de que vaya demasiado lejos. Pero hay algo en Luca que me atrae, que me hace querer dejar la precaución de lado.

Y así me encuentro sonriendo de vuelta, mi corazón latiendo con anticipación. —Por favor —digo, con una voz apenas por encima de un susurro—. Llámame Sofía.

—Sofía —murmura, haciendo que suene como una caricia.

Siento un rubor de calor subir a mis mejillas, una mezcla de placer e incomodidad por la

forma en que dice mi nombre, como si fuera un secreto que le ha sido confiado. —Solo soy una mujer que ha sido agraviada —digo, tratando de mantener la voz ligera y casual—. Como tantas otras, estoy segura.

Pero Luca niega con la cabeza, una sonrisa lenta y peligrosa extendiéndose por su rostro. —Oh, no creo que seas como los demás, Sofía —dice—. De hecho, creo que podrías ser la persona más interesante que he conocido en mucho, mucho tiempo.

Trago saliva con fuerza, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho mientras intento ignorar la forma en que sus palabras me hacen sentir, cómo envían un escalofrío de emoción que recorre mi columna vertebral. —Eso es muy amable de su parte —logro decir, y mi voz suena extrañamente entrecortada incluso para mis propios oídos—. Pero no estoy segura de a qué se refiere.

Luca se inclina más cerca, sus ojos perforándome con una intensidad que me quita el aliento. —A lo que me refiero —murmura, con una voz baja y conspirativa— es que si alguna vez necesitas ayuda para vengarte del querido Dominico, estaría más que feliz de echarte una mano.

Lo miro fijamente por un largo momento, mi mente acelerada al tratar de procesar sus palabras. ¿Está hablando en serio? ¿De verdad me está ofreciendo ayudarme a vengarme de mi propio esposo, a hacerlo pagar por todas las formas en que me ha lastimado y traicionado?

Una parte de mí está tentada, tan tentada de aceptar su oferta, dejarme llevar por la oscura y peligrosa emoción de la venganza, tomar finalmente el control de mi propio destino y hacer sufrir a Dom como él me ha hecho sufrir.

Pero sé que no puedo. Sé que por mucho que quiera herir a Dom, por mucho que quiera verlo humillado... no puedo rebajarme a su nivel. No puedo convertirme en el tipo de persona que disfruta del dolor de los demás, que se deleita en la destrucción de aquellos a los que alguna vez amó.

Así que me obligo a sonreír, a negar con la cabeza y soltar una risa suave y cristalina. —Gracias por la oferta, Luca —digo, con una voz cálida y sincera—, pero creo que tendré que rechazarla. La venganza puede ser dulce, pero no es realmente mi estilo.

Mis hermanas estarían completamente en desacuerdo con esa afirmación. Después de todo, soy una Marino. La venganza corre por mis venas.

Pero Luca no necesita saber eso.

Luca asiente lentamente, un destello de decepción cruza su rostro antes de que lo disimule con una sonrisa melancólica. —De acuerdo —dice, con un tinte de arrepentimiento en su voz—. Pero si alguna vez cambias de opinión... ya sabes dónde encontrarme.

Asiento, una sonrisa genuina asomando en la comisura de mis labios, a pesar de que no sé dónde encontrarlo. —Lo tendré en cuenta —digo, con una voz suave y sincera—. Y gracias, Luca. Por el apoyo y por recordarme que no estoy sola en esto.

Inclina la cabeza, una pequeña sonrisa jugueteando en las comisuras de su boca. —Cuando quieras, Sofia —murmura, con una voz baja e íntima—. Cuando quieras.

Y con eso, me doy la vuelta y me alejo, con la cabeza alta y el corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

Mientras me acomodo en la parte trasera del auto, mi mente no puede evitar volver a la extraña interacción con Luca. La forma en que observaba la casa con tanta intensidad, la mirada penetrante y el peso de sus palabras... todo parece surrealista, como algo sacado de una película o un sueño.

Sacudo la cabeza, intentando apartar esos pensamientos de mi mente. Tengo suficientes

preocupaciones como para agregar extraños misteriosos y ofertas crípticas de venganza a la mezcla. En este momento, necesito concentrarme en mi familia, en las personas que siempre han estado ahí para mí sin importar qué.

Saco mi teléfono y abro el chat grupal con mis hermanas. Mis dedos vuelan sobre la pantalla mientras escribo un mensaje, una pequeña sonrisa asomando en las comisuras de mis labios.

—*Hola chicas, voy a casa de visita. ¡Las veré en un rato!*

Presiono *Enviar*, recostándome contra el asiento de cuero mientras espero sus respuestas. Ya puedo imaginar sus reacciones: los chillidos emocionados de Mia, la cálida sonrisa de Chiara, las bromas juguetonas de Bianca.

Pero, para mi sorpresa, solo aparece una notificación en mi pantalla. Es de Bianca, y el mensaje es corto y seco.

—*Ok.*

Miro la pantalla, frunciendo el ceño por la confusión. ¿Eso es todo? ¿Solo "ok"? ¿Sin emojis emocionados, sin preguntas sobre cuándo llegaré o cuánto tiempo me quedaré?

No es como Bianca el ser tan breve, especialmente conmigo. Ella suele ser la que siempre está lista para una buena sesión de chismes, siempre ansiosa por escuchar sobre mi vida y compartir sus propias historias a cambio.

Y luego está el hecho de que ella es la única que respondió. Mia prácticamente está pegada a su teléfono, siempre enviando mensajes rápidos, memes y videos de TikTok. Que ella esté callada, especialmente cuando estoy llegando de visita... es más que un poco extraño.

Intento reprimir la inquietud que crece en mi estómago, diciéndome que probablemente haya una explicación perfectamente razonable. Tal vez Bianca simplemente está de mal humor porque la desperté temprano. Quizás Mia y Chiara aún están durmiendo, con sus teléfonos en silencio mientras recuperan un descanso muy necesario.

Sí, eso debe ser. Probablemente estoy pensando demasiado, dejando que mis propias ansiedades y miedos coloreen mi percepción. Mis hermanas me quieren, y estarán encantadas de verme pase lo que pase.

Tomo una respiración profunda, dejando que el aroma del tapizado de cuero del coche me envuelva. Es un pequeño consuelo, un recordatorio de la vida que siempre he conocido, el mundo en el que he crecido.

Pero incluso cuando intento relajarme, intento dejarme calmar por el suave movimiento del coche y las suaves notas de música que suenan por los altavoces... no puedo sacudir la sensación de que algo no está bien. De que hay más de lo que parece.

Cierro los ojos, recostando mi cabeza contra el asiento mientras intento calmar mis pensamientos acelerados. Necesito concentrarme en el presente, en el momento actual.



AL ENTRAR por la puerta principal de mi casa de la infancia, una sensación de inquietud me invade. La casa está demasiado silenciosa, el aire pesado con una quietud que se siente casi opresiva. Es un cambio radical al calor y el caos al que estoy acostumbrada, al constante bullicio de actividad y risas que siempre llenaban estos pasillos.

El mayordomo me recibe en la puerta, su rostro tenso y sus ojos sombreados por la preocupación. —Bienvenida a casa, señorita Sofia —dice, su voz baja y sombría—. Es bueno

verla.

Intento sonreír, pero se siente forzado, casi doloroso. —Es bueno estar de vuelta, Marco —digo, y mi voz suena hueca incluso para mis propios oídos—. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está mi padre?

Marco vacila, su mirada se desvía de la mía. —Está en su habitación, señorita Sofia —dice, su voz apenas un susurro—. Su madre está con él.

Un nudo frío de pavor se asienta en el fondo de mi estómago, una sensación enfermiza de miedo que no puedo quitarme. Asiento, murmurando un rápido gracias a Marco antes de correr escaleras arriba, con el corazón acelerado mientras me dirijo hacia la habitación de mis padres.

Abro la puerta de golpe, y mi respiración se corta al ver la escena frente a mí. Mi padre está acostado en la cama, su rostro pálido y demacrado, su cuerpo frágil debajo de las sábanas. Mi madre está sentada a su lado, su mano estrechamente agarrada a la de él, sus ojos hinchados y enrojecidos por el llanto.

—Papá —susurro, mi voz quebrándose al pronunciar la palabra—. ¿Qué... qué pasó?

Mi madre me mira, su rostro es una máscara de dolor y agotamiento. —Oh, Sofía —dice, su voz tiembla de emoción—. Estoy tan contenta de que estés aquí.

Me acerco a la cama de mi padre y me siento en el borde del colchón mientras tomo su mano entre las mías. Se siente tan delgada, tan frágil, como si pudiera romperse con el más leve toque.

—Su salud ha empeorado —dice mi madre, su voz apenas un susurro.

Siento como si me hubieran golpeado en el estómago, el aire sale de mis pulmones en un doloroso suspiro. Esto no puede estar pasando. No ahora, no cuando necesito a mi padre más que nunca.

—Pero… pero estaba bien en la boda —digo, mi voz tiembla de incredulidad—. Estaba caminando, hablando y… y parecía tan fuerte.

Mi madre niega con la cabeza, una triste sonrisa asoma en las comisuras de sus labios. —Estaba poniendo una cara valiente por ti, Sofía —dice, su voz cargada de lágrimas—. No quería que te preocuparas, no quería arruinar tu día especial.

Siento una ola de culpa invadirme, un sentimiento nauseabundo de arrepentimiento por no haberlo notado antes. Estaba demasiado absorta en mi propio drama, en mis problemas insignificantes, para darme cuenta de que mi padre se estaba desvaneciendo justo frente a mis ojos.

—Papá —susurro, acercándome a su rostro—. Papá, estoy aquí. Estoy justo aquí.

Sus párpados se agitan, su mirada se enfoca en mí con una claridad que me quita el aliento. —Sofía —susurra, su voz débil y entrecortada—. Mi hermosa niña.

Siento que las lágrimas brotan en mis ojos, un nudo se forma en mi garganta que no puedo tragar. —Lo siento, papá —digo, mi voz se quiebra de emoción—. Siento no haber estado aquí antes. Siento no haber… no haber sabido.

Él niega con la cabeza, una leve sonrisa aparece en sus labios. —No lo sientas, Sofía —dice, su voz apenas un susurro—. Estabas donde debías estar. Con tu marido, construyendo tu futuro.

Siento una punzada de dolor en el pecho, un amargo recordatorio de todas las formas en que mi matrimonio ha fallado respecto a mis sueños. Pero lo reprimo, obligando a mi rostro a sonreír mientras asiento.

—Sí, papá —digo, mi voz suave y tranquilizadora—. Estoy construyendo mi futuro, tal como siempre quisiste.

Él asiente, sus ojos se cierran mientras se hunde en las almohadas. —Bien —murmura, su

voz se desvanece—. Eso está bien.

Me quedo sentada allí por un largo momento, sosteniendo su mano y observando el ascenso y descenso de su pecho. Siento que estoy en un sueño, como si nada de esto pudiera ser real.

Pero es real. Está sucediendo, aquí y ahora, y no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

## 20

# DOMINICO

Me paseo de un lado a otro en mi habitación, con la mente acelerada pensando en Sofía y en el giro desastroso que tomó nuestra mañana. No puedo dejar de revivir el dolor y la ira en sus ojos, la forma en que se apartó de mi tacto como si yo fuera veneno.

Sé que la cagué. Sé que debería haber manejado la situación mejor, debería haber encontrado una manera de tranquilizarla y calmar sus miedos. Pero la verdad es que no sé cómo. Nunca he tenido que resolver esto antes, nunca he tenido que navegar por las traicioneras aguas de una relación real.

Normalmente, las mujeres simplemente caen en mis brazos. Y normalmente, estoy más que feliz de complacerlas, de darles lo que quieren por una noche o dos antes de pasar a la siguiente conquista.

Pero Sofía... ella es diferente. No es solo otra muesca en mi cama, otro rostro bonito para añadir a mi colección.

Ella es mi esposa, la mujer con la que se supone que debo pasar el resto de mi vida.

Y la estoy fallando. La estoy fallando en todas las formas que importan, y no sé cómo arreglarlo.

Pensé que estaba haciendo lo correcto al mantener en secreto los detalles de mis amantes pasadas. Quiero decir, ¿de qué serviría contarle con cuántas mujeres he estado? No es que fuera a borrar mágicamente todo el dolor y la traición entre nosotros.

Más bien, solo habría empeorado las cosas. Solo le habría dado a Sofía más munición, más razones para odiarme y resentirme por todas las formas en que la he defraudado.

Pero guardar silencio tampoco me hizo ningún favor. Solo le hizo pensar que tenía algo que ocultar, que seguía siendo el mismo bastardo egoísta y deshonesto que le rompió el corazón hace tantos años.

Estoy perdido. No sé qué hacer, no sé cómo navegar por este campo minado de un matrimonio en el que nos hemos metido.

Sigo intentando acercarme a ella, mostrarle que no soy el hombre que solía ser. Que he cambiado, que estoy listo para ser el esposo—el hombre—que ella merece.

Pero cada vez que doy un paso adelante, Sofía da dos pasos atrás. Cada vez que intento abrirme a ella, mostrarle mi verdadero yo... ella me cierra la puerta en la cara, refugiándose detrás de sus muros de ira y resentimiento.

Es como si estuviera decidida a sacar el pasado a relucir, a aferrarse a los rencores y amarguras que han estado fermentando dentro de ella durante tanto tiempo. Como si se negara a darme una oportunidad, a siquiera considerar la posibilidad de que podamos tener un futuro juntos.

Y empiezo a preguntarme si hay algo que pueda hacer para cambiar su mente, si hay alguna manera de arreglar lo que está roto entre nosotros, de curar las heridas que he causado en su corazón.

Mientras estoy de pie en la ventana, perdido en mis pensamientos y tratando de idear un plan para recuperar a Sofía, un destello de movimiento llama mi atención. Miro hacia abajo, y allí está ella, caminando por el camino como una visión bajo la luz de la mañana.

Mi corazón se acelera al observarla, con sus piernas largas y sus curvas elegantes. Incluso desde esta distancia, puedo ver cómo el sol brilla en su cabello oscuro, cómo su piel parece irradiar una luminosidad interior.

Dios, es hermosa. Tan hermosa que me quita el aliento, me hace preguntarme cómo diablos tuve la suerte de llamarla mía.

Pero entonces, mis ojos se estrechan al distinguir una figura familiar al final del camino. Una figura que conozco demasiado bien, una que me pone los dientes apretados y hace que mi sangre hierva con una rabia apenas contenida.

Luca.

Lo observo mientras se acerca a Sofía, su lenguaje corporal relajado, como si tuviera todo el derecho de estar ahí, todo el derecho de hablar con mi esposa como si fueran viejos amigos.

Salgo por la puerta antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, mis pies golpeando el pavimiento mientras corro hacia ellos. Pero para cuando llego al final del camino, Sofía ya se ha ido, desapareciendo en la distancia como un espejismo.

Dejándome solo con Luca, quien me mira con una sonrisa satisfecha que me da ganas de darle un puñetazo en la cara.

—¿Qué demonios haces aquí? —gruño, mis manos apretándose en puños a mis costados—. Creí que había dejado claro que no eres bienvenido en la propiedad de Sicura.

Luca simplemente se encoge de hombros, sus ojos brillando con un humor malicioso que me crispa los nervios. —Solo estaba teniendo una charla amistosa con tu encantadora esposa —dice, su voz goteando falsa sinceridad—. No hay necesidad de que te pongas nervioso, Dominico.

Doy un paso más cerca, mi mandíbula apretada con tanta fuerza que siento los músculos temblar. —Aléjate de Sofía —digo, con una voz baja y peligrosa—. Lo digo en serio, Luca. Si te pillo rondando cerca de ella otra vez, te haré lamentarlo.

Él ríe, el sonido áspero y burlón en el aire de la mañana. —Ay, me estoy temblando de miedo —dice, sus labios curvándose en una mueca—. El gran Dominico Sicura, amenazándome por una pequeña conversación con su esposa. ¿Qué pasa, Dom? ¿Temes que encuentre a alguien mejor?

Siento una oleada de rabia atravesarme, caliente, feroz y avasalladora. Quiero reaccionar, borrar esa sonrisa satisfecha de su cara con mis puños.

Pero me obligo a respirar hondo, a contener la ira y los celos que amenazan con consumirme. Porque sé que eso es exactamente lo que Luca quiere, exactamente lo que está tratando de provocar.

—No tengo miedo de nada —digo, con una voz fría y plana—. Menos aún de un patético imbécil como tú.

Los ojos de Luca se estrechan, su sonrisa se desvanece en una mirada fría y calculadora. —Ya veremos —dice, su voz apenas un susurro—. Puede que creas que tienes todo bajo control, Dominico, pero créeme, tu pequeño mundo perfecto está a punto de derrumbarse a tu alrededor.

Un escalofrío recorre mi espalda al escuchar sus palabras. No puedo evitar recordar una época en la que las cosas eran diferentes entre nosotros, cuando Luca era más que una espina en mi costado, más que un rival amargado decidido a destruir todo lo que aprecio.

Hubo un tiempo en el que casi éramos amigos, cuando creía que podía confiar en él. Siempre fuimos rivales, pero amistosos. Siempre hubo bromas de buena onda entre nosotros, una base construida en el hecho de que habíamos nacido en el mundo de la mafia, un mundo que la mayoría de la gente nunca experimentará.

Pero eso fue antes. Antes de que su padre muriera, antes de que el peso de esa pérdida convirtiera a Luca en una versión cruel y retorcida de sí mismo.

Lo he visto ocurrir, visto cómo el dolor y la ira lo corroían hasta que no quedó nada más que la cáscara del hombre que solía ser. Un hombre que descarga su dolor en el mundo, que ataca a cualquiera que se cruza en su camino.

Y por alguna razón, yo parezco ser su objetivo favorito, al que reserva sus ataques más viciosos, el que está decidido a destruir a toda costa.

No sé por qué. No sé qué hice para ganarme su odio, para que me viera como el enemigo. Pero sí sé que no voy a quedarme aquí y seguir hablando con él. No voy a darle la satisfacción de verme perder los estribos, de saber que ha logrado irritarme.

—Vete, Luca —digo, con una voz fría y dura—, antes de que haga venir a los guardias para que te obliguen a hacerlo.

Él me mira con desprecio, sus ojos brillando con un humor malicioso que me crispa los nervios. —¿Ya te vas, Dominico? —me provoca—. Y yo que pensaba que estabas emocionado por nuestra pequeña charla.

Aprieto la mandíbula, mis manos formando puños a mis costados. Necesito toda mi fuerza de voluntad para no reaccionar, para no ceder al impulso de borrar esa sonrisa satisfecha de su cara con mis puños.

Pero no le daré esa satisfacción, no permitiré que me provoque para pelear, para armar un escándalo que solo traerá más problemas en el futuro.

Así que me doy la vuelta y comienzo a alejarme, con la espalda recta y la cabeza en alto. No dejaré que Luca vea cuánto me ha afectado, no le permitiré conocer la profundidad de mi ira y mi dolor.

Pero al dar mi primer paso, escucho su voz, baja y amenazante, flotando en el espacio que nos separa.

—Más te vale cuidar tu espalda, Dominico —dice, con palabras cargadas de veneno—. Porque voy a por ti. Y cuando termine, no quedará nada de ti ni de tu preciado imperio.

Me detengo, con el corazón latiendo con fuerza mientras sus palabras calan en mí. Quiero darme la vuelta, enfrentarlo y exigirle que me explique de qué diablos está hablando.

Pero sé que eso es exactamente lo que él quiere. Solo está intentando sacarme de mis casillas, que pierda la calma y haga algo de lo que me arrepentiré.

Así que sigo caminando, con pasos medidos y firmes, incluso mientras mi mente se acelera con mil preguntas diferentes.

¿Qué está planeando Luca? ¿Qué tiene bajo la manga que lo hace tan confiado, tan seguro de que puede derribarme?

No lo sé. Y, si soy honesto, una parte de mí teme descubrirlo.

Porque he visto la oscuridad en los ojos de Luca, el odio y la rabia que lo consumen. Y sé que es capaz de cualquier cosa, de ir hasta el extremo para obtener lo que quiere.

Pero también sé que no caeré sin luchar. Haré lo que sea necesario para proteger lo que es mío, para mantener a Sofía y a mi familia a salvo de la tormenta que se avecina en el horizonte.

Porque eso es lo que soy. Ese es el hombre en el que me he convertido para sobrevivir en este mundo de poder y traición.

Y si Luca quiere una guerra... entonces eso es exactamente lo que va a obtener.

## 21

# SOFÍA

Al pasar el día con mi familia, rodeada del calor y el amor que tanto he estado necesitando, siento que el peso de las últimas semanas comienza a aliviarse de mis hombros.

Es como salir a la superficie después de pasar demasiado tiempo bajo el agua, como tomar una bocanada de aire tras sentirme ahogada por la atmósfera asfixiante de la casa Sicura.

Me río con mis hermanas, intercambiando chistes y anécdotas como siempre lo hemos hecho. Por un momento, es casi como si nada hubiera cambiado, como si aún fuera la misma chica despreocupada que era antes de que mi mundo se diera vuelta por el matrimonio y el deber.

Pero entonces Mia se gira hacia mí, con los ojos abiertos y curiosos, y hace la pregunta que he estado temiendo todo el día.

—Oye, Sofía, ¿cómo te va la vida de casada? ¿Es Dominico todo lo que soñabas? —Su voz es juguetona, pero percibo el interés genuino tras sus palabras.

Fuerzo una sonrisa, con el corazón apretándose en mi pecho mientras intento encontrar una respuesta que no delate la verdad de mi situación. —Oh, ya sabes cómo es —digo, con un tono cuidadosamente casual—. Es un ajuste, pero lo estamos resolviendo.

Chiara se inclina, con el ceño fruncido de preocupación. —¿Está todo bien, Sof? Pareces un poco... rara.

Aparto su preocupación con un gesto, y mi risa suena hueca incluso para mis propios oídos. —Estoy bien, Chi. Solo cansada por todo el lío de la boda. Ya sabes cómo es.

Puedo ver a Bianca observándome por el rabillo del ojo, su mirada aguda y analítica. Sé que ella puede ver a través de mis flojas excusas y percibe la inquietud y la infelicidad que tanto intento ocultar.

Pero no puedo confiar en ella, no soporto la idea de admitir lo desastroso que ha sido mi matrimonio hasta ahora. No quiero que mis hermanas sepan lo sola que me siento en esa casa grande y fría, cuánto las extraño a ellas y a mi vida anterior.

No puedo asustarlas respecto al matrimonio. La salud de papá es precaria, y mis hermanas necesitan casarse. Aunque el apellido Sicura es lo suficientemente poderoso como para asustar a la mayoría, hay otros que podrían verlo como un desafío.

Así que cambio de tema, llevando la conversación hacia asuntos más seguros, como el último flechazo de Mia con una celebridad y el nuevo vestido de Valentino de Chiara. Sonrío y asiento en los momentos adecuados, haciendo los comentarios apropiados de interés y ánimo.

Pero, por dentro, siento que me estoy ahogando, como si me estuviera perdiendo a mí misma pedazo a pedazo, día tras día, en una vida que se siente más como una prisión que como una sociedad.

Atrapo la mirada de Bianca al otro lado de la habitación, y por un momento, veo un destello de comprensión en su mirada. Como si supiera exactamente por lo que estoy pasando, como si pudiera ver el dolor y el miedo que tanto intento ocultar.

Pero luego ella aparta la mirada, y el momento se desvanece. Me quedo sintiéndome más sola que nunca, incluso rodeada por las personas que más amo en el mundo.

A medida que avanza el día y las risas y charlas comienzan a desvanecerse, me encuentro temiendo el momento en que tendré que marcharme. Cuando tendré que volver a la casa de los Sicura y enfrentar la fría y vacía realidad de mi nueva vida.

Pero antes de irme, decido subir de nuevo a mi antigua habitación, deseando un momento para mí, para darme la fuerza de llamar al chofer de los Sicura para que me lleve de vuelta a mi nuevo hogar.

Mientras subo las escaleras familiares y camino por el pasillo hacia mi dormitorio de la infancia, siento un nudo en la garganta. Parece que ha pasado tanto tiempo desde que estuve aquí, tanto tiempo desde que me permití el simple consuelo de rodearme de las cosas que siempre me han traído alegría.

Empujo la puerta, y por un momento, me transporto en el tiempo. A los días en que mis mayores preocupaciones eran aprobar mis exámenes y decidir qué ponerme para el próximo baile escolar.

A los días en que aún creía en los finales felices, en el poder del amor para conquistar todo.

Tomo una respiración profunda, inhalando los aromas de lavanda y vainilla que siempre han impregnado estas paredes. Es un aroma que significa hogar para mí, que trae recuerdos de risas nocturnas con mis hermanas y conversaciones sinceras con mi madre.

Pero ahora, mientras estoy parada en medio de esta habitación que una vez fue mi santuario, siento una ola de tristeza inundarme. Porque sé que esos días han terminado, que la chica que alguna vez soñó con finales de cuento de hadas y príncipes azules no es más que un recuerdo lejano.

Me siento al borde de la cama, mis dedos recorriendo el suave algodón de mi vieja colcha. Recuerdo las noches que pasé aquí, acurrucada con un libro y una taza de chocolate caliente, perdida en mundos de aventura y romance.

Recuerdo cómo solía mirar por la ventana, observando las estrellas y soñando con la vida que me esperaba más allá de estas paredes. La vida que estaba tan segura de que estaría llena de amor y risas, de alegría y plenitud.

También recuerdo cuando dejaba que Dom subiera al balcón y pasábamos la noche juntos. Recuerdo la emoción que sentía al escuchar una piedra golpear las puertas francesas, sabiendo que Dom estaría esperando que lo invitara a entrar.

Pero ahora, mientras me siento aquí en el silencio de esta habitación, no puedo evitar sentir una sensación de pérdida, de dolor por la chica que solía ser, por los sueños que han sido destrozados por las duras realidades de la adultez.

Pienso en mi padre, acostado en su cama justo al final del pasillo. Pienso en cómo me miró el día de mi boda, el orgullo y el amor brillando en sus ojos mientras me acompañaba hacia el altar.

Y no puedo evitar sentir un atisbo de ira, una sensación de traición porque ni siquiera se molestó en preguntarme qué quería. Que simplemente tomó la decisión de casarme con

Dominico Sicura sin siquiera considerar la posibilidad de que no fuera lo que yo deseaba.

Sé que solo estaba haciendo lo que creía que era mejor para mí, para nuestra familia. Sé que él cree que este matrimonio nos traerá fuerza y seguridad y asegurará que estemos protegidos incluso después de que él se haya ido.

Pero una parte de mí no puede evitar preguntarse si alguna vez se detuvo a pensar en lo que me costaría. Si alguna vez consideró la posibilidad de que yo pudiera ser infeliz, de que pudiera sentirme como si me estuviera asfixiando bajo el peso de una vida que no se siente como mía.

Sacudo la cabeza, tratando de desterrar ese pensamiento de mi mente. No debería estar pensando cosas tan horribles de mi padre, no cuando está acostado en su lecho de muerte a solo unas puertas de distancia.

Debería estar agradecida por los sacrificios que él ha hecho, por el amor y la devoción que siempre me ha mostrado. Debería estar haciendo todo lo que esté en mi poder para hacerlo sentir orgulloso, para estar a la altura del legado que tanto ha trabajado por construir.

Pero mientras estoy sentada aquí en el silencio de mi habitación de la infancia, rodeada por los fantasmas de mi pasado y los restos destrozados de mis sueños...

No puedo evitar sentir que me estoy perdiendo, que me estoy ahogando en un mar de expectativas y obligaciones, de deberes y responsabilidades que nunca pedí y que no sé cómo soportar.

Me sobresalto un suave golpe en la puerta. Rápidamente me seco las lágrimas que han comenzado a caer, tomo una profunda respiración para componerme antes de decir —Adelante.

La puerta se abre y mi madre entra en la habitación, su rostro marcado por la preocupación. —Sofía, cariño, ¿estás bien? —pregunta, acercándose para sentarse a mi lado en la cama.

Trato de sonreír, pero siento que las lágrimas vuelven a brotar y que la presa se abre. —Es solo que... tengo miedo, mamá —admito, con la voz temblorosa—. Tengo miedo de que Dom y yo nunca lleguemos a amarnos, de que siempre estemos atrapados en este matrimonio frío y vacío.

Para mi sorpresa, mi madre toma mi mano entre las suyas, con una mirada de comprensión en los ojos. —Oh, Sofía —suspira—. Sé exactamente cómo te sientes.

La miro, confundida. —¿Qué quieres decir?

Ella sonríe tristemente, con la mirada perdida como si estuviera recordando. —Cuando me casé con tu padre, también fue un matrimonio arreglado. Era tan joven, tan ingenua. Pensé que el amor llegaría fácilmente, que simplemente caeríamos en los brazos del otro y viviríamos felices para siempre.

La miro atónita. No tenía idea de que el matrimonio de mis padres había comenzado como el mío, de que alguna vez habían sido extraños unidos por el deber y la obligación.

—No fue fácil —continúa mi madre, con voz suave—. Éramos tan diferentes, tu padre y yo. Veníamos de mundos distintos, teníamos sueños y expectativas diferentes. Hubo momentos en los que pensé que nunca encontraríamos un punto en común, en los que estaba segura de que había cometido el mayor error de mi vida.

Hace una pausa, toma una profunda respiración antes de mirarme a los ojos. —Incluso hubo un momento en el que le dije a tu padre que lo odiaba.

Doy un respingo, llevándome la mano a la boca. —¿En serio?

Asiente con la cabeza, con una sonrisa llena de pesar en sus labios. —Sí. Estaba tan enfadada, tan frustrada. Me sentía atrapada en una vida que no había elegido, con un hombre que no me entendía.

Me aprieta la mano, sus ojos brillan con lágrimas contenidas. —Y ahora, después de todos estos años, no puedo imaginar mi vida sin él. La idea de perderlo... —Su voz se quiebra, y siento que mis propias lágrimas comienzan a caer.

—Lo sé —susurro, apoyando la cabeza en su hombro—. Tengo miedo, mamá. No sé cómo voy a seguir adelante sin él.

Ella me rodea con su brazo, abrazándome fuerte mientras ambas lloramos. —Seguiremos adelante juntas —dice con firmeza—. Nos apoyaremos la una en la otra, y encontraremos la manera de mantener vivo su recuerdo. Y nunca olvidaremos el amor que nos tuvo, los sacrificios que hizo para asegurar nuestra felicidad.

Asiento con la cabeza, mis lágrimas empapando la suave tela de su blusa cara. —Ya lo echo de menos —digo con voz entrecortada—. Lo echo tanto de menos.

—Lo sé, mi niña —me consuela, acariciando mi cabello—. Lo sé. Pero aún no se ha ido, y atesoraremos cada momento que nos quede con él.

Mientras me aparto del abrazo de mi madre y me seco las últimas lágrimas, siento que una chispa de curiosidad se enciende dentro de mí. —Mamá —pregunto suavemente—, ¿qué hicieron tú y papá para unirse? ¿Cómo encontraron el camino el uno hacia el otro, a pesar de todos los obstáculos en su camino?

Mi madre sonríe, con una mirada lejana mientras recuerda los primeros días de su matrimonio. —Requiere esfuerzo —admite—, mucho compromiso y aún más perdón. Tuvimos que aprender a ver la perspectiva del otro, a encontrar un terreno común incluso cuando parecía imposible.

Hace una pausa, con un brillo travieso en la mirada. —Pero ¿sabes qué hizo verdaderos milagros en nuestra relación? Encontrar un enemigo en común.

Parpadeo, sorprendida por sus palabras. —¿Un enemigo en común?

Asiente con la cabeza, con una sonrisa irónica en los labios. —Ni mi familia ni los Marinos nunca se llevaron bien con los O'Malleys; eran nuestros mayores rivales en los negocios, la mafia irlandesa de la ciudad. Y déjame decirte, fueron una espina en nuestro costado durante años.

Me inclino hacia adelante, intrigada por este vistazo al pasado de mis padres. —¿Qué pasó?

—Bueno —dice mi madre, con un tono de conspiración en la voz—, una noche, tu padre y yo estábamos en una gala, y Rork O'Malley estaba allí. Había bebido demasiado y comenzó a ponerse grosero conmigo, haciendo todo tipo de comentarios y sugerencias obscenas.

Siento un arrebato de ira al pensar en alguien tratando a mi madre con tal falta de respeto, pero ella solo niega con la cabeza, con una sonrisa de orgullo en su rostro. —Tu padre vio lo que estaba pasando e intervino. Le dijo a Rork que mantuviera sus manos lejos de su esposa o le rompería cada hueso de su cuerpo.

Mis ojos se abren de par en par, impresionada por la valentía y la protección de mi padre. —Vaya —susurro—, eso debió ser intenso.

—Lo fue —coincide mi madre—, pero también fue un punto de inflexión para nosotros. Ver a tu padre defenderme así, ver el amor y la lealtad en sus ojos… cambió todo. De repente, no éramos dos extraños unidos por las circunstancias. Éramos un equipo, unidos contra un enemigo común.

Me recuesto, absorbiendo sus palabras mientras trato de imaginar cómo debió ser para ella sentir esa chispa de conexión, esa sensación de ser verdaderamente vista y valorada por la persona a la que una vez había resentido y temido.

Y mientras lo hago, siento un destello de esperanza que se enciende dentro de mí. Tal vez,

solo tal vez, haya una manera de que Dom y yo encontremos ese mismo sentido de unidad, ese mismo vínculo forjado en el fuego de la adversidad.

Pero incluso cuando el pensamiento cruza mi mente, siento una punzada de duda, un susurro de miedo que no puedo sacudir. Porque, por mucho que quiera creer en la posibilidad de un final feliz, no puedo evitar recordar todas las formas en que Dom me ha lastimado en el pasado.

Él no es como mi padre, no es el tipo de hombre que intervendría para protegerme de algún daño o que se pondría de mi parte frente al peligro. Es el tipo de hombre que podría aburrirse de mí, que podría dejarme con el corazón roto y sola una vez más.

Y por mucho que quiera confiar en el poder del amor para conquistar todo, no puedo evitar preguntarme si me estoy preparando para otra caída, si me estoy engañando a mí misma creyendo en un futuro que nunca llegará.

Pero luego miro a mi madre, a la fuerza y la resistencia que brillan en sus ojos, y siento un destello de determinación que se enciende dentro de mí. Porque si ella pudo encontrar una manera de hacer que su matrimonio funcionara, si pudo construir una vida llena de amor, risas y alegría…

Entonces tal vez yo también pueda. Tal vez haya esperanza para Dom y para mí, incluso en medio de todas nuestras luchas y dudas.

Seguiré luchando por esa esperanza, seguiré aferrándome a ese destello de posibilidad.

Porque eso es lo que significa ser una mujer Marino. Ser fuerte, incluso frente al desamor y la incertidumbre.

## 22

# DOMINICO

Camino de un lado a otro de mi habitación, mi mente da vueltas con pensamientos sobre Sofía y cómo puedo recuperarla. Me niego a aceptar un no por respuesta, me niego a dejar que nuestro matrimonio se derrumbe antes de siquiera haber tenido la oportunidad de comenzar. Sé que necesito hacer algo grande, algo audaz, para demostrarle que estoy serio en hacer que esto funcione.

Y entonces me llega la inspiración. La sacaré a pasear por la ciudad, la conquistaré con todo el romance y el encanto que pueda reunir. Le mostraré que ya no soy el mismo chico egoísta e inmaduro que le rompió el corazón hace tantos años. Ahora soy un hombre, un hombre que sabe lo que quiere y está dispuesto a luchar por ello.

Pero primero, necesito esperar a que Sofía llegue a casa. Miro el reloj, mi pie golpea el suelo con impaciencia mientras los minutos pasan. Finalmente, escucho el sonido de la puerta principal abrirse, y corro escaleras abajo, mi corazón latiendo con anticipación.

Sofía se ve sorprendida al verme esperándola, sus ojos se muestran cautelosos mientras me acerco. —¿Dom? ¿Qué ocurre?

Le sonrío con mi sonrisa más encantadora, esa que nunca ha fallado en hacer que las mujeres se derritan. —Ve a vestirte, cariño. Te llevaré a cenar esta noche a un lugar elegante.

Parpadea, claramente sorprendida por mis palabras. —¿Qué? ¿Por qué?

Tomo su mano entre las mías, mi pulgar acaricia suavemente sus nudillos. —Porque quiero pasar tiempo con mi hermosa esposa. Porque quiero mostrarte lo mucho que significas para mí.

Por un momento, veo un destello de vacilación en sus ojos azules, un destello del dolor y la traición que aún flota entre nosotros. Pero luego ella asiente, una pequeña sonrisa asoma en la comisura de sus labios. —Está bien. Dame unos minutos para arreglarme.

Desaparece escaleras arriba, y siento una oleada de emoción y nervios recorriendo mi cuerpo. Este es el momento. Esta es mi oportunidad de hacer las cosas bien, de demostrarle a Sofía que soy el hombre que ella merece.

Cuando finalmente baja las escaleras, mi boca se abre asombrado. Lleva un vestido rojo impresionante que abraza sus curvas en todos los lugares correctos, el escote en V revela un tentador abrebocas de su escote. Su largo cabello oscuro está recogido en un elegante moño con algunos mechones sueltos enmarcando su rostro. Y sus labios... Dios, sus labios están pintados de un rojo profundo y sensual que me dan ganas de besarla hasta dejarla sin aliento.

—Te ves... increíble —logro decir, mi voz ronca de deseo—. Absolutamente hermosa.

Un leve rubor tiñe sus mejillas, y baja la mirada tímidamente. —Gracias. Tampoco te ves tan mal tú.

Sonrío, ofreciéndole mi brazo mientras la conduzco hacia el auto que nos espera. Nuestro chofer nos lleva al restaurante más elegante de la ciudad, un lugar conocido por su exquisita gastronomía y ambiente romántico.

Al entrar, no puedo evitar sentir una oleada de orgullo y posesividad. Cada mirada en la sala está puesta en Sofía, en la mujer impresionante a mi lado. Y ella es mía, solo mía.

Pero al tomar asiento y que el mesero nos sirva una copa de champán, siento un atisbo de incertidumbre. Porque por mucho que quiera que esta noche sea perfecta, por mucho que quiera conquistar a Sofía...

Sé que se necesitará más que cenas elegantes y palabras bonitas para sanar las heridas entre nosotros. Se necesitará tiempo, paciencia y la voluntad de enfrentar los demonios de nuestro pasado.

Pero estoy listo para ello, listo para hacer lo que sea necesario para que este matrimonio funcione, para construir una vida con la mujer que amo.

Porque ella lo vale. Vale cualquier precio, cualquier sacrificio.

A medida que avanza la noche, me encuentro perdido en la charla fácil y la risa que fluye entre nosotros. Es como si no hubiera pasado el tiempo, como si siguiéramos siendo aquellos adolescentes enamorados que no podían tener suficiente el uno del otro.

Recordamos los momentos más felices que compartimos, los instantes robados y los chistes que solo nos pertenecían a nosotros. Y mientras lo hacemos, siento un calor que se extiende por mi pecho, una sensación de algo correcto que no había sentido en años.

Antes de que pueda detenerme, las palabras salen de mi boca. —Sentía algo profundo por ti en aquel entonces, Sofía. No terminé contigo porque dejara de quererte.

Me mira, sus ojos grandes y vulnerables, y puedo ver el dolor que aún persiste allí. —¿Entonces por qué lo hiciste? —pregunta suavemente, su voz temblorosa.

Respire hondo, preparándome para la confesión que sé que debo hacer. —Me sentí atrapado —admito, bajando la mirada hacia la mesa—. Como si toda mi vida estuviera ya planificada, y no era la que yo quería. Cuando las cosas se pusieron serias entre nosotros, empecé a darme cuenta de que casarme contigo me obligaría a asumir ese rol aún más pronto.

Arriesgo una mirada hacia ella, esperando ver ira o resentimiento en sus ojos. Pero en su lugar, encuentro solo comprensión, un destello de empatía que me hace doler el corazón.

—Entré en pánico —continúo, mi voz áspera por la emoción mientras giro mi copa de vino, perdido en mis recuerdos—. Elegí terminar contigo en lugar de enfrentar la inevitabilidad de mi destino.

Sofía guarda silencio por un largo momento, con el ceño fruncido en pensamiento. —¿Qué hubieras querido hacer con tu vida? —pregunta finalmente, su voz suave y curiosa.

—Viajar —respondo sin dudarlo—. Como una persona común, donde vuele en un avión comercial, lleve una mochila con ropa y vea hasta dónde me llevan mis pies.

Me mira, con la cabeza ladeada como si me viera bajo una nueva luz. —¿No podríamos haber hecho eso juntos?

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, dejándome sin aliento. La miro fijamente, con la boca abierta por la sorpresa. —Yo... no lo había considerado en ese momento —admito, mi voz apenas un susurro—. Siempre parecías una princesa de la mafia, y no podía

imaginar que quisieras una vida ordinaria.

Sofía suelta una risa suave, sacudiendo la cabeza. —Dom, te habría seguido a cualquier parte. No me importaba el dinero ni el poder ni nada de eso. Lo único que quería eras tú.

Siento un nudo en la garganta, una ola de arrepentimiento y anhelo que me invade. —Lo siento —logro decir, con los ojos llenos de lágrimas contenidas—. Lo siento mucho, Sofía. Fui un tonto, un cobarde. Dejé que mi miedo y mi egoísmo se interpusieran en el camino de lo mejor que me ha pasado.

Al mirarla, siento que la esperanza florece en mi pecho. Si ella me habría seguido a cualquier parte en aquel entonces, ¿lo haría ahora?

—¿Y ahora? —pregunto—. ¿Viajarías conmigo?

Mientras el peso de mi pregunta flota en el aire entre nosotros, observo de cerca el rostro de Sofía, tratando de descifrar su reacción. Por un momento, sus ojos brillan con un destello de emoción, una chispa de ese espíritu aventurero que siempre he amado de ella.

Pero entonces, tan rápido como apareció, la luz se desvanece, reemplazada por una tristeza que me hace doler el corazón. Baja la mirada hacia la mesa, sus dedos trazando patrones sobre el mantel blanco.

—Mucho ha cambiado desde que estuvimos juntos —dice suavemente, su voz cargada de emoción—. Mi padre está enfermo, Dom. Muy enfermo. No puedo dejarlo, no ahora. No cuando más me necesita.

Siento una punzada de compasión, una ola de comprensión que me invade. Sé cuánto ama Sofía a su padre, cuánto lo ha admirado como un pilar de fuerza y guía.

—Y después de que él... después de que muera —continúa, su voz quebrándose en la palabra —, caerá sobre mí la responsabilidad de proteger a mis hermanas, de asegurarme de que estén cuidadas, que tengan el futuro que merecen.

Extiendo mi mano sobre la mesa, tomando la suya y apretándola suavemente. —Sofía, cariño, no estás sola en esto —digo suavemente, mi voz llena de ternura y empatía—. Cuidaremos de tus hermanas juntos. Te prometo que haré todo lo que esté en mi poder para mantenerlas seguras y felices.

Ella me mira, sus ojos brillando con lágrimas contenidas. —¿Harías eso? ¿Por mí, por ellas?

Asiento con la cabeza, una pequeña sonrisa asomándose en las comisuras de mis labios. —Por supuesto que lo haría. Son tu familia, Sofía. Lo que significa que también son mi familia.

Ella exhala un aliento tembloroso, una sola lágrima resbalando por su mejilla. —No sé qué decir, Dom. Nunca pensé... nunca imaginé que serías tan comprensivo, tan apoyo.

Extiendo la mano, secando la lágrima con mi pulgar. —Sé que no siempre he sido el hombre que necesitabas, Sofía. Sé que te he decepcionado de más maneras de las que puedo contar. Pero estoy intentando ser mejor, ser el marido que mereces.

Ella asiente, una sonrisa llena de lágrimas extendiéndose por su rostro. —Sé que lo estás, Dom. Y lo aprecio, más de lo que podrías imaginar.

Ella exhala un aliento tembloroso, una sola lágrima resbalando por su mejilla. Pero entonces, un brillo travieso aparece en sus ojos, y me lanza una sonrisa irónica.

—Bueno, si algún día terminamos viajando juntos —dice, su tono volviéndose juguetón—, tengo una condición. Vamos a cualquier lugar menos Italia.

Hago una mueca, asintiendo de acuerdo. —Dios, sí. Ambos hemos estado en la tierra madre suficientes veces como para toda una vida.

Sofía ríe, el sonido brillante y alegre en la tranquilidad del restaurante. —¿Te imaginas? Los

dos, intentando mezclarnos con los turistas, fingiendo que no conocemos cada callejuela y rincón escondido como la palma de nuestra mano.

Me río, sacudiendo la cabeza. —Sería un desastre. Terminaríamos metidos en más problemas de los que podríamos manejar.

Ella sonríe, sus ojos brillando de alegría. —Exactamente. Por eso tendremos que encontrar un lugar nuevo para explorar. Un lugar que sea solo nuestro, sin todo el equipaje y la historia de nuestro pasado.

Siento un calor extendiéndose por mi pecho, una sensación de emoción y posibilidad que no había sentido en años. —Me gusta cómo suena eso —murmuro, mi pulgar acariciando suavemente sus nudillos—. Un nuevo comienzo, una nueva aventura. Solo tú y yo, enfrentando el mundo juntos.

Ella asiente, su sonrisa suavizándose en algo tierno e íntimo. —Solo tú y yo —repite, su voz apenas un susurro.

Y mientras estamos sentados allí, nuestras manos entrelazadas y nuestros corazones latiendo al unísono, siento una sensación de esperanza floreciendo en mi pecho.

## 23

# SOFÍA

Mientras estamos sentados juntos, compartiendo un postre de chocolate decadente, no puedo evitar sentir un calor que arde en mi pecho. Los esfuerzos de Dom por reconectar, sus palabras de apoyo y comprensión... me tocan de una manera que nunca esperé.

Quizás, solo quizás, con el consejo de mi madre resonando en mi mente, pueda encontrar el camino de vuelta a ser feliz con él, a construir un futuro juntos lleno de amor, risas y todas las aventuras que siempre soñamos.

Observo cómo Dom toma una cucharada del rico y aterciopelado mouse, ofreciéndomela con un brillo travieso en sus ojos. —Abre la boca, cariño —murmura, con voz baja y ronca.

Acepto, separando los labios y dejando que me dé de comer ese manjar lujoso. En el momento en que el chocolate toca mi lengua, no puedo evitar dejar escapar un suave gemido de placer. Es increíblemente bueno, el equilibrio perfecto entre dulce y amargo, suave y cremoso.

Los ojos de Dom se oscurecen al escucharlo, su mirada fija en mi boca mientras saboreo el chocolate. —Te gusta, ¿verdad? —pregunta, su voz áspera por el deseo.

Asiento con la cabeza, sacando la lengua para lamer un resto de chocolate en mi labio. —Está delicioso —susurro, notando cómo mi propia voz suena entrecortada y desconocida para mí.

Se inclina más cerca, su aliento cálido rozando mi mejilla. —No tan delicioso como tú, apuesto.

Siento que el calor me recorre todo el cuerpo hasta llegar al centro, un latido intenso que crece entre mis muslos. Me muevo en mi asiento, cruzando las piernas para intentar aliviar la presión. Pero solo lo empeora, la fricción entre mis muslos envía chispas de placer que recorren todo mi cuerpo.

No entiendo cómo puedo tener sentimientos tan encontrados hacia Dom, cómo puedo estar tan enfadada, herida y traicionada en un momento, y al siguiente desearlo desesperadamente. Es como si mi cuerpo tuviera vida propia, respondiendo a cada toque y palabra suya con un hambre que no puedo controlar.

Me muevo inquieta en mi asiento, tratando de ignorar la necesidad pulsante que crece dentro de mí. Pero Dom lo nota, sus ojos se oscurecen con una mirada de complicidad.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunta, con voz baja y burlona—. ¿Te sientes un poco... inquieta?

Me muerdo el labio, mis mejillas se sonrojan por una mezcla de vergüenza y excitación. —

No sé de qué hablas —miento, notando cómo mi voz sale más entrecortada de lo que pretendía.

Él esboza una sonrisa, deslizando su mano debajo de la mesa para posarse en mi rodilla, acariciando la piel. —No te hagas la difícil conmigo, Sofía. Conozco esa mirada en tus ojos. Sé lo que significa cuando empiezas a moverte en tu asiento así.

Trago saliva con dificultad, mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras su mano comienza a deslizarse más arriba, sus dedos trazando patrones en mi muslo interno. —Dom... —susurro, mi voz mitad advertencia, mitad súplica.

—¿Sí, Sofía? —murmura él, su tacto volviéndose más audaz, más insistente.

Cierro los ojos, luchando contra las olas de deseo que me abruman. —No podemos... no aquí...

Se inclina más cerca, sus labios rozando mi oreja. —Entonces salgamos de aquí. Vayamos a un lugar donde pueda tomarme mi tiempo contigo, donde pueda adorar cada centímetro de tu cuerpo como se merece.

Tiemblo ante sus palabras, la presión entre mis muslos se vuelve casi insoportable. Sé que debería decir que no, debería detener esto antes de que vaya demasiado lejos.

Pero, Dios mío, lo deseo. Lo deseo con una desesperación que me asusta, una necesidad que anula toda lógica y razón.

Y así, con un tembloroso asentimiento, dejo que tome mi mano y me guíe fuera del restaurante.

Al salir del restaurante y adentrarnos en el aire fresco de la noche, puedo sentir la tensión chispeando entre nosotros como electricidad. La mano de Dom descansa en la parte baja de mi espalda, su tacto quema a través de la delgada tela de mi vestido y enciende un fuego en mis venas.

Nos deslizamos en la parte trasera del coche esperando, la división de privacidad ya levantada, dándonos un momento de intimidad robada. En cuanto la puerta se cierra, Dom me atrae hacia sus brazos, su boca chocando contra la mía en un beso que es todo calor y hambre.

Me derrito en él, mi cuerpo se moldea al suyo como si estuviera hecho para encajar allí. Sus manos recorren mis curvas, trazando las líneas de mi cuerpo con una posesividad que me hace estremecer.

Muerde mi labio inferior, su lengua calma el ardor antes de adentrarse en mi boca, enredándose con la mía en un baile que es a la vez familiar y emocionante. Puedo saborear el chocolate y el vino en su aliento, los sabores mezclándose con la esencia única que es solo él.

Sus dedos rozan el escote de mi vestido, sumergiéndose debajo de la tela para tocar la piel sensible de mi clavícula. Me arqueo ante su toque, un gemido escapándose de mis labios mientras él deja caer besos por la columna de mi cuello.

—Dom —jadeo, mis manos se aferran a su cabello mientras encuentra ese lugar justo detrás de mi oreja que siempre me enloquece. —No te detengas...

Él ríe contra mi piel, las vibraciones envían escalofríos por mi espalda. —Oh, no tengo ninguna intención de detenerme, cariño. No hasta que haya tenido lo suficiente de ti.

Su mano desciende, empujando el dobladillo de mi vestido hasta que sus dedos rozan el borde de encaje de mis bragas. Arqueo las caderas, buscando más de su toque, más de la deliciosa fricción que se acumula entre mis muslos.

—Tan receptiva —murmura, su voz baja y ronca de deseo. —Tan ansiosa por mí.

Gimo cuando sus dedos se deslizan debajo de la tela, acariciando mis pliegues húmedos con una ligereza provocativa. —Por favor —suplico, mi cabeza cae contra el asiento mientras me

entrego a las sensaciones que está evocando en mí. —Necesito...

—Sé lo que necesitas —gruñe, sus dientes rozan la piel sensible de mi cuello. —Y te lo voy a dar, Sofía. Te voy a hacer llegar al clímax tan fuerte que olvidarás tu propio nombre.

Sus palabras envían un rayo de pura lujuria directo a mi núcleo, y puedo sentir el temblor revelador de mis músculos internos mientras se contraen alrededor de la nada. Ya estoy tan cerca, tan desesperada por el alivio que apenas puedo pensar con claridad.

Pero justo cuando estoy a punto de suplicarle que deje de provocarme, que me dé lo que necesito... el coche se detiene, la voz del conductor cruje por el intercomunicador para avisarnos que hemos llegado.

Dom se aparta, sus ojos oscuros y pesados de deseo. —Continuará —promete, su voz un susurro bajo y seductor que me hace estremecer.

Asiento, mi respiración entrecortada mientras trato de componerme. Mi piel se siente demasiado ajustada, mi cuerpo vibrando con una necesidad que ha quedado insatisfecha.

Al salir del coche, el aire fresco de la noche contrasta con el calor que se ha estado acumulando entre nosotros. De repente, Dom me atrae de nuevo hacia él. Sus labios encuentran los míos en un beso abrasador, sus manos recorren mi cuerpo con un hambre que me deja sin aliento.

Tropezándonos, regresamos a nuestra habitación, nuestras bocas rara vez se separan mientras nos exploramos con una urgencia desesperada. Es como si fuéramos adolescentes de nuevo, perdidos en la embriagadora emoción del primer amor y la pasión desenfrenada. No puedo evitar tocarle, mis dedos tiran ansiosamente de su ropa mientras él hace lo mismo conmigo.

Para cuando caemos sobre la cama, ambos estamos medio desvestidos, nuestra piel enrojecida y caliente dondequiera que se toque. Dom se cierne sobre mí, sus ojos oscuros de deseo mientras contempla la imagen de mí tendida debajo de él.

En ese momento, todo lo demás se desvanece: el dolor del pasado, la incertidumbre del futuro. Lo único que existe somos nosotros dos, nuestros cuerpos y corazones entrelazados en un baile tan antiguo como el tiempo.

Cuando Dom baja su boca hacia la mía una vez más, sus manos me acarician con una reverencia que me hace llorar, me dejo llevar por la marea de sensaciones. Me pierdo en su tacto, en la forma en que me valora y adora como si fuera lo más preciado en su mundo.

Y por primera vez en más tiempo del que puedo recordar, siento un destello de esperanza brotar en mi pecho, una creencia frágil y tentativa de que tal vez, solo tal vez, podamos encontrar el camino de regreso el uno al otro.

Que tal vez el amor que una vez compartimos no se ha perdido para siempre, sino que simplemente está latente, esperando el momento adecuado para reavivarse en el fuego abrasador que sé que puede ser.

Mientras nos unimos, nuestros cuerpos se juntan y se mueven como uno, dejo que esa esperanza eche raíces en mi corazón. La nutro con cada toque gentil, cada palabra susurrada de amor y devoción.

Rezo para que este sea el comienzo de un nuevo comienzo para nosotros, una oportunidad para sanar, perdonar y construir algo hermoso a partir de las cenizas de nuestro pasado roto.

Dom y yo tenemos un largo camino por delante. Lo sé. Pero envuelta en sus brazos, rodeada de su amor y su fuerza...

Finalmente siento que estoy exactamente donde debo estar. Como si estuviera en casa, en todos los sentidos de la palabra.

Y pase lo que pase, sé que lo enfrentaremos juntos. Un día a la vez, un momento de conexión y ternura a la vez.

Hasta que nuestro amor sea inquebrantable, inquebrantable, imparable.

Tal y como siempre debió ser.

## 24

# DOMINICO

Me despierto con la cálida caricia de la luz del sol que se filtra por las ventanas, bañando la habitación con un suave resplandor dorado. A medida que la conciencia regresa lentamente, soy consciente del ligero peso en mis brazos, del suave roce del cabello sobre mi piel.

Al mirar hacia abajo, me encuentro con la imagen de Sofia acurrucada contra mi pecho, su rostro relajado en un sueño pacífico. A la luz de la mañana, su belleza me quita el aliento. Sus largas pestañas oscuras se extienden sobre sus pómulos, proyectando sombras delicadas en su piel bronceada. Sus labios llenos y carnosos están ligeramente entreabiertos, tentándome a inclinarme y saborear su suavidad.

Pero es más que su atractivo físico lo que me impacta en este momento. Es la realización de que puedo despertar a esto, a ella, todos los días por el resto de mi vida. El pensamiento me envía un cálido aleteo en el pecho, una sensación de satisfacción y certeza que no he sentido en más tiempo del que puedo recordar.

Hubo un tiempo en que la idea de estar atado a Sofia, de tener mi destino tan intrincadamente entrelazado con el suyo, se sentía como una condena a prisión, un yugo sofocante que me privaría de mi libertad y autonomía. Pero ahora, al contemplar su forma dormida, comienzo a verlo desde otra perspectiva.

Quizás estar casado con Sofia no sea una restricción, sino una oportunidad, una posibilidad de construir algo real y duradero, de crear una asociación basada en el amor y el respeto mutuo. Con ella a mi lado, siento que puedo enfrentar cualquier cosa, incluso la abrumadora tarea de algún día ocupar el lugar de mi padre como cabeza del imperio Sicura.

Sofia aporta una perspectiva única, una profunda comprensión del funcionamiento interno y la política de nuestro mundo, producto de ser la hija del jefe del crimen Marino. Con su perspicacia y mi determinación, no tengo duda de que podemos llevar a nuestra Familia a nuevas alturas de éxito y prosperidad.

Pero más que eso, estoy empezando a darme cuenta de que quiero ser el hombre que ella merece, el compañero que la apoya y la aprecia, que trabaja cada día para ser digno de su amor y confianza.

Porque si hay algo que he aprendido del camino accidentado de nuestra relación, es que Sofia Marino es un regalo raro y precioso, uno que pasaré el resto de mis días atesorando, si ella me lo

permite.

Mientras la veo agitarse, sus ojos abriéndose para encontrarse con los míos con una sonrisa soñolienta, siento una oleada de ternura y gratitud invadirme. Ayer fue un punto de inflexión para nosotros, una oportunidad de reconectar y redescubrir el profundo vínculo que siempre nos ha unido. Sé que es solo el comienzo.

Me inclino, dejando un suave beso en su frente mientras susurro con dulzura —Buenos días. En ese momento, me abruma la profundidad de mis sentimientos hacia ella, la feroz protección y el tierno cariño que brotan dentro de mí.

Mi mente vaga hacia el futuro y las responsabilidades que me esperan. Durante tanto tiempo, he huido de la idea de hacerme cargo del imperio de mi padre, de cargar con el peso del liderazgo que conlleva ser un Sicura. Pero ahora, con el peso de mi promesa a Sofia y sus hermanas sobre mis hombros, comienzo a sentir un cambio de perspectiva.

Quizás sea el momento de dar un paso al frente, de abrazar la autoridad y la influencia con las que nací. Porque si voy a mantener a Sofia y a su familia seguras, si voy a ser la roca en la que puedan confiar en los tiempos inciertos que se avecinan... entonces no puedo rehuir el poder y los recursos que conlleva mi posición.

El pensamiento es intimidante, pero también extrañamente emocionante. Es como si finalmente estuviera listo para asumir el desafío, para demostrarme a mí mismo y a los demás que tengo lo necesario para liderar a nuestra Familia hacia el futuro.

Con un suspiro de resignación, presiono un beso suave en la frente de Sofía, susurrando contra su piel. —Tengo algunos asuntos que atender, Sof, pero volveré antes de que te des cuenta.

Ella emite un sonido de protesta adormilada, sus brazos se aprietan alrededor de mí por un momento antes de relajarse. Cuidadosamente me libero de su abrazo, sintiendo una punzada de pérdida al dejar el calor de nuestra cama.

Pero mientras me visto y bajo las escaleras, no puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mis labios, ni la alegre melodía que silbo en voz baja. Es como si un peso se hubiera quitado de mis hombros, como si estuviera viendo el mundo a través de una lente más brillante y clara.

Al entrar al rincón del desayuno, Valentina levanta la vista de su taza de café, con una ceja perfectamente arreglada arqueada en sorpresa. —Vaya, vaya, vaya. Alguien está de buen humor esta mañana —comenta, con una sonrisa cómplice en las comisuras de su boca.

Me encojo de hombros, sirviéndome una taza de café y tomando un sorbo. —¿Qué puedo decir? Es un día hermoso.

Valentina tose, un sonido sospechosamente similar a "alguien se acostó con alguien" murmurando entre dientes. Le lanzo una mirada, pero no puedo reprimir la sonrisa que aparece en mi rostro.

Porque no está equivocada. Anoche con Sofía fue... increíble, un punto de inflexión en nuestra relación, una oportunidad para reconectar y redescubrir el profundo vínculo que siempre nos ha unido. Y despertar con ella en mis brazos esta mañana, sintiendo la certeza y la inevitabilidad de nuestro amor... es como si todo hubiera encajado en su lugar.

Con un sentimiento de propósito y determinación corriendo por mis venas, me dirijo a la oficina de mi padre. Golpeo la pesada puerta de madera, esperando su gruñido de "Adelante" antes de entrar.

Mi padre levanta la vista de los papeles esparcidos sobre su escritorio, sus cejas oscuras arqueándose en sorpresa al verme. —Dominico. ¿A qué debo el placer de tu compañía tan

temprano en la mañana?

Respiro hondo, enderezando los hombros mientras lo miro directamente a los ojos. —Quería hablar con usted sobre algo, padre. Algo importante.

Él se reclina en su silla, con los dedos entrelazados mientras me observa con una mezcla de curiosidad y cautela. —Te escucho.

—Estoy listo para asumir más responsabilidades dentro del negocio familiar —digo, las palabras salen de un tirón—. Sé que es algo que siempre he sabido hacer, pero en el pasado usted ha tenido que empujarme hacia ello. Pero se lo digo ahora, estoy listo. Listo para aprender, para dar un paso al frente y ser el líder que nuestra Familia necesita.

Durante un largo momento, mi padre simplemente me mira, su expresión indescifrable. Luego, lentamente, una sonrisa comienza a dibujarse en las comisuras de su boca, un destello de orgullo encendiéndose en sus ojos.

—Vaya, vaya. Ya era hora, hijo —dice, su voz áspera pero con un toque de aprobación—. Me estaba preguntando si alguna vez sacarías la cabeza de tu trasero y te darías cuenta del potencial que tienes.

Siento un rubor de vergüenza y defensa subir a mis mejillas, pero me obligo a mantenerme firme. —Sé que no siempre he sido el más... enfocado cuando se trata del negocio familiar. Pero las cosas han cambiado. Yo he cambiado. Y estoy listo para demostrárselo a usted, a todos.

Mi padre asiente, su mirada evaluadora mientras me observa. —Muy bien, entonces. Veamos de qué estás hecho.

Revuelve los papeles sobre su escritorio, sacando uno y sosteniéndolo en alto. —Tengo una tarea para ti. Uno de nuestros hombres, Gaspare, ha estado actuando de manera sospechosa últimamente. Tengo motivos para creer que puede ser desleal, que puede estar trabajando con los O'Malleys para socavar nuestra operación.

Siento un destello de inquietud por la gravedad de la tarea, pero lo reprimo. Esto es lo que quería, lo que pedí. Una oportunidad para demostrar mi valía, para mostrar que tengo lo necesario para liderar.

—Me ocuparé de ello —digo, con voz firme y resuelta—. Puede contar conmigo, padre.

Él me entrega el papel, sus ojos perforando los míos con una intensidad que me hace estremecer. —Asegúrate de hacerlo, Dominico. El futuro de nuestra Familia descansa ahora sobre tus hombros. No me defraudes.

Asiento, doblo el papel y lo guardo en mi bolsillo. —No lo haré. Lo juro.

Con un último gesto de despedida, mi padre regresa a su trabajo, y yo me retiro.

Al salir al pasillo, siento una mezcla de emoción y temor revolviéndome en el estómago. Este es el momento que he estado esperando. La oportunidad de demostrar mi valía, de mostrar que soy más que ese playboy imprudente e irresponsable que todos creen que soy.

Haré esto por mi familia, por nuestro futuro.

Y por el hombre que sé que puedo ser, el líder que siempre estuve destinado a convertirme.

Con una respiración profunda y un sentido de propósito, me dirijo a enfrentar mi primera gran prueba como el heredero del imperio Sicura.

Listo para afrontar lo que el mundo me ponga por delante.

Y listo para hacer que mi padre y Sofia se sientan orgullosos.

## 25

# SOFIA

Me despierto lentamente, mi cuerpo todavía deliciosamente adolorido y saciado por el apasionado sexo de anoche. Mientras me estiro con languidez, extiendo la mano hacia él, esperando sentir el calor de su cuerpo junto al mío. Pero mi mano solo encuentra sábanas frías y vacías.

Fruncio el ceño, una punzada de decepción y confusión me invade. Tengo un vago recuerdo de que Dom me dijo algo antes, con una voz suave y apologética, pero estaba demasiado sumergida en la niebla del sueño como para registrar completamente sus palabras.

Con un suspiro, me arrastro fuera de la cama, vistiéndome y preparándome para el día. Mientras bajo las escaleras, no puedo quitarme la sensación de inquietud que se instala en el fondo de mi estómago. Es extraño no tener a Dom a mi lado, especialmente después de la intimidad y cercanía que redescubrimos anoche.

Perdida en mis pensamientos, casi choco con mi suegro al entrar en el pasillo principal. Don Sicura levanta la vista de sus papeles, arqueando ligeramente las cejas al verme.

—Sofia —me saluda, con su tono áspero y formal como siempre—. Espero que hayas dormido bien.

Asiento, tratando de esbozar una sonrisa educada. —Sí, gracias. Pero me preguntaba si sabrías dónde está Dom. Ya no estaba cuando me desperté esta mañana.

Don Sicura me estudia, su expresión es inescrutable. —Dominico está ocupado manejando algunos asuntos para mí. No esperes verlo por el resto del día.

Sus palabras son cortas y secas, no dejando espacio para más preguntas. Siento un destello de irritación por su tono despectivo, por la forma en que parece esperar que simplemente acepte la ausencia de Dom sin explicación.

Pero sé que es mejor no presionar el tema. Me han inculcado que siempre hay que aceptar lo que dice el jefe y elegir cuidadosamente las batallas si se quiere discutir.

—Entiendo —digo, con voz cuidadosamente neutral—. Bueno, en ese caso, creo que iré a visitar a mi familia hoy. Con la salud de mi padre como está…

Mi voz se desvanece, sintiendo un nudo en la garganta al pensar en el deterioro de la salud de mi padre. Cada momento con él ahora se siente precioso, como un grano de arena cayendo en un reloj de arena.

Don Sicura asiente, su expresión se suaviza casi imperceptiblemente. —Por supuesto. La

familia es importante, especialmente en momentos como estos. Dale mis saludos a tu padre.

Murmuro mi agradecimiento, agradecida por esta pequeña muestra de comprensión de mi normalmente estoico suegro. Mientras recojo mis cosas y salgo hacia el coche, no puedo evitar sentir un alivio ante la perspectiva de pasar tiempo con mi propia familia de nuevo.

Hay una parte de mí que siempre pertenecerá a los Marinos, una parte de mí que anhela el calor, el amor y la aceptación incondicional que siempre he encontrado en la casa de mis padres.

Y con el tiempo de mi padre acortándose, sé que necesito apreciar cada momento que me queda con él, hacerle saber lo mucho que significa para mí y lo agradecida que estoy por todo lo que ha hecho.

Porque pronto, demasiado pronto... él se habrá ido.

No, no puedo ir por ese camino ahora mismo.

No ahora. Todavía no.



—Señorita Sofia —dice Marco mientras abre la puerta—. Es bueno verla de nuevo tan pronto.

Respiro hondo, los aromas familiares de la cocina de Rosa flotan en el aire, las suaves melodías de música italiana llegan desde la cocina. Es como un bálsamo para mi alma cansada.

Pero mientras me dirijo a la habitación de mi padre, mi corazón se llena de un peso de angustia. Sé lo que encontraré detrás de esa puerta: al hombre una vez vibrante al que siempre admiré, ahora debilitado y disminuido por los crueles estragos de la enfermedad.

¿Cómo pudo pasar esto tan pronto después de mi boda?

Al entrar en la habitación de mi padre, me sorprende encontrarlo sentado en la cama, con un escritorio portátil lleno de papeles y carpetas sobre sus rodillas. Su subjefe, Victorio Tenebre, está sentado cerca mientras discuten asuntos de negocios. Incluso en su estado debilitado, la frente de mi padre está fruncida en concentración, su pluma rasgando el papel con una intensidad familiar mientras murmura algo a Victorio.

Por un momento, me quedo allí parada, observándolo. A pesar del evidente impacto de su enfermedad, todavía hay una chispa en sus ojos, una determinación que ni siquiera el cáncer puede extinguir por completo.

—Papá —digo suavemente, con un tono de broma en la voz—. ¿No sabes que se supone que debes estar descansando? Incluso cuando estás enfermo, sigues siendo tan trabajólico.

Ambos hombres levantan la vista al escuchar mi voz, y la cara de papá se ilumina con una amplia sonrisa de alegría. —Ah, Sofia, mi querida. Me conoces, nunca he sido de quedarme quieto. Siempre hay trabajo por hacer, tratos que cerrar. Victorio ha estado haciendo lo mejor que puede, pero todavía necesito dirigir el barco.

Sacudo la cabeza, acercándome para sentarme al borde de su cama, sonriendo a Victorio. —Ahora mismo, necesitas concentrarte en recuperar tus fuerzas.

—He estado diciendo lo mismo, Sofia —dice Victorio, sacudiendo la cabeza y levantándose —. Los dejaré solos.

Papá se ríe, dejando a un lado su pluma y extendiendo la mano para tomar la mía mientras Victorio cierra la puerta. —Siempre tan mandona, igual que tu madre. Pero supongo que tienes razón. Puedo dedicar unas horas a pasar con mi hija mayor favorita.

—Puedes estar segura de que voy a monopolizar cada minuto de tu tiempo hoy —aprieto su

mano suavemente.

Él sonríe, sus ojos brillando con picardía. —No lo tendría de otra manera, mi querida. Ahora, ¿qué haremos con este tiempo precioso que tenemos juntos?

Sonrío, ya alcanzando la pila de discos gastados en su mesa de noche. —Pensé que podríamos empezar con algo de música. Todos tus viejos favoritos, las canciones con las que solíamos bailar cuando era una niña pequeña.

Su rostro se suaviza con nostalgia, con una mirada perdida en el horizonte. —Ah, sí. Recuerdo bien esos días. Tú, de pie sobre mis pies mientras te hacía bailar por la sala. Tu madre, sacudiendo la cabeza y fingiendo regañarnos, aunque sonreía detrás de su mano.

Asiento con la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta al recordar. —Esos fueron buenos días, papá. Algunos de los más felices de mi vida.

Él extiende la mano, acariciando mi mejilla con una mano curtida por el tiempo. —Los míos también, cariño. Los míos también.

Mientras pongo el primer disco, las suaves notas de una vieja canción de amor italiana llenan la habitación. Me acomodo de nuevo en la cama a su lado. Nos sentamos juntos, mano a mano, dejando que la música nos transporte a tiempos más simples.

Y, por un momento al menos, es como si nada hubiera cambiado.

Pero incluso mientras nos perdemos en la melodía, en la comodidad de la presencia del otro... no puedo ignorar la sombra que se cierne sobre nosotros. La certeza de que nuestro tiempo juntos es precioso, finito.

Que cada momento es un regalo, uno que podría arrebatársenos en cualquier instante.

Me parte el corazón verlo así, saber que el hombre fuerte y vital en el que siempre he confiado se está desvaneciendo lentamente. Pero me obligo a permanecer presente, a saborear cada risa y cada historia, cada apretón de su mano en la mía.

Mis hermanas y mi madre pronto se unen a nosotros, y la casa se llena de risas, charlas y el tintineo de las copas. Nos deleitamos con todos los platos favoritos de mi padre: pastas ricas y abundantes, carnes asadas deliciosas, pan recién horneado y postres decadentes que se derriten en la boca.

A través de todo, mi padre parece encantado, con los ojos brillando de picardía y su risa resonando por toda la habitación. Durante unas preciosas horas, es como si la sombra de la enfermedad se hubiera disipado, como si a todos nos hubieran concedido un respiro de la implacable marcha del tiempo.

Pero cuando la energía de mi padre comienza a flaquear, puedo ver el desgaste que el día ha causado en él. Sus movimientos son más lentos, más pesados, y hay un cansancio en su mirada que antes no estaba.

Me parte el corazón verlo así. Me obligo a permanecer presente, a saborear cada risa y cada historia, cada abrazo y cada beso en la mejilla.

Mi corazón se siente tanto pesado como lleno cuando salgo de la casa después de darle a mi padre un abrazo imposiblemente fuerte. El día pasado con mi familia, rodeada de amor y risas, y el conocimiento agridulce de nuestro tiempo limitado juntos, me ha dejado sintiéndome vulnerable y expuesta, pero también inmensamente agradecida.

Mientras me deslizo en el coche, mis pensamientos se dirigen a Dom, al nuevo comienzo tentativo que hemos forjado. Y de repente, una idea toma forma en mi mente, una chispa de inspiración que me llena de emoción y propósito.

Dom siempre ha hablado de su deseo de viajar, de ver el mundo más allá de los confines de

nuestras vidas aisladas. Y aunque sé que un viaje largo y extendido está fuera de discusión en este momento, con la salud de mi padre y nuestras obligaciones familiares... ¿y si pudiera sorprenderlo con un atisbo de esa libertad? ¿Una oportunidad de escapar, aunque sea por un momento?

Antes de que pueda dudar, le indico al conductor que haga una parada en una agencia de viajes cercana. Al entrar, me sorprende la variedad de carteles y folletos coloridos, cada uno prometiendo aventura y emoción en rincones lejanos del mundo.

La agente, una mujer alegre con cabello rojo brillante y una sonrisa cálida, me saluda desde detrás del mostrador. —¡Bienvenida! ¿En qué puedo ayudarla hoy?

Respiré hondo, sintiendo un revoloteo de nervios en el estómago. —Estoy planeando un viaje sorpresa para mi esposo. Solo un fin de semana largo, a un lugar nuevo y emocionante. Un sitio donde podamos escapar de todo, aunque sea por un momento.

La sonrisa de la agente se ensanchó, y sus ojos brillaron de comprensión. —¡Por supuesto! Qué idea tan encantadora. Déjeme buscar algunas opciones para usted.

Mientras ella tecleaba en su computadora, dejé que mi mirada vagara por los carteles en las paredes. Imágenes de playas arenosas y montañas nevadas, de calles bulliciosas de la ciudad y vistas serenas del campo. Cada una parecía llamarme, prometiendo un mundo de posibilidades y maravillas.

—Bien, esto es lo que tengo —dijo la agente, girando su pantalla hacia mí—. Algunos destinos diferentes que podrían encajar. Románticos y a solo un corto vuelo de distancia.

Mientras revisaba las opciones, una en particular llamó mi atención. Un pequeño y pintoresco pueblo enclavado en el corazón de Francia, rodeado de colinas ondulantes y viñedos verdes. Parecía sacado de un sueño, un lugar donde el tiempo parecía detenerse y las preocupaciones del mundo simplemente se desvanecían.

—Ese —dije, señalando la pantalla—. El Valle del Loira. Es perfecto.

La agente asintió, sus dedos volando sobre el teclado mientras buscaba más información. —Excelente elección. Puedo reservarle una encantadora villa con vistas impresionantes al campo. Y, por supuesto, muchas oportunidades para degustar vinos y explorar la cultura local.

Sentí que una sonrisa se extendía por mi rostro, una sensación de anticipación alegre burbujeando dentro de mí. —Eso suena increíble. Hagámoslo.

Unos minutos después, salía de la oficina con dos boletos de ida abiertos en la mano, sintiéndome más ligera de lo que había estado en semanas. No podía esperar para sorprender a Dom con esto, para ver la expresión en su rostro cuando le dijera que íbamos a una aventura, solo nosotros dos.

Pero mientras salía del edificio, aún perdida en mis pensamientos, de repente choqué contra un muro sólido de músculo. Me tambaleé hacia atrás, desorientada, y unas manos fuertes se extendieron para sostenerme.

—¿Sofía?

## 26

# SOFÍA

Me tambaleo tras el choque, con el corazón acelerado y las mejillas sonrojadas por la vergüenza. —Lo siento mucho —murmuro, tratando de recuperar la compostura—. No estaba mirando por dónde iba.

Pero cuando levanto la vista, las palabras se me atragantan. Frente a mí, con sus ojos oscuros brillando de diversión, está nada menos que Luca, el mismo hombre que había visto merodeando fuera de la casa de los Sicura unos días atrás.

Él sonríe, una curva lenta y conocedora de sus labios que me hace estremecer. —No hay necesidad de disculparse, Sofía. Fue completamente mi culpa. Debí haber prestado más atención.

A nuestro alrededor, la bulliciosa calle parece desvanecerse, el ruido del tráfico y las conversaciones se desvanecen en el fondo. Es como si estuviéramos suspendidos en nuestra propia burbuja, un mundo aparte del resto de la ciudad.

La mirada de Luca se dirige hacia la puerta de la agencia de viajes, con el ceño ligeramente fruncido. —¿Planeando una escapada, eh? —pregunta, con un tono ligero.

Fuerzo una risa, tratando de sacudirme la sensación de presagio que se apodera de mí. —Solo una pequeña sorpresa para mi esposo. Una oportunidad de escapar de la ciudad un poco, pasar tiempo de calidad juntos.

Su sonrisa se ensancha, pero no hay calidez en ella, solo un destello de algo afilado y depredador, como un lobo mostrando sus colmillos.

—Escapar —repite, saboreando la palabra en su boca como si disfrutara su sabor—. Es una elección interesante de palabras, Sofía. Casi como si estuvieras huyendo de algo.

Me pongo a la defensiva, mis defensas se alzan. —No estoy huyendo de nada. Estoy emocionada de compartir este viaje con Dom.

Luca da un paso más cerca, su presencia de repente abrumadora en el espacio reducido entre nosotros. —Si eres inteligente —dice, con una voz baja e intensa—, te irás mientras aún puedas. Mientras aún tengas la oportunidad de una vida más allá de la jaula dorada de la Familia Sicura.

Lo miro fijamente, con el corazón latiendo fuerte en mis oídos. —¿De qué estás hablando? Dom es mi esposo, mi compañero. No me voy a ningún lado.

Él niega con la cabeza, una expresión que se asemeja a la lástima cruza su rostro. —Ay, Sofía. Tan ingenua, tan confiada. ¿No lo ves? Nada bueno puede salir de estar atada a Dominico Sicura. Te usará, te romperá hasta que no quede más que una cáscara vacía de la mujer que solías

ser.

—¿Qué quieres decir con que nada bueno puede salir de estar atada a Dominico Sicura? —pregunto, con la voz apenas un susurro, mi corazón palpitando. ¿Qué sabe Luca que yo no?

Luca se encoge de hombros, su expresión es inescrutable. —Exactamente lo que dije. Los Sicura... no son como otras Familias. Tienen una forma de destruir todo lo que tocan, de dejar un rastro de cuerpos y corazones rotos a su paso.

Trago saliva con dificultad. —Eso no es cierto. Dom es un buen hombre, un hombre amable. Jamás me haría daño.

Puede que lo haya hecho antes, pero ha cambiado. Me ha dicho que lo siente. Eso tiene que significar algo, ¿no? Además, él sabe mejor que nadie que no debe hacerme daño, sobre todo a mí. Puede que no le haya contado a mis padres cómo me rompió el corazón la primera vez, pero definitivamente soltaría a los hombres de mi padre sobre Dom si intentara lastimarme de nuevo.

Luca se ríe, un sonido áspero y desagradable que me hace estremecer. —Oh, Sofía. Eres tan inocente, tan confiada. ¿No lo ves? Eso es exactamente lo que te hace vulnerable. Lo que te convierte en un objetivo.

Da un paso más cerca, sus ojos oscuros clavados en los míos con una intensidad que me quita el aliento. —Las personas que están cerca de la familia Sicura... tienden a terminar muertas. Tarde o temprano, de una forma u otra. Y si no tienes cuidado, ese podría ser tu destino también.

Mientras las palabras de Luca flotan en el aire entre nosotros, siento un destello de irritación en lugar de miedo. ¿De verdad cree que puede intimidarme con amenazas vagas y advertencias siniestras? Soy la hija de uno de los Dones de la Mafia más temidos de la ciudad. Conozco mejor que nadie los riesgos y las realidades de esta vida.

Cruzo los brazos, mirando a Luca con una mirada fría y evaluadora. —¿Estás tratando de asustarme? —pregunto, con una voz firme y poco impresionada—. Porque si es así, no está funcionando.

Luca se ríe, un sonido bajo y oscuro que, a pesar de mí, me hace estremecer. —¿Asustarte? No, Sofía. Estoy tratando de advertirte. De hacerte ver la verdad sobre la familia con la que te has casado.

Me burlo, sacudiendo la cabeza. —¿La verdad? ¿Y cuál es esa verdad, exactamente? ¿Que las personas que se acercan a los Sicura a veces terminan muertas? Noticia de última hora, Luca: eso es parte de nuestro mundo. Viene con el territorio.

Da un paso más cerca, sus ojos brillando con algo que no logro descifrar. —Pero no tiene que ser tu mundo, Sofía. Tienes una elección. Podrías alejarte de todo esto, comenzar una nueva vida en algún lugar lejos de la violencia y el derramamiento de sangre.

Siento un arrebato de ira por su presunción, por la forma en que me habla como si fuera una niña ingenua que no entiende el juego en el que todos estamos metidos. —¿Y adónde iría? ¿Qué haría? ¿Dejar a mi familia, a mi esposo, todo lo que he conocido? ¿Para qué? ¿Para una oportunidad de una supuesta vida normal?

Sacudo la cabeza, y una risa amarga escapa de mis labios. —No lo entiendes, ¿verdad? Esta es mi vida, Luca. Para bien o para mal, en la salud y en la enfermedad. Hice un voto con Dom, con nuestras familias. Y tengo la intención de cumplirlo.

Luca suspira, y una expresión que parece lástima cruza su rostro. —Admiro tu lealtad, Sofía. De verdad, lo hago. Pero estás cometiendo un error. Los Sicura... te devorarán y te escupirán. Y para cuando te des cuenta, será demasiado tarde.

Me erizo por su tono, por la forma en que habla de mi esposo y su familia como si fueran

monstruos. —No conoces a Dom —espeto, con una voz fría y cortante—. No sabes nada de nuestra relación, de nuestro amor. Y, francamente, no es asunto tuyo.

Levanta las manos en un gesto de falsa rendición, una sonrisa irónica dibujándose en sus labios. —Tienes razón, no lo es. Pero no digas que no te advertí, Sofía. Cuando llegue el momento en que necesites ayuda, en que quieras salir... sabes dónde encontrarme.

Con eso, se da la vuelta y se aleja, fundiéndose en la calle llena de gente como una sombra. Me quedo allí de pie, con el corazón latiendo fuerte y los puños apretados a los costados.

¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a sembrar dudas en mi mente, a hacerme cuestionar la vida en la que he crecido y a mi esposo? Conozco los riesgos de este mundo, los peligros que vienen con los nombres Sicura *y* Marino.

También conozco a Dom, lo devoto que es conmigo y lo mucho que está intentando demostrarme que ha cambiado.

Y no dejaré que nadie, y menos Luca, intente convencerme de lo contrario.

Respiro hondo, enderezando los hombros mientras me doy la vuelta hacia el coche. No importa los desafíos o amenazas que puedan surgir, sé que Dom y yo podemos enfrentarlos juntos.

Mientras me acomodo en el asiento trasero del coche, mi mente sigue dando vueltas por el encuentro con Luca. Sus palabras, sus amenazas y advertencias apenas veladas, resuenan en mi cabeza como una melodía inquietante que no logro sacudirme.

¿Cuál es su problema? ¿Por qué parece odiar a los Sicura, y a Dom en particular, con tanta intensidad ardiente? Está claro que hay una historia allí, un rencor que corre profundo.

Intento recordar cuando Dom y yo éramos adolescentes. No recuerdo que él mencionara a Luca, ni que insinuara una rivalidad o un rencor que pudiera explicar la animosidad entre ellos.

Pero, de nuevo, ¿me lo habría contado?

Tal vez algo sucedió después de que rompimos, alguna pelea o traición que convirtió a Luca de amigo en enemigo. O quizás las semillas de su odio siempre estuvieron allí, enterradas bajo la superficie, esperando el momento adecuado para brotar.

Suspiró, apoyando la cabeza contra el frío asiento de cuero. Todo es especulación, un juego de adivinanzas en el que no estoy segura de querer participar. Porque la verdad es que todavía hay mucho que no sé sobre Dom, sobre el hombre que era antes de que nos viéramos obligados a estar juntos de nuevo.

Y por mucho que quiera confiar en él, creer en el amor y el futuro que estamos construyendo juntos... no puedo negar la chispa de inquietud que las palabras de Luca han encendido en mi interior.

La molesta sensación de que hay secretos y sombras acechando bajo la superficie de nuestro matrimonio, esperando para arrastrarnos hacia abajo.

Pero no dejaré que ese miedo me consuma, no dejaré que envenene el frágil nuevo comienzo por el que hemos luchado tanto. Amo a Dom, y elijo creer en él, en nosotros. No importa qué esqueletos puedan estar escondidos en su armario, no importa qué demonios puedan estar acechando su pasado.

Cuando el coche se detiene frente a la finca de los Sicura, siento que una sensación de determinación se apodera de mí. Sé lo que tengo que hacer, las preguntas que necesito hacer.

Necesito hablar con Dom sobre Luca, necesito entender la historia entre ellos, la raíz del odio y la animosidad que parece correr tan profunda.

Sé que no será una conversación fácil, y el hecho de que ahora me haya encontrado no una,

sino dos veces con un hombre que parece ser su enemigo jurado... bueno, solo puedo imaginar cómo reaccionará ante eso.

Pero tengo que intentarlo. Tengo que confiar en la fuerza de nuestro amor, en el vínculo que hemos luchado tanto por reconstruir. Si vamos a hacer que este matrimonio funcione, si vamos a construir un futuro juntos... necesitamos ser honestos el uno con el otro, necesitamos enfrentar los fantasmas y los demonios que amenazan con separarnos.

Respiro hondo al salir del coche, levantando la barbilla. Estoy lista para esto, lista para enfrentar las verdades que puedan salir a la luz.

Haré las preguntas difíciles, buscaré las respuestas dolorosas. Escucharé con la mente abierta, lista para cargar con las cargas que Dom haya estado llevando solo durante tanto tiempo.

Porque eso es el amor, ¿no? La voluntad de estar al lado del otro, de enfrentar juntos las tormentas y las cicatrices.

No importa qué secretos puedan estar acechando en las sombras, no importa qué heridas necesiten ser curadas.

Y no dejaré que nadie, y menos Luca Strambo, nos arrebate eso.

## 27

# DOMINICO

Me desplomo contra la puerta de mi habitación, con el corazón aún acelerado y las manos temblando por la adrenalina que recorre mis venas. Ha sido un día largo y agotador, el tipo de día que me hace cuestionar todo lo que he conocido, todo lo que he creído sobre mi lugar en este mundo.

Hoy me han recordado exactamente por qué siempre he evitado las responsabilidades que conlleva ser un Sicura. Por qué he huido del peso del legado de mi padre, de la carga de la corona que algún día tendré que llevar.

Porque, mientras que los Marinos pueden tener el poder y la influencia para subcontratar su trabajo sucio, para enviar soldados anónimos a hacer sus mandados... los Sicura siempre nos hemos enorgullecido de manejar nuestros propios asuntos. De ensuciarnos las manos, sin importar el costo para nuestras almas.

Y hoy, ese costo fue más alto de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Cierro los ojos, pero aún puedo ver todo desarrollarse en detalles vívidos y repugnantes. La expresión de sorpresa y traición en el rostro de Gaspare cuando le apunté con la pistola a la cabeza. La forma en que sus ojos se abrieron de horror, en una súplica silenciosa de misericordia que no pude otorgar.

El sonido del disparo, resonando en el almacén abandonado como un trueno. El olor a sangre y pólvora, denso y repugnante en el aire.

¿Y la peor parte? El ruido sordo de su cuerpo al caer al suelo, la forma en que sus ojos me miraban con una acusación vidriosa y sin vida.

He matado antes, más veces de las que puedo contar. Es parte del trabajo, parte de la vida en la que nací. Pero algo de este encargo, de la forma fría y calculada en que cumplí las órdenes de mi padre... es diferente. Siento que se ha cruzado una línea, un punto de no retorno del que nunca podré regresar.

Ni siquiera estoy seguro de si Gaspare era realmente culpable. Pero en este mundo, en el imperio de mi padre, eso no importa. Incluso un susurro de deslealtad te gana una bala.

Me quito la ropa con manos temblorosas, entrando torpemente en la ducha y poniendo el agua tan caliente como puedo soportar. Me froto la piel hasta que está en carne viva y roja, desesperado por lavar la sangre y la culpa que se aferran a mí como una segunda piel.

Pero por más que lo intente, no logro sentirme limpio, no logro sacudirme la sensación de

suciedad y oscuridad que se filtra hasta mis huesos, manchando todo lo que toca.

¿Es esto lo que será mi vida a partir de ahora? ¿Un ciclo interminable de violencia y muerte, de pecados que nunca podrán ser lavados? ¿Es este el precio que debo pagar por el poder y el privilegio de ser un Sicura?

No lo sé. No tengo respuestas, ninguna forma de dar sentido al caos y la carnicería que parecen seguirme a donde quiera que vaya.

Lo único que sé es que estoy cansado. Cansado de la sangre en mis manos, del peso sobre mis hombros. Cansado de la lucha constante por mantener la cabeza fuera del agua, por encontrar algún destello de luz en la oscuridad que amenaza con consumirme.

Solo quiero ser normal. Solo quiero viajar y escapar de mis responsabilidades.

Salgo del baño, con una toalla alrededor de la cintura y el cabello todavía goteando de la ducha. Lo único que quiero es tirarme en la cama y olvidar que este maldito día sucedió, perderme en el olvido del sueño y fingir, solo por un momento, que la sangre en mis manos no está ahí.

Pero cuando veo a Sofía sentada al borde de la cama, con el ceño fruncido de confusión y los labios apretados en una línea tensa... sé que el descanso tendrá que esperar. Algo le preocupa, algo que la tiene perpleja y al borde.

—Hola —digo suavemente, cruzando la habitación para tomar sus manos en las mías—. ¿Qué pasa, cariño? Parece que algo te está preocupando.

Ella me mira, sus ojos azules llenos de una mezcla de curiosidad y preocupación. —Me encontré con alguien hoy —dice, su voz firme pero teñida de confusión—. Alguien que dice ser un viejo amigo tuyo. Luca, dijo que se llamaba.

Siento que mi mandíbula se tensa, un agudo pico de ira atravesando el agotamiento que nubla mi mente. Luca.

¿Cómo la encontró?

—¿Qué te dijo? —pregunto, mi voz áspera por la rabia apenas contenida—. ¿Intentó contarte alguna mentira sobre mí y mi familia?

Sofía niega con la cabeza, su expresión más perpleja que asustada. —No exactamente. Pero, Dom... dijo algunas cosas que no tenían sentido para mí. No paraba de hablar de lo mucho que te odia, de que debería tener cuidado con los Sicura. No lo entiendo. ¿Cuál es su problema contigo? ¿Por qué te desprecia tanto?

Siento el peso del día aplastándome, el recuerdo de los ojos sin vida de Gaspare clavándose en mi alma. Lo último que necesito ahora es lidiar con los juegos mentales de Luca, tener que defenderme de sus mentiras, adentrarme en recuerdos dolorosos.

—Sofía, por favor —digo, mi voz tensa por el agotamiento y la emoción apenas contenida—. No puedo hacer esto ahora. No puedo hablar de Luca, de por qué me odia tanto. No hoy, no después de lo que acabo de hacer.

Pero Sofía no se da por vencida, su expresión fija con una determinación testaruda que conozco demasiado bien. —Dom, no puedes seguir excluyéndome así. Necesito entender qué está pasando, cuál es el problema de Luca contigo y tu familia. ¿Cómo puedo apoyarte si no me dejas entrar?

Siento que mi frustración aumenta, mi temperamento deshilachándose mientras ella sigue presionando. —Te dije que no ahora, Sofía. ¿Por qué no puedes simplemente dejarlo, darme un maldito espacio para respirar?

Pero ella no lo deja ir, su voz subiendo con cada palabra. —¡Porque soy tu esposa, Dom!

Porque se supone que soy tu pareja, tu igual. ¿Cómo puedo serlo si constantemente me ocultas cosas, si constantemente me alejas?

Algo dentro de mí estalla, el agotamiento, la culpa y la ira hirviendo hasta convertirse en una rabia ardiente. —¿Sabes qué? Ya terminé —escupe, mi voz dura y cortante—. Estoy harto de intentar demostrarte algo. Si quieres creer que soy un monstruo, adelante.

Los ojos de Sofía se abren, la conmoción y el dolor cruzándose en su rostro. —Dom, ¿de qué estás hablando? Nunca dije que pensara que eras un monstruo. Solo quiero entender —

—¿Entender qué? —la interrumpo, mi tono burlón y cruel—. Te dije que lo dejaras por ahora, pero simplemente no lo haces. Sigues presionando y presionando. Así que bien, cree lo que Luca te haya dicho sobre mí. No me importa.

Me río, el sonido amargo y roto incluso para mis propios oídos. —Así que si eso es lo que quieres creer, si ese es el hombre que crees que soy... entonces adelante. Corre. Corre tan lejos y tan rápido como puedas, y no mires atrás. No intentaré detenerte.

## 28

# SOFIA

Siento como si me hubieran dado una bofetada, las palabras de Dom resonando en mis oídos como un cruel y burlón estribillo. —*Si eso es lo que quieres creer, si ese es el hombre que piensas que soy... entonces adelante. Corre. Corre tan lejos y tan rápido como puedas, y no mires atrás. No intentaré detenerte* —.

Esto es igual que cuando rompimos hace tantos años, cuando destrozó mi corazón en millones de pedazos afilados. La misma indiferencia cruel hacia mis sentimientos, mi amor, mi mera presencia en su vida.

Y lo que es peor, ni siquiera ha intentado *negar* lo que Luca afirmó, no se ha molestado en tranquilizarme con que no terminaré siendo solo otra víctima de la Familia Sicura.

¿Es esto lo que me espera? ¿Una vida de miedo e incertidumbre constante, sin saber si la próxima bala o la próxima traición será la que acabe conmigo?

Me pongo rígida, con la espalda recta y la barbilla alzada mientras miro a Dom directamente a los ojos. —Si de verdad te sientes así —digo, con voz fría—, tal vez me vaya. Tal vez acepte la oferta de Luca y me largue de aquí antes de convertirme en otro cuerpo más en el cementerio de la familia Sicura —.

Los ojos de Dom se abren, un destello de sorpresa y algo que podría ser miedo cruza su rostro. Pero no me permito detenerme en eso, no me dejo influenciar por el dolor y el arrepentimiento que veo nadando en su oscura mirada.

Porque la verdad es que estoy cansada. Cansada de los secretos y las mentiras, del constante vaivén de sus afectos calientes y fríos. Cansada de sentir que siempre estoy a un paso de perderlo, de ser desechada como basura del día anterior.

Siento una oleada de ira y dolor recorriendo mis venas mientras meto la mano en mi bolso, mis dedos cerrando la suave y brillante superficie de los boletos de avión. Los que compré para nosotros, para el viaje sorpresa que pensé que nos acercaría más.

Pero ahora, mirando la expresión fría y despectiva de Dom, sé que todo fue solo un sueño tonto, una fantasía ingenua de un amor que nunca fue realmente mío.

Con una risa amarga, saco los boletos y los arrojo sobre la cama, viendo cómo revolotean antes de posarse sobre el colchón. —Toma —digo, con voz cargada de sarcasmo y dolor—. Puedes usar el otro boleto para la próxima chica que elijas. Ya que soy tan fácil de reemplazar, tan desechable a tus ojos —.

Los ojos de Dom se abren, confusión y algo que podría ser arrepentimiento cruzan su rostro. Pero no me permito detenerme en eso, no me dejo llevar por la falsa esperanza de que realmente le importe.

En lugar de eso, doy media vuelta y me dirijo hacia la puerta, con la visión nublada por las lágrimas que me niego a dejar caer. No le daré la satisfacción de verme llorar, de saber cuán profundamente me han herido sus palabras crueles.

—¡Sofia, espera! —grita Dom, su voz teñida de desesperación y algo que parece casi miedo. Pero no me detengo, ni siquiera dudo mientras agarro el pomo de la puerta —.

Porque estoy demasiado cerca de romperme, demasiado cerca de hacerme añicos en un millón de pedazos afilados que sé que nunca podré volver a unir. Y no puedo dejar que él vea eso, no puedo permitirle ser testigo de la profundidad de mi dolor y mi vulnerabilidad.

Así que sigo caminando, con el corazón apretándose en mi pecho con cada paso que me aleja de él. Del hombre que amo, del hombre con quien pensé que podría construir una vida.

Pero ¿por qué? ¿Por qué sigo esperanzada, soñando con un futuro que no es más que un cruel y burlón espejismo? ¿Por qué sigo buscando pruebas de su amor, alguna señal de que movería cielo y tierra solo para tenerme a su lado?

Soy una tonta, una niña ingenua que ha estado persiguiendo una fantasía que nunca fue realmente mía. Y ahora, mientras siento el peso de la mirada de Dom perforando mi espalda, sé que es hora de soltar.

De aceptar la dura y amarga verdad que siempre ha estado frente a mí.

Él no me ama. No de verdad, no de la manera que necesito que lo haga. Y no importa cuánto desee que fuera diferente, no importa cuánto me aferre a los rezagos de afecto que me lanza de vez en cuando...

Nunca será suficiente, nunca llenará el doloroso y vacío abismo que su traición ha tallado en mi alma.

Estoy casi en la puerta, con la mano extendida hacia la manija, cuando siento los dedos de Dom cerrarse alrededor de mi brazo. Me gira, obligándome a enfrentarlo, y puedo ver la confusión y la ira luchando en sus ojos color avellana.

—¿Qué diablos son estos? —exige, levantando los boletos de avión como si fueran una prueba condenatoria—. ¿Adónde planeabas ir, Sofía? ¿Y por qué?

Siento que las lágrimas que he estado conteniendo por tanto tiempo finalmente se derraman, recorriendo mis mejillas calientes y amargas. —Eran para ti, idiota —sollozo, mi voz quebrada por el peso de mi dolor y desilusión—. Los compré como una sorpresa, después de nuestra conversación la otra noche. Pensé... pensé que tal vez te gustaría ir a algún lugar que no fuera Italia por una vez. Intentar algo nuevo, algo diferente.

Un destello de algo que podría ser comprensión cruza su rostro, pero estoy demasiado perdida para importarme, demasiado sumergida en el remolino de mis propias emociones para contener las palabras que salen de mí como un torrente.

—Elegí un lugar hermoso en Francia —continúo, mi voz elevándose con cada palabra—. Un lugar donde podríamos ir de mochilero y catar vinos, como gente normal. Como las aventuras de las que siempre hablabas, las que pensé que podríamos compartir juntos.

Me río, el sonido áspero y amargo incluso para mis propios oídos. —Pero supongo que me equivoqué, ¿no? Me equivoqué al pensar que realmente querrías construir una vida conmigo, crear nuevos recuerdos y experiencias que fueran solo nuestros.

El agarre de Dom en mi brazo se afloja, su expresión suavizándose en algo que parece casi

arrepentimiento. —Sofía, yo... no lo sabía. No me di cuenta —.

—Claro que no —lo interrumpo, arrancando mi brazo de su agarre—. Porque nunca lo haces, Dom. Nunca te detienes a pensar en cómo tus palabras y acciones podrían afectarme, en lo mucho que duele ser constantemente rechazada y apartada por el hombre que amo.

Sacudo la cabeza, sintiendo otra ola de agotamiento invadirme. —Estoy cansada, Dom. Cansada de esperar, cansada de soñar con un futuro que nunca va a suceder. No me amaste la primera vez, y fui una tonta al pensar que esta vez sería diferente.

Me doy la vuelta, mis hombros caídos en la derrota. —Mis padres... encontraron un amor de cuento, un vínculo tan fuerte y puro que ni siquiera la muerte puede separarlos. Y ahora, con la enfermedad de mi padre... es como si el destino estuviera jugando una broma cruel y retorcida con todos nosotros.

Me seco las lágrimas, odiándome por la debilidad, por la vulnerabilidad que no puedo sacudir. —Pero tú y yo... no somos como ellos, Dom. No estamos destinados a ese tipo de amor, a ese tipo de felicidad. Y no importa cuánto desee que fuera diferente... no puedo seguir engañándome pensando lo contrario.

Mientras le abro mi corazón a Dom, dejando al descubierto todo el dolor y la decepción que sus acciones me han causado, veo algo en sus ojos. Algo que parece casi arrepentimiento, como un amanecer de la conciencia de cuánto me ha lastimado.

Bien.

Pero sé que no debo confiar en eso, sé que no debo dejarme influenciar por la falsa esperanza de su remordimiento. Porque ya he estado en este camino antes, ¿no es así? He visto cómo puede cambiar de opinión en un instante, cómo su afecto puede convertirse en indiferencia fría en un abrir y cerrar de ojos.

Y estoy cansada de eso. Cansada de ser su yo-yo, de ser arrastrada de un lado a otro por los caprichos de su estúpido corazón.

Así que cuando intenta tocarme de nuevo, sus dedos rozando mi brazo en un gesto que es a la vez familiar y no deseado, estallo. Lo empujo hacia atrás, poniendo la mayor distancia posible entre nosotros en los confines estrechos de la habitación.

—No —digo, con una voz dura e inflexible—. No más, Dom. Ya no seré tu juguete, tu saco de boxeo emocional. No puedo seguir haciendo esto, no puedo seguir dejando que me atraigas solo para alejarme de nuevo.

Él abre la boca como para discutir, pero lo interrumpo con un gesto brusco. —*No*. No te atrevas a decirme que esta vez es diferente, que has cambiado o que lo sientes. Porque ya lo he escuchado todo antes, Dom. He caído en tus promesas vacías más veces de las que puedo contar.

Respiro hondo. —Pero ya no. Nunca más. Estoy *harta*, Dom. Harta de ti, harta de este juego retorcido que hemos estado jugando durante demasiado tiempo.

Veo la sorpresa y el dolor que cruzan su rostro, cómo sus ojos se abren y su boca cae en una súplica silenciosa. Pero endurezco mi corazón contra eso, contra el tirón de su dolor y su arrepentimiento.

Porque ahora lo sé, con una claridad tan afilada y fría como el filo de un cuchillo, que él nunca será el hombre que necesito que sea. Nunca será el compañero, el igual, el alma gemela que he estado buscando toda mi vida.

Y merezco algo mejor. Merezco más que las migajas de su afecto, las sobras de su amor que me lanza cuando le conviene.

Así que me alejo de él, con la cabeza en alto y los hombros firmes contra el peso de su

mirada, y salgo de la habitación, de su vida, con una finalidad que se siente aterradora y emocionante al mismo tiempo.

## 29

# DOMINICO

Me quedo allí, mirando los boletos de avión en mi mano, una ola de shock e incredulidad me golpea. Sofia los compró para mí. Para nosotros. Un viaje sorpresa a Francia, una oportunidad para escapar del peso de nuestro mundo y simplemente estar juntos, como cualquier otra pareja normal.

La realización me golpea como un puñetazo en el estómago, quitándome el aliento y haciendo que una oleada de emoción suba por mi garganta. Toda la frustración y el agotamiento de mi día infernal, todos los pensamientos oscuros y los recuerdos amargos que me han estado persiguiendo... todo se desvanece frente a esta simple verdad.

Sofia me ama, me ama lo suficiente como para planear una sorpresa como esta, para querer crear nuevos recuerdos y experiencias que sean solo nuestros. Y yo... he estado demasiado envuelto en mi propio dolor, en mi propia ira y resentimiento, para verlo.

Las burlas de Luca, sus palabras venenosas y sus juegos retorcidos... no importan. No frente al amor de Sofia, su fe inquebrantable en mí y en nosotros.

¿Y cómo he correspondido a ese amor? ¿Con palabras duras y desaires fríos, con una indiferencia insensible hacia sus sentimientos y sus sueños?

La vergüenza me invade, caliente y amarga en mi lengua. Sofia tenía razón. No me llamó monstruo. Solo quería entender, estar ahí para mí de la manera que pudiera.

Y yo la alejé, le espeté y la hice sentir como si no valiera nada, como si fuera desechable y fácil de reemplazar.

Dios, ¿qué he hecho? ¿Qué he estado haciendo?

No puedo perderla. No puedo permitir que mi propia estupidez y terquedad la alejen, no de nuevo.

Tengo que arreglar esto. Tengo que hacer las cosas bien antes de que sea demasiado tarde.

Dejo caer los boletos al suelo y salgo corriendo de la habitación, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho mientras persigo a la mujer que tiene mi corazón en sus manos. La alcanzo justo cuando está a punto de bajar las escaleras, mis dedos se cierran alrededor de su muñeca en un agarre desesperado y suplicante.

—Sofia, espera —susurro, mi voz cargada de emoción—. Por favor, no te vayas. No me dejes.

Ella se da la vuelta para mirarme, sus ojos enrojecidos y sus mejillas húmedas por las

lágrimas. —¿Por qué no, Dom? —pregunta, su voz apenas un susurro—. ¿Por qué debería quedarme cuando todo lo que has hecho es alejarme?

Me quedo allí, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. No puedo hablar en este momento. Es como si estuviera paralizado.

Sofia se burla. —Eso es lo que pensé. —Intenta soltarse de mí.

Pero no puedo dejarla ir. No ahora. No nunca.

Con un agarre decidido, la atraigo hacia mis brazos, sintiendo su resistencia mientras lucha contra mí.

—Suéltame —sisea, sus ojos azules fríos.

Pero no lo haré. No puedo. Presiono mis labios contra los suyos, vertiendo cada gota de pasión y anhelo en el beso. Sofia me resiste, sus manos empujan mi pecho, pero me niego a ceder.

Necesito que ella entienda, que sienta lo que yo siento.

La resistencia de Sofia es palpable, pero no la dejaré ir. En cambio, profundizo el beso, vertiendo cada gota de pasión y anhelo en él. El sabor de sus labios es embriagador, encendiendo un fuego dentro de mí que se niega a apagarse.

Por un momento, ella sigue luchando contra mí, sus movimientos llenos de incertidumbre y aprensión. Pero gradualmente, casi imperceptiblemente, su resistencia comienza a ceder. Es como si pudiera sentir mi intensidad, la sinceridad de mis intenciones.

Con cada segundo que pasa, siento que sus defensas se derrumban, su cuerpo se vuelve más suave contra el mío. Cuando finalmente se rinde a lo inevitable, no puedo evitar sentir una oleada de triunfo recorriéndome.

Ella es mía, y nada cambiará eso.

Con tierna reverencia, la llevo de vuelta al dormitorio y cierro la puerta detrás de nosotros. Antes de que pueda protestar o intentar escapar, capturo sus labios nuevamente en un beso apasionado mientras exploro cada centímetro de su piel, mis dedos trazando patrones de deseo a lo largo de sus curvas.

Sofia es exquisita, una diosa en forma humana, y estoy completamente cautivado por ella. Cada toque, cada caricia es un testimonio de la profundidad de mi devoción, un voto silencioso de atesorarla por la eternidad.

Cuando nuestros labios se separan del beso apasionado, los ojos de Sofia se encuentran con los míos, una mezcla de deseo e incertidumbre girando en sus profundidades. Sin decir una palabra, la levanto sin esfuerzo, sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura mientras la llevo a la cama, cada paso resonando con la urgencia de nuestra necesidad.

Con un hambre que raya en la desesperación, la bajo sobre las sábanas de seda, mis manos recorren su piel con una posesividad que no deja lugar a dudas. Hay un fuego ardiendo dentro de mí, una necesidad primitiva de reclamarla como mía, de mostrarle cuánto significa para mí.

Sofia me quita la camisa, deslizando ansiosamente sus manos sobre mi pecho mientras nuestras lenguas luchan por el dominio.

—Dom... —Sofia gime mientras beso su cuello, haciendo círculos con mi lengua sobre la delicada piel mientras me pierdo en su esencia.

Pero Sofia parece tener otros planes, ya que me empuja, se sienta y se quita el vestido. Mi boca se hace agua al verla.

Sofia lleva un sostén de encaje rojo que combina con sus bragas, su largo cabello negro cayendo sobre sus hombros mientras sus pechos se elevan. Siento que mi boca se seca al verla.

—Joder, eres tan hermosa, Sof —gruño.

Sofia sonríe con complicidad antes de que sus manos lleguen a mi cinturón, atrayéndome hacia ella para besos más profundos. Mis manos recorren ansiosamente su espalda mientras ella desabrocha lentamente mi cinturón. No pasa mucho tiempo antes de que mis pantalones caigan al suelo, dejándome solo en mis calzoncillos, ahora apretados alrededor de mi erección.

Sus pequeñas y suaves manos me acarician rápidamente a través de la tela delgada, y dejo escapar un gruñido profundo.

—Joder, Sofia —susurro—. Eso se siente tan bien.

Ella continúa acariciándome mientras encuentro la parte trasera de su sostén, abriéndolo rápidamente y dejándolo caer sobre la cama. Inmediatamente tomo sus pechos con mis manos mientras mis pulgares dibujan círculos alrededor de sus pezones, lo que me vale un gemido bajo de Sofia.

Caemos sobre la cama, y yo aterrizo entre sus piernas. Lentamente me desplazo por su cuerpo, comenzando en su mandíbula con besos largos y suaves, luego esparciéndolos por su cuello. Mis manos continúan sosteniendo sus pechos, jugando suavemente con sus pezones tensos.

Muevo mi boca hacia abajo, besando entre sus pechos, lo que hace que Sofía se arquee y entrelace sus dedos en mi cabello. Continúo provocándola, besando lentamente alrededor de sus pechos antes de llevarme un pezón a la boca, succionando suavemente el botón de color fresa.

El cuerpo de Sofía se arquea de nuevo, y ella grita. Pellizco su pezón derecho entre mis dedos mientras sigo succionando el otro.

—Dom, se siente... *por favor* —Su voz es baja y llena de lujuria.

La observo. Sus ojos están cerrados, su cabello negro extendido alrededor de su cabeza sobre las sábanas blancas mientras gime, con una expresión de pura felicidad en su rostro.

Es la persona más hermosa que he visto en mi vida.

Mientras masajeo sus pechos, comienzo a bajar lentamente por su cuerpo, dejando un rastro húmedo sobre su estómago tonificado, mi lengua juguetea con su ombligo. Mi mano izquierda permanece en sus pechos mientras la derecha desciende lentamente por su costado, agarrando su cintura. Sofía se arquea hacia mí de nuevo.

Cuando finalmente llego a mi objetivo, el lugar donde Sofía claramente más me desea, rozó mi barbilla sobre sus bragas, haciéndola gemir. Me inclino, besando suavemente su centro, el material de encaje ya está húmedo.

Pero aún no he terminado. Mis manos bajan para abrir más sus piernas, y cubro sus muslos internos con besos calientes y húmedos. Continúo besando sus muslos lentamente, casi hasta la rodilla, antes de volver y detenerme en la costura de sus bragas.

Sofía ahora jadea mientras tira de mi cabello con una mano, la otra apretando su pecho. Sus labios están ligeramente separados mientras emite gemidos incoherentes.

Es la vista más jodidamente hermosa que he visto.

—Dom... Dom... *por favor*...

Sus caderas se levantan de la cama, arqueándose hacia arriba, claramente deseando más.

Beso su sexo sobre el material, la tela de encaje ya empapada.

—Estás tan mojada —murmuro antes de enganchar mis dedos en la banda de sus bragas, bajándolas lentamente por sus muslos antes de dejarlas caer al suelo.

—Y tan hermosa —susurro con voz ronca mientras contemplo su cuerpo abierto y brillante. Me inclino para besar su sexo, saboreándola en mis labios.

Nada ha sabido tan bien.

Tomo un dedo y lo deslizo suavemente sobre sus pliegues, lo que le arranca un jadeo ardiente a Sofía. Repito el movimiento varias veces antes de inclinarme, besando suavemente su clítoris. Observo cómo el pequeño botón se mueve antes de llevarlo entre mis labios, lamiéndolo suavemente, dibujando círculos con mi lengua.

Sofía emite un gemido gutural y fuerte, mi nombre cae incoherentemente de sus labios.

Su mano tira de mi cabello mientras continúo lamiendo su clítoris y jugueteo con un dedo en su entrada. Está empapada.

Mi lengua lame sus jugos, recogiendo cada última gota, su sabor me vuelve loco mientras deslizo mi dedo medio dentro de ella, haciendo que Sofía se arquee de nuevo, sus caderas se levantan de la cama con un gemido fuerte.

Empujo sus caderas hacia abajo y continúo lo que estoy haciendo, usando mi lengua para dibujar ochos sobre su clítoris tembloroso mientras mi dedo acelera lentamente, entrando y saliendo de ella con facilidad.

Sus gemidos se hacen más fuertes mientras acerca mi cabeza. Introduzco un segundo dedo, golpeando su punto G, y puedo sentir sus paredes internas temblando a mi alrededor.

—Dom.

—Estoy tan cerca.

—No pares, *por favor*.

Sonriendo, succiono suavemente su clítoris, y eso es el final para Sofía. Siento cómo se aprieta alrededor de mis dedos, pulsando bajo mis labios mientras grita un mantra de mi nombre mezclado con diferentes gemidos.

Su orgasmo la golpea una y otra vez, todo su cuerpo se levanta de las sábanas antes de que finalmente colapse, mi boca todavía sobre ella.

Retiro suavemente mis dedos relucientes y, sin apartar la mirada de la suya, me los llevo lentamente a la boca, lamiéndolos uno por uno hasta dejarlos limpios.

En este momento, solo existimos Sofía y yo. Mientras la observo mirarme con los ojos entrecerrados, mientras me arrastro sobre su cuerpo y vuelvo a capturar sus labios, me invade una profunda sensación de plenitud, sabiendo que he encontrado mi verdadero hogar.

## 30

# SOFÍA

Cuando Dom me atrae hacia él, sus labios chocando contra los míos con una intensidad desesperada, siento cómo mi resistencia se desmorona. A pesar del caos que arde en mi corazón, a pesar de los ecos de las ominosas advertencias de Luca que aún resuenan en mis oídos... no puedo resistir el tirón magnético del tacto de Dom, el calor abrasador de su beso.

Mi cuerpo me traiciona, respondiéndole con un hambre que supera mi ira, mi dolor, mi amarga decepción. Incluso cuando mi mente me grita que lo empuje lejos, que me aferre a mi furia justificada... mi carne es débil, sucumbiendo a la necesidad primaria que solo él puede satisfacer.

Dom mueve sus caderas para crear fricción entre nosotros y sus dedos giran alrededor de mis pezones endurecidos.

—Joder, Dom —gimo mientras muevo mis caderas contra él desesperadamente. Sus labios se desplazan hacia mi cuello y chupan la piel. Sé que dejará una marca, pero no me importa. Que me marque. Que me reclame.

Llevo mis manos a su pecho, dejando que mis uñas arañen. Dom resopla y envuelve uno de sus brazos alrededor de mi cintura para ayudarme en mis empujes contra él.

—Quiero que estés dentro de mí, Dom —susurro.

Dom maldice pero asiente contra mi cuello antes de darnos la vuelta para que yo quede encima. Me posiciono para que su polla esté justo en la entrada de mi coño. La sensación es exquisita al sentir su miembro duro presionándome.

—Pero todavía no —murmuro antes de empezar a moverme sobre él. Muevo mis caderas hacia adelante y ajusto mi posición hasta que el nudo de mi clítoris entra en contacto con su polla mientras me deslizo arriba y abajo.

Santa *mierda*.

Mientras Dom gime, aumento la velocidad de mis movimientos, con los ojos cerrados en concentración. Mis uñas se clavan en su piel mientras él amasa suavemente mis pechos y aumenta gradualmente la fuerza del pellizco en mis pezones.

Muerdo mi labio inferior y echo la cabeza hacia atrás. Dios, estoy tan cerca. Mi respiración es pesada e irregular ahora, y mis muslos empiezan a apretar sus caderas con más fuerza, el movimiento volviéndose más urgente.

—Así es, Sofía —gruñe Dom, gimiendo mientras mi coño caliente se desliza contra su polla

de nuevo—. Ven por mí, joder.

Pero no quiero venir todavía. Lo quiero dentro de mí. *Ahora*.

Detengo mis movimientos, sonriendo con malicia cuando los ojos de Dom se abren de golpe en shock antes de que se cierren mientras me deslizo sobre él.

—Oh, joder, Sofía —gime Dom mientras agarra mis caderas—. Estás tan *apretada*.

Nos movemos juntos, nuestras respiraciones mezclándose. Presiono mis labios contra los suyos y abro mi boca a su lengua. Dom mueve una mano entre nuestros cuerpos y frota mi clítoris. Arqueo la espalda, gimiendo, el placer recorriéndome como un cohete.

Canto su nombre, y, a lo lejos, lo escucho susurrar: —Joder, Sofía. Su mano libre agarra mi pecho y besa el otro. Frota en círculos ajustados al ritmo de mis movimientos arriba y abajo sobre él.

Hay algo hermoso en la felicidad que veo en el rostro de Dom. Es casi tan gratificante como la sensación de que él me llene, casi tan bueno como la tensión que se acumula en lo más profundo de mí, ansiosa por liberarse.

Dom se ve tan absolutamente, perfectamente *satisfecho* que desearía que durara para siempre. Pero mientras continúo levantándome y bajándome, moviéndome con él profundamente dentro de mí, siento que mi liberación se acerca. Sus dedos bailan sobre mí, descargas eléctricas recorriéndome con cada pasada.

—Ven, Sofía —dice Dom con voz tensa—. Déjame sentir cómo te vienes alrededor de mí.

Ante su insistencia, mi orgasmo recorre mi cuerpo y tiemblo sobre él.

—¡Mierda! —gruñe de nuevo y entierra su rostro en mi cuello. Mueve sus caderas hacia mí, y mientras las olas de placer me recorren, lo siento terminar dentro de mí.

Y, Dios mío, se siente increíble. La forma en que me adora con su tacto, la manera en que me lleva a alturas de éxtasis que nunca antes había conocido... es casi suficiente para hacerme olvidar las palabras crueles que pronunció, la forma fría en que desechó mi amor y mi devoción.

Casi, pero no del todo.

Porque incluso mientras bajo de mi increíble éxtasis... no puedo sacudirme la sensación persistente de inquietud que se enrosca en el fondo de mi estómago. La sensación de que esto es solo un respiro temporal, un momento fugaz de conexión que pronto será opacado por las duras realidades de nuestra relación fracturada.

Y, como era de esperar, mientras yacemos allí en el resplandor posterior, nuestros cuerpos aún entrelazados y nuestros corazones latiendo al unísono... siento que la ira y el dolor comienzan a filtrarse.

Todavía estoy furiosa con él, todavía aturdida por la forma en que tan casualmente descartó mis sentimientos. Una noche de pasión, por intensa y abrumadora que sea, no puede borrar las heridas que ha infligido, la confianza que ha destrozado con sus palabras descuidadas y acciones egoístas.

Me aparto de él, mi piel de repente fría y húmeda donde estaba presionada contra la suya. No puedo soportar mirarlo, no puedo soportar la vista de esos ojos avellana que pueden hacerme olvidar de mí misma, olvidar todas las razones por las que debería estar corriendo tan lejos y tan rápido como pueda en la dirección opuesta.

—Esto no cambia nada —digo, con voz dura e inflexible—. No puedes simplemente follarme hasta someterme, Dom. Se necesita más que sexo caliente para que un matrimonio funcione.

Él se sienta, con el ceño fruncido en confusión y frustración. —¿De qué estás hablando,

Sofía? Pensé que estábamos superando esto.

Me río, el sonido áspero y amargo incluso para mis propios oídos. —¿Superando qué, exactamente? ¿El hecho de que no te importo realmente, de que solo estás pasando por este matrimonio porque es fácil y conveniente?

Los ojos de Dom brillan de ira, su mandíbula apretándose con fuerza. —Eso es una tontería, Sofía. No estoy pasando por nada. ¿Crees que esto es fácil para mí, estar contigo? Estás enfadada conmigo más a menudo que no, constantemente molestándome por cada pequeña cosa. Eres un dolor en el culo, la mayoría del tiempo.

Me estremezco ante sus palabras, sintiéndolas como un golpe físico. —Bueno, si soy una carga tan grande, ¿por qué te molestas en tenerme cerca? ¿Por qué no simplemente me sueltas y encuentras a alguna otra chica que sea menos trabajo, menos problemas?

Dom se burla, rodando los ojos. —Oh, claro, como si fuera tan jodidamente simple. En caso de que lo hayas olvidado, princesa, estamos en un matrimonio arreglado. Nuestros padres nunca aceptarían un divorcio.

Su tono es burlón, cargado de sarcasmo mientras continúa, —¿Y una anulación? Sí, buena suerte con eso. Es un poco difícil afirmar que el matrimonio nunca se consumó cuando no podemos dejar de follarnos, incluso cuando estamos peleando.

Siento una oleada de ira y humillación recorrer mi cuerpo, mis mejillas ardiendo con el aguijón de sus palabras. —¿Eso es todo lo que soy para ti, Dom? ¿Solo un pedazo de carne conveniente, alguien con quien follar cuando estás aburrido o estresado?

Él levanta las manos en frustración, su expresión retorciéndose de irritación. —Por el amor de Dios, Sofía, eso no es lo que estoy diciendo y lo sabes. Deja de poner palabras en mi boca y de torcer todo lo que digo.

Niego con la cabeza, sintiendo el aguijón de las lágrimas ardiendo detrás de mis ojos. —No estoy torciendo nada, Dom. Solo estoy tratando de entender cuál es mi lugar contigo, qué significo para ti. Porque desde donde estoy sentada, parece que solo estás siguiendo el guion, que solo estás conmigo porque tienes que estarlo.

Los ojos de Dom se estrechan, su voz bajando a un gruñido peligroso. —¿Quieres saber cuál es tu lugar conmigo, Sofía? ¿Quieres saber qué significas para mí? Está bien, te lo diré.

Se inclina más cerca, su rostro a solo centímetros del mío mientras habla. —Me vuelves loco, ¿lo sabías? Presionas mis botones y pruebas mi paciencia como nadie más lo ha hecho. Eres obstinada, exasperante y tan jodidamente difícil que a veces quiero gritar.

Ya no puedo más, no soporto escuchar ni una palabra más de las justificaciones torcidas de Dom. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, mi sangre hierve con una potente mezcla de ira y traición mientras me pongo la ropa a toda prisa, sin importarme si está arrugada o del revés.

—Sofía, espera —llama Dom mientras intenta agarrarme—. No he terminado de explicarte. No puedes irte así.

Pero ya estoy más allá de escuchar, más allá de preocuparme por las excusas poco convincentes que le queden. Necesito salir de aquí, poner distancia entre nosotros antes de que diga o haga algo de lo que me arrepienta. Escucho que murmura algo como "maldita sea", pero ya estoy demasiado lejos como para importarme.

—Mira —escupo, dirigiéndome hacia la puerta—. Ya basta, Dom. Basta de tus mentiras y tus juegos mentales, basta de que me trates como una maldita ocurrencia tardía en mi propio matrimonio.

Intenta agarrarme del brazo, intenta detenerme, pero me libero de su agarre. —No me toques,

maldita sea —siseo, con los ojos relampagueando con una advertencia que ni él puede ignorar—. Has perdido el derecho de poner tus manos sobre mí, de intentar controlarme. No soy tu propiedad, Dom. No soy un juguete con el que puedes jugar y luego tirar cuando te aburres.

Doy media vuelta y salgo furiosa de la habitación, cerrando la puerta de golpe con un sonido satisfactorio. Escucho a Dom gritándome, su voz amortiguada y distante mientras corro escaleras abajo y salgo al aire de la tarde.

Pero cuando salgo al camino de entrada, con la respiración entrecortada y el corazón acelerado por la adrenalina de mi ira... me doy cuenta, demasiado tarde, de que no estoy sola.

Una figura emerge de las sombras, alta y de hombros anchos, emanando una sensación de peligro que me hace erizar la piel con incomodidad. Cuando se acerca a la luz, siento cómo mi sangre se congela de reconocimiento y pavor.

Luca.

Me ha estado observando, me doy cuenta con un vuelco nauseabundo en el estómago. Ha estado esperando su momento, esperando el instante perfecto para actuar.

—Sofía —dice, con una voz suave y seductora como miel envenenada—. Qué agradable sorpresa. ¿Problemas en el paraíso, supongo?

Retrocedo, mis ojos buscando desesperadamente alguna forma de escapar. Pero él bloquea mi camino, su cuerpo una pared sólida de músculo y amenaza.

—Luca —logro balbucear—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de mí?

Él sonríe, una curva lenta y depredadora de sus labios que me envía escalofríos por la columna vertebral. —Oh, Sofía. Intenté advertirte, ¿no es así? Intenté hacerte ver la verdad sobre los Sicura, sobre el peligro en el que estabas.

Da un paso más cerca, sus ojos brillando con una intención oscura y malevolente. —Pero no me escuchaste, no dejaste a Dom, incluso cuando te ofrecí una salida. Así que ahora... ahora tendré que tomar el asunto en mis propias manos.

Antes de que pueda reaccionar, antes de que pueda siquiera tomar aire para gritar, se abalanza sobre mí, sus brazos envolviéndome como bandas de acero. Lucho y me sacudo, pateando y arañándolo con toda la fuerza que poseo.

Pero no sirve de nada. Es demasiado fuerte, demasiado rápido, demasiado despiadado en su determinación de someterme.

Siento un dolor agudo y punzante en el cuello, y mi visión comienza a difuminarse y desvanecerse en los bordes. Mientras me sumerjo en la inconsciencia, mi cuerpo se vuelve flojo y pesado en el agarre de Luca, lo escucho susurrar una última y escalofriante promesa.

—No te preocupes, Sofía. No voy a lastimarte. Todavía no, al menos. Pero Dom... él va a pagar por lo que hizo. Y tú... vas a ayudarme a asegurarme de que así sea.

Lo último que veo antes de que la oscuridad me reclame es el frío y triunfante brillo en los ojos de Luca. Y luego... nada.

Solo un vacío interminable de oscuridad y desesperación.

Mientras me desvanezco, mi último pensamiento coherente es de Dom. Del amor que una vez compartimos, del futuro que una vez soñamos construir juntos.

Y del amargo y doloroso conocimiento de que ahora... ahora puede ser demasiado tarde.

## 31

# DOMINICO

Estoy parado en medio de la habitación, mi pecho se agita de frustración y enojo mientras los pasos de Sofia se desvanecen por el pasillo. Es como si estuviéramos atrapados en este ciclo interminable, este vaivén del que ninguno de los dos parece poder liberarse.

Cada vez que creo que me estoy acercando a ella, ella me cierra la puerta en la cara, alejándome.

Me siento en el borde de la cama, dejando caer la cabeza entre mis manos mientras trato de entender lo que acaba de suceder. Sé que debería ir tras ella, perseguirla y hacerle ver que no me rindo, que nunca dejaré de luchar por lo que tenemos.

Pero, Dios, estoy tan *jodidamente* cansado. Cansado de las constantes batallas, del ciclo interminable de acusaciones y recriminaciones. Cansado de sentir que estoy golpeándome la cabeza contra una pared, tratando de atravesar la fortaleza que ha construido alrededor de su corazón.

Un paso adelante, tres pasos atrás.

Y, sin embargo... no puedo dejarla ir. No puedo imaginar una vida sin ella, sin el fuego y la pasión y la fuerza implacable de la naturaleza que es Sofia Marino Sicura.

Lo he intentado. Dios sabe que lo he intentado. Después de que terminamos, me lancé a una serie de aventuras vacías y sin sentido. Intenté perderme en la emoción de la persecución, en la euforia de la conquista y la seducción.

Y funcionó. Por un tiempo. Pero siempre faltaba algo.

Ninguna de ellas podía compararse con ella. Ninguna podía encender la misma chispa, la misma fiebre en mi sangre que Sofia siempre ha tenido, desde el primer momento en que la vi.

Fue en un funeral, de todos los lugares. Tenía diecinueve años, ya cínico y desilusionado. Estaba al lado de mi padre, un hijo cumplidor presentando sus respetos a un camarada caído.

Y entonces la vi.

Sofia Marino, con solo quince años y dolorosamente hermosa en su vestido negro y velo. Entró a la iglesia del brazo de su padre, con la cabeza en alto y los ojos secos, a pesar de la solemnidad de la ocasión.

No podía apartar la mirada de ella. ¿Cómo es que nunca la había visto antes? Nuestros padres eran aliados. ¿Cómo es que nunca me di cuenta de que un ángel literal caminaba entre nosotros?

No podía apartar la mirada de la curva de su mejilla, la plenitud de sus labios, la forma en

que la luz parecía atrapar su cabello oscuro y hacerlo brillar como un halo.

Pero no fue solo su belleza lo que me cautivó. No, mientras la observaba durante el servicio, mientras la escuchaba murmurar condolencias y ofrecer palabras de consuelo, vi algo más.

Era inteligente, ágil de mente y graciosa. Tenía una forma de hacer que la gente se sintiera cómoda, de hacer que se sintieran escuchados y comprendidos.

¿Y cuando se reía? Era como si el mundo entero se iluminara. Como si todo lo demás se desvaneciera y no hubiera nada más que el sonido de su alegría, el brillo en sus ojos y el hoyuelo en su mejilla.

Lo supe entonces, con una certeza que nunca antes había sentido, que tenía que hacerla mía, que tenía que encontrar la manera de ganar su corazón, de hacerla ver que estábamos destinados a estar juntos.

No fue fácil. Maldita sea, no fue *nada* fácil.

Sofía, a pesar de su calidez y vivacidad, era reservada y cautelosa. Como hija de la Mafia, había visto demasiado como para confiar fácilmente o entregar su amor sin más.

Pero fui paciente. Fui persistente. También ayudó que nuestros padres fueran aliados y se llevaran bien. Siempre me aseguraba de acompañar a mi padre a la casa de los Marino solo para poder echar un vistazo a la hermosa Sofía.

La cortejé con flores y mi encanto, con momentos robados y besos secretos bajo las estrellas. Le mostré al hombre que quería ser, el compañero que sabía que podía llegar a ser, si tan solo me daba la oportunidad.

Y lentamente, día a día... lo hizo. Se abrió a mí, me permitió entrar en los lugares ocultos de su corazón y su alma. Compartió sus sueños y sus miedos, sus esperanzas y sus penas.

Y luego la dejé, aplasté sus sentimientos en un millón de pedazos con el tacón de mi zapato.

Pensé que podía vivir sin ella, y por un tiempo, lo hice. Pasé por los movimientos de la vida sin ningún propósito real. Intenté olvidarla, intenté olvidar esos ojos azules profundos, esa risa melódica, esa hermosa sonrisa.

No fue hasta que volvió a mi mundo, hasta que vi el fuego que aún ardía en esos ojos azules... que me di cuenta de cuánto la había extrañado, de cuánto la necesitaba como necesito el aire para respirar.

Y ahora, con cada pelea y cada palabra amarga que intercambiamos... siento que ese mismo vacío se arrastra de nuevo, esa misma sensación de desolación y desesperación.

No puedo perderla de nuevo. No puedo volver a esa existencia hueca y sin alegría, a esa pálida imitación de una vida que una vez pensé que era suficiente.

Pero incluso si lo hago, sigue siendo todo mi culpa.

El arrepentimiento surge en mí por las decisiones que tomé, los errores que me llevaron a este momento. Nunca debería haberla dejado ir, nunca debería haberme alejado de lo mejor que me había pasado, de la única persona que vio más allá de la máscara que llevaba y me amó por *quien era*.

Pero entonces era joven y estúpido. No quería las presiones que conllevaba hacerme cargo del imperio de mi padre, y mucho menos casarme con la hija mayor del Don más poderoso de la zona.

Quería salir de la ciudad, ver el mundo, y Sofía no formaba parte de ese plan.

Así que le rompí el corazón, le dije que era una tonta por creer que me casaría con ella.

Nunca olvidaré la mirada de traición en su rostro. De dolor. Estaba convencido de que Sofía le contaría a su padre lo que hice por venganza y que él vendría por mí, con las armas en la

mano.

Pero no lo hizo. Nunca le dijo nada a sus padres. Simplemente guardó ese dolor en su corazón durante cuatro años.

Honestamente, desearía que hubiera enviado a su padre tras mí. Habría dolido menos que ver el dolor en sus ojos, la forma en que se aparta de mí.

Quiero ir tras ella, quiero perseguirla y suplicarle que me perdone, que me dé otra oportunidad para demostrar que no soy el mismo chico egoísta y descuidado que le rompió el corazón hace tantos años.

Pero algo me detiene. Algo susurra en el fondo de mi mente que ella necesita espacio, necesita tiempo para respirar, procesar y encontrar su camino de regreso al centro.

Sofía siempre ha sido así, siempre ha necesitado el ancla de su familia, el amor y apoyo inquebrantable de las personas que mejor la conocen, para mantenerse firme. Especialmente con la enfermedad de su padre.

Y ahora mismo, sé que es allí donde irá, de regreso a los brazos de la familia que siempre será su refugio seguro.

Por mucho que me mate dejarla ir, por mucho que cada fibra de mi ser me grite que vaya tras ella... sé que tengo que confiar en ella. Tengo que creer que encontrará su camino de regreso a mí.

Con ese pensamiento, me visto rápidamente y bajo a la oficina de mi padre. Nunca le conté cómo había ido mi misión, y mi padre esperará un informe lo antes posible.

—Gaspare ha sido atendido —digo con voz firme y monótona—. Ya no será un problema.

Mi padre asiente. —¿Y qué se hizo con el cuerpo?

Lo miro fijamente. —¿Qué cuerpo?

Mi padre asiente de nuevo, una rara sonrisa de aprobación se dibuja en sus labios. —Bien hecho, Dominico. Finalmente estás tomando tu lugar como el futuro de esta Familia.

Siento la bilis subir por mi garganta, el amargo sabor de la vergüenza y el asco cubriendo mi lengua. Pero lo reprimo, me obligo a sostener la mirada de mi padre con una máscara de serenidad. —Estoy a su disposición, padre. Siempre.

Las palabras saben a veneno, pero las digo de todos modos, porque eso es lo que se espera de mí. Ese es el precio que debo pagar por el poder y el privilegio de ser el heredero de los Sicura.

A medida que avanza el día y el sol comienza a ponerse, me siento cada vez más inquieto. Sofia todavía no ha llegado a casa.

Al principio, trato de convencerme de que todo está bien, que probablemente está pasando un rato maravilloso con su familia. Pero a medida que pasan las horas y las sombras se alargan, no puedo sacudirme la sensación persistente de que algo está mal.

En la cena, mi madre mira alrededor de la mesa con el ceño fruncido, su rostro lleno de preocupación. —¿Dónde está Sofia? —pregunta—. ¿No debería estar aquí ya?

Trago con dificultad, mi garganta de repente seca y tensa.

—Decidió cenar con su familia —miento, las palabras saben a cenizas en mi lengua.

Mi madre mira a mi padre con interrogación. —Sofia me dijo esta mañana que iba a visitar a su familia —dice mientras corta su carne en pequeños trozos uniformes—. Estoy seguro de que llegará pronto.

La mirada que me lanza me dice que *mejor* que llegue pronto. O si no...

Al otro lado de la mesa, Valentina entrecierra los ojos, su mirada aguda y evaluadora. Sé que no me cree, puedo ver la duda y la sospecha brillando en sus ojos oscuros. Pero no dice nada,

solo asiente y vuelve su atención a su plato.

Pico mi comida, mi apetito desaparecido y mi estómago retorciéndose por una creciente sensación de inquietud. ¿Y si tomé la decisión equivocada? ¿Y si Sofia no solo buscaba espacio, sino una salida?

El pensamiento me enferma, me hace apretar el pecho con un pánico que apenas puedo contener. Pero reprimo ese sentimiento, obligándome a tomar bocados de comida.

No puedo dejar que mis padres sepan que Sofia y yo discutimos tan fuerte que se fue. Mi padre me mataría.

Obligándome a masticar, me digo que llamaré a los Marinos después de la cena. Es hora de traer a Sofia a casa y suplicar su perdón.

## 32

# SOFIA

Me despierto lentamente, con la cabeza palpitando y la visión borrosa mientras intento entender mi entorno. La habitación me resulta desconocida, la cama bajo mí está demasiado dura y el aire demasiado viciado. El pánico se eleva en mi garganta al darme cuenta de que no tengo idea de dónde estoy o cómo llegué aquí.

Y entonces todo vuelve a mí. La discusión con Dom, las cosas horribles que nos dijimos. Salir corriendo de la casa, tropezar por el camino de entrada. Y luego... Luca. Su sonrisa fría y calculadora, el brillo depredador en sus ojos cuando me agarró.

Aspiro con fuerza, mi corazón late con fuerza mientras la realidad de mi situación se afianza. He sido secuestrada, llevada en contra de mi voluntad y arrastrada quién sabe dónde por un hombre que odia a mi marido con una pasión que raya en la obsesión.

Me incorporo, ignorando la ola de mareo que me invade mientras escaneo la habitación frenéticamente. Tiene que haber una salida, una forma de escapar. Una ventana, una puerta, *algo* que pueda usar para alejarme de aquí.

Pero antes de que siquiera pueda mover las piernas al costado de la cama, una voz corta el silencio. —Yo no me molestaría si fuera tú.

Me giro rápidamente, mi respiración se atasca en la garganta al ver a Luca reclinado en una silla de madera junto a la puerta. Parece completamente cómodo, con sus largas piernas estiradas frente a él y una sonrisa perezosa en las comisuras de su boca.

—Luca —susurro, mi voz temblando con una mezcla de miedo y enojo—. ¿Qué demonios estás haciendo? ¿Por qué me trajiste aquí?

Él se encoge de hombros, sus ojos brillan con diversión. —Te lo dije, Sofia. Te advertí sobre los Sicuras, sobre el peligro en el que estabas. Pero no quisiste escuchar, ¿verdad? Así que tuve que tomar cartas en el asunto.

Niego con la cabeza, tratando de entender su lógica retorcida. —¿Secuestrándome? Luca, esto está muy mal. Tienes que dejarme ir.

Se ríe, el sonido frío y áspero en la quietud de la habitación. —¿Y por qué haría eso? Te tengo justo donde te quiero, Sofia. Justo donde necesito que estés.

Para mi horror, siento que las lágrimas brotan en mis ojos. —Por favor, Luca. No te he hecho nada. No soy parte de esto, sea lo que sea que haya entre tú y Dom. No quieres hacerme daño.

Su sonrisa se ensancha. —Tienes razón en que no quiero hacerte daño, querida. Quiero hacer

daño a Dom. Y tú... eres el arma perfecta para usarlo contra él.

Lo miro fijamente, mi mente da vueltas con las implicaciones de sus palabras. —¿De qué estás hablando? Dom no me quiere, Luca. No le importo como tú crees. Si querías hacerle daño, te equivocaste de persona.

Luca se ríe, inclinándose hacia adelante en su silla, levantándome la barbilla con un dedo. —Oh, creo que ambos sabemos que eso no es cierto, Sofia. He estado observando a Dom durante mucho tiempo, esperando el momento adecuado para actuar. Y tú... —Hace una pausa, su mirada fija en la mía—. Eres su debilidad, su talón de Aquiles. La única cosa que no puede soportar perder.

Esto no puede estar pasándome. —Será mejor que me dejes ir —ordené—. Cuando mi padre se entere de que me han secuestrado, traerá toda la fuerza del ejército Marino tras ti.

Luca se encoge de hombros. —Se dice por ahí que tu padre está enfermo. ¿Quizás incluso muriendo? —Me mira, intentando medir mi reacción, pero me niego a mostrar ni una pizca del horror que siento al saber que conoce la enfermedad de mi padre—. No va a venir por ti, Sofia. No, es a *Dom* a quien espero que aparezca.

La bilis sube por mi garganta, y la trago, el ácido quemándome. —¿Por qué estás haciendo esto, Luca? ¿Qué te hizo Dom para que lo odies tanto?

Ante mis palabras, Luca se levanta bruscamente, la silla chirriando por la fuerza de su movimiento. Pasea por la habitación, sus ojos brillando con una energía maníaca. Una sensación de temor se instala en el fondo de mi estómago.

Los rencores entre las familias mafiosas no son nada nuevo para mí. Ni siquiera puedo contar cuántas familias estarían felices de orinar sobre la tumba de mi padre si tuvieran la oportunidad.

Pero el resentimiento de Luca hacia Dom... Esto es profundo y amargo. Esto va más allá de cualquier cosa que haya visto.

—¿Quieres saber por qué odio tanto a tu marido? —pregunta, acercándose a mí—. ¿Por qué he pasado años planeando y conspirando, esperando el momento perfecto para atacar?

Me aparto de él, pero asiento, mi garganta demasiado seca y tensa para hablar. La mirada de Luca se clava en la mía, una sonrisa retorcida jugueteando en las comisuras de su boca.

—Dom y yo, solíamos ser algo así como rivales amistosos. Siempre intentando superarnos el uno al otro, siempre empujándonos a ser mejores, más fuertes, más rápidos. Pero luego... luego su familia me costó todo. Todo lo que más quería fue arrancado de mí.

Fruncio el ceño, tratando de darle sentido a sus palabras crípticas. ¿Qué podrían haber hecho los Sicura para causarle a Luca tanto dolor, tanta rabia?

¿Y cómo era Dom responsable, si lo era?

Pero antes de que pueda confrontarlo, Luca está hablando de nuevo, su voz adoptando un tono astuto y conspirador —Pero tú también lo odias, ¿no es así, Sofia? He visto cómo lo miras, la ira y el dolor que brillan en tus ojos cada vez que está cerca. Quieres hacerlo pagar, igual que yo. Y juntos... juntos, podemos darle el castigo que se merece.

Lo miro fijamente. Primero, ¿cómo diablos nos ha visto para saber cómo miro a Dom? ¿Ha estado acampando fuera de la casa de los Sicura y nos ha estado observando? ¿Dónde diablos están los guardias? ¿Cómo le han permitido tener libre acceso a los terrenos?

Segundo, Dios, ¿puede ser más un villano de caricatura? Eso fue un discurso digno de una película o una novela romántica.

Pero entonces sus palabras calan. ¿Venganza? ¿Castigo? La mera idea hace que mi estómago se revuelva, una ola nauseabunda recorriéndome.

Porque no odio a Dom. En realidad nunca lo hice, no importa cuánto intenté convencerme de lo contrario. La ira, el resentimiento, las palabras hirientes y los silencios fríos... todo era solo una máscara para protegerme de mis propios sentimientos.

Pero ahora, enfrentada a la realidad del odio de Luca y sus planes retorcidos, no puedo negar la verdad por más tiempo, no puedo fingir que la razón por la que me enfado tanto con Dom, la razón por la que lo alejo y lo ataco con tanta saña...

Es porque lo amo. Nunca he dejado de amarlo. Siempre ha sido él para mí, la única persona que tiene mi corazón para siempre.

Y es ese amor lo que le da el poder de lastimarme, de destrozarme de maneras que nadie más podría. Porque Dom no me ama. No de la misma forma en que yo lo amo.

Respiro hondo, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho mientras sostengo la mirada de Luca firmemente. —No —digo con firmeza—. No, no quiero lastimar a Dom. No quiero tener nada que ver con tu enfermo plan, sea lo que sea.

Los ojos de Luca se estrechan, y un destello de fastidio cruza su rostro. —No seas estúpida, Sofia. Tú sabes tan bien como yo que Dominico Sicura merece sufrir, merece pagar por todo el dolor y la traición que ha causado.

Pero niego con la cabeza, y una determinación repentina y feroz surge dentro de mí. —No. No lo merece. Dom es un buen hombre, y no voy a permitir que me uses como un arma en su contra. Lo que sea que te haya hecho, necesitas dejarlo ir, Luca. No es sano aferrarse a tanto resentimiento.

Lo digo tanto por mí como por Luca. No puedo creer que me haya tomado tanto tiempo— haberme tenido que ser secuestrada— para darme cuenta de lo estúpida que he sido, de lo amarga y desagradable que soy.

Me pongo de pie, con las piernas temblorosas pero con la voz firme y fuerte. Soy Sofia Sicura, y no voy a tener miedo.

—Puede que me haya enojado con él, que lo haya alejado y haya dicho cosas que no pensaba. Pero nunca dejé de amarlo, Luca. Y nunca lo haré.

Luca me mira, su rostro una máscara de furia fría y calculadora. —Estás cometiendo un error, Sofia. Un error del que te arrepentirás por el resto de tu vida. Los Sicura te destruirán.

Pero solo levanto la barbilla con terquedad, mirándolo con ojos serenos. —El único error que cometí fue dejar que mi miedo y mi orgullo se interpusieran en la verdad. Y ese es un error que no volveré a cometer.

El rostro de Luca se tuerce en una sonrisa amarga y burlona. —Ya lo veremos, Sofia. Ya lo veremos.

Y con eso, da media vuelta y sale de la habitación.

Mientras la puerta se cierra de golpe tras Luca, me desplomo de nuevo en la cama, mi mente dando vueltas con las implicaciones de sus palabras. ¿Cuál es su problema con Dom? ¿Qué hizo Dom que fue tan malo como para que Luca quisiera vengarse?

Respiro hondo, enderezo los hombros y empiezo a recorrer la habitación. Puede que sea la hija de un jefe mafioso, pero no soy una flor delicada. Me crié en este mundo, entrenada para sobrevivir y prosperar ante la adversidad.

Y si Luca cree que puede usarme como un peón, que puede romperme con unas cuantas amenazas ridículas y advertencias risibles... está muy equivocado.

—Muy bien, Sofia —murmuro para mí misma, con la voz cargada de sarcasmo—. Una vez más, te has metido en una situación bastante complicada. Secuestrada por un jodido psicópata,

atrapada quién sabe dónde, sin forma de contactar a nadie. Gran trabajo, Sof. Un trabajo brillante, de verdad.

Pero incluso mientras me burlo de mi propia situación, mi mente está llena de posibilidades. Tiene que haber una salida de aquí, un medio de escape que Luca no haya contemplado. Una debilidad en sus defensas, una grieta en su armadura que pueda explotar.

Empiezo a revisar la habitación metódicamente, buscando en cada rincón algo que pueda usar. Un arma, una herramienta, cualquier cosa que me dé ventaja sobre este idiota.

Mientras lo hago, no puedo evitar que mis pensamientos se desvíen hacia Dom, hacia el hombre al que he pasado tanto tiempo tratando de odiar, tratando de convencerme de que no era más que un monstruo en un traje a medida.

Pero no es un monstruo. Es solo un hombre, un hombre complejo y lleno de defectos que lucha bajo el peso de sus propias presiones y demonios. Un hombre que ha cometido errores, que me ha lastimado de maneras de las que no estoy segura de recuperarme jamás.

Pero también es un hombre que valora la familia por encima de todo. Y aunque no me ame como yo lo amo, *yo* soy su familia. Vendrá por mí. Luchará con todo lo que tiene para llevarme a casa.

Lo que significa que yo también tengo que luchar. Tengo que encontrar la manera de salir de esta maldita situación, detener cualquier plan que haya urdido y mantener a salvo al hombre que amo.

Incluso si ese hombre no me corresponde.

Así que sigo buscando, sigo luchando por alguna forma de escapar de esta pesadilla para poder volver con Dom y decirle cuánto lo amo.

Porque soy Sofia Sicura, y *no* seré derrotada ni doblegada.

Me levantaré. Triunfaré.

Y destruiré a cualquiera que se interponga en mi camino.

## 33

# DOMINICO

Camino de un lado a otro en mi habitación, con el teléfono pegado a mi oído mientras escucho el tono de llamada al otro lado. Cada tono sin respuesta se siente como un cuchillo retorciéndose en mi estómago, un recordatorio enfermizo del miedo y la inquietud crecientes que me han estado invadiendo desde que Sofía no llegó a casa para cenar.

Finalmente, justo cuando estoy a punto de colgar frustrado, la llamada se conecta. —Residencia Marino, ¿en qué puedo ayudarle? —La voz del mayordomo es calmada y profesional, un contraste total con el caótico palpitar de mi propio corazón.

—Soy Dominico Sicura —digo, tratando de mantener mi tono sereno y compuesto—. Necesito hablar con Sofía. No contesta su celular y es importante.

Hay una breve pausa al otro lado, un momento de silencio pesado que se siente como una eternidad. Y entonces el mayordomo habla de nuevo, sus palabras como un puñetazo en el estómago. —Lo siento, señor Sicura, pero la señorita Sofía no está aquí. Salió poco después del almuerzo y no ha regresado.

Siento que la sangre se me escurre del rostro, un frío y escalofriante temor se asienta en el fondo de mi estómago. —¿Qué quiere decir con que no ha regresado? ¡Tiene que estar allí!

La voz del mayordomo adquiere un tono de alarma que refleja el pánico que crece en mi pecho. —Le aseguro, señor, que la señorita Sofía no ha regresado a esta casa hoy. La habría visto si lo hubiera hecho. Si lo desea, puedo buscar a Don Marino por usted —.

—¡No! —prácticamente grito, con el corazón golpeando contra mis costillas—. No, no será necesario. Sofía acaba de entrar por la puerta. Todo está bien. Gracias por su ayuda.

Cuelgo antes de que pueda responder, mis manos tiemblan tanto que casi se me cae el teléfono. Esto no puede estar pasando. Tiene que ser un error, un malentendido. Sofía tiene que estar a salvo, tiene que estar en algún lugar ahí afuera, enojada y dolida pero ilesa.

Pero la verdad me está mirando directamente a la cara.

Sofía está desaparecida. Y si no está con su familia, si no contesta su teléfono ni responde a mis mensajes y llamadas cada vez más frenéticas... entonces algo está muy, muy mal.

Siento una ola de terror invadirme, una sensación enfermiza de pavor y desesperación que amenaza con derribarme. Si le pasa algo, si está herida, asustada o en peligro por mi culpa...

Nunca me perdonaré. Nunca podré vivir con la culpa, el dolor y la certeza de que la fallé. Debí haber ido tras ella. Debí haberla evitado que se fuera.

*Oh, Dios, ¿y si esa fue la última vez que la vi?*

No. No puedo pensar así. Necesito ser racional y lógico, especialmente cuando cada segundo cuenta y cada momento perdido podría significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Tengo que encontrarla. La *encontraré*. Y haré lo que sea necesario para traerla de vuelta a mí.

Extiendo la mano hacia mi teléfono nuevamente, y mis dedos vuelan sobre la pantalla mientras comienzo a hacer llamadas. Llamo a nuestros hombres más confiables, a la red oscura de informantes y espías que mi familia ha cultivado durante años. Llamo a cualquiera que tenga la más mínima posibilidad de ayudarme a encontrar a Sofía.

La ira crece dentro de mí y no puedo reprimirla. Así que dejo que me consuma, quemándome desde adentro hacia afuera. Destrozaré esta ciudad ladrillo por ladrillo si es necesario. La arrasaré hasta los cimientos para encontrarla.

Porque ella lo es todo para mí. Y cuando la encuentre, le confesaré mi alma, le diré cuánto la amo.

Uno de los hombres de mi padre irrumpe en mi habitación, con una tableta en la mano y una expresión de determinación sombría en su rostro.

—Tenemos imágenes de las cámaras fuera de la casa —dice—. Necesita ver esto, señor.

Le arrebato la tableta, mi corazón late con fuerza mientras presiono play en el video. Y allí, en blanco y negro y con poca definición, aparece una escena que casi me hace soltar el dispositivo.

Sofía, saliendo furiosa de la casa y siendo detenida por Luca. Hay una breve lucha cuando Luca la agarra. El rostro de Sofía está contraído por el miedo y la ira mientras intenta liberarse. Y luego, la espantosa imagen de su cuerpo cayendo flácido en sus brazos, su cabeza cayendo hacia atrás mientras él le inyecta algo en el cuello.

Un ardor blanco y furioso recorre mi cuerpo violentamente. ¿Cómo se atreve a ponerle las manos encima? Mis manos tiemblan de ira mientras arrojo la tableta. ¿Cómo se atreve a alejarla de mí?

Lo mataré por esto. Lo despedazaré con mis malditas manos desnudas, lo haré sufrir de formas que ni siquiera puede imaginar. Y cuando esté rogando por piedad, se la concederé.

Lentamente. Dolorosamente.

Este será un asesinato que cometeré con gusto.

Me giro hacia el hombre. —Reúne a los hombres —ordeno con dureza—. Vamos tras ella, y no volveremos sin ella.

Asiente y lleva un teléfono a su boca mientras da órdenes a través de él. Y en ese momento, siento una oleada de poder recorriéndome, una certeza de que nací para esto, de que siempre estuve destinado a liderar, a comandar y a luchar por lo que es mío.

He pasado tanto tiempo huyendo de mis responsabilidades, deseando desesperadamente ser normal y no el heredero de una familia de sindicatos del crimen. Pero ahora, con la vida de Sofía en juego, sé que no puedo seguir ocultándome. No puedo fingir que no estoy exactamente donde debo estar, haciendo exactamente lo que debo hacer.

Y debo recuperar a mi esposa.

Porque amo a Sofía. La amo con todo lo que tengo. La amé cuando la vi por primera vez en aquel funeral. La amé cuando le rompí el corazón y me alejé de lo mejor que me había pasado.

Y la amo ahora, la amo con cada fibra de mi ser. La amo de una manera cruda, real y abrumadora, de una manera que hace que todo lo demás pierda importancia. Ella es mi todo. Y

es *mía*.

Y siempre recupero lo que es mío.

Haré lo que sea necesario para traerla de vuelta a mí, para mantenerla a salvo y asegurarme de que nada ni *nadie* la lastime nunca más. Incluso si eso significa abrazar mi papel como el heredero de Sicura.

Lo haré por ella. Caminaré hacia el infierno por ella.

—Señor, los hombres están listos.

Levanto la vista, mi rostro frío e impasible. —Hagámoslo.



MIENTRAS NOS ACERCAMOS a la mansión de Luca, siento que una determinación sombría se apodera de mí. Este es el momento de la verdad. No me importa un bledo que esto demuestre mi capacidad para asumir mi lugar como heredero del imperio Sicura. No me importa.

Todo lo que necesito es a Sofia.

Me giro hacia los hombres reunidos a mi alrededor. —Escuchen —digo, con una voz que resuena con una fuerza y autoridad que incluso a mí me sorprende—. Nuestro objetivo es simple. Encontrar a Sofia y traerla de vuelta sana y salva. Cualquiera que intente detenernos, cualquiera que se interponga en nuestro camino, disparen sin dudar. ¿Entendido?

—¿Y qué hay de Luca Strambo, señor? —pregunta alguien.

—A él lo dejan para mí —gruño—. Háganlo lo que sea necesario para incapacitarlo, pero el golpe final es mío. ¿Está claro?

—¡Sí, señor!

Avanzamos como uno solo, silenciosos y veloces como sombras. Yo tomo la delantera, con mi arma en mano y mis sentidos en máxima alerta. La mansión es impresionante, con líneas elegantes y arquitectura moderna. Es evidente que Luca ha prosperado como nuestro rival familiar.

Luca siempre tuvo ambición y determinación, y es obvio que eso lo ha llevado a nuevas alturas de éxito y poder.

Pero, ¿a qué costo? Luca podría haber hecho algo de sí mismo. En cambio, está obsesionado con destruirme, con destruir a mi Familia. Y esa obsesión se ha vuelto cada vez más retorcida y extrema con los años.

Dios, ese hombre necesita terapia.

Mientras atravesamos el perímetro y asaltamos el edificio principal, siento un mal presentimiento en mi estómago. Algo no está bien aquí. Algo no cuadra de una manera que no logro identificar.

Y entonces doblamos la esquina y nos enfrentamos cara a cara con los hombres de Luca.

Ah, ya veo. Esto era una trampa.

Pero no tengo miedo. No voy a retroceder, no cuando la vida de Sofia pende de un hilo. Luca me odia tanto que no tengo duda de que la mataría solo por despecho.

Lidero la carga, con mi arma disparando y mis puños volando mientras luchamos contra los hombres de Luca. Grito órdenes y animo a mis hombres, dirigiéndolos con una claridad y precisión que se sienten tan naturales como respirar.

—¡Flanqueen por la izquierda! —grito—. ¡Fuego, *ahora*!

Obedecieron sin dudar, lanzando una lluvia de balas que hace que el enemigo se disperse como ratas. Avanzo, mis ojos escudriñando cada rincón en busca de algún indicio de Sofia.

*¿Dónde estás? ¿Dónde estás, mi amor?*

Destrozaré este lugar entero para encontrarla. No quedará nada en pie cuando termine.

De repente, escucho un grito, agudo y penetrante, lleno de terror. Proviene de una habitación al final del pasillo.

Mi sangre se congela y mi corazón late con fuerza contra mis costillas como si intentara escapar. Mi respiración se vuelve entrecortada.

Reconozco ese grito. Lo reconozco como reconozco mi propia respiración.

Es Sofia.

No dudo, avanzo antes de siquiera darme cuenta de lo que estoy haciendo, con mis hombres siguiéndome.

Ni siquiera me importa que no tengamos un plan. Lo único que importa es ella. Lo único que importa es llegar a ella y salvarla. Tenerla de nuevo en mis brazos...

Luca es un hombre muerto. Y yo seré quien lo mande directo al infierno, quien lo haga sufrir de maneras que ni siquiera puede imaginar.

Llego a la puerta en cuestión de segundos, aunque se siente como una eternidad. Por favor, que no le haya pasado nada. Tengo el corazón en la garganta y mi arma lista. Ni siquiera me molesto con la sutileza o el sigilo. No intento abrir la puerta con cuidado ni echar un vistazo para evaluar la situación.

Al diablo con la precaución. Lo único que importa es actuar.

Echo abajo la puerta con toda la fuerza y furia que poseo, la madera se astilla y cruje bajo mi bota.

Y la escena que me recibe al otro lado... es como algo sacado de mis peores pesadillas.

Mi visión se torna roja. Todo lo que puedo sentir es una rabia que me consume desde adentro hasta que no queda nada más que la necesidad de destruir, de colocar una bala justo entre sus ojos y ver cómo la vida se le escapa.

Luca es un hombre muerto. Y yo seré quien lo envíe directo al infierno.

## 34

# SOFÍA

He revisado cada centímetro de esta maldita habitación buscando una salida, pero no hay nada. Ni ventanas, ni rejillas de ventilación, ni tablas sueltas del suelo o pasajes secretos. Solo cuatro paredes sólidas y una puerta que bien podría ser de acero por lo útil que me resulta.

Mierda.

El miedo y la frustración brotan dentro de mí, amenazando con convertirse en pánico, pero lo reprimo. Me obligo a respirar a través de la opresión en mi pecho y el aceleramiento de mi corazón.

No puedo permitir que Luca vea mi debilidad, no puedo darle la satisfacción de saber lo asustada e indefensa que me siento. Puede que esté atrapada, pero no estoy derrotada. Ni por asomo.

Yo soy Sofía Marino *y* Sofía Sicura. Hija de uno de los Dones de la Mafia más temidos de la ciudad y nuera de otro. Y que me maten si dejo que un imbécil como Luca me vea acobardada, suplicar o pedir clemencia o misericordia.

*Mierda*, no. Nunca.

Si acaso, debería ser él quien me tema a *mí*, tema la ira y la venganza que caerán sobre él cuando mi familia se entere de lo que ha hecho, cuando Dom me encuentre y haga que pague por todo lo que me ha hecho.

El pensamiento de Dom provoca una punzada de anhelo en mi corazón, pero lo aparto. Ahora no es momento para distracciones. No puedo permitir que las emociones me debiliten.

Y así, cuando la puerta se abre y Luca entra con paso firme, una sonrisa presumida y autosatisfecha en su rostro, no me inmutó. No me acobardo ni me repliego contra la pared.

No soy una *dama en apuros*. Soy la heroína. Soy el lobo. Soy la dueña de mi propio destino.

Me mantengo erguida, con la barbilla alta y los ojos ardiendo de desafío. —¿Qué diablos quieres, Luca? —pregunto con frialdad—. ¿Vienes a presumir más? ¿A soltar más de tus tonterías?

Pero entonces mi mirada cae sobre la bolsa de ropa que lleva colgada en el brazo, y siento un escalofrío de inquietud en el estómago. Desliza la cremallera con un floreo, revelando un vestido de novia. Un traje de seda blanca pura y encaje delicado con una falda fluida y un escote pronunciado.

—Esto es tuyo —dice Luca, señalando el vestido—. Póntelo. Quiero verte con él.

Mi boca se abre de asombro y repulsión. —Ni en pedo —escupo, cerrando los puños a los lados—. No me voy a poner nada, maldito. Tal vez lo has olvidado, pero ya estoy casada. No soy tu novia.

Los ojos de Luca brillan de ira, su sonrisa se transforma en algo cruel y feo. —Oh, pero lo eres, mi querida. Solo espera. Y serás mía, de una forma u otra.

Entonces se abalanza sobre mí, sus manos agarrando y arañando mi ropa mientras intenta forzar el vestido sobre mi cabeza. Pero yo lucho con todas mis fuerzas, pateando, arañando y mordiendo como una gata salvaje.

Criarse con hermanas tiene sus ventajas. Una de ellas es aprender a pelear sucio.

La tela se rasga bajo mis uñas. Puedo oír el desgarro de las costuras y el estallido de los botones mientras forcejeamos. Pero Luca es más fuerte que yo, su agarre es como hierro mientras me tuerce los brazos por encima de la cabeza y me arranca el vestido del cuerpo.

Grito, mi voz ronca y desgarrada por la furia y la desesperación. —¡Suéltame, maldito psicópata! ¡Te juro por Dios que te mataré, te mataré!

Pero Luca solo se ríe, su aliento caliente en mi cara mientras me inmoviliza contra la pared con su cuerpo y ata mis manos con una cuerda. —Grita todo lo que quieras, cariño. Nadie puede oírte. Nadie vendrá a salvarte. —Me agarra el brazo con fuerza y me arrastra fuera de la habitación, a través de los pasillos serpenteantes de su mansión.

Mis pies tropiezan con el dobladillo de este estúpido vestido de novia. Es como si estuviera en un trance, una pesadilla de la que no puedo escapar por más que lo intente.

Pero entonces doblamos una esquina, y veo la capilla alzándose frente a nosotros. El altar está cubierto de rosas, y... y los *banquillos*...

Los banquillos están llenos de maniquíes sin rostro vestidos con trajes y vestidos.

Vale, ahora estoy oficialmente en una pesadilla. Esto es una locura. Quiero gritar, pero estoy tan asustada que no puedo emitir ningún sonido.

De pie al frente, con una Biblia en las manos y una expresión solemne en su rostro... hay un sacerdote. Un fotógrafo está cerca, su rostro pálido, los ojos mirando hacia los maniquíes sin rostro con un horror silencioso.

La vista me saca de mi aturdimiento. Esto no puede estar pasando. Luca no puede ser tan estúpido como para pensar que puede obligarme a casarme con él. ¡Ya estoy casada!

—¡No puedes hacer esto! —digo, mi voz temblorosa de desesperación—. ¡Ya soy la esposa de Dom! ¡Esto no es legal! ¡No soy una maldita bígama!

Pero Luca solo se ríe, su agarre en mi brazo se aprieta hasta que siento los moretones formándose bajo mi piel. —Oh, lo sé, Sofía. No tengo intención de casarme contigo de verdad. Esto es solo para la fachada.

Se inclina hacia mí, sus labios casi rozando mi oreja. —Esto es solo una muestra del castigo que le espera a él.

La bilis sube por mi garganta, caliente, amarga y ardiente mientras intento zafarme de Luca. —¿De qué estás hablando? ¿Qué castigo?

Se ríe, una risa fría y cruel que hace que se me erice el vello de la nuca. —Pues el castigo definitivo, por supuesto. Lo pensé mucho y detenidamente, Sofía. El dolor físico no es suficiente. Necesito que él *sufra* de verdad. Y entonces se me ocurrió.

Coloca una mano en mi estómago, sus dedos se extienden de manera posesiva sobre la planicie de mi abdomen. —Voy a dejarte embarazada, Sofía, y cuando Dom te vea hinchada con

*mi* hijo, entonces sabrá realmente la profundidad de su fracaso.

Retrocedo horrorizada, mi estómago se contrae de asco. —No —susurro, mi boca se seca mientras el miedo me invade—. No, no, *no*. Estás loco, no puedes, no te lo permitiré...

Pero Luca vuelve a reírse, su mano apretando mi brazo mientras me arrastra por el pasillo hacia el sacerdote que nos espera. Intento luchar contra él, intento clavar los talones y liberarme de su agarre.

Pero no sirve de nada. Es demasiado fuerte, demasiado decidido a no soltarme.

Al llegar al altar, me giro hacia el sacerdote, mis ojos suplicantes. —Por favor, Padre —suplico, mi voz quebrada por la desesperación—. Por favor, tiene que ayudarme. No puede permitir que haga esto. ¡No puede ser parte de esta locura!

Pero el sacerdote solo aparta la mirada, su rostro una máscara de vergüenza y cobardía. Y en ese momento, siento que algo dentro de mí se rompe.

—¿Cómo te atreves? —sisco, mi voz temblorosa de furia y asco—. ¿Cómo te atreves a estar ahí, con tus túnicas y tu collar, fingiendo ser un hombre de Dios. Eres una burla, una desgracia para todo lo que tu fe supuestamente representa.

El sacerdote se estremece como si lo hubiera golpeado, pero no dice una palabra, no se mueve, no intenta detener la farsa que se desarrolla ante sus ojos.

Si salgo de esto, voy a cazar a ese maldito sacerdote y lo mataré yo misma por permitir que ocurra esta farsa.

Luca chasquea los dedos hacia el sacerdote. —Comience.

El sacerdote se sobresalta y abre su Biblia, su voz es un eco vacío de los votos sagrados, uno de los sacramentos más especiales.

Luca se vuelve hacia el fotógrafo. —Acérquese —ordena, su voz afilada con autoridad—. Quiero fotos de este momento. —Luego se gira hacia mí, una sonrisa cruel y burlona retorciendo sus labios—. Quiero capturar cada segundo de mi triunfo sobre Dominico.

El fotógrafo se apresura a obedecer, sus manos tiemblan mientras levanta su cámara y comienza a disparar. Y de repente, me encuentro siendo jalada y posada como un maniquí en la fantasía enferma y retorcida de Luca.

Él envuelve sus brazos alrededor de mí, sus manos recorren mi cuerpo en una grotesca parodia de afecto. Presiona sus labios contra mi mejilla, mi cuello, mi clavícula, dejando un rastro de besos viscosos y repulsivos en mi piel.

Quiero vomitar, quiero meterme en la ducha más caliente imaginable y frotar mi piel hasta sentirme limpia. Pero no creo que vuelva a sentirme limpia jamás.

Y todo el tiempo, la cámara sigue disparando, inmortalizando este momento, esta pesadilla que sé que me perseguirá el resto de mis días.

Pero entonces Luca me gira para que lo mire a los ojos, su mirada brillando de triunfo. —Y ahora, un beso. Para que quede bien claro.

Se inclina, sus labios se separan y sus ojos se cierran, su mano envuelve mi cintura con posesión. Un grito brota de mi garganta, un aullido desesperado y animal de repulsión y terror mientras retrocedo la cabeza para golpearlo directamente en la nariz.

No lo *besaré*. No mancharé mis votos matrimoniales de esa manera. Moriré antes de permitir que eso suceda.

Pero antes de que la boca de Luca toque la mía, antes de que mi cabeza haga contacto con su nariz, las puertas de la capilla se abren de golpe con un estruendo que sacude los cimientos de la habitación.

Y allí, de pie en el umbral, sus ojos ardiendo con una furia que me quita el aliento... está Dom.

Jadeo, mi corazón se detiene en mi pecho. Vino. Me encontró, tal como siempre supe que lo haría.

Pero entonces veo la expresión en su rostro, la rabia cruda y visceral que contorsiona sus rasgos en una máscara de pura ira incontrolable. Y me doy cuenta de que este no es el Dom que conozco, no es el hombre del que me enamoré.

Este es un Dom que nunca antes había visto. Y mientras veo que los ojos de Dom captan la escena de mí en un vestido de novia con las manos de Luca extendidas sobre mí con posesión, puedo ver que este es un Dom que ha sido empujado más allá de los límites de la cordura y la moderación.

Un Dom que está dispuesto a quemar el mundo entero con tal de llegar a mí.

## 35

# DOMINICO

Esto tiene que ser una pesadilla.

Sofía está de pie frente al altar con un vestido de novia, su rostro pálido. Y a su lado, su mano agarrando su cintura como una abrazadera, sus ojos brillando con triunfo... está Luca.

Por un momento, mi mundo se desmorona. Siento que el suelo desaparece bajo mis pies. El aire se convierte en ceniza en mis pulmones. ¿Cómo pudo Sofía elegir a *él* en lugar de a mí? ¿Cómo pudo siquiera pensar en casarse con él? ¡Nosotros somos los que estamos casados, joder!

Pero entonces mis ojos bajan y veo sus manos atadas. Las marcas crudas y sangrantes en sus muñecas muestran que ha luchado contra sus ataduras. Y cuando irrumpí por primera vez, vi cómo lo miró a Luca, como si estuviera a punto de darle un cabezazo en la cara y salir corriendo.

Y me doy cuenta de que esto no es una elección. Esto no es Sofía traicionándome. Esto es una violación, una perversión de todo lo que el amor y el matrimonio representan.

Este *maldito* imbecil.

—¡Dom! —grita Sofía, sus ojos llenos de miedo mientras intenta correr hacia mí, pero Luca la agarra por la cintura y la jala hacia atrás.

La idea de que Luca la toque, la fuerce, la use como un peón en este juego retorcido... es suficiente para que mi visión se torne roja. Suficiente para que la bestia dentro de mí se libere con un rugido de furia pura y sin adulterar.

Ni siquiera recuerdo sacar mi arma, apuntar, ni apretar el gatillo una y otra vez.

Lo único que sé es que tengo que llegar a Sofía.

—¡Suéltala, Luca! —grito mientras me lanzo hacia ella y hacia él.

Mientras mi arma dispara y mi corazón late con furia, me doy cuenta de que la capilla está lejos de estar vacía. Los hombres de Luca salen de cada rincón oscuro y nicho escondido, con sus armas listas.

Pero no me importa. No dudo, no vacilo ni por un segundo. Porque lo único que importa es llegar a Sofía, salvarla de este maldito psicópata.

Me muevo como una fuerza de la naturaleza que no puede ser detenida. Mi cuerpo es un arma, afilada por años de entrenamiento y endurecida por las realidades del mundo en el que nací.

Esquivo y me muevo entre la lluvia de balas, mis reflejos agudos y mis instintos afilados como una navaja. Derribo a los hombres de Luca fácilmente, dejando un rastro de cuerpos rotos

a mi paso.

Por el rabillo del ojo, veo a mis propios hombres desplegándose por la capilla, enfrentándose a los soldados de Luca en una batalla feroz y sangrienta. El aire es denso con el olor a pólvora y el aroma metálico de la sangre, los gritos, los gemidos y el sonido de huesos rompiéndose que resuenan en los techos abovedados.

Pero no permito que me distraiga, no permito que el caos y la batalla me alejen de lo que más importa. Y eso es Sofía.

—¡Ayúdame, Dom! —grita ella.

Al girarme, la veo por un instante, su vestido blanco como un canto de sirena. Luca tiene su brazo alrededor de su cintura, arrastrándola hacia una puerta lateral que sin duda lleva a alguna ruta de escape oculta.

Pero que me lleve el diablo si lo dejo escapar con Sofía.

Dejé escapar un rugido de pura rabia desatada, el sonido desgarrando mi garganta. Avancé con decisión, mi sangre cantando con la emoción de la caza.

Atravesé sin esfuerzo a los hombres de Luca, mis puños, pies y codos golpeando con una furia salvaje e implacable. Sentí huesos romperse bajo mis manos, el cálido y pegajoso salpicar de sangre sobre mi piel.

Pero no me importó. No sentí el dolor de los golpes que recibía mi propio cuerpo, no registré el escozor de las balas que me rozaban la piel. Lo único que sentí fue la necesidad abrumadora de llegar a Sofía y traerla de vuelta conmigo.

Uno de los hombres de Luca apareció de repente frente a mí, un bruto enorme con músculos marcados y ojos fríos y muertos.

—Por el amor de Dios —gruñí—. Quítate de mi camino.

El hombre sonrió con crueldad. —Vas a morir.

Me burlé. —Poco probable.

Se abalanzó sobre mí con una velocidad que desmentía su tamaño, sus puños volando. Esquivé, sintiendo el viento pasar por mi pelo debido a la fuerza de su golpe.

—¿Es todo lo que tienes? —me burlé, sonriendo mientras el hombre rugía de furia.

Intercambiamos golpes, nuestros cuerpos moviéndose en un baile brutal y sangriento de muerte. Ataqué, mi puño conectando con su nariz. Sentí el crujir del hueso bajo mis nudillos. El hombre aulló y retrocedió antes de golpearme también. Un chorro de sangre cayó sobre mi rostro mientras una explosión de dolor casi me derribaba.

Pero no dejé que el dolor me ralentizara, no permití que los golpes de este imbécil me desviaran de mi objetivo. Porque cada segundo que desperdiciaba con este idiota era otro segundo más para que Luca escapara con Sofía.

Y eso no era aceptable.

Podía verla luchando contra el agarre de Luca, sus manos atadas arañando su rostro y sus piernas pateándolo desesperadamente.

—¡Sofía! —grité, intentando avanzar para llegar a ella.

Pero este imbécil no me dejaba pasar. Vino hacia mí con una furia renovada, sus puños en alto.

Recibí un golpe en las costillas que me dejó sin aliento, otro en la mandíbula que tiró mi cabeza hacia atrás y me dejó los oídos zumbando. Pero me negué a dejar que me detuviera. Al diablo con el dolor o el mareo. No significaban nada comparado con el dolor de saber que Sofía podía ser alejada de mí para siempre.

Hice una finta a la izquierda, luego a la derecha, mi cuerpo moviéndose con una gracia fluida que venía de años de entrenamiento. Sentí una repentina oleada de gratitud por la insistencia de mi padre en que siempre estuviera en óptima forma, siempre contratando a los mejores entrenadores para asegurarse de que siguiera siendo el arma que él quería que fuera.

—Luca se va a tomar su tiempo con tu novia —se burló el guardia sonriéndome con los dientes ensangrentados—. La va a follar hasta que olvide quién eres. Nunca la volverás a ver.

Eso fue lo más *incorrecto* que podía decirme.

Con una explosión de velocidad y fuerza que incluso a mí me sorprendió, le propiné una patada poderosa en el pecho que hizo que el guardia tambaleara hacia atrás. Sin dudarlo, le asesté un golpe aplastante en la tráquea.

Se tambaleó, con los ojos salidos y la boca abierta como un pez. No le di la oportunidad de recuperarse, no le permití que tomara otro aliento.

—Vete al infierno —le sisé antes de golpearlo en la mandíbula con una mano mientras que con la otra tomaba un puñal y lo hundía en su cuello.

El guardia gritó e intentó abalanzarse sobre mí, pero arrastré el puñal por su cuello, cortando piel, músculo y tendones. La sangre brotó del cuello del hombre y cayó sobre mi mano en gruesos hilos antes de que colapsara en el suelo, sus ojos mirando a la nada.

El antiguo Dom se habría horrorizado por lo que acababa de hacer. Probablemente habría vomitado y luego me habría reprendido por mi crueldad.

Pero descubrí que no me importaba lo que le había hecho a este guardia. Se interpuso en mi camino para llegar a mi mujer, y tenía que pagar.

Salto sobre el cuerpo y me lanzo hacia Sofía y Luca, que todavía luchan. Pero justo cuando estoy a punto de acercarme, justo cuando mis dedos están a punto de rozar la tela de ese horroroso vestido de novia, Luca la jala violentamente a través de la puerta y desaparece de mi vista.

El dolor estalla en mi hombro cuando uno de los hombres de Luca me dispara, la bala apenas rozándome. Me doy vuelta con un gruñido.

¿Quiere pelear? Le daré una maldita pelea.

Y luego iré tras mi esposa.

## 36

# SOFIA

A medida que Luca me arrastra fuera de la parte trasera de la capilla, la desesperación y la adrenalina corren por mis venas. No puedo permitir que esto suceda, no puedo dejar que me aleje de Dom. Él vino por mí. Está intentando rescatarme.

Lucho contra el agarre férreo de Luca, mis manos atadas arañan su rostro y brazos, mis piernas patean con cada ápice de fuerza que poseo. No me iré en silencio. No dejaré que gane sin pelear.

Pero Luca es demasiado fuerte, demasiado decidido a soltarme. Me arrastra por un pasillo lateral, su aliento caliente y entrecortado contra mi oído.

—Deja de luchar, Sofia —gruñe, sus dedos se clavan en mi brazo con suficiente fuerza como para dejar un moretón—. Solo estás haciendo esto más difícil para ti. Para los dos.

Puedo escuchar los sonidos de la pelea detrás de nosotros, los gruñidos, los gritos y el crujido enfermizo de hueso contra hueso. Pero por encima de todo, escucho la voz de Dom rugiendo mi nombre con furia.

La voz de Dom me trae la primera pizca de esperanza que he sentido desde que toda esta situación comenzó. Y es esa esperanza la que me hace seguir luchando.

Suelto una carcajada, el sonido áspero y burlón en los estrechos confines del pasillo. —No puedo esperar a ver a Dom meterte una bala en la puta cabeza —escupe, mi voz cargada de veneno—. Nunca dejaré de luchar contra ti, Luca.

Me gira, estrellándome contra la pared con una fuerza que casi me saca el aire de los pulmones. Jadeo. Su rostro es una máscara de ira y locura, sus ojos brillan con odio.

—¿De verdad crees que tu preciado Dominico podrá llegar a ti? —se burla, sus labios se curvan en una sonrisa cruel y burlona—. Mis hombres lo destrozarán. ¿Y tú? Ahora eres mía.

Por un momento, siento un destello de miedo. ¿Y si tiene razón? ¿Y si Dom no puede llegar a tiempo? Pero entonces recuerdo cómo destruyó fácilmente a los hombres de Luca y luchó con una ferocidad que me dejó sin aliento.

Dom vendrá por mí. Lo sé.

Está viniendo por mí, luchando como un demonio para alcanzarme, para salvarme de esta pesadilla. Y ese pensamiento me recuerda que no puedo rendirme, no puedo dejar que Luca me quiebre, no puedo dejar que gane.

Soy una Marino y una Sicura. Y no nos rendimos. Nunca.

—Nunca seré tuya —gruño mientras me libero de su agarre. Antes de que Luca pueda agarrarme, retrocedo y le doy un cabezazo en la cara, finalmente haciendo lo que quería hacer antes de que Dom irrumpiera en la capilla. El satisfactorio crujido de su nariz rompiéndose llena el pasillo con olor a humedad.

Luca aúlla de dolor, retrocediendo para sostener su nariz. Aprovecho esta oportunidad para tambalearme por el pasillo, mi corazón late con fuerza y mi respiración entrecortada. No sé adónde voy. Ni siquiera tengo un plan más que alejarme de Luca lo más posible.

—¡DOMINICO! —grito, mi garganta se tensa por la fuerza—. ¡DOM! ¡AYÚDAME!

Corro hacia la puerta al final del pasillo, sintiendo que la libertad me llama. Solo unos pasos más, unos segundos más, y estaré de regreso en los brazos del hombre que amo.

Pero justo cuando mis dedos rozan el metal frío del picaporte, me jalan con fuerza hacia un cuerpo duro.

—¡No! —grito, luchando contra él—. ¡Suéltame!

El rostro de Luca está contraído por la furia. Sus ojos están desorbitados mientras la sangre cae por su nariz rota, sus dientes manchados de rojo mientras gruñe hacia mí con rabia.

—Pequeña *perra* —sisea, clavando dolorosamente sus dedos de nuevo en mi piel—. ¿De verdad crees que puedes huir de mí? Tienes suerte de que no te mate aquí mismo.

Me arrastra de vuelta por el pasillo, su agarre implacable, su paso acelerándose. Nos movemos más rápido que antes, y pronto estamos en el mismo lugar donde lo golpeé con la cabeza.

Me resisto de nuevo, tratando de usar todo mi peso para desequilibrarlo. Algo del entrenamiento de defensa personal de mi padre comienza a activarse, e intento encontrar la manera de golpearlo donde más le duele.

Pero no sirve de nada. Luca ha aprendido la lección y no me permitirá acercarme a su rostro ni a su entrepierna.

Y entonces, sobre el sonido de mi propio corazón acelerado y los jadeos entrecortados de mi respiración, lo escucho. El sonido de pasos que no son de Luca, de una voz gritando mi nombre.

Es Dom.

—¡Dom! —grito de nuevo, con la voz ronca—. ¡Dom, estoy aquí! ¡Ayúdame!

Pero Luca me tapa la boca con la mano para silenciarme, sus dedos presionando mis labios con una fuerza brutal.

Le muerdo salvajemente la mano, mis dientes hundiéndose en la carne de su palma.

Pero Luca ni siquiera se inmuta. Solo aprieta su agarre y me arrastra hacia la noche, hacia el techo de su villa. El aire fresco y crujiente es un shock para mis pulmones después del ambiente asfixiante del pasillo y la capilla llena de disparos. El zumbido de las aspas del helicóptero llena mis oídos, la ráfaga de aire agitando mi cabello y mi vestido en un frenesí.

Los hombres de Luca nos esperan, sus rostros duros y sus armas listas. Nos flanquean mientras Luca me lleva hacia el helicóptero esperando, sus ojos escaneando la oscuridad en busca de cualquier señal de persecución. El miedo surge en mí con toda su crudeza.

No puedo subir a ese helicóptero. Si lo hago, nunca regresaré.

Me lanzo lejos de Luca, haciendo todo lo posible por escapar de él, por hacer cualquier cosa menos subir al helicóptero. Prefiero arrojarme del techo antes que permitir que Luca me lleve.

—Vuelve aquí —gruñe Luca, atrapándome en sus brazos y llevándome de regreso hacia el helicóptero.

—¡No! —grito, intentando luchar de nuevo, pero es demasiado tarde. Los brazos de Luca son

como bandas de acero a mi alrededor. No puedo ni moverme.

Es inútil.

*¡BANG!*

Luca se da vuelta, y ahí es cuando lo veo.

Dom.

Entra corriendo por la puerta, sus ojos llameantes y su rostro manchado de sangre y suciedad. Su camisa está rasgada, la tela oscura y húmeda con lo que solo puedo esperar que sea la sangre de alguien más.

Pero incluso a través de la neblina de dolor y agotamiento que nubla sus rasgos, incluso a través de la sangre, el sudor y la suciedad... es la cosa más hermosa que he visto jamás.

Nuestros ojos se encuentran a la distancia, un momento de perfecta y brillante claridad en medio del caos y la locura. Y en ese instante, sé que todo estará bien, que no importa lo que pase, no importa lo que Luca intente hacer... Dom nunca lo dejará llevarme.

Pero entonces me doy cuenta de que Dom ha venido solo. Ninguno de sus hombres lo ha seguido.

Y entonces me golpea la realidad. Dom planea luchar contra Luca y sus hombres solo.

—Dom, ¡no! —grito, mi estómago retorciéndose de miedo.

Pero Dom no me presta atención. Avanza con determinación, rugiendo su furia. Los hombres de Luca abren fuego, la noche estalla con el estallido estacato de disparos y el destello de las llamas de las bocas de los cañones.

Pero Dom no vacila, no duda ni por un segundo. Observo, con el corazón en la garganta, cómo se mueve como un torbellino, como una fuerza de la naturaleza que no puede ser detenida ni contenida.

Observo con asombro cómo derriba a los hombres de Luca con una brutal y devastadora eficiencia, sus puños y pies golpeando con una precisión letal que deja un rastro de cuerpos rotos a su paso. Dispara a los hombres de Luca con su arma, destrozando rostros y provocando que algunos caigan al vacío desde lo alto del techo.

Y entonces está ahí, parado frente a nosotros con el pecho palpitante y los ojos ardiendo con una furia que me arranca el aliento de los pulmones.

Nunca había visto una *ira* tan controlada.

—Déjala ir, Luca —gruñe con una voz baja y letal—. Déjala ir, o te destrozaré con mis propias manos.

Luca solo se ríe, apretando su agarre sobre mí hasta que grito de dolor. —Me encantaría verte intentarlo, Dominico. Sofía es *mía* y no hay nada que puedas hacer para evitarlo.

En un movimiento de velocidad y poder que me deja atónita, Dom se lanza hacia Luca con un rugido furioso.

Caen enredados en un lío de extremidades y puños, sus cuerpos golpeando el suelo con un impacto que sacude los huesos.

El sonido de la carne golpeando carne, de gruñidos y gruñidos de dolor y furia, llena el aire nocturno mientras Dom y Luca luchan en el suelo. Ruedan y se retuercen, cada uno tratando de ganar ventaja, de infligir el máximo daño al otro.

El puño de Dom golpea la mandíbula de Luca con un crujido repugnante, haciendo que su cabeza se sacuda hacia atrás y enviando un rocío de sangre que se arquea en el aire.

—¿Eso es todo lo que tienes, Dominico? —se burla Luca, con la sangre brotando de su boca —. Esperaba más del gran heredero de Sicura. Me aseguraré de mostrarle a Sofía cómo actúa un

hombre de verdad cuando finalmente haga que sea mía.

Los ojos de Dom brillan con una furia que raya en la locura, sus labios retraídos en un gruñido de pura ira. —Ella nunca fue tuya, maldito enfermo —gruñe, sus manos cerrando alrededor de la garganta de Luca y apretando con toda su fuerza—. Y nunca lo *será*.

El rostro de Luca se torna púrpura, sus ojos sobresaliendo mientras araña las manos de Dom con una frenesí desesperada y animalística. Pero Dom no cede.

—Debí haber hecho esto hace años —sisea, su voz baja y letal—. Debí haberte eliminado antes de que pudieras lastimar a alguien más.

Pero incluso cuando las palabras salen de su boca, incluso cuando siento un atisbo de esperanza y triunfo agitándose en mi pecho... Luca hace su jugada.

Con una explosión de fuerza que parece salir de la nada, levanta su rodilla hacia la entrepierna de Dom con un crujido repugnante. Dom aúlla de dolor, su agarre en la garganta de Luca se afloja lo suficiente como para que el otro hombre se libere.

Luca rueda hasta ponerse de pie, su pecho palpitante y sus ojos salvajes con una luz loca y febril. Mete la mano en su chaqueta, sacando un cuchillo de aspecto siniestro que brilla bajo la luz de la luna.

—Qué coincidencia, Dominico —se burla Luca, su voz ronca y tensa por la presión de las manos de Dom—. Estaba pensando lo mismo.

Se lanza hacia adelante, el cuchillo cortando el aire. Dom intenta esquivar, pero no es lo suficientemente rápido.

La cuchilla lo alcanza en el hombro, hundiéndose profundamente en el músculo. Dom grita, el sonido crudo y primal, lleno de una agonía que desgarra mi alma. Mi grito se mezcla con el suyo.

La sangre brota en su camisa, una mancha oscura y expansiva que hace que mi corazón se estruje en el pecho. Quiero correr hacia él, lanzarme entre él y Luca para protegerlo.

Pero estoy paralizada, petrificada por un terror que va más allá de las palabras, más allá del pensamiento. Lo único que puedo hacer es observar, mi respiración entrecortada y mis ojos abiertos de terror mientras el hombre que amo lucha por su vida.

Dom retrocede tambaleándose, con la mano presionando la herida en su hombro en un intento de detener el flujo de sangre. Pero Luca es implacable, su cuchillo relampaguea y se abalanza mientras aprovecha su ventaja.

Consigue otro golpe, la hoja cortando el pecho de Dom y dejando una fina línea de sangre a su paso. Dom aprieta los dientes, su cara pálida y cubierta de sudor mientras intenta defenderse del ataque de Luca.

Pero puedo ver el efecto que esto está teniendo en él, noto cómo sus movimientos se ralentizan y su respiración se vuelve entrecortada y dolorosa. Está perdiendo sangre, perdiendo fuerzas con cada segundo que pasa.

Tengo que hacer algo, encontrar una manera de salvarlo. No dejaré que Dom muera. No permitiré que Luca gane y me arrebate a mi amor.

Desesperadamente, busco un arma, algo que me dé una oportunidad de luchar.

Y es entonces cuando mis ojos se posan en un trozo irregular de concreto que yace a solo unos pasos de distancia.

Usando el borde afilado del concreto para cortar con destreza la cuerda que rodea mis muñecas, levanto el concreto, jadeando con fuerza. Con un grito animal, me lanzo hacia Luca.

Luca se gira al oír el sonido, sus ojos se abren de par en par al verme acercarme. Pero soy

demasiado rápida, lo empujo lejos de Dom y lo golpeo en la cabeza con el concreto. Luca cae al suelo mientras el concreto se me escapa de las manos, mis brazos tiemblan.

Antes de que pueda reaccionar, soy derribada al suelo, las manos de Luca envuelven mi garganta mientras la sangre brota de la herida abierta en su cabeza.

—He cambiado de opinión —gruñe, sus dedos apretando dolorosamente mi garganta—. El castigo adecuado para Dom será verme matarte.

Mi cuerpo se convulsiona mientras lucha por el oxígeno, mis manos arañan las suyas mientras me retuerzo, intentando que me suelte, intentando respirar.

Pero Luca es demasiado pesado. Sus ojos brillan de triunfo mientras puntos negros flotan en mi visión. —*Buona notte, bellissima*.

*BANG*.

Los ojos de Luca se abren de par en par de horror mientras se endereza y mira hacia abajo. La sangre brota de su pecho, jadea antes de que sus ojos rueden hacia atrás y caiga de lado.

El aire precioso llena mis pulmones mientras jadeo y toso dolorosamente, mi garganta arde. Pero cuando miro hacia arriba, mi corazón se detiene.

Dom está de pie con un arma humeante extendida en su mano, sus ojos llenos de furia y odio. Mira hacia el cadáver de Luca, su expresión es una mezcla de asco y sombría satisfacción.

—Se acabó —dice, su voz áspera y quebrada por el dolor y el agotamiento—. Está muerto, y nunca volverá a lastimarte.

Se vuelve hacia mí, sus ojos se suavizan con una ternura que me quita el aliento. Extiende sus brazos hacia mí, envolviéndome como un escudo.

Me aferro a él, mi rostro enterrado en su pecho mientras respiro su aroma. —Dom —susurro, mi voz débil y quebrada—. Pensé... Pensé que iba a perderte.

Él besa la parte superior de mi cabeza, sus labios se detienen un momento. —Nunca —murmura—. Siempre vendré por ti, Sofia. Nunca te dejaré ir.

Lo miro, mis ojos brillan con lágrimas de alivio, alegría y un amor abrumador. —Lo sé —susurro, mi mano acaricia su mejilla—. Gracias.

Él sonríe entonces, una sonrisa genuina que ilumina todo su rostro y hace que mi corazón se salte un latido.

—Vámonos a casa, cariño —dice, sus brazos se aprietan a mi alrededor mientras me levanta del suelo.

—Sí —respiro, acurrucándome en él—. Vámonos a casa.

## 37

# DOMINICO

A medida que nos alejamos a toda velocidad de la finca de Luca, con el motor del auto zumbando y las luces de la ciudad desvaneciéndose tras las ventanas, empiezo a sentir cómo la adrenalina comienza a abandonar mi cuerpo. El dolor en mi hombro, ese sordo y palpitante malestar que he estado ignorando, comienza a reclamar su lugar con furia.

Aprieto los dientes, tratando de superar la incomodidad y concentrarme en la mujer que tengo en mis brazos. Sofia está viva, está a salvo y está aquí. Conmigo. Eso es lo único que importa.

La atraigo más cerca, enterrando mi rostro en su cabello y aspirando su aroma. Esa esencia dulce y embriagadora que es pura Sofia, sin manchar por el hedor de sangre, sudor y miedo que se adhiere a mi propia piel.

—Creí que nunca te volvería a ver —murmuro, con la voz ronca por la emoción—. Cuando te vi en esa capilla, con ese maldito vestido, con las manos de Luca sobre ti... Pensé que llegaba demasiado tarde. Que te había fallado. Pensé que te había alejado tanto que preferirías estar con *él* que conmigo.

Sofia se mueve en mis brazos, levantando la cabeza para mirarme con esos ojos grandes y hermosos que siempre parecen ver directamente en mi alma. —Nunca podrías fallarme, Dom —susurra, llevando su mano a mi mejilla—. Me salvaste. Me salvaste de un destino peor que la muerte. Luca... él...

La ira crece dentro de mí. —¿Qué hizo, Sofia? —pregunto con voz ronca, mi corazón latiendo con fuerza.

Ella se muerde el labio y aparta la mirada, y por un momento que me deja sin aliento, pienso lo peor. Que se había aprovechado de ella, que la había obligado a hacer algo horrible...

—Él... me dijo que planeaba dejarme embarazada —murmura, sus ojos azules vidriosos por las lágrimas—. Así podrías ver realmente la profundidad de tu fracaso.

Mis oídos zumban y mi presión arterial se eleva al pensar en Luca teniendo relaciones con Sofia, en ella embarazada de su hijo, cargando a su bebé...

—Respira, Dom —susurra Sofia.

Exhalo, mi corazón se acelera mientras finalmente permito que el aire fresco circule en mis pulmones. —Tiene suerte de estar muerto —gruño—. Porque siquiera pensar en hacer eso, en *querer* hacer eso... ¿Te tocó?

No me importa si está muerto. Volveré, lo resucitaré y lo mataré de nuevo si descubro que le hizo algo a Sofia.

Pero, afortunadamente, Sofia niega con la cabeza. —No. No, nunca me tocó.

El alivio recorre mi cuerpo. Gracias a *Dios*.

—Te amo, Sofia —murmuro, con la voz quebrada por el peso de mis emociones—. Te amo más que a la vida misma. Nunca he dejado de amarte. Y te juro que nunca dejaré que nadie te haga daño de nuevo. Pasaré el resto de mi vida haciéndote feliz.

Ella sonríe entonces, una suave curva de sus labios que hace que mi corazón dé un vuelco. —Yo también te amo.

Capturo su boca con la mía, vertiendo todo el amor, la pasión y la necesidad desesperada y dolorosa que siento en ese beso. Ella responde con igual fervor, sus manos se enredan en mi cabello mientras se presiona más contra mí, el suave material del vestido de novia rozándome.

Pero incluso mientras me pierdo en el sabor de ella, en la sensación de sus curvas suaves moldeándose a mi cuerpo, no puedo sacudirme la ira hirviente que todavía arde en mi estómago, la furia y el asco que suben como bilis en mi garganta cada vez que pienso en ese maldito vestido, en la forma en que Luca intentó reclamarla.

—Quiero quemarlo —gruño, mis labios rozan la concha de su oído—. Ese maldito vestido. Lo odio. Es una abominación.

Sofia tiembla en mis brazos, su respiración se corta en su garganta. —Por favor —susurra, su voz baja y feroz—. Por favor, por el amor de Dios, quémalo. Destrúyelo. Haz lo que sea necesario para deshacerte de él. No quiero que me lo recuerde nunca más.

Asiento con la mandíbula apretada. —Está hecho, cariño. Tan pronto como lleguemos a casa y nos hayamos arreglado, me daré un gran placer viendo cómo ese vestido se convierte en cenizas.

Ella ríe entonces, un suave sonido sin aliento que es música para mis oídos. —Mi príncipe mafioso protector —murmura, sus dedos trazan la línea de mi mandíbula—. ¿Qué hice para merecerte?

Niego con la cabeza, mi corazón se hincha con un amor tan abrumador que siento que podría estallar de mi pecho. —No tuviste que hacer nada, Sofia. Soy yo quien se pregunta qué hice para merecerte a *ti*. Has traído luz, risas y alegría de vuelta a mi mundo. Me haces querer ser un hombre mejor, un hombre digno de ti.

Ella me besa de nuevo, suave y dulce, lleno de una ternura que me trae lágrimas a los ojos. —Eres digno, Dom. Siempre lo has sido. Y pasaré el resto de mi vida mostrándote lo mucho que significas para mí, lo profunda y completamente que te amo.

Aprieto mis brazos a su alrededor, ignorando el dolor agudo y punzante en mi hombro mientras la sostengo cerca. Nada de eso importa, ni la sangre, ni el sudor, ni el dolor en mis músculos. Lo único que importa es ella, el hecho de que estamos juntos y de que hemos ganado esta batalla.

Y con suerte, hemos salido del otro lado más fuertes que nunca.

Tomando una respiración profunda y temblorosa, miro a los ojos de Sofia. —Sofia —logro decir con voz entrecortada—. Lo siento mucho. Por todo. He sido un idiota contigo de muchas maneras. Desde romperte el corazón hace tantos años, hasta no tratarte como te mereces ahora, hasta arremeter contra ti y hacer que huyeras. Fui egoísta y estúpido, pero casi perderte... —Mi voz se desvanece, tragando con dificultad.

—Me hizo darme cuenta de que no puedo vivir sin ti. Eres mi mundo entero, Sofia. Por

favor, perdóname. Juro que pasaré el resto de mi vida compensándote.

Para mi sorpresa, Sofia se apoya en mí y toma mi mano. —Yo también necesito disculparme.

Fruncio el ceño. —No, no tienes que...

Ella me calla, colocando un dedo sobre mis labios. —No, sí necesito disculparme. Te dije cosas tan horribles, cosas que no sentía. —Hace una mueca—. Te dije que te murieras, que solo quería quedarme embarazada para que me dejaras en paz durante un año. Fui muy cruel, y ahora me avergüenzo de mí misma.

Me quedo atónito ante sus palabras, mi corazón duele al ver el dolor en sus ojos. —Sofia, yo...

Ella niega con la cabeza, apretando mi mano con fuerza. —Por favor, déjame terminar. Necesito que sepas que nunca dejé de amarte, Dom. Incluso cuando dije esas cosas horribles y mezquinas, mi corazón seguía siendo tuyo. Solo estaba tan destrozada, tan desesperada por hacerte sentir el mismo dolor que sentí. Fue algo equivocado e infantil de mi parte, y lo siento mucho.

—Ambos cometimos errores —murmuro, llevando su mano a mis labios y dejando un beso tierno en sus nudillos—. Pero nada de eso importa ahora. —Hago una pausa, luchando con una pregunta que acaba de surgir en mi mente—. Pero si no te importa que te pregunte, ¿qué te hizo cambiar de opinión? Antes de que Luca te llevara, dijiste que habías terminado conmigo.

Sofia vuelve a hacer una mueca, mordiéndose el labio y apartando la mirada. De repente, me preocupa haber ido demasiado lejos al hacerle esa pregunta. Antes de que pueda retractarme, Sofia gira la cabeza y me mira con seriedad.

—Luca —dice—. Cuando vi el oscuro camino al que el resentimiento y el odio pueden llevar a alguien, como le pasó a Luca, me di cuenta de que no quería vivir así nunca más. No quería estar consumida por la ira y la amargura. Solo quiero estar contigo, Dom. Quiero dejar el pasado atrás y olvidarlo. Quiero un matrimonio real. Uno como el que tienen mis padres.

—Eso es todo lo que yo también quiero —murmuro, acercándola de nuevo a mí—. Te amo, Sofia.

Sofia sonríe, sus ojos llenos de lágrimas. —Yo también te amo, Dominico.

Inclino su rostro hacia el mío y capturo sus labios en un beso profundo y apasionado. Mientras nos perdemos el uno en el otro, sé que este es un nuevo comienzo para nosotros, una oportunidad para sanar, amar y construir la vida que siempre hemos soñado juntos.

Sofia envuelve sus brazos alrededor de mi cuello, cuidando de no lastimar mi hombro herido mientras presiona su cuerpo contra el mío. Yo rodeo su cintura con mi brazo sano, acercándola aún más mientras exploro su boca con mi lengua.

Sofia muerde suavemente mi labio inferior, provocando un gruñido bajo en mí, y yo contraataco chupando su lengua, enviando escalofríos de placer por todo mi cuerpo. Nuestras manos recorren febrilmente el cuerpo del otro, redescubriendo cada curva y plano.

Cuando finalmente nos separamos, ambos jadeando, Sofia apoya su frente contra la mía, con los ojos cerrados mientras nuestras respiraciones se mezclan. —Vamos a casa, Dom —susurra, su voz ronca de deseo.

Asiento, mis ojos oscuros de deseo mientras capturo sus labios en otro beso ardiente. —Sí —murmuro contra su boca—. Necesito hacerte mía de todas las maneras posibles. Y luego voy a quemar ese vestido.

De algún modo, logramos volver a la mansión y entrar sin que nadie nos vea. Realmente no sé cómo, pero estoy agradecido de todas formas. Tan pronto como entramos en nuestra

habitación, Sofia toma mi mano y me lleva al baño.

Ella abre la ducha y ajusta la temperatura hasta que el vapor comienza a llenar la habitación. Lentamente, me desviste, sus dedos tiemblan ligeramente mientras revela mi cuerpo, teniendo cuidado de no mover mi hombro herido. La observo con los ojos entrecerrados, mi respiración se corta cuando se quita ese maldito vestido de novia y lo aparta, exponiéndose completamente ante mí.

—Eres hermosa —digo con voz ronca, extendiendo mis manos para acariciar sus costados—. No puedo creer que esto esté sucediendo de verdad.

Sofia entra en la ducha y me lleva con ella. —Es real —me asegura, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello y capturando mis labios en un beso profundo y sensual—. Soy tuya, para siempre.

Pero justo antes de que pueda profundizar el beso, Sofia se aparta de mí con una sonrisa pícara y se inclina para tomar el champú. Me entrega el frasco de champú y presiona su trasero contra mi erección.

Ni siquiera me importa que mi hombro esté herido y que esto pueda ser un poco doloroso. Mi esposa me está pidiendo que le lave el cabello, y maldición, voy a hacerlo.

Aunque mi hombro protesta por el movimiento, echo un poco de champú en mis manos y lo froto en su cabello. Hay algo increíblemente erótico en pasar mis manos enjabonadas por el cabello mojado de Sofia. Tal vez sea el leve tirón, la forma en que su cabeza se inclina hacia atrás. Tal vez sea la intimidad del acto.

Mis manos se deslizan sobre el suave cuerpo de Sofia mientras presiono mis labios contra su cuello e inhalo el familiar aroma floral de su champú. Con mi mano sana, masajeo sus senos, mientras mi brazo más herido se extiende posesivamente sobre su cuerpo. La cabeza de Sofia cae sobre mi hombro antes de que se voltee para besarme mientras mi pulgar acaricia sus pezones.

Sofia baja la mano y se toca entre las piernas.

—Sí —exhalo—. Déjame verte tocarte, Sofia.

Me ajusto para que mi erección quede entre sus piernas mientras su espalda se arquea contra mi pecho. Mientras sus dedos palpitan profundamente dentro de ella, sus nudillos a veces rozan la cabeza de mi pene y el placer me recorre de inmediato, haciendo que mis rodillas flaqueen.

Joder, por el amor de Dios.

Dios, esto es tan excitante. Desde la forma en que su mano se mueve contra sí misma, hasta cómo mueve las caderas al ritmo de sus movimientos. Y la forma en que gime mi nombre. Joder, es demasiado para soportar.

La giro y la presiono contra la pared. En su sorpresa, los dedos de Sofia salen de ella, y en su lugar, empujo mi polla dentro.

La adrenalina debe estar corriendo por mis venas de nuevo porque puedo empujar dentro de ella con una velocidad que nunca antes había intentado. Ni siquiera siento dolor en mi hombro. Todo lo que siento es un placer exquisito. Los ojos de Sofia se abren de par en par, y su espalda se arquea mientras se apoya contra la pared de la ducha.

—¡Dom! —grita mientras voy más y más rápido.

—Joder, Sofia —gruño—. Ven por mí.

Las manos de Sofia se presionan contra sus pechos y el agua corre por su cuerpo. Su respiración se acelera, y entonces se desmorona con un jadeo. Se aprieta alrededor de mis dedos y cae hacia mí. Envuelvo mi brazo alrededor de su espalda y la sostengo mientras tropezamos de nuevo bajo el chorro de la ducha.

—Yo... —comienzo, pero me muerdo las palabras—. Eres increíble —digo en su lugar.

Sofia me sonríe y me besa de nuevo antes de darse la vuelta y apoyarse contra la pared de la ducha. Mis ojos recorren su forma perfecta, y ella me mira por encima del hombro, arqueando una ceja.

Esto no puede ser real. Gimo y me coloco detrás de ella, mi polla aún dura y lista para continuar. —Joder, te deseo.

Sofia ríe, un sonido suave y sensual que hace que mi polla se estremezca. —Me tienes, Dom.

Me inclino hacia adelante, mis labios cerca de su oído. —Entonces llevemos esto al dormitorio, ¿te parece?

# SIN TÍTULO

38

## 38

# SOFÍA

Mi corazón está rebosante de felicidad mientras Dom y yo terminamos de asearnos y pasamos de la ducha al dormitorio. Dom ha envuelto de manera descuidada un poco de gasa alrededor de la herida de puñalada en su hombro. Se ve peor de lo que realmente es, gracias a la ropa protectora que Dom llevaba, pero aún así creo que debería ir al hospital para que lo revisen.

—Lo trataré más tarde —dice mientras corta la gasa y la pega en su hombro, sus ojos oscuros mientras me observa desde el espejo—. Además, tengo otras cosas más importantes en mente.

Captura mi boca en un beso apasionado y nos guía hacia la cama. Me río mientras tropezamos con algunas prendas de ropa, haciendo que Dom resuelle de fastidio.

Dom intenta tumbarme sobre el colchón, pero yo afirmo mis pies, negándome a moverme. Él me mira con curiosidad, una ceja levantada.

—Es mi turno de complacerte —murmuro mientras lo empujo suavemente hacia la cama y me coloco entre sus piernas. Su pene se agita frente a mí, y le doy una lamida larga y lenta.

Dom gime: —Maldita sea, Sofía.

Decido que la cabeza de su pene necesita atención, así que lo llevo a mi boca, chupando, lamiendo y moviendo mi lengua alrededor de él, mientras uso mi pulgar para acariciar sus testículos.

—Joder, Sofía, eso se siente tan bien —me dice Dom. Sus dedos se deslizan por mi cabello, luego se enredan en los mechones, tirando suavemente.

Sosteniendo su miembro con suavidad, continúo chupando y lamiendo su pene, mi cabeza moviéndose arriba y abajo. El mundo retrocede, quedando solo Dom y yo, sin otras intrusiones, solo el sonido del movimiento y sus gemidos de placer. Sus dedos se aprietan en mi cabello, ayudándome a moverme al ritmo perfecto.

Mientras sus gemidos llenan mis oídos, me abruma la gratitud por esta segunda oportunidad, por la posibilidad de estar con Dom una vez más.

Dom lo es todo para mí, el único hombre que realmente he deseado, el que siempre supe en el fondo que era mi alma gemela. Y mientras él mueve sus caderas y pronuncia mi nombre, me asombra lo afortunada que soy de tenerlo como mi esposo.

—Sofía —gime Dom, sus caderas moviéndose—. Voy a... voy a venir.

En lugar de soltarlo, lo llevo más profundamente a mi boca, mis manos masajeando

bruscamente sus nalgas. Raspo suavemente mis dientes a lo largo de su miembro antes de mover mi lengua alrededor de la cabeza.

Explota dentro de mi boca con un gemido, y bebo cada última gota de él. Finalmente, lo suelto y me reclino, haciendo una demostración de limpiarme la boca.

Dom está jadeando, su pecho subiendo y bajando, y sus ojos mirando sin enfoque. —Santa *mierda*, Sofía.

Sonriendo, me subo para montar su cintura, teniendo cuidado de no rozar su pene, que necesita descansar por el momento. Una pequeña sonrisa adorna mis labios. Había sido un pequeño sacrificio, hacer que él viniera en mi boca. Me encanta sentir que se mueve dentro de mí, llenándome, nuestros cuerpos unidos.

Mi coño palpita con el pensamiento, y dejo que mi cuerpo guíe mis movimientos, mi mano deslizándose por mi vientre hacia mi centro, frotando suavemente los pliegues húmedos. Mantengo mi mirada en Dom, observando cómo sus ojos se estrechan mientras sigue el camino de mi mano.

—Maldita sea, Sofía —murmura mientras atrapa mi mano con la suya y guía cómo me toco, un poco más fuerte y con más propósito—. Primero una mamada y ahora esto? Soy un hombre muy, muy afortunado. ¿Estás pensando en mí, cariño?

—Sí —gimo, inclinando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, queriendo disfrutar de sus dedos sobre mí. Pero hay un vacío, y antes de que pueda preguntar, grito al sentir que me dan vuelta, mi espalda golpeando el colchón.

Dom se cierne sobre mí, sus ojos enfocados entre mis piernas, donde mi rosado sexo brilla.

—Tu hombro —protesto, pero me silencia con un dedo contra mis labios.

—Al diablo con mi hombro —gruñe antes de inclinar su cabeza, su lengua encontrando mis pliegues.

Gemido, me aferro a las sábanas y levanto mis caderas. Maldita sea, Dom es todo un experto. Los trucos que hace con su lengua compensan por no sentir su erección dentro de mí. No pasa mucho tiempo antes de que mis muslos tiemblen y mis manos se aferren a su cabello.

Juega conmigo, moviendo su lengua de un lado a otro en mi clítoris, estimulándolo y luego alejándose. Gimo, arqueando mi espalda y acercándome más a su boca. Una mano se aferra a su cabello, manteniéndolo cerca de mí, y la otra sostiene un puñado de sábanas.

—Sabes tan jodidamente bien —gruñe Dom.

Sus fuertes manos sujetan mis caderas contra el colchón, y trabaja mi clítoris, mordisqueándolo, succionándolo, dándole toda su atención hasta que me retuerzo bajo su hábil boca.

—Dom, oh, Dios, Dom —canto. Mi cuerpo está tenso e hinchado, y mi clítoris se siente tan bien que casi duele. —Joder, estoy casi ahí. Lo quiero, lo necesito dentro de mí. Justo en ese momento, dos de sus dedos entran y hacen un pequeño gesto que toca exactamente el lugar correcto —

Y me vengo. Mi orgasmo me invade, haciendo que mis dedos de los pies se crispen y mis pezones se endurezcan aún más en puntos sensibles. Mis muslos se aprietan alrededor de su cabeza, y su lengua es una presión constante contra mi clítoris palpitante. Las estrellas giran sobre mis ojos mientras relajo mis piernas, respirando pesadamente.

Dom aleja su cabeza de mis piernas, una sonrisa de satisfacción en su rostro.

Maldita sea, voy a devorarlo vivo.

Dom se arrastra sobre mí, su peso como una manta acogedora, acomodándose entre mis

muslos. Aprieta mi mano, entrelazando nuestros dedos, luego los levanta para poder besarlos, mi anillo de compromiso de diamante brillando en la luz tenue.

Me siento abrumada por el amor. Hubo un tiempo en que pensé que lo había perdido para siempre, cuando el dolor de nuestros errores y el daño que nos causamos parecían insuperables. Pero ahora sé que podemos superar cualquier cosa siempre que nos tengamos el uno al otro.

Mi otra mano se desliza por su espalda, instándolo a que entre en mí. Dom levanta la vista y me mira a los ojos y se desliza dentro de mí. Gemimos, los sonidos se mezclan.

—Te sientes tan bien, cariño —jadea Dom.

—Sigue adelante.

Y lo hace. Dom me conoce tan bien, conoce el ritmo que me gusta, y lo encuentra, empujándome con sus caderas, moviéndolas, sin apartar sus ojos de mí.

El tiempo pasa mientras hacemos el amor. Estoy concentrada solo en el ritmo de nuestro placer, la expresión de éxtasis en su rostro. Jadeo y suspiro, y él continúa, un poco más fuerte, un poco más rápido, hasta que me retuerzo bajo él, gimiendo de placer con cada embestida.

Dom desliza su mano de mi apretado agarre y se levanta. Lo miro mientras se observa a sí mismo entrar y salir de mí, su pene brillando con mi excitación, mis muslos temblando a su alrededor. Su mirada sube por mi cuerpo hasta mis pechos.

Sus dedos encuentran mi clítoris nuevamente, y agarro aliento sorprendida.

—Hermosa —gruñe.

—Mía —digo, áspera y ronca, acercando su boca a la mía. Vierto todo mi amor, todo mi deseo y todo mi perdido en nuestro acto de amor, mostrándole a Dom con mi cuerpo lo que mis palabras nunca podrán expresar por completo.

Mientras ascendemos juntos hacia el éxtasis, me invade una sensación de paz y satisfacción que nunca antes había conocido. Este es mi lugar, en los brazos del hombre que amo más que a la vida misma. Esto es lo que he estado buscando toda mi vida, la pieza faltante de mi alma que me hace completa.

Ambos llegamos al mismo tiempo. La fuerza de mi clímax es suficiente para llevar a Dom conmigo, y grita mi nombre mientras se sumerge en mí, su espalda arqueada y su cabeza echada hacia atrás.

Cuando finalmente se derrumba sobre mí, envuelvo mis brazos alrededor de su espalda sudorosa, mi cara enterrada en el hueco de su cuello. —Te amo —murmuro, mi voz cargada de emoción. —Te amo tanto, Dom. Eres mi todo.

Él aprieta sus brazos a mi alrededor, dejando un tierno beso en mi frente. —Te quiero también, Sofía —susurra—. Más que a nada. Nunca volveré a dejarte ir.

Mientras me quedo dormida, envuelta en los brazos de mi esposo, un pensamiento viene a mí.

—¿Dom?

—¿Sí, Sofía?

—De verdad necesitas que revisen tu hombro.

# EPÍLOGO

## SOFIA

Mientras caminamos de la mano por las pintorescas calles de París, no puedo evitar sentir una sensación de emoción y aventura. Dom y yo llevábamos tiempo esperando con ansias este romántico fin de semana desde que compré esos billetes abiertos, y ahora que finalmente estamos aquí, explorando la ciudad a pie, parece un sueño hecho realidad.

Miro a Dom, y mi corazón se llena de amor al verlo absorber los paisajes y sonidos de París con la fascinación de un turista emocionado. Es un lado de él que rara vez veo, y es absolutamente adorable. Incluso lleva calcetines blancos deportivos con sus zapatillas, algo que nunca haría en casa.

—¡Podemos vernos como gente normal, Sof! —exclamó mientras preparábamos nuestras mochilas, con una sonrisa de oreja a oreja.

Tiene mucha suerte de que lo ame. Ya le he tomado una foto y se la he enviado a Valentina para que se ría un rato.

Yo, por otro lado, me niego a usar zapatillas, optando en su lugar por unos lindos y cómodos flats que espero me hagan lucir chic y elegante. Puede que esté de vacaciones, pero aún quiero mezclarme con la modesta multitud parisina.

Mientras deambulamos por encantadores callejones empedrados y grandes bulevares, no puedo evitar sentir una sensación de libertad y alegría. Aquí, en esta hermosa ciudad, somos simplemente Dom y Sofia, dos personas enamoradas, explorando el mundo. Sin responsabilidades, sin preocupaciones, solo nosotros dos y las infinitas posibilidades que nos esperan.

—Esto es perfecto —suspiro, apoyando mi cabeza en el hombro de Dom mientras nos detenemos para admirar la vista de la Torre Eiffel a lo lejos. Dom no puede evitar sacar su teléfono y tomar varias fotos—. No puedo creer que realmente estemos aquí, juntos.

Dom rodea mi cintura con su brazo, acercándome y dándome un tierno beso en la sien—. No puedo pensar en ningún otro lugar donde preferiría estar, ni con nadie más —murmura—. Viajar contigo es todo lo que siempre soñé.

Pronto nos encontramos recorriendo las sinuosas calles de Montmartre, el encantador distrito de artistas en París, y me maravillo ante la emoción desbordante que irradia Dom. Sus ojos están

llenos de asombro mientras observa el colorido arte callejero, los acogedores cafés y las bulliciosas multitudes de turistas y locales por igual.

—Sof, ¡mira eso! —exclama, señalando a un artista callejero que hace malabares con antorchas encendidas—. ¡Y por allá, la basílica del Sacré-Coeur! ¡Es aún más hermosa que en las fotos!

No puedo contener la sonrisa que se dibuja en mi rostro. Dom parece un niño en una dulcería, absorbiendo con entusiasmo cada vista, sonido y experiencia que París tiene para ofrecer. Nadie diría que es el heredero de la Familia Criminal Sicura, una Familia que tiene más dinero que el mismísimo Dios.

Los aromas celestiales de baguettes y croissants recién horneados flotan en el aire al acercarnos a una panadería local. Los ojos de Dom se iluminan—. ¡Tenemos que probarlos, Sofia! —insiste, prácticamente arrastrándome adentro.

Una vez que llegamos al mostrador, Dom intenta poner su mejor acento francés y dice: —*Bonjour! Je voudrais deux croissants, s'il vous plaît!*

La panadera, una mujer parisina de mediana edad, levanta una ceja ante el francés destrozado de Dom, claramente poco impresionada. No puedo evitar estallar en risas por el intercambio, lo que le gana una mirada de reproche juguetona de Dom.

—*Pardonnez-moi* —le digo a la panadera, con mi francés fluido—. *Nous prendrons deux croissants et deux cafés, s'il vous plaît.*

La panadera me sonríe, asintiendo con aprobación mientras prepara nuestro pedido de dos croissants y dos cafés. Dom me mira, con una mezcla de asombro y diversión en su rostro. —Presumida —se burla, dándome un codazo—. No sabía que hablabas francés.

Me encojo de hombros, con aire de suficiencia. —Papá siempre quiso que aprendiéramos francés, y yo fui la única que realmente mostró aptitud. El francés de Bianca es incluso peor que el tuyo.

Mientras nos sentamos en una mesa cercana, saboreando nuestros crujientes croissants y el café cargado, no puedo evitar sentir una oleada de amor y cariño por este hombre, mi esposo, que está tan decidido a abrazar la experiencia turística "normal".

—Sabes —digo, extendiendo mi mano sobre la mesa para tomar la suya—, me encanta verte así, tan despreocupado y emocionado por descubrir el mundo.

Los ojos de Dom se suavizan, y lleva mi mano a sus labios, depositando un suave beso en mis nudillos. —Tú haces que todo sea mejor, más brillante y más hermoso. No puedo esperar para planear nuestro próximo viaje juntos. ¿Adónde deberíamos ir?

Doy un bocado al delicado pastel, queriendo gemir de lo delicioso que está. —A algún lugar donde no arruines el idioma —bromeo.

—No fue tan malo —insiste Dom, tomando un sorbo de su café mientras sus ojos brillan de diversión.

—El camarero de la cena de anoche parecía querer llorar cuando te escuchó preguntar dónde estaban los baños.

Dom se encoge de hombros, con una sonrisa burlona en los labios. —Vayamos a España la próxima vez —dice—. Está lo suficientemente cerca del italiano como para que me las arregle. Termina su café y se levanta, extendiendo su mano. —Vamos, Sofia. Tenemos mucho más que explorar.

Mientras el sol comienza a ponerse sobre el horizonte parisino, Dom y yo regresamos a nuestro acogedor Airbnb, cansados pero felizmente contentos después de un día explorando las

maravillas de la ciudad. Subimos las estrechas escaleras hacia nuestro encantador apartamento, la anticipación creciendo con cada paso. Dom lleva varias bolsas de compras de renombrados diseñadores franceses.

Dom puede querer desempeñar el papel de turista normal, pero *yo* sigo siendo una Marino, y las chicas Marino aman los Tres Grandes: Balmain, Dior y Chanel. Mi madre y mis hermanas me matarían si no les comprara algo mientras estoy en París.

Una vez dentro, Dom me atrae hacia sus brazos, sus labios encuentran los míos en un beso que comienza tierno pero rápidamente se profundiza, encendiendo la chispa siempre presente entre nosotros. Nos dirigimos tambaleantes hacia el dormitorio, despojándonos de capas de ropa en el camino, nuestras manos redescubriendo ansiosamente los cuerpos del otro.

Mientras caemos en la suave y acogedora cama, no puedo evitar maravillarme por el amor y el deseo que recorren mis venas. El toque de Dom, su beso, su mera presencia me consumen, llenándome de una sensación de plenitud y completa satisfacción.

No hace mucho, la idea de casarme con Dominico Sicura, el hombre que una vez destrozó mi corazón en mil pedazos, me llenaba de pavor y desesperación. Había creído que mi vida terminaría, que estaría atrapada en un matrimonio sin amor, para siempre miserable y sola.

Pero ahora, mientras contemplo los ojos de Dom, esos hermosos ojos que reflejan la profundidad de su amor y devoción, me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Este hombre, mi esposo, me ha mostrado el verdadero significado del amor, del perdón y de las segundas oportunidades.

Ha sanado mi corazón roto y lo ha llenado de una alegría que nunca creí posible.

Mientras yacemos enredados en los brazos del otro, disfrutando del resplandor de nuestra intimidad, apoyo mi cabeza en el pecho de Dom, escuchando el ritmo constante de su corazón. En este momento, estoy segura de que este es mi final feliz, el final de cuento de hadas que siempre soñé.

—Te quiero, Dom —murmuré, con la voz suave y llena de emoción—. Te quiero más de lo que nunca pensé que sería posible.

Dom apretó su abrazo y depositó un beso tierno en la parte superior de mi cabeza. —Yo también te quiero, Sofia —susurró—. Eres mi todo, mi para siempre. No puedo imaginar mi vida sin ti.

Mientras me dejaba llevar por el sueño, supe que, sin importar lo que el futuro nos depare, lo enfrentaríamos juntos. Nuestra historia de amor, con sus altibajos, nos ha llevado a este momento perfecto, y estoy agradecida por cada paso del camino.

En la ciudad del amor, en los brazos del hombre que tiene mi corazón, he encontrado mi verdadero hogar, mi felicidad eterna. Mientras me rendía al placentero arrullo del sueño, estaba segura de que esto era solo el comienzo de nuestro para siempre, una historia de amor que seguirá desplegándose, día a día, por el resto de nuestras vidas.

# EPÍLOGO EXTENDIDO

## RORK

Respiro profundamente, la adrenalina recorre mis venas mientras me preparo para la ronda final del torneo. Este es el momento que he estado esperando, la oportunidad de ganar la mano de Bianca Marino en matrimonio y finalmente revelar mi verdadera identidad a su padre, el temido jefe mafioso, Don Marino.

Durante años, he estado planeando mi venganza contra el hombre que siempre ha sido mi rival, quien me dejó una cicatriz permanente. Y ahora, al entrar en la arena, apenas puedo contener mi anticipación. Sé que cuando Don Marino se dé cuenta de que una de sus preciadas hijas ha sido reclamada por su enemigo, lo dejará en shock. Diablos, espero que le dé un infarto.

Puedo imaginarlo ahora: la sorpresa, la rabia, la incredulidad total que se dibujará en su rostro cuando me vea de pie, victorioso, con Bianca a mi lado. Él sabrá entonces que ha sido vencido, que todo su poder e influencia no pudieron protegerlo de la venganza que he estado planeando durante tanto tiempo.

Al tomar mi posición, siento una oleada de confianza y determinación. He entrenado para este momento, he perfeccionado mis habilidades y mi estrategia. Sé que tengo lo necesario para ganar, para reclamar mi premio y mi venganza de un solo golpe.

El rugido de la multitud se desvanece en segundo plano mientras me concentro en mi oponente, mis sentidos agudizados y mi mente clara. Este es mi destino, mi oportunidad de finalmente poner las cosas en su lugar y ver la expresión de derrota total en el rostro de Don Marino.

Miro hacia el balcón donde está sentada la familia Marino, mis ojos se encuentran con los de Bianca por un breve instante. Qué excelente idea suya la de tener a todos los pretendientes enmascarados. La tonta niña ni siquiera se dio cuenta de que lo hizo demasiado fácil para que me colara y pusiera mi plan en acción.

Recuerdo cuando nos conocimos por primera vez en una fiesta celebrando el torneo en el gran salón de la mansión Marino.

*Los invitados socializan y bailan a mi alrededor, pero mis ojos se fijan inmediatamente en Bianca. Está al otro lado del salón, su cabello oscuro cayendo en elegantes rizos sobre su espalda, su vestido dorado brillando bajo los candelabros.*

*Aunque es lo suficientemente joven como para ser mi hija, no puedo negar la atracción que siento hacia ella.*

*Mantengo mi mirada fija en Bianca mientras me abro paso entre la multitud. No lleva máscara, su hermoso rostro está completamente a la vista, y no puedo evitar admirar sus delicadas facciones y la forma en que sus ojos brillan con vida. Cuando finalmente llego a su lado, me inclino ligeramente, tomando su mano en la mía.*

*—¿Me concederías este baile? —pregunto, con una voz baja y suave.*

*Bianca me mira, frunciendo el ceño mientras me observa. —No creo que nos hayamos visto antes —dice, con un dejo de curiosidad en su tono.*

*—Todavía no —respondo, con una sonrisa esbozándose bajo la máscara. —Pero tengo la sensación de que nos conoceremos bastante bien muy pronto.*

*Ella arquea una ceja. —¿Ah, sí? ¿Y por qué es eso?*

*La acerco más, mi mano descansa en la parte baja de su espalda mientras comenzamos a movernos al ritmo de la música. —Digamos que tengo un interés especial en el resultado de este torneo —murmuro, mi aliento rozando su oído. —Y tú, Bianca Marino, eres la clave de todo.*

*—Todo a su debido tiempo, querida —la tranquilizo, haciéndola girar y luego acercándola de nuevo, nuestros cuerpos juntos. —Por ahora, solo disfruta del baile y el misterio.*

*Mientras nos movemos por la pista del salón, no puedo evitar imaginar cómo será finalmente tener a Bianca en mis manos, llevármela a casa y comenzar la siguiente etapa de mi venganza contra su padre. El pensamiento me llena de una oscura emoción, una sensación de anticipación que recorre mis venas.*

Eso fue hace solo unos días, y desde entonces no he podido dejar de pensar en Bianca.

Bianca parece aburrida, sentada en el balcón, ignorando a sus hermanas menores, que observan el torneo con deleite en sus rostros, pero hay un atisbo de algo más en su mirada: un destello de esperanza, quizás, o un secreto anhelo de libertad del control de su padre.

Sonrío para mí mismo, sabiendo que pronto será mía, y que juntos veremos cómo el mundo de Don Marino se desmorona a su alrededor. El pensamiento me llena de una oscura satisfacción, una feroz alegría que me impulsa hacia adelante mientras comienza la batalla final.

Que empiecen los juegos, pienso para mí mismo, con el corazón palpitante por la emoción de la lucha. Que Don Marino vea lo que sucede cuando se cruza con el hombre equivocado, y que sufra las consecuencias de sus acciones, de una vez por todas.

**CONTINUARÁ. Lee la historia de Rork y Bianca aquí.**